

El Submarino

DEL NARCO

Federico Supervielle Bergés

Una nueva amenaza acecha bajo las aguas

Federico Supervielle Bergés

EL SUBMARINO DEL NARCO

Una nueva amenaza acecha bajo las aguas

© Federico Supervielle Bergés, *EL SUBMARINO DEL NARCO. Una nueva amenaza acecha bajo las aguas*

Maquetación editorial: Georgia Delena

Diseño de cubierta: Sara García

www.maquetacionlibros.com

Primera edición: julio 2021

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

A la 414.

Querido lector,
esta novela te ofrezco empezarla
de una forma algo distinta.
Puedes seguir leyendo aquí y no te perderás
nada. Pero si quieres una experiencia única,
te ofrezco la oportunidad de leer la escena
detonante desde el punto de vista del
antagonista. Descárgatela sin compromiso
en este enlace:

fsupervielle.com/escena-submarino

Serie del Albatros

- 1. El Albatros y los piratas de Galguduud**
- 2. El corsario del oro negro**
- 3. El galeón de Sint Maarten**
- 4. El submarino del narco**

Índice

[PORTADA](#)

[PORTADILLA](#)

[CRÉDITOS](#)

[DEDICATORIA](#)

[QUERIDO LECTOR](#)

[COLECCIÓN](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[OTROS LIBROS DEL AUTOR](#)



Capítulo Uno

Walter dejó la carretilla en el suelo y cogió un trapo para secarse el sudor de la cabeza rasurada. A sus cuarenta y cinco años, mantenía un físico que le permitía mover aquellas cargas con cierta facilidad, pero el peso del artilugio era considerable y sus musculosos brazos y espalda brillaban con una fina capa de sudor.

—Te dije que me dejaras ayudarte —dijo David al entrar por la puerta, señalando el pesado cilindro que descansaba en la carretilla.

—No pesa tanto —contestó Walter—. Me viene bien hacer algo de ejercicio; al final, me paso todo el día encerrado aquí en el taller.

—Bueno, hoy ha sido una mañana divertida —sonrió David.

—No ha estado mal —dijo Walter, mesándose la fina perilla blanca que le rodeaba la boca.

Habían salido temprano, aún de noche, hacia la pequeña cala que llevaban años usando como campo de pruebas. La vieja camioneta los llevó sin problemas, cargando en la parte de atrás con dos de los prototipos de Walter.

Guyana no era un país en el que las fuerzas de seguridad supusieran un problema importante para negocios como el suyo, pero a Walter Darke no le gustaba correr riesgos. Además de tener a sueldo a algunos de los policías que ocupaban puestos clave en la zona, se molestaba en esconder sus actividades todo lo bien que podía. Sin embargo, no era la policía lo único que le preocupaba; de hecho, le inquietaban bastante más otras organizaciones. La cala

que utilizaba, recluida y oculta a la vista desde otras playas, tenía la ventaja de que solo se podía acceder por un sinuoso camino. Su última defensa era Pluto, el viejo *pointer* inglés que había bautizado su hermano pequeño poco antes de morir. El perro, obediente y leal hasta decir basta, se quedaba montando guardia en el camino y bajaba ladrando a la playa, si sus finos oídos o su poderoso olfato detectaban a alguien acercándose.

El guyanés se permitió retroceder unos años a sus tiempos en Colombia. Vasili había sido un maestro rudo, pero sus enseñanzas estaban resultando impagables. Incluso, una vez el viejo ruso se encariñó con él, los trabajos más duros fueron recayendo en los otros mozos, mientras que el viejo submarinista soviético dedicaba el tiempo que pasaba con Walter a enseñarle todo lo que sabía sobre el diseño de submarinos, que no era poco. Hasta el más básico sumergible requería de unos conocimientos avanzados y una cuidadosa construcción.

—El otro cabrón nos ha tenido entretenidos un rato —rio David, señalando el artilugio que aún descansaba sobre la carretilla.

—Sí —sonrió Walter.

Vasili había sido un maestro inigualable; su experiencia como submarinista y como ingeniero en la poderosa Rubin soviética ofreciendo unos conocimientos que estaban al alcance de muy pocos. Pero el viejo ruso se había limitado a construir un puñado de lanchas de perfil bajo para los colombianos. La insistencia y entusiasmo del joven Walter le animaron a terminar el proyecto que siempre parecía aplazar: un verdadero submarino que fuera totalmente invisible para la policía y los guardacostas. Durante los años que el guyanés pasó allí, llegaron a botar tres minisubmarinos, que hicieron el viaje hasta Méjico docenas de veces y, algunas, hasta la mismísima California. Pero el alumno estaba obcecado en superar al maestro.

Walter había aprendido por las malas que, en Guyana y en su negocio, contentarse era peligroso. Siempre había que ir un paso más allá, buscar una nueva oportunidad y explotar cualquier ventaja que apareciese.

Sus lanchas semisumergibles llevaban un par de años haciendo la

ruta a Cabo Verde, con un éxito casi rotundo. Las escasas pérdidas eran más que compensadas por el volumen de mercancía que era capaz de transportar. Sin embargo, como en todo juego del gato y el ratón, el otro bando empezaba a reaccionar. Los caboverdianos no tenían demasiados medios, pero ya comenzaban a ponerle empeño y, aunque Walter sabía que tenía las de ganar, no tenía ninguna intención de dejar que el enemigo llevase la iniciativa. Si la policía o la marina de Cabo Verde subían las apuestas, el guyanés quería seguir teniendo las mejores cartas. Y ahí es donde entraban las pruebas de aquella mañana.

Walter llevó a la playa dos prototipos distintos. La diferencia fundamental era la propulsión: uno se movía mediante un motor de aire comprimido y el otro por baterías. *A priori*, el primero debía dar más velocidad y alcance, con la desventaja de que dejaba una estela de burbujas muy visibles. Pero, en tan bisoño torpedo, aquello no le preocupaba; el objetivo era comprobar cuál de los dos funcionaba mejor. O, siendo más rigurosos, ver si alguno funcionaba.

La prueba del torpedo a pilas fue decepcionante, pero definitiva. El artilugio salió disparado en la dirección elegida, pero no había recorrido ni la décima parte del camino previsto cuando se paró y se fue al fondo. Walter y David, debidamente preparados con equipos de buceo autónomo, habían bajado a recuperarlo, aunque el primero ya diagnosticó el problema nada más ver detenerse al torpedo. Las baterías con las que contaba no eran suficientemente potentes, y sería difícil encontrar unas que le valieran, teniendo en cuenta las enormes restricciones de espacio con las que tenía que jugar. Sus torpedos tenían que ser mucho más pequeños que los que usaban las marinas de guerra.

Walter aprovechó para mirar de reojo a David. Era unos años más joven que él, aproximadamente de la misma edad que hubiera tenido ahora Desmond. Walter había vuelto de Colombia para descubrir la muerte de sus padres y su hermano pequeño. Los esfuerzos trabajando para el cártel no tuvieron ningún resultado: su familia acabó muerta mientras él se dejaba la piel para mandarles unos dólares todos los meses. Al volver, solo David, un niño mocoso

con la cara picada por la viruela, fue capaz de decirle algo sobre su familia. El amigo de Desmond, que había perdido a sus propios padres años atrás, vivía en la calle, dependiendo de la caridad de otros. Aun así, no cejó hasta conseguir que los vecinos dieran una sepultura digna a los Darke. Walter se lo agradeció, acogiéndolo, y el joven le correspondió con una lealtad comparable tan solo a la de Pluto.

El guyanés devolvió sus recuerdos a las pruebas de aquella mañana; al segundo prototipo, que había resultado tan «divertido».

El torpedo salió disparado desde el costado de la embarcación y les había costado seguirlo. Las pruebas las hacían desde una semirrígida que bajaban en un remolque hasta la cala. La lancha era muy rápida, pero apenas pudo seguir al torpedo. El ingenio siguió la trayectoria rectilínea prevista durante varios cientos de yardas; pero, de repente, se descontroló por completo. El torpedo salió del agua dibujando una curva, con la mala suerte de que, al volver a impactar con la superficie, parecía haberse roto algo. Desde ese momento, su trayectoria fue completamente errática, hasta detenerse e irse al fondo. Walter creía saber qué había pasado y sabía que recuperar suficientes piezas iba a ser difícil. El artilugio había llegado a una zona más profunda y estaba casi seguro de que algunas piezas se habrían desprendido al golpear con la superficie del mar. En cualquier caso, demostrar su teoría iba a ser relativamente sencillo: el péndulo con resortes que debía controlar la profundidad se había quedado fuera de límites por la variación de peso que suponía el consumo del aire comprimido. Nada que unas pocas pruebas en el taller no pudieran solucionar.

Los rayos de sol incidían con fuerza sobre las aguas de la dársena, dándoles su paradisíaco color turquesa. Un barco de casco gris perturbaba la idílica imagen, su proa recta levantando pequeñas ondulaciones que iban a parar contra los muelles y los demás barcos que llenaban el puerto de Mindelo.

El Guardião era el orgullo de la marina caboverdiana y Henrique Almeida se consideraba un afortunado por poder mandarlo. Había

conocido la mar de pequeñito, de la mano de su abuelo, uno de los viejos pescadores de la isla. El entusiasmo por los barcos le llevó a la pequeña marina local, donde destacó por su buen hacer y dedicación, y un golpe de suerte hizo que tuviera la oportunidad de formarse en Lisboa, en la escuela naval portuguesa.

—Segundo, todo tuyo —dijo Almeida, al librar el rompeolas.

El comandante se sentó en su sillón y observó cómo sus oficiales establecían la condición normal de navegación y dirigían al Guardião a su zona de patrulla.

Tras la formación recibida en Portugal, la carrera del joven marino había sido meteórica. Lo aprendido en Lisboa, unido a una habilidad marinera casi innata y a la pasión por su trabajo, le impulsaron hasta el puesto de mayor responsabilidad en la marina de Cabo Verde. El Guardião era el barco de mayor porte de las fuerzas caboverdianas y, desde hacía unos años, el único con verdadera capacidad oceánica. Desde la retirada del viejo Vigilante, un dragaminas alemán del año 70, reconvertido, los caboverdianos solo contaban con el Guardião y una miríada de embarcaciones menores. Almeida era perfectamente consciente de que su país no podía permitirse mucho más y de que la marina se limitaba a un modesto servicio de guardacostas, pero eventos recientes estaban demandando mucho de las fuerzas navales caboverdianas.

Un país archipelágico, con poca o ninguna trascendencia en la geopolítica internacional y sin grandes incertidumbres de seguridad y defensa, no debía tener mayores problemas en proteger sus intereses marítimos; y todo había sido así hasta la reciente aparición de una amenaza con la que nadie contaba.

Como era lógico, el tráfico de droga desde Sudamérica a Europa, tradicionalmente, se hacía por barco; pero los grandes mercantes, entre cuya carga se escondía la mercancía, no tenían motivo para detenerse en Cabo Verde, y el archipiélago había vivido inmune a los peligros que este particular comercio suponía. Sin embargo, todo cambió hacía cosa de un par de años. Almeida no sabía si fruto de la presión ejercida en las aduanas de los puertos, de un nuevo modelo de negocio o, simplemente, de la busca de nuevas oportunidades, pero los narcos evolucionaron: imitando la reciente

eclosión de los narcosubmarinos en las rutas por la costa del Pacífico, los traficantes que llevaban la droga a Europa empezaron a usar estas pequeñas embarcaciones.

Inicialmente, todo el mundo descartó la posibilidad de que los ingeniosos, pero precarios, semisumergibles fuesen capaces de hacer la travesía transatlántica; pero los hechos demostraron que infravaloraban a los traficantes. El término «narcosubmarino» podía llevar a error, ya que la mayoría de las embarcaciones no eran completamente sumergibles, sino que navegaban semihundidas, con solo una pequeña parte del casco sobresaliendo del agua. Cuando el fenómeno comenzó a tomar fuerza, Almeida, por curiosidad profesional, leyó un poco sobre el tema. En el Pacífico, era evidente que existían distintos modelos, lo que parecía indicar varios constructores diferentes; probablemente, cada uno asociado a un cártel. Sin embargo, el marino estaba convencido que todos los arribados a Cabo Verde habían salido del mismo «astillero». En Sudamérica, había modelos derivados de embarcaciones de recreo, y otros fabricados expresamente. Los que estaban cruzando el Atlántico parecían de este segundo tipo.

Hasta el momento, se habían encontrado dos narcosubmarinos abandonados en las costas del archipiélago. Parecía que usaban las islas como nodo, usando otras embarcaciones para hacer el trayecto final hasta el continente. La policía les intentaba seguir la pista y los rumores apuntaban hacia una rama de la mafia rusa, pero hasta el momento no habían tenido ningún éxito. Ambas embarcaciones encontradas compartían la forma de una lancha de carreras, aunque estaban diseñadas para navegar casi hundidas, con solo un minúsculo puente y las aspiraciones y exhaustaciones por encima del agua. Almeida sabía que se trataba de un enemigo a tener en cuenta; difíciles de detectar y, aunque no se había dado el caso, un hombre con un arma automática dentro podía hacerlos una presa difícil. Pero le preocupaban más todavía los narcosubmarinos que no veía. No solo las lanchas semihundidas que se colaban sin ser vistas, sino que ya se habían encontrado varios ingenios verdaderamente sumergibles; la mayoría, en aguas del Pacífico o, incluso, siendo construidos en las selvas de Colombia. Sabiendo

que ya había aparecido un semisumergible nada menos que en el norte de España, Almeida estaba seguro de que habría verdaderos submarinos capaces de hacer la travesía transoceánica. Al marino caboverdiano no le cabía duda de que, si no estaba ocurriendo ya, pronto, toneladas de cocaína se escaparían de su control bajo las aguas del archipiélago. El problema era que no tenía los medios para hacer nada al respecto.

—Comandante, la primera guardia está en sus puestos y hemos establecido la vigilancia de superficie.

—Muy bien —contestó Almeida—. Escuchadme todos. Mantened los ojos bien abiertos, tanto en el radar como visualmente. No tengáis miedo de avisar de cualquier cosa que os parezca un contacto. Estamos buscando objetos que apenas levantan un palmo de la superficie. El radar los va a confundir con pequeñas olas y vuestros ojos con efectos ópticos y espuma de los borreguillos. Quiero que el radar trabaje prácticamente sin filtros y que se comprueben todos los posibles contactos con la cámara.

—Esta es la última.

Pablo puso la caja en el suelo con un gruñido y cerró la puerta de un taconazo.

—Muy bien —le contestó Marta, acercándose para darle un beso en los labios—. Ahora solo queda abrirlas y colocar las cosas.

Pablo miró a su alrededor. Una docena de cajas se apilaban en la entrada, y sabía que el resto de las habitaciones estaban igual o peor.

—¿No podemos tomarnos un descansito? Llevamos toda la mañana sin parar.

—Ni hablar. Como paremos ahora, luego no soy capaz de ponerte a funcionar otra vez ni con amenazas. Te me estás volviendo un vago desde que no trabajas.

—Encima que me traes a vivir al extranjero —protestó Pablo.

—Pablo, estamos a diez minutos del centro, andando.

—¡Bah! Puerta Tierra —dijo él con media sonrisa, colocándole un rebelde mechón de pelo detrás de la oreja.

La decisión fue mucho más fácil de lo que podría parecer. Hacía ya dos años que se conocían y la relación era todo lo que ambos podían esperar; no tenía sentido seguir manteniendo sus pisos por separado. Después de unas semanas buscando, encontraron un apartamento que se amoldaba a sus necesidades y ambos dejaron sus respectivos pisos.

—De verdad que no te entiendo —se exasperó Marta—. Cuanto menos trabajas, menos ganas tienes de trabajar.

—Pues, aunque parezca mentira, últimamente no paramos.

—Pero si me habías dicho que iban a criogenizar el barco.

—Bueno... el barco no hace falta congelarlo, pero sí que lo vamos a dejar parado.

—Entonces, ¿cómo puedes tener la cara de decirme que tienes mucho lío? —sonrió Marta, que ya se esperaba una de las bromas de su novio.

—Te lo digo completamente en serio. Hay que prepararlo para estar cerrado tanto tiempo: vaciar muchas cosas, proteger otras, pedir permisos, organizar almacenes...

—Entonces, ¿es imposible que os salga algún trabajo?

—Imposible, no —contestó Pablo—. Pero ya hemos tenido bastante suerte: tres misiones como barco de guerra privado es algo con lo que ni podríamos haber soñado. Casi me da más pena por la corporación que lo ha comprado que por nosotros, que tuvimos la oportunidad de disfrutarlo mientras duró.

—A mí no me da pena ninguna —respondió Marta—. Ahora lo que tienes que buscarte es un trabajo tranquilito con el que puedas estar en casa todas las tardes.

Pablo la miró sonriendo.

—Por ahora ya me tienes bastante entretenido aquí —dijo, abarcando con un gesto del brazo las cajas que abarrotaban el pasillo.

—Quejica... —murmuró Marta, mientras comprobaba el móvil—. Diana viene este finde.

—¿¡Por qué narices te escribe a ti!? Se supone que yo soy su padre.

—Pues será por eso, bobo.

—No sé para qué le estoy pagando un piso en Sevilla...

—Calla, anda. Si se te cae la baba cuando viene. Tu niña universitaria.

—Si lo que me mosquea es que se haya querido ir a Sevilla, cuando se podía haber quedado a estudiar aquí.

—¿Y tener que aguantarte todos los días? —le picó Marta.

—Serás... —dijo Pablo, abalanzándose a por ella.

La extremeña, sabiendo lo que venía, huyó de las cosquillas por el pasillo, mientras se reía a carcajadas.

El Guardião estaba patrullando a poniente de Santo Antão, buscando contactos en una zona donde su comandante sabía que no debía haber ninguno. Porto Novo, el puerto de la isla, estaba en la otra costa, y los barcos que se dirigían a él procederían de más al norte o más al sur. Los pesqueros locales tampoco solían aventurarse a la costa de poniente, donde era más difícil llenar las redes.

Llevaban ya varios días de patrulla y, hasta el momento, estaba resultando tranquila; al menos, en cuanto a situaciones reales. Almeida se había asegurado de mantener a los suyos entretenidos a base de continuos ejercicios. Incluso el hecho de navegar más de un día seguido era casi una novedad cuando tomó el mando del Guardião. La relativa cercanía de las islas y la escasa amenaza percibida habían hecho que los comandantes anteriores se acomodaran en la rutina de navegar de día, pasando las noches cómodamente amarrados en alguno de los puertos del archipiélago. Pero Almeida no estaba dispuesto a pasar por ahí. Las amenazas eran las mismas de noche que de día; más, si cabe, cuando la oscuridad permitía a aquellos que trabajaban al margen de la justicia enmascarar sus actividades.

El caboverdiano sabía que, inicialmente, la dotación no se lo había tomado bien. Acostumbrados a descansar de noche y a aprovechar para salir a cenar o incluso tomar algo, no les hizo ninguna gracia pasar horas en vela, navegando a oscuras. Pero el esfuerzo dio sus frutos; el barco se convirtió en una máquina bien engrasada, que era

capaz de realizar las maniobras más complejas con seguridad, y el espíritu de equipo y mejora constante que aquello creó compensaba el trabajo extra que demandaba de sus hombres.

Aquella tarde estaban poniendo en práctica otra de las «importaciones» que Almeida había traído de Portugal. Sabía que muchos envidiosos murmuraban a sus espaldas, cansados de que insistiera en aplicar lo aprendido en Lisboa, pero no le importaba. Cabo Verde no contaba con aeronaves puramente navales, pero, tras mucho insistir, Almeida había conseguido que uno de los pocos helicópteros que dependían del gobierno les apoyase de vez en cuando. Pocos meses atrás, mediante los fondos de ayuda de la Unión Europea, incluso le instalaron un sencillo radar de superficie. El aparato estaba lejos de ser uno de los helicópteros embarcados de las armadas modernas, y mucho más lejos de ser un poderoso avión de patrulla marítima; pero, a pesar de sus limitaciones, podía ofrecer un apoyo inestimable al barco. Precisamente por eso, se estaban adiestrando en trabajar con él, para que sus hombres y los del helicóptero se acostumbraran a cooperar, a pasarse contactos y a entender lo que el otro le decía.

El patrullero, a diferencia de las fragatas que Almeida había conocido en Portugal, no contaba con un centro de información y combate, con lo que todo se hacía desde el puente, incluyendo las comunicaciones con el helicóptero. El comandante del Guardião estaba pensando en nuevas formas de sacarle provecho al helicóptero, cuando la radio lo sacó de sus maquinaciones.

—Guardião de Serafim, tengo un contacto al 300 de Ponta do Portinho, unas ocho millas.

Almeida miró de reojo cómo los operadores del puente comprobaban la posición que indicaba el helicóptero. El comandante del patrullero había decidido que este tipo de misiones las harían apagando el AIS: el sistema automático de identificación estaba bien para cuando querían mostrar presencia; pero, para coger a los malos con las manos en la masa, tenía que pasar desapercibido. El inconveniente era que el Guardião, sin radar aéreo, no siempre veía al helicóptero. Este, que tenía AIS para indicar que volaba en misión de búsqueda y rescate, también lo llevaba apagado, siguiendo las

instrucciones de Almeida. Así, para referenciar las posiciones, habían acordado hacerlo respecto a puntos notables de la costa, que ambos podían localizar con facilidad.

La guardia terminó de comprobar la posición y el oficial lo miró.

—¡Vamos para allá! —ordenó Almeida, entendiendo el gesto de su hombre—. Y decidle al helicóptero que se acerque.

El comandante del Guardião intentó no dar señales de nerviosismo; podía ser cualquier cosa. Pero era muy raro que hubiese un barco por allí y, hasta el momento, todos los contactos del *helo* habían sido buenos.

—Guardião de Serafim, estamos en las proximidades de la zona. No vemos... ¡espera! ¡Hay algo ahí abajo!

En el puente del patrullero se oyó el eco de otra voz, atenuada por el ensordecedor ruido de la turbina del helicóptero y la distancia. La comunicación se cortó unos segundos, durante los que todos se miraron unos a otros, expectantes.

—Es algún tipo de embarcación —se volvió a oír la voz del Serafim—. Pero parece que está medio hundida. ¡Puede que estén en peligro! Los vamos a llamar.

—¡No! —exclamó Almeida, saltando de su sillón y arrebatándole la radio a uno de los suyos—. ¡Serafim de Guardião! No contacte con la embarcación. Describa lo que está viendo.

—Es algo muy raro —se oyó, dudosa, la voz del piloto—. Es una embarcación afilada, como una lancha deportiva, pero apenas levanta un palmo de la superficie. Han debido de tener algún tipo de problema...

A Almeida casi se le sale el corazón por la boca.

—¡No han tenido ningún problema! ¡Eso es un narcosubmarino!

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—¡Joder! —se oyó al cabo de un rato—. ¡Puede ser! ¿Qué quiere que hagamos?

Almeida estaba a punto de contestar cuando el segundo, que había subido al notar el cambio de rumbo y velocidad del barco, se acercó a él.

—Quedan veinte minutos para el ocaso —dijo.

—Mierda...

—Manténgase en la zona mientras pueda —dijo el comandante del Guardiã por la radio—. Vamos para allá a toda máquina. No pierda el contacto y evite ser visto.

—Está bien. Pero ya sabe que en unos minutos tengo que irme de aquí. Se va a hacer de noche.

—Lo sé —contestó Almeida—. No lo pierda.

El helicóptero local no estaba autorizado para volar de noche sobre la mar, salvo que hubiera vidas en peligro.

—¡Todo el mundo atento al radar! —ordenó Almeida—. Tenemos que encontrar ese contacto antes de que el Serafim se vuelva para casa.

El Guardiã exprimió sus motores en demanda del punto indicado por el helicóptero. Almeida solicitó que le dieran el rumbo y velocidad del contacto, para poder calcular un rumbo de interceptación. Prácticamente todos los que estaban en el puente se apelotonaron alrededor de la pantalla del radar, excepto un par de marineros que oteaban el horizonte con sus prismáticos. Aún estaban demasiado lejos, pero Almeida se alegraba de que se lo estuvieran tomando tan en serio.

—¡Ahí me ha parecido ver algo! —exclamó un marinero, señalando la pantalla—. Coincide con donde ha dicho el helicóptero.

—Pero el narcosubmarino ya no está ahí —le explicó un suboficial—. Si ha mantenido el rumbo y velocidad, debe estar... por aquí —señaló la pantalla.

Los minutos pasaban y Almeida empezaba a ponerse nervioso. Si el helicóptero se iba y el narcosubmarino hacía algún cambio de rumbo, lo tendrían muy difícil para encontrarlo.

—Creo que aquí hay algo... —murmuró el suboficial—. Es un eco muy débil y no aparece en todos los barridos, pero sale siempre en el mismo sitio.

—Probad a ajustar los filtros —ordenó Almeida.

Los radares de navegación no tenían la complejidad de los avanzados radares militares, pero unos sencillos filtros modificaban los ajustes para intentar obtener una presentación más clara. El problema era que podían hacer que se perdiera información: lo que el radar filtraba pensando que eran retornos de las olas, bien podía

ser un contacto pequeño.

Almeida se acercó a la pantalla del radar y vio al suboficial jugando con las ruedecitas de los controles. La pantalla se ensució considerablemente, mostrando muchos ecos que cambiaban con cada barrido. Pero también hizo más fuertes los contactos que ya existían y, si sabías dónde mirar, aunque el sistema automático del radar aún no lo detectase, estaba claro que había un contacto.

—Ahí está —dijo, triunfante, el suboficial.

—Llamad al helicóptero; que refresque la posición del contacto para confirmar que es ese.

Almeida se volvió a sentar en su sillón mientras hacía un cálculo rápido de cuánto tardarían en alcanzar al narcosubmarino.

—Guardião de Serafim. Este carruaje está a punto de convertirse en calabaza: me vuelvo para casa.

Almeida asintió y el operador radio le dio el enterado al *helo*.

—Segundo, vamos alistando al equipo de asalto y cubriendo la ametralladora.

El Guardião contaba con una sola ametralladora ligera en el castillo, que debía ser más que suficiente para cumplir con las misiones que se le solían encomendar. Los miembros del equipo de asalto, pertenecientes a las incipientes fuerzas especiales caboverdianas, estarían deseosos de poder hacer un apresamiento. Almeida confiaba en ellos, sabedor de que habían sido adiestrados por países OTAN, pero le hubiese gustado contar con algo más para intimidar a un posible narcotraficante zumbado, que pensase que tenía una oportunidad de librarse por la fuerza de la detención.

La velocidad de acercamiento combinada del patrullero y su presa hizo que, pocos minutos después, una sutil estela comenzase a verse desde el Guardião. La embarcación se camuflaba tan bien, que era más fácil vislumbrar el débil rastro de espuma que dejaba que su propio casco.

Almeida dio las órdenes oportunas para que el Guardião fuera poniéndose al mismo rumbo que la narcolancha. Sabía que los traficantes no se detendrían con los primeros avisos, y no tenía ninguna intención de dejar que se alejasen mientras él invertía el rumbo de su barco. Pensándolo bien, era muy probable que ni

siquiera llevaran radio o que no la tuvieran permanentemente a la escucha.

Las manos del marino caboverdiano comenzaron a sudar, mientras se imaginaba todos los imprevistos que podían darse. Todo parecía indicar que estaba a punto de capturar al primero de aquellos ingenios, un hecho que tenía el potencial de convertirse en la notoriedad que necesitaban las fuerzas navales de su país entre la opinión pública. Pero dar una mala imagen también podía hacer mucho mal, y Almeida no creía que pudiese vivir sabiendo que había ocurrido bajo su responsabilidad.

Uno de los marineros del puente comenzó a llamar al narcosubmarino. El comandante del Guardiã no creía que los narcos les hubiesen visto aún y sabía que tendría que bajar velocidad para arriar su embarcación. Echando un vistazo por los ventanales del puente, vio que la mar estaba como un plato, por lo que su pequeña embarcación semirrígida no tendría problemas en pasar unos minutos en el agua, siguiéndoles. Almeida dio las órdenes pertinentes.

Las llamadas por radio estaban siendo obviadas y al marino no le cabía ninguna duda de que iba a tener que hacerles parar por las malas. Pero no tenía la más mínima intención de poner en peligro a los miembros del equipo de abordaje; no solo por la posible reacción de los narcos, sino porque abordar una embarcación tan pequeña, sin prácticamente nada a lo que asirse y a solo un palmo del agua, era inherentemente peligroso.

—Segundo, que en la ametralladora se preparen para disparar una ráfaga por su proa.

El Guardiã, con su pequeña *rhib* navegando en conserva, oculta del narcosubmarino por el propio patrullero, se colocó al costado de los traficantes, navegando al mismo rumbo. Almeida sabía que ya era muy probable que le hubieran visto, pero, por el momento, no se apreciaba ningún cambio en la narcolancha.

Poco después, su segundo le informaba de que estaban listos y Almeida daba el visto bueno. La pequeña ametralladora del castillo escupió varias ráfagas cortas, que fueron a impactar unas yardas por la proa de los traficantes. El comandante del Guardiã observó

cómo los piques, dirigidos por el aumento en elevación provocado por el retroceso del arma, dibujaban una línea delante del narcosubmarino; un claro aviso: no sigas o habrá consecuencias. Pero Almeida también notó otra reacción: la de sus hombres. Aunque no hubiesen tirado a dar, acababan de abrir fuego contra el enemigo y las caras de los tripulantes del Guardião reflejaban los nervios que escondían tras su profesionalidad y adiestramiento.

—No parece que reaccione —dijo el segundo, innecesariamente.

Almeida asintió, sin quitar los ojos del narcosubmarino. Y, entonces, lo vio.

—¡Está cayendo! —exclamó el suboficial del puente.

Efectivamente, los narcotraficantes hacían por alejarse del Guardião.

No se iban a detener por los disparos de aviso y Almeida seguía sin querer mandar al equipo de abordaje mientras se estuvieran moviendo.

—Aumenta velocidad —ordenó—. Cae a babor y córtale la proa.

Los cuatro Caterpillar del Guardião rugieron y su ventaja de velocidad se hizo notar enseguida. El patrullero volvió a ponerse al costado de la narcolancha, recuperando la distancia perdida por la caída de esta y, poco a poco, la adelantó.

Llegado un punto, su segundo lo miró inquisitivamente y Almeida asintió.

El Guardião cayó francamente a babor, aún moviéndose a mayor velocidad que el narcosubmarino y poniendo un rumbo perpendicular a este, lo que le haría pasar justo por delante.

Su segundo había sido conservador y la distancia de cruce sería más que segura, dejando un hueco entre ambas embarcaciones. Almeida estaba a punto de ordenar reducir la velocidad, para asegurarse de que se quedaban delante del narcosubmarino, cuando uno de los vigías de babor le interrumpió.

—¡Ha... ha tirado algo!

—¡¿Qué?! —preguntó el comandante.

—¡Algo que viene hacia nosotros!

Almeida recorrió la distancia que le separaba del alerón de un salto y, nada más asomarse, lo vio: algún objeto que se movía

debajo del agua estaba dejando una gruesa estela que, como una flecha proveniente del narcosubmarino, apuntaba al Guardião.

—¡Atrás toda! ¡Toda la caña a babor!

Demasiado tarde.

La distancia era tan corta que, antes de que sus órdenes fueran repetidas, el proyectil submarino impactó contra el Guardião.

Almeida sintió, primero, estremecerse el barco y, un instante después, una explosión que le hizo caer de espaldas.

Pablo estaba sentado en el sillón, disfrutando de uno de los pocos momentos de sosiego que le había dado Marta en los últimos días. Tenía puestas las noticias en la tele, aunque no les estaba haciendo mucho caso. A su lado, Marta tecleaba en el portátil, probablemente liada con algún asunto del trabajo.

Estaba a punto de cerrar los ojos, su sangre concentrada en el estómago después de comer y él dispuesto a dar una cabezadita, cuando algo en el telediario llamó su atención. El gaditano cogió el mando y subió el volumen.

—El único patrullero de la marina de Cabo Verde se hundió ayer, en circunstancias extrañas —decía la presentadora.

Marta, extrañada por la súbita atención de Pablo, levantó la cabeza del portátil.

—¿Qué...?

—Un momento —susurró Pablo, cogiéndola de la mano.

—El Guardião parece haber colisionado con un objeto submarino, yéndose a pique poco después —decía la presentadora, mientras se mostraban imágenes aéreas en la penumbra rojiza del ocaso: un barco pintado de gris, francamente escorado a babor—. Las imágenes han sido tomadas por un helicóptero de Cabo Verde que, poco antes, colaboraba con el patrullero en la búsqueda de una embarcación sospechosa.

»El gobierno de Cabo Verde no se ha pronunciado sobre los hechos y no sabemos si la embarcación que el patrullero buscaba ha tenido algo que ver. Sin embargo, se han filtrado imágenes que, quizás, puedan arrojar algo de luz sobre el asunto.

En la pantalla apareció un vídeo grabado en vertical, evidentemente, desde algún teléfono móvil. Se veía, en primer plano, lo que parecía ser el patrullero y, detrás, la superficie del mar. Pablo, que esperaba ver imágenes de la avería, no entendía por qué el que grababa apuntaba hacia fuera, hasta que una estela blanca que perturbaba la superficie llamó su atención.

El objeto, que parecía viajar bajo el agua, se dirigía hacia el costado del barco a toda velocidad. Pablo apretó la mano de Marta tan fuerte que esta se soltó.

El impacto hizo caerse al camarógrafo, y el móvil quedó tirado sobre la cubierta, mirando al cielo. Poco después, alguien lo recogía y detenía la grabación.

—Jo-der —masculló Pablo.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé —contestó él, dándose tiempo para encontrar una explicación que no le obligara a decir lo que le estaba pasando por la cabeza.

—Parecía... —dijo Marta tras unos segundos.

—Un torpedo —sentenció él—. Un torpedo...

—¿Qué piensas?

—En demasiadas cosas... ¿Quién querría tirarle un torpedo a un patrullero? Y, mucho menos, a uno de Cabo Verde. Por otra parte, no creo que fuera un torpedo convencional. Los torpedos pesados modernos son capaces de partir enormes barcos de guerra en dos. Ese patrullero se ha hundido, pero no parece que el proyectil haya hecho más que un boquete. Ni siquiera la explosión ha parecido demasiado grande; el cámara debería haberse desintegrado. Y... echaba demasiadas burbujas. Los torpedos modernos son mucho más difíciles de ver. Me suena que, en la Segunda Guerra Mundial, todavía había torpedos que dejaban mucha estela, pero eso está más que superado.

Marta lo miró, preocupada.

—¿Crees que te va a afectar?

—¿A mí? —preguntó Pablo, extrañado—. No —dijo, tras darse cuenta a lo que se refería ella—. Sea lo que sea esto, el Albatros no está preparado para este tipo de cosas. No tengo ni idea de qué

habrá ocurrido, pero a nosotros nos habría pasado exactamente lo mismo que a ese patrullero.

Almeida se pasó la mano por la guerrera del uniforme blanco, intentando alisar las arrugas que el asiento de la pequeña avioneta habría causado. El avión acababa de aterrizar en Praia, la capital de Cabo Verde y sede del Ministerio de Exteriores y Defensa. El hundimiento del Guardião había causado el revuelo esperado y sus jefes le informaron de que el propio ministro quería conocer en persona su versión de los hechos.

El marino se dirigía hacia la pequeña terminal del aeródromo, cuando un soldado le interceptó.

—¿Almeida?

El aludido asintió.

—Buenos días. Acompáñeme, por favor.

Almeida lo miró inquisitivamente y el militar señaló un sedán aparcado en las proximidades.

—Soy su chófer.

El marino se dejó llevar hasta el coche y se sentó detrás, sorprendido de la bienvenida.

Apenas hacía un par de días de los aciagos eventos que acabaron con su barco en el fondo del mar. Almeida no había dejado pasar ni un momento desde que los médicos lo soltaron y arregló los asuntos más urgentes en Mindelo. No tuvo tiempo de pararse a pensar en qué recepción le esperaba en la capital; pero, desde luego, no se la hubiera imaginado de esa forma.

El marino se acomodó en el asiento y miró por la ventanilla, pero sus ojos, en realidad, no veían las calles por las que pasaba el sedán.

Aquella tarde, el impacto del torpedo le había hecho caer de espaldas, pero Almeida se puso inmediatamente de pie para asomarse por el alerón. A pesar de que el puente estaba situado a mitad de la eslora y en el punto más ancho del barco, no pudo vislumbrar bien la zona del impacto; pero la cubierta alrededor había

sufrido evidentes daños, y el agua agitada que aún se arremolinaba en torno al casco daba una idea de la entidad de la explosión. Porque, para entonces, Almeida no tenía ninguna duda de lo sucedido: algún tipo de torpedo —pequeño, quizás, pero torpedo al fin y al cabo— había impactado contra el Guardião.

Lo siguiente que notó el caboverdiano fue cómo su barco comenzaba a escorarse a babor.

—¡Quiero saber qué pasa ahí abajo! —gritó al puente—. Y que alguien me diga si seguimos teniendo gobierno y propulsión.

—Hemos perdido velocidad y caemos a babor.

Posiblemente, el impacto hubiese afectado a los motores de babor, haciendo que los de estribor empujaran al barco en esa dirección. Almeida miró al mar, buscando la dirección de procedencia del viento y el oleaje.

—Deja que caiga hasta el 330 e intenta mantenerlo ahí.

Poner la mar por el otro costado debería ayudar a que no entrara más agua.

El marino volvió a salir al alerón y se sorprendió de lo cerca que parecía estar el agua. El Guardião escoraba francamente.

Cuando se giró de nuevo hacia el puente, su segundo estaba en el marco de la puerta.

—Comandante...

—Lo sé. ¿Qué han dicho de abajo?

—No lo ven bien, pero parece un boquete enorme. Entra agua a raudales.

Almeida suspiró.

—Abandono de buque.

El coche se detuvo en un *parking* interior y Almeida se dio cuenta de que habían llegado. El chófer le acompañó hasta una recepción, donde le hicieron pasar a una sala de espera. El marino se sentó en uno de los sillones, su mente aún en el barco que, hasta hacía poco, fuera su orgullo.

Las dos docenas de miembros de la tripulación del Guardião se

apelotonaban en el castillo, junto a las balsas salvavidas. Almeida empezaba a pensar que había dado la orden demasiado pronto; quizás, todavía quedaba algo por hacer.

Un brusco movimiento del barco le hizo olvidar esa idea. El *Guardião* volvió a escorar y la mar besaba ya el alerón de babor. Les quedaban unos minutos.

El comandante se dirigió al alerón de estribor, desde el que podía ver mejor el castillo y donde, si el barco se hundía, tendría más posibilidades de sobrevivir. En la proa, su gente había conseguido lanzar uno de los dos cilindros que contenían las balsas al agua, donde se había abierto para revelar la embarcación hinchable. Unos pocos se descolgaban hacia la superficie del mar. En el agua, cerca de la balsa, la *rhib* del *Guardião* aguardaba, atenta por si tenía que ayudar a alguien. Hasta que apareció un minuto antes, Almeida se había olvidado de que ya la tenía en el agua. El resto de su gente se afanaba en liberar la otra balsa. El sistema era relativamente sencillo, pero estaban teniendo algún problema. El marino estaba a punto de pegar un grito para preguntar qué pasaba, cuando el barco se sacudió y comenzó a hundirse, mientras escoraba descontrolado a babor.

Almeida no se lo pensó dos veces. Con la idea de saltar al agua, se asió a la tapa de regala, solo para darse cuenta de que lo que tenía debajo no era el mar, sino el costado del barco, que ascendía hacia él a medida que este volcaba. El caboverdiano se sentó y se deslizó costado abajo, midiendo el momento en el que tendría que saltar para alejarse del casco.

Con sus piernas ya llegando a la pintura roja de la obra viva, el comandante del *Guardião* clavó los pies, se impulsó y se lanzó al mar.

El golpe de agua fría fue como un bofetón y Almeida pataleó para buscar de nuevo la superficie. No habría hecho falta; su chaleco salvavidas se infló, haciéndole ascender rápidamente. El marino se dio la vuelta, a tiempo de ver por última vez su barco sumergiéndose hacia las profundidades con una hélice aún girando.

Almeida nadó con todas sus fuerzas, alejándose del *Guardião*. El patrullero solo desplazaba 290 toneladas, pero su hundimiento haría

que el mar succionara todo lo que tuviera alrededor, y no tenía ninguna intención de irse al fondo con él. Todavía tenía una veintena de hombres y mujeres por los que preocuparse.

A su alrededor flotaban objetos y personas. Los gritos de su dotación no le permitían distinguir si alguien necesitaba ayuda urgente. Por un momento, estuvo a punto de mandar silencio para intentar poner un poco de orden, pero enseguida lo descartó por absurdo. Sus ojos recayeron sobre la *rhib* y, gritando con todas sus fuerzas, ordenó al patrón acercarse.

Aunque pudiera parecer un gesto egoísta, Almeida sabía que desde la embarcación podría coordinar mejor las labores de rescate. Uno de los miembros del equipo de abordaje le ayudó a subir, tirando de las cinchas de la espalda de su chaleco, y Almeida miró a su alrededor. Tener los ojos más de un metro y medio sobre la superficie aumentó sorprendentemente su horizonte.

Una balsa flotaba plácidamente a unos metros, con una docena de personas a bordo, aparentemente en buen estado. Mientras miraba, un cilindro emergió de las profundidades, abriéndose al llegar a la superficie: la otra balsa. El presostato habría saltado al alcanzar el Guardião la profundidad predeterminada, y la balsa se había liberado. La media docena de personas que quedaban en el agua comenzaron a nadar hacia la balsa.

Almeida miró a su alrededor y determinó que nadie estaba en peligro inminente, pero la noche estaba al caer y pronto perderían la poca luz que quedaba. No podía permitirse dejar a alguien en el agua, a oscuras; jamás lo encontrarían.

—Voy a tener que dejaros a algunos en la balsa —dijo a los miembros del equipo de abordaje.

Los infantes de marina asintieron sin pestañear y el patrón se acercó con cuidado a la segunda balsa. Cuando los hubieron descargado, Almeida le ordenó recoger a aquellos que habían quedado más lejos de las balsas. Una vez tuvo a todos los que podían ver, usó la embarcación para reunir a las dos balsas.

—Aquí somos trece —dijo su segundo, desde la primera balsa.

—¿Y ahí? —preguntó Almeida.

—Seis —contestó un veterano mecánico desde la otra balsa.

Eso hacía veintitrés, con los cuatro que se habían quedado en la *rhib*. Faltaban cinco.

—¿Cuánta gente te faltaba en el castillo? —preguntó Almeida.

—Tres —contestó su segundo.

Almeida asintió, la gravedad de la situación empezando a asentarse.

Esos tres primeros faltos tenían que darlos por perdidos. Todo el que estaba a bordo había sido perfectamente consciente de que el barco se hundía. El que no había salido era porque no había podido. Almeida sabía que pronto le llegarían noticias, a través de los compañeros que los hubieran visto por última vez, pero no podía pararse a pensar en eso. Faltaban otras dos personas, que estaban en la estación de lanzamiento de las balsas, pero ahora no aparecían. Esos eran los que tenían que encontrar.

—Vamos a ir a buscarlos con la *rhib* —dijo—. Amarrad las balsas para no separaros. Dejad encendida una de las radios y una de las linternas, para que podamos encontraros de vuelta. Guardad la batería de las otras. Hemos dado la señal de socorro y estamos cerca de costa; vendrán a por nosotros enseguida, pero tenemos que ser precavidos.

—El ministro le recibirá ahora.

Almeida se puso de pie y siguió a la funcionaria por un pasillo que acababa en una gran puerta de madera.

—Adelante.

El marino entró en la estancia, echando un rápido vistazo alrededor.

El despacho era ligeramente alargado, con una gran mesa al fondo y una bandera de Cabo Verde en una esquina. En primer plano, al lado de los ventanales, varios sillones yacían alrededor de una mesa baja. Era alrededor de esta mesa donde tres hombres esperaban de pie.

Almeida los reconoció de inmediato. El único que vestía de civil era el ministro. A su derecha, de uniforme marrón, el jefe de Estado Mayor de la Defensa, el militar de más alta graduación del país. Al

otro lado, con el mismo uniforme blanco que Almeida, el almirante que mandaba las escasas —y más ahora— fuerzas navales del país.

—¡Ah! Almeida —dijo el ministro—. Pasa, pasa.

Los tres hombres le tendieron la mano y el marino las estrechó, demasiado nervioso para decir nada.

—Siéntate, por favor —dijo el ministro, señalando uno de los sillones—. ¿Qué quieres tomar?

Almeida vio la bandeja con las tazas y las teteras e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Nada, muchas gracias.

—¡Oh, vamos! Acompáñanos. Quiero que esta reunión sea lo más relajada posible.

El ministro pidió un café y los dos oficiales generales le imitaron. A Almeida no le quedó más remedio que seguir el ejemplo de sus jefes.

El político se recostó en el sillón, mientras la funcionaria servía los cafés, y sonrió mirando al marino.

—Muchas gracias por venir —dijo—. ¿Cómo te encuentras? ¿Te has recuperado? Le dije al general que no se le ocurriera hacerte venir hasta que no estuvieras perfectamente.

—Estoy bien, muchas gracias. Tuve la suerte de no sufrir ninguna lesión.

—Me alegra oírlo —dijo el ministro—. He querido que vinieras hoy para escuchar de primera mano tu relato. Por supuesto, seguiremos los procedimientos establecidos para rendir los informes oportunos, pero imagino que entenderás que esta situación es extraordinaria y debemos tratarla como tal.

Almeida asintió, incapaz de añadir nada.

—Cuéntanos lo que pasó desde tu perspectiva, hijo —dijo el general.

El marino dejó la taza que, prácticamente, no había tocado encima de la mesa y cogió aire.

Durante los siguientes minutos, Almeida se dedicó a relatar, con toda la delicadeza y precisión que pudo, los eventos ocurridos a bordo de su barco aquella tarde. Empezó por el descubrimiento del

contacto por el helicóptero y su acercamiento. Narró, también, cómo había intentado hacer detenerse al narcosubmarino, llamando por radio y disparando por su proa. Finalmente, tragando saliva, describió la maniobra que realizó para cortarle el paso.

Almeida vio cómo sus tres interlocutores lo miraban fijamente llegado este momento y no pudo evitar un ligero temblor. El marino contó el grito del serviola y cómo se acercó al alerón para ver la espesa estela de algo que se dirigía a ellos a toda velocidad. A pesar de lo que le dolía recordarlo, Almeida relató el hundimiento del Guardiã, intentando hacer hincapié, sin que pareciera evidente, en la rapidez con la que el patrullero se había ido al fondo. El marino no se quitaba de la cabeza la máxima de «no dar nunca por perdido el barco», a pesar de que la falta de compartimentación y pequeño tamaño del Guardiã hubiesen jugado en su contra.

—No te preocupes, hijo —intervino el general—. Nadie te culpa por la pérdida del barco. Continúa.

Almeida detalló el abandono de buque y el hundimiento casi instantáneo del barco, además de cómo había reunido a la dotación y constatado que le faltaban cinco hombres.

—¿Qué hicieron en las balsas, perdidos de la mano de Dios? —preguntó el ministro.

—Aproveché la *rhib* para buscar a los hombres que me faltaban. Por lo demás, sabía que era cuestión de esperar. Habíamos dado la señal de socorro antes de abandonar el barco y las propias balizas de emergencia habrían dado nuestra posición al hundirse. Estábamos cerca de costa y, además, pude ver al helicóptero que estuvo con nosotros dando vueltas durante un rato. Sabía que vendrían a rescatarnos relativamente pronto; mi preocupación era encontrar a los que me faltaban.

—Hiciste todo lo que estaba en tu mano, Almeida —dijo el ministro—. No nos cabe la más mínima duda y serás recompensado por tus acciones en su debido momento.

El marino asintió, aunque por dentro solo podía pensar en que no encontró a ninguno de los hombres que le faltaban. Al día siguiente, apareció un cuerpo. Los otros cuatro, probablemente, descansaban con el Guardiã en las profundidades.

—Hay una cosa en todo esto que nos extraña —dijo el general—. Y estoy seguro de que a ti también. Nos has dicho que fue un torpedo... pero ¿quién le tiraría un torpedo a un patrullero de Cabo Verde? No estamos hablando de una lancha suicida o unos narcos con ametralladoras. Un torpedo es un arma sofisticada.

—Ustedes han visto el vídeo —dijo Almeida, refiriéndose a la filtración que había aparecido en los telediarios de todo el mundo.

Aquello le había enfadado, pues era evidente que fue alguien de su dotación, pero en aquel momento, pensó que le iba a venir muy bien.

—Hemos visto el vídeo, sí —intervino por primera vez el almirante—. Pero no se ve tan bien como para asegurar que fuera un torpedo. Además, un torpedo habría hecho al Guardiño volar por los aires e impactado debajo, no en el costado. Y el general lo ha dicho, ¿quién le iba a disparar un torpedo a nuestro patrullero?

—Almirante, el torpedo procedía del narcosubmarino. La estela no dejaba lugar a dudas. Y, si quiere, podemos llamarlo de otra manera, pero un proyectil subacuático que explota al llegar a su objetivo, a mi entender, es un torpedo.

El almirante entrecerró los ojos y miró a Almeida.

—Vamos, hombre —dijo con media sonrisa—. El termino «narcosubmarino» se usa porque navegan semisumergidos, pero no estamos hablando de submarinos de verdad. ¿Una lancha de narcos tirando torpedos? Estarás de broma.

—No había ningún otro contacto en la zona, y la estela era inequívoca. Provenía del narcosubmarino.

—Si lo hubiera lanzado un verdadero submarino, es muy probable que no lo hubieses visto, ¿no? —preguntó el general.

—Así es, mi general. Pero ustedes mismos lo han dicho. No estamos en guerra; no veo a ninguna marina de guerra atacándonos desde un submarino. Las disquisiciones estratégicas están muy por encima de mi nivel, pero el almirante ha apuntado otro dato importante: parece evidente que no se trataba de un torpedo moderno. Y dudo mucho que alguien se dedique a reparar torpedos de los años cuarenta. Yo apostaría a que se trata de un artilugio de fabricación artesanal.

—¿Y quién iba a querer fabricar un torpedo para tirárnoslo a nosotros?! —exclamó el almirante.

—Ya se lo he dicho —repitió Almeida, que no estaba dispuesto a dar un solo paso atrás—. El torpedo provenía del narcosubmarino.

—Pero esto significaría un cambio radical en su forma de actuar —intervino el ministro.

Almeida se encogió ligeramente de hombros y mostró las palmas de las manos.

—Ministro, ya les he dicho que no me compete valorar las ramificaciones estratégicas. Yo puedo contarles lo que vi y darles asesoramiento técnico: el torpedo provenía del narcosubmarino y, aparentemente, era un artilugio sencillo pero efectivo, con una carga explosiva muy inferior a los torpedos que se utilizan hoy en día.

—Muchas gracias por tu sinceridad, hijo —dijo el general—. Está claro que esto se escapa de nuestras manos —añadió, mirando significativamente al ministro.

—¡La defensa nacional nunca debería escaparse de nuestras manos! —exclamó el almirante.

El ministro miró a ambos y detuvo su mirada sobre Almeida.

—El general tiene razón. Y lo poco que podíamos hacer era a través del Guardián.

—Dígame.

—Pablo, soy Reyes.

—¡Señor Reyes! —dijo Pablo, cogiendo el mando de la tele para bajar el volumen.

Marta lo miró inquisitivamente y Pablo se encogió de hombros mirando el reloj: las diez de la noche.

—¿Has visto lo de Cabo Verde?

—Sí... —respondió Pablo, que había seguido el incidente con interés.

Ya pasados unos días, se sabía que cuatro miembros de la dotación no habían aparecido. Evidentemente, se les daba por muertos, junto a otro cuyo cadáver sí fue devuelto por Neptuno. Los noticiarios de medio mundo, ávidos de algo jugoso que publicar,

entrevistaban a todo el que encontraban que pudiera tener un mínimo conocimiento del asunto; al piloto del helicóptero, a los miembros de las embarcaciones que acudieron a socorrer a los naufragos e, incluso, a algún miembro de la dotación que, con la cara pixelada y la voz distorsionada, daba su versión de los hechos. La marina caboverdiana emitió un comunicado en el que no se aclaraba mucho, pero Pablo fue capaz de ir sacando sus propias conclusiones.

—Esta puede ser la oportunidad que Kormoran estaba buscando —dijo Reyes—. Tenemos que mandar al Albatros para allá.

—¿Al Albatros? —tartamudeó Pablo—. Pero ¿le van a dejar?

El problema que Kormoran, el conglomerado que había comprado el Albatros, estaba teniendo para encontrar nuevas misiones para el barco era que ninguna de las que se planteaban cumplía las restrictivas condiciones que España puso al vender su tecnología militar a un ente privado, y que Kormoran heredó de Alps Tankers.

—Eso déjame a mí, pero parece que tenemos opciones.

—Pero... ¿ha visto los vídeos? Esto no es trabajo para un patrullero. Por muy narcotraficantes que fueran, esos tíos han disparado un torpedo. Estamos hablando de una misión para fragatas antisubmarinas.

—Tendremos que hacer algunos ajustes, pero los inversores están dispuestos a poner el dinero. Puede que sea nuestra última oportunidad. También habrá que adaptar el personal —dijo Reyes—. Siento decirte que quiero contratar a un comandante con experiencia en guerra antisubmarina.

Pablo no supo qué decir. Se había acomodado y no le hacía especial ilusión saber que el barco podía volver a hacerse a la mar, pero eso también le había pasado en anteriores despliegues. Lo novedoso era la misión. Las imágenes del Guardião le habían impactado; en su día, lo pasó francamente mal cuando el Albatros chocó contra una mina en San Martín, pero los daños, en comparación, fueron insignificantes. El empeño y sacrificio de su dotación, incluyendo la vida de uno de ellos, permitió salvar el barco. Pero lo del patrullero caboverdiano era completamente distinto. Impactado sin saber, siquiera, que estaba en peligro, se había

hundido sin remedio. No era una situación en la que Pablo quisiera verse, y mucho menos sin los medios adecuados.

El marino tragó saliva.

—Muy bien, señor Reyes. En ese caso, solo me queda desearle la mejor de las suertes. Ha sido un placer trabajar para usted.

—No tan rápido, Pablo. Tu trabajo no ha acabado. Necesito que alistes el barco mientras que encuentro a alguien adecuado para llevarlo a esta misión. Es más; quiero que me ayudes a encontrar al candidato ideal.

Pablo espiró lentamente por la nariz, su cabeza dando vueltas como una peonza. Marta lo miraba asustada.

—Muchas gracias por el ofrecimiento, señor Reyes —dijo al fin—. Pero me veo obligado a rechazarlo. Comprenderá que he llegado a cogerle mucho cariño al barco y va a ser muy duro despedirme. No quiero alargar el proceso, teniendo que verlo alistarse para una misión en la que no voy a participar. Prefiero cortar por lo sano.

—No me has entendido bien. No era un ofrecimiento. Tienes un contrato en vigor y la obligación de cumplirlo.

—Asumiré la penalización que sea necesaria...

—Lo dudo. Hablo de memoria, pero me suena que eran seis cifras.



Capítulo Dos

En la pantalla, la barrita se puso horizontal, conectando las dos líneas, y las luces de la cámara de control central se encendieron, sacándoles de la penumbra en la que habían estado con el alumbrado de emergencia.

—Ronronea como una gatita contenta —sonrió *Grease*.

—Pues sería digno de Cuarto Milenio —sonrió Pablo—. La mayor ave marítima del mundo ronroneando como un felino.

—Siempre tan gracioso, comandante —protestó *Grease*.

—Ahora que has tenido a bien darnos luz, voy para arriba a hablar con Gabi. Seguiréis haciendo pruebas, ¿no?

—Sí; como ya tenemos corriente de a bordo, iremos metiéndole carga al sistema y probando el resto de equipos auxiliares.

—Buen trabajo, *Chief* —dijo Pablo, dándole una palmada en la espalda a su jefe de Máquinas—. ¿Vamos, Gabi?

El marino ferrolano asintió, callado, y siguió a su comandante por el pasillo hasta la escala que les permitiría subir a la zona de oficiales, donde estaban los camarotes, la cámara y el compartimento que hacía de despacho, sala de reuniones y salón del comandante, adyacente a su propio camarote.

—¿Qué tal todo? —preguntó Pablo cuando se hubieron sentado. Gabi había llegado esa misma mañana y apenas habían tenido tiempo de cruzar unas palabras.

—Bueno. En casa no están muy contentas de que me hayan

obligado a venir otra vez —dijo—. Y a mí tampoco me ha hecho mucha gracia; no te voy a engañar.

—¿Reyes también te ha amenazado con la multa?

Gabi asintió.

—Lo he notado especialmente cabrón —dijo Pablo, intentando aliviar la tensión—. Lo de Kormoran no debe haber salido tan bien como esperaba.

—Eso no es motivo para que lo pague con nosotros —objetó Gabi.

—No... —suspiró Pablo—. Bueno, ¿qué te ha contado?

—Nada. Me dijo que viniera y que tú me pondrías al día. Mencionó Cabo Verde.

—Eso es. Después de que les hundieran su patrullero, pidieron auxilio a la comunidad internacional. Sin que sirva de precedente, la OTAN, Rusia y China parecen haber colaborado: no había ningún submarino suyo en la zona y, al parecer, los pocos que se salen de ese ámbito, estaban localizados en esas fechas.

»Era bastante evidente, pero se ha confirmado que ningún submarino estatal efectuó el ataque. Esto ha permitido que se desate una reacción internacional; a nadie le interesa permitir que el narcotráfico se convierta en un actor tan peligroso. La Unión Europea, quizás, en un intento desesperado de seguir teniendo peso en el tablero internacional o, quizás, porque se siente geográficamente responsable (por no decir que todos sabemos que el destinatario final de la droga somos nosotros), ha tomado las riendas. Especialmente, Francia y, sorprendentemente, España. Parece que empezamos a tomarnos en serio aquello de la importancia de las rutas de tráfico marítimo.

»La cuestión es que nadie parecía muy dispuesto a ceder los medios necesarios. Ya sabes que toda la OTAN está intentando recuperar la capacidad antisubmarina que ha perdido desde la caída del Muro, y no pueden o no quieren mandar a sus barcos a Cabo Verde. Al parecer, hay indicios de que los narcos, además de las lanchas, tienen verdaderos sumergibles, capaces de operar completamente sumergidos.

—Sí. Me suena que se ha encontrado alguno en Sudamérica.

—Exacto. Así que la cosa va de cazar submarinos.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

—Eso mismo pensé yo —sonrió Pablo—. Resulta que España se ha acordado de que vendió un patrullero a una empresa privada y que los actuales dueños no hacen más que pedir permiso para usarlo por ahí... y Francia ha dicho que tiene la forma de dotarnos de los medios necesarios para cumplir esta misión.

—¿Cómo?!

—Con el CAPTAS 1 lite. Es el hermano pequeño...

—Del CAPTAS 4 —le interrumpió Gabi—. El sonar remolcado que llevan las FREMM y llevarán las F110.

Pablo asintió.

—¿En serio? —preguntó Gabi.

—Completamente.

El marino ferrolano se sumió en uno de sus característicos silencios, los ojos desenfocados.

—Pablo, estamos hablando de palabras mayores. Esto no tiene nada que ver con ninguna de nuestras misiones anteriores. No sé si estamos capacitados.

—Lo sé. Esa fue mi primera reacción.

—La guerra antisubmarina es, tal vez, la más compleja de las tres guerras navales tradicionales —continuó Gabi, como si no le hubiera escuchado—. El submarino siempre tiene las de ganar y la solución tradicional es usar muchos medios para obtener la ventaja: varios barcos, helicópteros, aviones e, incluso, submarinos propios. No estoy seguro de que con un sonar remolcado estemos a la altura. Por no hablar de que no tenemos el adiestramiento necesario. No creo que seamos más de cinco o seis en la dotación los que hemos tenido algún contacto con la guerra antisubmarina, y estaremos muy desactualizados.

—A vuestro favor jugará que no se trata de submarinos ni torpedos modernos. Estamos hablando de trastos que se montan en un taller en medio de la jungla. No creo que lleguen a la sofisticación de los *U-Boote* de la Kriegsmarine.

—Aun así... Un momento. ¿Cómo que «a vuestro favor»?

—Reyes piensa como tú —sonrió Pablo—. El barco necesita a gente que sepa lo que hace, y lo primero es el comandante. Quiere

fichar a alguien con experiencia en guerra antisubmarina; esta vez, no iré con vosotros.

—¿Qué?! ¡¿Y yo estoy obligado a ir?!

Pablo se encogió de hombros, sonriendo ligeramente ante el enfado de su amigo.

—¿No has dicho que Reyes te había amenazado a ti también? —preguntó Gabi, aún cabreado.

—Y lo ha hecho. Si no, no estaría aquí. Quería distanciarme del proyecto porque sé que va a ser duro ver cómo el barco se va sin mí.

—Serás cabrón. No pensabas venir ni a despedirte —sonrió Gabi.

—Sabes que soy de lágrima fácil.

—No me lo puedo creer...

—Pues necesito que lo vayas asimilando cuanto antes. Mi trabajo es preparar el barco para salir y asesorar a Reyes sobre mi relevo; pero los dos sabemos que te necesito para ambas cosas.

Una sombra tapó momentáneamente la luz que entraba por la puerta del taller y Walter se giró.

—David.

Walter dejó la llave inglesa y se acercó a David, saludándolo con un profundo abrazo.

—¡Bienvenido!

—Gracias —respondió Walter, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Menuda bomba! Cuando lo vi no me lo podía creer.

—No ha sido para tanto.

—¿Que no ha sido para tanto?! —exclamó David.

—Está bien —dijo Walter, acercándose a la nevera para sacar un par de latas de cerveza y conduciendo a David hasta el destartado sofá—. Vamos, que te cuento.

Las estrictas medidas de seguridad que tenían implementadas les impedían intercambiar información y el tránsito de vuelta de Walter desde Cabo Verde se hizo largo. David debía imaginarse que Walter y su nuevo ingenio estaban detrás, pero apenas volvió a tener noticias; solo sabía que habían perdido el cargamento, que Walter

estaba «limpio» y volvía para Guyana.

—La travesía transcurrió sin contratiempos —dijo Walter—. Salimos del Caribe sin problemas, cruzando el collar de perlas de noche, como siempre. No tuvimos indicios de que nos estuvieran buscando; creo que siguen sin tener ni idea y es importante que continuemos siendo así de cuidadosos para que eso no cambie.

—Lo sé —asintió, serio, el joven.

—El salto fue tranquilo; el barco se portó perfectamente —continuó Walter—. Todo parecía indicar que sería un viaje más, pero el día que llegamos nos encontraron. Tuvo que ser un golpe de suerte, porque estábamos alejados de...

—Fue un helicóptero —le interrumpió David—. Salió en las noticias. Dijeron que estaba trabajando con el patrullero que os encontró, antes de que os interceptara. Estoy seguro que fue el helicóptero el que les dio vuestra posición.

—Eso explica todo... El barco apareció de la nada, directo a por nosotros. —Walter dio un trago a la cerveza—. Cuando lo vimos, intenté alejarme; quedaba poco para que se pusiera el sol y pensé que podríamos perderlo en la oscuridad. Nos disparó por la proa, pero no hice ni caso; sabía que no nos dispararían a dar si no les atacábamos.

—¿Y entonces? —preguntó el joven de cara picada.

—Cuando se dio cuenta de que intentaba alejarme, subió velocidad y se quiso interponer en mi camino. Pensé en seguir maniobrando, pero pude ver que había echado una embarcación al agua. Tarde o temprano, nos iban a abordar.

David ya debía imaginarse lo que venía a continuación. Walter se había llevado un prototipo operativo. El gobierno de Cabo Verde llevaba meses aumentando la presión, haciendo lo posible por coger alguna de sus embarcaciones. Por el momento, no habían tenido éxito, y Walter sabía que seguía jugando con ventaja, pero no estaba dispuesto a cederla. Su idea, a medio plazo, era deshacerse del patrullero caboverdiano; su mayor amenaza. Pero el primer viaje del torpedo era solo para probar que sobrevivía a la travesía en condiciones. Pensaba dispararlo al agua al llegar a Cabo Verde; aún le quedaban cosas por depurar.

—Decidí que no me quedaba otra que deshacerme de él —dijo Walter—. El muy tonto tuvo la mala idea de ponerse justo delante. Estimé la distancia a la que estaba y, entrando en las tablas que preparamos con la velocidad que parecía llevar, disparé. El torpedo salió y, con la estela, pude ver perfectamente que iba justo a donde quería. Solo tardó unos segundos en darle al patrullero —sonrió Walter.

David también sonreía.

Las pruebas fueron satisfactorias y todo indicaba que el torpedo debía funcionar, pero no probaron a lanzarlo con el explosivo y, aunque la espoleta funcionó en los ensayos, siempre se podían dar imprevistos. Walter sabía que aquel logro lo colocaba en lo más alto de los constructores clandestinos de submarinos. Había logrado algo que solo las grandes industrias de defensa eran capaces de hacer.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Por qué perdisteis la lancha? —preguntó David.

—Prácticamente, a la vez que el torpedo impactaba, Kyllian me llamó alarmado. Estaba entrando agua a raudales por el compartimento de carga. El torpedo funcionó perfectamente, pero parece que el mecanismo de lanzamiento tuvo algún fallo. Nos estábamos inundando rapidísimo; solo teníamos unos minutos.

—Mierda...

—Sí... Ya sabes que decidí que dejaría el tubo inundado después de lanzar. Me ahorraba un complejo sistema de vaciado y aprovechaba para compensar el peso perdido por la embarcación. De no ser así, habría necesitado un tanque de compensación. Pero, claro: la puerta interior del tubo tiene que aguantar. Y la exterior... estoy casi seguro de que fallaron ambas. No lo probé suficiente. No debería haberlo llevado hasta que no estuviera listo del todo.

—Bueno; no salió mal del todo.

—No. Si no fuera por el torpedo, ahora mismo estaría en un calabozo de Cabo Verde.

Walter se mesó la fina perilla.

—¿Qué hicisteis?

—Sabía que el patrullero ya no sería un problema, así que bajé

velocidad para intentar que entrara menos agua y puse rumbo a tierra. Mientras que Kyllian se afanaba en taponar y achicar, llamé a nuestro contacto. Era imposible que llegáramos a la playa por nuestros propios medios, así que le dije que habíamos perdido el barco y que vinieran a recogernos. Le di un punto hasta el que pensé que podríamos llegar.

—¿Y?

—No llegamos. Ya sabes que la reserva de flotabilidad es mínima. En cuanto embarcamos agua, sabía que la lancha se iba a hundir. Cogimos los chalecos, una brújula y la radio, y salimos. Miré el rumbo que teníamos que hacer para acercarnos al punto que les dije a los de Cabo Verde y, cuando la embarcación se hundió bajo nuestros pies, comenzamos a nadar despacio hacia allá.

—Joder, Walter. ¿Cómo os encontraron?

—Pues debieron de estar buscándonos un buen rato. Entre una cosa y otra perdí la noción del tiempo, pero debimos de estar un par de horas en el agua, como mínimo.

»Tenía miedo de que nos acercáramos al patrullero y nos encontraran, pero nos pudimos alejar lo suficiente. Luego empecé a temer que eso fuera nuestra ruina, porque no tenía nada claro que nos fueran a encontrar. Pero nuestros contactos de Cabo Verde se portaron. Hemos tenido nuestros más y nuestros menos, pero les debo la vida. No dejaron de buscarnos hasta que nos encontraron.

Walter se detuvo a pensar en su cliente. Efectivamente, habían tenido alguna discrepancia, pero la relación era buena. El guyanés sabía que gran parte del mérito era por su actitud. Cobraba mucho menos de lo que podía haber pedido por los viajes que hacía; sobre todo, con la excelente tasa de éxito que tenía. Pero prefería llevarse bien; ya tenía bastantes problemas a este lado del Atlántico. Tenía medios suficientes para llevar la droga directamente a Europa, pero aquello le podía suponer más problemas que beneficios. Tendría que buscar nuevos clientes y en su línea de negocio era difícil saber de quién fiarse. Además, no le haría ninguna gracia a sus socios actuales y no era el momento de meterse en broncas territoriales. La situación actual era suficientemente beneficiosa para permitirle continuar aumentando sus capacidades y tener contentos a sus

socios, algo que se había demostrado instrumental en el rescate.

—Bueno, me alegro mucho de que haya salido todo bien —dijo David, dándole una palmada en el hombro—. Deberías irte a descansar; estarás agotado y ya habrá tiempo de meterle mano a las cosas del taller.

—Sabes que esto me relaja —dijo Walter, apurando el final de la cerveza.

El guyanés acompañó a su joven amigo hasta la entrada del taller y volvió a su santuario mesándose la perilla, dándole vueltas a lo que acababa de revivir.

El hundimiento del Guardião era una muy buena noticia: Cabo Verde apenas tenía más medios con los que hacerles frente. Pero el fallo del sistema de lanzamiento era grave; tanto, que ensombrecía el buen funcionamiento del torpedo. Walter había seguido con interés las noticias y parecía que los países europeos pretendían ayudar a Cabo Verde. Algo le decía que, más pronto que tarde, tendría que hacer uso de los torpedos y hacerlo a cambio de que se hundieran sus narcosubmarinos no era una opción.

El guyanés miró pensativo su gran proyecto, su Mona Lisa, y se lamentó de que tuviera que volver a dejarlo aparcado un tiempo. Tenía que solucionar lo del lanzamiento de los torpedos.

Pablo llegó al pasillo de oficiales y se sorprendió de encontrar la luz encendida, hasta que se acordó de que Gabi ya estaba trabajando a bordo, otra vez. Era imposible llegar antes que él por las mañanas.

—¡Buenos días, segundo! —gritó desde la puerta de la cámara.

—¡Buenos días, comandante! —llegó la respuesta desde el fondo del pasillo.

Pablo sonrió y se metió en la cámara. Comprobó que la máquina tenía agua y metió un par de cápsulas. Gabi apareció por la puerta mientras el café goteaba hasta la taza.

—A veces me pregunto si llegas a acostarte o vienes de empalmada.

—A quien madruga, Dios ayuda —respondió el ferrolano con una

sonrisa.

—Menos mal que no tengo tan mal despertar como Marta; si no, te mataría ahora mismo por estar sonriendo a estas horas.

—Hay mucho que hacer —se encogió de hombros Gabi, que ya la tarde anterior había olvidado el cabreo por las formas en las que Reyes lo había arrancado de su familia y se puso a trabajar con su habitual, pero no por ello menos extraordinaria, diligencia.

—¿Tienes algo para mí? —preguntó Pablo.

—He estado echando un vistazo al CAPTAS 1 y a todo lo que he podido encontrar sobre narcosubmarinos.

Pablo ya conocía los «vistazos» de Gabi.

—Estupendo. Dame un rato, que voy a echar un vistazo a unos candidatos que me ha pasado Reyes, y lo vemos.

Pablo agarró su taza y se fue a su cámara. Tras cambiarse, se sentó en su despacho y abrió los documentos que le había mandado Reyes.

Había tres subcarpetas, cada una con el nombre de un candidato. Lo primero que le llamó la atención es que uno parecía español, otro francés y el último inglés o americano. Picado por la curiosidad, abrió primero la del español, seguro de que Gabi y sus hermanos conocerían al sujeto.

Pablo escaneó el documento rápidamente y su sorpresa fue mayúscula al leer la formación de Gonzalo Salduero: marino mercante. El gaditano no entendía por qué Reyes querría sustituirle por otro marino mercante que, al igual que él, no tendría ninguna experiencia en guerra antisubmarina. Extrañado, le dio a la rueda del ratón hasta llegar al fondo del documento, donde su jefe había dejado un pequeño comentario resumen.

La explicación de Reyes arrojaba algo de luz sobre el asunto: Salduero, además de marino, era ingeniero, y llevaba años trabajando para Thales, donde tuvo mucho que ver en el desarrollo del CAPTAS. Reyes explicaba que los conocimientos técnicos sobre el equipo que tenía Salduero, probablemente, no fuesen superados por nadie.

Pablo se leyó detenidamente todo el documento y, aunque estaba de acuerdo con la valoración de Reyes, algo no le terminaba de

convencer. Cuando estuvo satisfecho, abrió el siguiente archivo.

Nathan Ripley era oficial de la Royal Navy. Aunque todavía estaba en activo, se mostraba abierto a dejar el servicio de Su Majestad para trabajar para Kormoran. El británico era especialista en navegación y había estado destinado en fragatas, destructores y un patrullero. Sus credenciales parecían excelentes, pero Pablo no entendía por qué Reyes lo había elegido, cuando habría muchísimos oficiales de la Royal Navy con experiencia directa en guerra antisubmarina. La especialidad de Ripley implicaba que habría pasado toda su carrera en el puente, dejando la «caza» para sus compañeros de Operaciones. Repasando otra vez sus destinos, Pablo lo entendió: el británico había participado en el programa de intercambio de la Royal Navy con la Armada española, pasando dos años destinado a bordo de la fragata Canarias. Hablaba español perfectamente. Pablo pensó que, para cerciorarse, tendría que hablar con el candidato para saber, exactamente, hasta dónde llegaban sus conocimientos sobre guerra antisubmarina, pero si Reyes lo que quería era un experto en el tema, no le terminaba de convencer.

Sin querer pararse a pensar qué pasaría si no encontraba a ningún candidato idóneo, abrió el tercer documento: Mathéo Christy-Pallière. El oficial de la Marine Nationale había alcanzado el empleo de capitán de corbeta, pero se encontraba desempleado tras abandonar el servicio. Por lo que explicaba el dossier, una oferta de la gigantesca Amazon sedujo a Pallière, pero la multinacional lo dejó tirado en el último momento, cuando ya era demasiado tarde para que el marino recuperara su destino. Pablo repasó su currículum y, enseguida, se dio cuenta de que se encontraba ante un especialista: el francés había pasado toda su carrera destinado en escoltas, la mayor parte en los destructores antisubmarinos de la clase Georges Leygues. Su último trabajo había sido como jefe de Operaciones de la Languedoc, una de las FREMM, el proyecto de fragatas conjunto francoitaliano. Como había dicho Gabi el día anterior, las FREMM contaban con el poderosísimo sonar remolcado CAPTAS 4 y, en su versión ASW (pues las había antiaéreas y de propósito general), era uno de los barcos antisubmarinos más capaces del mundo.

—¿Cómo vas, comandante?

Pablo levantó la vista para encontrarse a su segundo en el marco de la puerta.

—Pasa, Gabi —sonrió—. Tres misiones juntos y todavía no he conseguido que me llames Pablo en privado.

—Taras de viejo marino —se defendió el ferrolano.

—¿Qué me traes?

—¿Vemos un poco de narcosubmarinos para empezar?

—Venga.

Gabi se sentó en la silla delante del despacho del comandante y abrió su tableta.

—El origen de los narcosubmarinos como los conocemos hoy está en los años noventa; aunque hubo ejemplos anteriores, como durante la Ley Seca en EE. UU., no tienen relación con las embarcaciones que usan los narcos hoy en día.

»Al principio, como es lógico —continuó Gabi—, solo hubo rumores, pero parecía evidente que había varios diseños distintos y que ninguno llegó a ser suficientemente fiable como para que se utilizara de forma habitual. El punto de inflexión llegó en 2005, cuando se descubrieron varios modelos, en la jungla colombiana, que se aproximan bastante a lo que conocemos hoy. Se sospecha que los narcos estaban recibiendo ayuda de los Tigres de Tamil, una organización narcoterrorista que luchó contra el gobierno de Sri Lanka desde 1983 hasta 2009. El diseño de las embarcaciones encontradas es muy similar a las construidas en Sri Lanka y, al menos en una ocasión, se detuvo a miembros de la banda terrorista en un narcosubmarino que hacía el trayecto Colombia-Méjico. Los Tigres, que llegaron a tener submarinos plenamente sumergibles, los usaban, sobre todo, para ataques suicidas.

»El diseño fue evolucionando, siendo mayoría las lanchas que navegan semisumergidas, con solo la cabina y algún esnórquel sobresaliendo de la superficie. Las hubo con motores internos, fueraborda y de diferentes formas. Pero se conoce a ciencia cierta la existencia de verdaderos submarinos que se han encontrado en distintas fases de construcción, en la jungla o abandonados tras hacer sus viajes. El problema es que, aunque seguro que son más

difíciles de construir, también son muchísimo más difíciles de detectar: lo lógico es que se hayan colado más submarinos puros que semisumergibles. Nunca se ha detenido un submarino puro en la mar.

»Su ruta principal siempre ha sido Colombia-Méjico, aunque se sabe que han salido de otros países sudamericanos y se sospecha que han llegado hasta los mismos EE. UU. A pesar de los escépticos, hace años que se sospecha, y desde hace algo menos se sabe con certeza, que se hacen viajes transatlánticos. En 2007, se encontró un narcosubmarino enorme en la costa caribeña de Colombia; en 2014, se encontró uno en Guyana; en 2015, en la costa atlántica de Brasil y, en 2018, en Surinam. La prueba definitiva llegó con el semisumergible encontrado en Vigo, en 2019. A diferencia de uno que se había encontrado, en 2006, en Galicia, usado para trasbordos locales, este estaba claro que venía de América.

—Me parece increíble que crucen el Atlántico...

—Estás pensando como un marino legal. Esta gente no pasa ninguna revisión de seguridad, no tiene que cumplir ninguna normativa, desprecian bastante la vida de sus tripulantes y, generalmente, las embarcaciones son de un solo uso; aunque se sabe que algunas hacen el viaje de ida y vuelta.

Pablo gruñó, admitiendo el argumento.

—Aun así, los que son puramente sumergibles, ¿cómo lo hacen? Quiero decir: aguantar la presión, controlar la profundidad, dar aire a la dotación; no son cuestiones baladíes.

—En cuanto a la profundidad, no es algo que les preocupe. De hecho, los hay hechos de fibra, por lo que no estaban preparados para bajar más que unos metros; pero para ellos es suficiente; con que no se les vea en superficie, les llega. Luego, ya llegaron los de acero, de forma cilíndrica, como los submarinos que estamos habituados a ver. Pero tampoco están preparados para bajar a las profundidades; unas decenas de metros, como mucho.

»El control de la profundidad lo hacen con aletas y con lastres, en alguno de los casos, externos y desechables. Pero también ha habido diseños más sofisticados, como el submarino de Facatativá,

que encontraron en la jungla, en el 2000. Junto a él, aparecieron documentos en ruso, con lo que está claro de dónde procedían los conocimientos técnicos. También se veía en el diseño de doble casco, como es habitual en los submarinos rusos. Entre un casco y otro, llevaba los tanques de lastre.

—¡Madre mía! —dijo Pablo, viendo la foto que le estaba enseñando Gabi—. Pero eso es un submarino de verdad.

—A prácticamente todos los efectos, sí. Se estima que, completado, iba a costar unos diez millones de dólares y que podía llevar hasta 200 toneladas de carga; una auténtica barbaridad, comparado con los demás diseños.

—¿Cuánto llevan las más normales?

—Las últimas que se han cogido, una tonelada; dos, como mucho. Hace unos años era habitual que llevaran más, pero se fueron reduciendo las cantidades. Hay quien piensa que es porque los narcos creen que hay más posibilidades de que les cojan o pierdan las embarcaciones, pero no está claro.

—Qué curioso.

—Sí. Al igual que es curioso que no se hayan encontrado más submarinos puros desde 2011. Además del de Facatativá, se encontraron otros dos submarinos muy avanzados, en Ecuador, en 2010 y en Timbiquí, Colombia, en 2011. Pero, desde entonces, nada. Hay dos teorías: que se han dejado de construir porque con los semisumergibles les llega o que los siguen utilizando sin que sean detectados.

—Déjame adivinar: tú te inclinas por la segunda.

—La capacidad está ahí. Evidentemente, es más caro y difícil, pero si consiguen hacer el viaje de ida y de vuelta, con tener unos pocos les llega para mover muchísima carga sin ser detectados.

—Vale. ¿Y qué sabemos de Cabo Verde?

—Hace un par de años que la policía caboverdiana empezó a darse cuenta de que se movía mucha droga por las islas. Inicialmente, no supieron a qué se debía; pero, con el tiempo, empezó a haber avistamientos de extraños objetos en la mar y, finalmente, un par de narcosubmarinos aparecieron abandonados; uno en una playa y otro a la deriva.

—¿De qué tipo?

—Semisumergibles con motor intraborda; bastante alargados y con características de diseño que evidencian que procedían del mismo constructor.

—O sea, que no hay verdaderos submarinos haciendo esa ruta.

—Esa es una conclusión un poco prematura, comandante —contestó Gabi—. Recuerda que no se han pillado submarinos en navegación, en ningún lugar del mundo. En Cabo Verde, desde que supieron que los narcos estaban metiendo la droga con sus embarcaciones, aumentaron bastante el nivel de alerta; sin embargo, sigue entrando la misma o más droga. No me sorprendería, en absoluto, que estuvieran usando submarinos.

—Vale. Por eso la insistencia del sonar.

—Sí —afirmó Gabi—. También he pensado que podía ser Francia, intentando hacer propaganda de su empresa; si demuestran que tienen un sonar barato, sencillo y que se pueda montar en barcos tipo patrullero, podrían intentar colocárselo a todos países que tengan amenaza de narcosubmarinos, incluyendo todos los latinoamericanos que no tienen barcos de guerra de gran porte. Pero, aunque puede tener algo que ver, por lo que me has dicho que te ha contado Reyes, me inclino más por que tengan sospechas claras de que hay submarinos haciendo la ruta transatlántica.

—Hablando de la ruta, ¿sabemos de dónde salen?

—No. Podría ser Colombia, Venezuela, alguna de las Guayanas o Brasil; incluso, de algunas islas caribeñas, aunque se me antoja una complicación añadida.

—Sí... no tendría mucho sentido —musitó Pablo—. ¡Vale! ¿Qué me cuentas del sonar?

—CAPTAS 1 lite —contestó Gabi, cambiando la pantalla de la tableta—. Es la versión pequeña de una familia de sonares remolcados de Thales, una de las empresas de mayor prestigio del mundo, en cuanto a acústica submarina.

»El CAPTAS 4, su hermano mayor, es uno de los sonares más capaces que existen. Lo montan las fragatas FREMM francoitalianas y las tipo 23 británicas, y lo llevarán las tipo 26 y nuestras F110. Es un buen bicho: todo el sistema pesa más de treinta toneladas y

ocupa más de diez metros de largo y seis de ancho; es decir, que está pensado para montarlo en los escoltas más grandes.

»Para poder meterlo en fragatas de pequeño porte, Thales desarrolló el CAPTAS 2, de solo dieciséis toneladas y seis por tres metros. Posteriormente, comercializó el CAPTAS 4 compact que, teóricamente, mantiene casi todas las capacidades del sistema tope de gama, en el mismo espacio que el CAPTAS 2. Pero esto sigue siendo demasiado grande para nosotros.

»Nuestro caballo de batalla va a ser el CAPTAS 1. Es impresionante que hayan conseguido meter un sonar remolcado en tan solo ocho toneladas y el espacio que ocupa un contenedor estándar de veinte pies. De hecho, se puede integrar en el barco o, como imagino que harán con nosotros, operarlo desde un contenedor. Está pensado para corbetas e, incluso, para patrulleros y barcos auxiliares; los franceses han hecho pruebas con alguno de los que tienen cerca de su base de submarinos balísticos. Lógicamente, les interesa tener tantos medios antisubmarinos como puedan en esa zona para limpiarla cuando los submarinos balísticos nucleares entran y salen de puerto. Poner un contenedor en lo alto de un remolcador es una forma barata y eficiente de tener un sonar más en el agua.

—Siendo tan pequeño, ¿realmente tiene capacidades dignas?

—Ya sabes que estas cosas son de los secretos guardados con mayor celo, pero parece que sí. El bicho trabaja en 2 KHz, una frecuencia bastante baja, que le debe dar un alcance decente: hablan de hasta la primera zona de convergencia, que son unas veinte millas. Puede funcionar en frecuencia modulada u onda continua, como todos los sonares activos, con un modo combinado, y se puede operar hasta con estado de la mar 6.

—No está mal —sonrió Pablo—. Con más mar, dejarían de preocuparme los narcosubmarinos.

—Sí; no creo que lo pasen muy bien con cinco metros de ola.

—¿Qué hay de la integración en el barco? —preguntó Pablo.

—Tenemos la suerte de que, como los franceses se han planteado montarlo en barcos que no están pensados para eso, lo pueden montar con una consola dedicada, independiente del sistema de

combate. También lo integran, pero no creo que lo hagan con nosotros. Probablemente, suponga más problemas que soluciones.

—Hombre, lo ideal sería tener toda la información en un solo sitio.

—Sí, pero no es tan fácil. Nuestro sistema de combate no está diseñado para trabajar con él y habría que hacerle una actualización brutal. No creo que seamos capaces. Vamos a tener que acostumbrarnos a trabajar así y adiestrarnos todo lo que podamos para compensar.

—Hablando de eso —dijo Pablo—, ¿quién lo va a operar?

—Buena pregunta. No tenemos a bordo a nadie capacitado. Hay que fichar a alguien y tiene que ser alguien con mucha experiencia. En España, por ejemplo, hace muchos años que no se trabaja con sonares remolcados activos.

—Se lo diré a Reyes, a ver si puede encontrarnos algunos candidatos.

—Sí. Tienen que ser varios, para que podamos operar el equipo permanentemente y que, además de usarlo, sepan hacerle los mantenimientos más básicos.

—Nos va a trastocar la distribución de la dotación.

—Lo sé —suspiró Gabi—. Tendremos que recortar gente de otros destinos. Hablaré con Paco y Joseba, a ver si pueden reducir algo sus equipos. Y con Juan y *Grease*, aunque creo que ellos ya van bastante justos.

—Muy bien —sentenció Pablo—. Y, hablando de la dotación, ya le he echado un vistazo a los candidatos para relevarme. A ver qué te parecen —dijo, sin revelar que ya lo tenía bastante claro.

El gaditano resumió el currículo de los tres posibles comandantes, intentando no influir la opinión de su segundo.

—Yo lo tendría bastante claro —dijo Gabi tras escucharlo y hacer una de sus típicas pausas—. Si Reyes no cuenta contigo porque no tienes experiencia antisubmarina, la elección lógica es el francés. El británico no va a aportar nada; es una marina más especializada que la nuestra y, si es experto en navegación, de guerra antisubmarina no va a saber más que tú y que yo. Lo del español es curioso; me imagino que conocerá muy bien el sonar, pero eso no lo es todo. También hay que saber usarlo, y eso no te lo enseña la

empresa. Creo que el tal Christy-Pallière es la opción más lógica.

—De acuerdo, como casi siempre —sonrió Pablo—. Se lo diré a Reyes. Mientras tanto, tenemos que ir pensando en cómo vamos a plantear la misión.

Walter llegó, como era su costumbre, el primero. Dejó la furgoneta aparcada delante de la puerta de la casa y sacó las llaves de la guantera. Pluto saltó desde la parte trasera y se acercó a que le acariciara las orejas. Satisfecho, el perro salió corriendo hacia el lateral de la casa.

La propiedad era la más cara de todas las que componían su entramado empresarial. Cuando empezó a hacer negocios por su cuenta, no podía permitirse adquirir un lugar así; pero, en cuanto reunió suficientes beneficios con los primeros viajes, compró el chalet a pie de playa. Aunque se trataba, especialmente en un país tan pobre, de una casa de lujo, el uso que le daba Walter era completamente funcional. La casa tenía acceso directo al mar, a través de una pequeña cala a la que era prácticamente imposible llegar. La carretera de acceso estaba tan poco transitada, que sus movimientos no levantarían sospechas, pero era suficientemente amplia para permitir que los remolques llegaran hasta la casa desde el taller sin problemas. Una vez en la propiedad, las embarcaciones quedaban ocultas en el enorme garaje, que daba a la playa, o bajo una estructura que habían construido en la misma arena.

La casa, villa Desmond, era su principal centro logístico. Allí se reunían, procedentes de distintos lugares de origen, los tres elementos necesarios para transportar su mercancía: embarcaciones, tripulaciones y cargamento. Walter era un obseso de la seguridad y se afanaba en mantener su negocio tan estanco como podía. Así, si uno de sus departamentos era atacado, ya fuera por fuerzas estatales o por rivales, era casi imposible que afectara a los otros. Villa Desmond era el único lugar donde, si le pillaban, se arriesgaba a que todo el entramado cayese; por eso era tan cuidadoso.

La gente de las distintas ramas nunca coincidían en la villa. El

propio Walter, con David y un par de hombres de confianza más, se encargaba de dejar las embarcaciones allí cuando estaban listas para el siguiente viaje. Aunque la mayoría volvían de Cabo Verde en buenas condiciones, el guyanés era puntilloso y se las llevaba al taller para hacerles una revisión completa antes de volver a echarlas al agua. Cuando tenía una embarcación lista, se encargaba de que el cargamento llegara hasta la casa justo antes de que fueran a salir las embarcaciones, pero suficientemente separado en el tiempo para que no coincidiera con los tripulantes. Sus empleados no conocían a los trabajadores de las otras ramas del negocio, y Walter quería mantenerlo así, hasta el punto de que les hacía creer que él no participaba más que en la sección en la que ellos estaban implicados, manteniendo un perfil bajo de trabajador avezado más que de jefe. En particular, procuraba mantenerse todo lo alejado que podía del movimiento de la droga. Evidentemente, se había encargado de las negociaciones con los colombianos y, si surgía algún problema, le tocaba a él discutir con los proveedores; pero, en el día a día, intentaba alejarse de esa parte del negocio. Más allá de que no le llamaba nada la atención, sabía que era donde las fuerzas de seguridad hacían más esfuerzos, y no tenía ninguna intención de que lo pudieran relacionar con ella. Finalmente, cuando todo estaba listo, Walter convocaba a los tripulantes y, revisando él mismo que todo estuviera correcto, les daba sus instrucciones.

El guyanés entró a la casa y bajó las escaleras. El acceso a la vivienda era por el nivel intermedio. Arriba, estaban las habitaciones, que no se usaban nunca, y abajo, el garaje, una enorme terraza y el acceso a la playa.

El procedimiento habitual era solicitar a los colombianos un cargamento que cupiera en una embarcación y, directamente, cargarla y mandarla a Cabo Verde. Así, evitaba acumular la mercancía, algo que sabía que solo podía traerle problemas, y espaciaba los envíos, minimizando las posibilidades de que fueran comprometidos y evitando saturar a sus clientes, que luego tenían que recibirlo y reenviarlo hasta su destino final. Pero una situación excepcional demandaba medidas excepcionales.

Walter sabía que Cabo Verde estaba en su momento más

vulnerable, sin grandes unidades de superficie que pudieran amenazar a sus semisumergibles. También era consciente de que el hundimiento del Guardiã, una escalada sin precedentes de la situación, provocaría algún tipo de reacción, pero esta tardaría en materializarse y estaba decidido a aprovechar el momento. Por eso, nada menos que cuatro embarcaciones esperaban en villa Desmond; dos ocultas en el garaje, aprovechando hasta el último centímetro para albergar sus casi veinte metros de largo, y otras dos en el exterior, bajo la estructura que habían construido y sobre sus remolques, esperando a ser empujadas hasta el agua. Walter abrió la puerta del garaje y Pluto, con las patas llenas de hojas y de arena, entró entusiasmado. El guyanés, distraído, volvió a acariciarle las orejas.

Las embarcaciones eran la Gamma 4 y las Épsilon 1, 2 y 5. La Alfa fue su primer prototipo hecho en Guyana, que nunca llegó a cruzar el océano. El modelo Beta, aunque llegó a hacer un par de cruces, no dio los resultados esperados, perdiéndose una de ellas y salvando la otra por los pelos. Su primera embarcación de producción fue la Gamma y las que ahora componían la mayoría de su flota eran las Épsilon, que fueron relevando a estas. Sin embargo, la necesidad de mandar tantos narcosubmarinos a la vez, más uno que estaba a punto de llegar a Cabo Verde, otro que venía de vuelta y los que tenía en el taller, le habían obligado a recuperar una de las Gamma. La número 4 no dio ningún fallo durante sus tres viajes y Walter la había repasado en detalle, cerciorándose de que no daría problemas.

El guyanés se acercó a la Épsilon 2 y se encaramó hasta la estrecha cubierta. El acceso al interior se hacía por una única escotilla, situada encima de la pequeña casamata del puente. Esta levantaba tan solo un palmo de la cubierta y contaba con tres tubos de ventilación que, curvados para evitar la entrada de agua, salían hacia popa. En la zona que quedaba detrás, aproximadamente un cuarto de la eslora, sobresalía otro tubo curvado; en este caso, la exhaustación del motor. Debajo, una única hélice servía como propulsor de la embarcación, justo a proa de la pala del timón.

Walter abrió la escotilla y se descolgó al interior. Inmediatamente

debajo, había una plataforma, con un pequeño sillón y, en el panel frontal, los controles de la embarcación: una rueda de timón y una palanca para la máquina. De pie en la plataforma, la escotilla le llegaba entre las rodillas y la cadera, y el guyanés tuvo que retorcerse para que su torso entrara en la embarcación, los pies buscando los puntos de apoyo que le permitían bajar a la cabina.

La zona inmediatamente debajo del puente era la más noble de la embarcación, con una mesa para las comidas y una minúscula cama. Desde la primera Épsilon, Walter también instalaba lo que pasaba por un baño. Aunque sabía que los colombianos lo solían considerar un lujo innecesario, sus embarcaciones estaban diseñadas para hacer el viaje de ida y vuelta, y sus tripulaciones repetían, con lo que iba en su propio interés que fueran en las mejores condiciones posibles. Además, los cubos que venían usando, además de hacer asquerosa la estancia a bordo, obligaban a parar la embarcación y vaciarlos con cierta frecuencia, lo que suponía un potencial peligro y un retraso. La instalación de un sencillo sistema de válvulas y una bomba manual solucionó ese problema.

El narcosubmarino no tenía cocina, pues llevaban comida precocinada o enlatada para los siete o diez días que duraba la travesía. El buen estado de los motores de sus embarcaciones aseguraba que no necesitasen más. Walter se dirigió a proa.

Nada más terminar la cabina, fardos y fardos de la mercancía se apilaban desde la cubierta hasta el techo, bloqueando el paso. Había hecho las comprobaciones pertinentes antes de que la cargaran el día anterior y tendría que fiarse de que todo seguía estando bien; ya no había forma de acceder más a proa.

Con precaución para no golpearse la cabeza, dio la vuelta y se agachó junto a una pequeña tapa de registro. El guyanés sacó una llave del bolsillo y, con cuidado, retiró los tornillos que sujetaban la tapa. Inmediatamente, un intenso olor a combustible llenó el reducido espacio. Walter comprobó que el tanque estaba lleno y volvió a colocar la tapa, repitiendo la operación en el tanque de la otra banda. No se apreciaba ningún charco debajo de la embarcación, pero siempre comprobaba que los tanques no

perdieran combustible. La situación centrada de los tanques, justo debajo de la cabina, evitaba que el consumo de combustible afectase al trimado de la embarcación y los hacía más accesibles al motor, justo a popa. Para que la flotabilidad general no se viese afectada y el narcosubmarino no tendiera a emerger por completo al perder peso, llenaba los tanques de agua a medida que iba consumiendo combustible, confiando en que la diferencia de densidades mantuviese los dos líquidos separados.

Walter se incorporó, una vez más con cautela de no darse un golpe en la cabeza, y abrió la única puerta que había dentro de la embarcación. El calor y el ruido que generaban el motor hizo que, desde los primeros diseños, hubiese separado el motor de la zona donde la tripulación pasaba toda la travesía.

La máquina era un sencillo motor diésel de los que se podía encontrar en los pequeños pesqueros de la zona. Inicialmente, Walter usaba cualquier motor que cayera en sus manos, pero, con el tiempo, logró un acuerdo con un proveedor que no hacía preguntas, y la fiabilidad de los motores nuevos y la posibilidad de estandarizar la configuración le ahorraron muchos quebraderos de cabeza. El guyanés comprobó, una vez más, el motor, aun sabiendo que todo estaría como lo había dejado el día anterior. Revisó, también, que la embarcación contaba con los repuestos mínimos necesarios, que incluían un par de piezas del motor, aceite y una caja de herramientas. En Colombia, las tripulaciones salían a la mar teniendo que fiarse a ciegas de que la embarcación no sufriría ningún percance, pero su modelo de negocio era distinto. Satisfecho, el guyanés volvió a la cabina, se encaramó a la plataforma y volvió al exterior.

Repitió el proceso con las otras tres embarcaciones y, cuando acabó, cerca de una hora después, estaba sudando, pero satisfecho.

Walter subió al salón, con Pluto pisándole los talones, y encendió la tele, donde tenía preparada una imagen del archipiélago de Cabo Verde. Con el mapa y unas pocas notas tendría suficiente para explicar a las tripulaciones lo que necesitaban saber.

Cuando estaba a punto de tirarse al sofá a esperar, el perro, que

se había tumbado en medio del salón, se levantó y meneó la cola, mirando hacia la puerta. Un instante después, Walter escuchó un vehículo acercándose y salió a la entrada.

Dos camionetas bajaban por el sinuoso camino. En cuanto la primera se acercó a las luces de la villa, Walter reconoció al conductor: David.

Un par de minutos después, nueve hombres se arremolinaban alrededor de la televisión, con Pluto tumbado en el medio. Walter carraspeó y se hizo el silencio.

—Voy a contaros rápidamente lo que tenéis que saber para este viaje —dijo—. Luego os daré a cada uno vuestra ruta exacta. Vais a salir muy seguidos, pero cuanto menos sepáis del resto de embarcaciones, mejor para vosotros.

»La situación actual nos da la oportunidad de mandar varios cargamentos con un riesgo mínimo y vamos a aprovecharla. Abajo, están listas la Gamma 4 y las Épsilon 1, 2 y 5 —dijo, señalando a los tripulantes respectivos.

La Gamma llevaba tres, pero las Épsilon eran tan fiables que, con dos personas, era más que suficiente.

—Las travesías en sí mismas no tendrán nada de especial —continuó Walter—. Saldréis esta noche, escalonados para que no llaméis la atención. Luego daré a cada patrón el punto de llegada y quién os va a recibir, junto con la carga que lleva vuestra embarcación.

»Como siempre, una vez allí, descargad, haced combustible y víveres y salid de vuelta inmediatamente. Cada minuto que pasáis en Cabo Verde, es un minuto que sois vulnerables.

»He preparado las embarcaciones yo mismo y las acabo de revisar; está todo en perfecto estado. También he hablado con los caboverdianos para que se aseguren de que la comida que os den se mantenga en buen estado, al menos, diez días —dijo, mirando a David, que inclinó la cabeza, agradecido—. Ya sabéis que os quiero de vuelta sanos y salvos; no pienso permitir que os vuelvan a dar la misma basura que las últimas veces.

Los hombres asintieron. Casi todos eran veteranos y la imagen que Walter se esforzaba en transmitir era la de jefe bondadoso, pero

peligroso si se ponían en su contra. Quizás por eso, casi todos repetían, aunque con lo que ganaban en uno o dos viajes les hubiese dado para vivir varios años. Sus nuevas vidas acomodadas y la relativa seguridad en las travesías que ofrecía Walter, también ayudaban a generar esa lealtad que este perseguía.

—Bien. Eso es todo —sentenció Walter—. Que se quede la Épsilon 1; el resto aprovechad para descansar en las habitaciones.

Mientras siete de los hombres subían las escaleras, David y su binomio se acercaron.

—Sabes que no tienes que hacer esto —dijo Walter—. Has hecho un viaje hace nada.

—Y tú sabes que soy tu patrón más fiable —contestó David—. Vamos; déjate de tonterías y danos los datos.

—Está bien —suspiró Walter.

Durante un par de minutos, les dejó claro el punto en el que tenían que encontrarse con los caboverdianos. También acordaron el código que utilizarían para comunicarse. Walter tenía varios y los iba rotando, para dificultar que pudieran ser quebrados. Las embarcaciones reportaban su posición, al menos, una vez al día. También debían llamar para informar que la transacción se había realizado con éxito.

Cuando todo estuvo claro, Walter acompañó a los dos hombres escaleras abajo. En la playa les esperaban otros dos, que serían los encargados de llevarse las furgonetas y que ayudaban a echar las embarcaciones al agua. El remolque de la Épsilon 1 ya estaba enganchado a una camioneta. Walter dio un par de minutos a David para que comprobara la embarcación y, cuando este dio el conforme, señaló al conductor para que empezara a empujar el narcosubmarino, lentamente, hacia el agua. David se bajó de un salto y le tendió la mano. Walter la apartó de un manotazo y se fundió en un abrazo con él.

—Ve con cuidado.

—Lo haré.

—Si todo va bien, puede que cuando vuelvas tenga algún juguete nuevo.

—Después de ver lo que hiciste con el último... —sonrió David.

Walter sonrió también.

—A ti no te va a hacer falta, así que pórtate bien.

—¿Comandante?

—Dime, Gabi.

El ferrolano pasó a la cámara del comandante y se sentó delante del despacho de Pablo.

—He llamado al contacto de Thales que te pasó Reyes —dijo Gabi.

—Cuéntame.

—Alguien ha debido de poner mucha pasta o influencia en esto. Probablemente, ambas. Tienen el tema mucho más avanzado de lo que yo pensaba; por mucho que el trasto sea modular, no es tan fácil instalarlo en un barco.

Pablo gruñó. El Albatros ya había sufrido varias modificaciones, que incluían la instalación de dos *rhibs* adicionales en toldilla, de una embarcación no tripulada, una cámara hiperbárica y un contenedor con un sistema de lanzamiento y recogida de drones aéreos. Ninguna resultó fácil, aunque tenía que admitir que el trabajo de Navantia fue sobresaliente en todas ellas.

—Los franceses ya se han puesto en contacto con los astilleros —continuó Gabi— y han estado hablando sobre dónde colocar el contenedor.

—Tampoco es que haya mucho sitio.

—Exacto. Para poder remolcarlo, tiene que ir en popa y, como ya nos suponíamos, será en la parte central de la toldilla. La consecuencia más inmediata es que no podremos contar con el Pichón ni el Blackjack —resumió el gallego, refiriéndose a la embarcación no tripulada y al dron aéreo.

—Bueno. No son buenas noticias, pero no podemos decir que no lo esperásemos.

—Exacto —dijo Gabi—. Supongo que Joseba va a tener bastante más trabajo esta vez.

—Como tenga que volar todo lo que voló el Blackjack en San Martín, va a hacer más horas que un reloj —bromeó Pablo—. Vale,

¿qué más?

—Le he estado pinchando un poco sobre el sonar. Me ha dado a entender que, en pasivo, tendrá menos sensibilidad que sus hermanos mayores; algo que no debería sorprendernos, ya que si no, no tendría sentido usar los sistemas más grandes. En cualquier caso, he estado pensando que puede que tampoco nos sirva de mucho. Para poder sacarle provecho a un sonar pasivo, necesitas la inteligencia acústica del blanco; es decir, tienes que saber cómo suena lo que estás buscando para poder escucharlo y distinguirlo de lo demás.

—Bueno. Habrá que localizarlos una primera vez y quedarnos con la firma acústica para más adelante.

—Exacto. Pero ya partimos con desventaja.

Pablo asintió, concediendo el argumento.

—Pero el verdadero disgusto es otro —continuó Gabi—. Tengo la sensación de que la empresa no estaba muy por la labor de ceder la tecnología, quizás por miedo a que sea copiada, pero que alguien con influencia les ha obligado a acceder. Pero han debido de revolverse y no nos van a instalar la parte activa.

—¿Cuánto nos limita?

—Es difícil saberlo. Según dicen, en pasivo debería darnos de sobra para coger a los narcosubmarinos, que no serán nada silenciosos —dijo Gabi—. Hablando de lo cual, hemos quedado en un par de días para que vengan los dos, Navantia y Thales, a definir en detalle la instalación.

—Estupendo. ¿Sabemos dónde nos van a poner la consola para el operador?

—Eso es una de las cosas que hablaremos cuando vengan. Lo ideal sería en el CIC, pero no vamos muy sobrados de espacio.

—Si hay que quitar cosas, se quitan.

—Está claro, pero no es tan fácil. Las consolas multifunción y las de armas y guerra electrónica son muy difíciles de mover, por todas las conexiones que llevan.

—Lo sé, pero va a ser nuestro sensor principal y, si no lo tenemos en el CIC, vais a sufrir.

—Estate tranquilo, comandante. Yo soy el primer interesado y

presionaré para que nos la pongan arriba.

—Si te ponen pegas, me dices.

Gabi asintió, obediente.

—Hablando del sonar —dijo Pablo—, el otro día estuve leyendo un poco sobre acústica submarina y me surgió una duda: la ventaja de los sonares remolcados es que los puedes alejar de tu propio ruido y bajarlos a una profundidad donde los rayos sonoros lleguen hasta el contacto. La primera está clara, pero la segunda no veo que nos sea aplicable. Por lo que estuvimos viendo, incluso los narcosubmarinos que sean plenamente sumergibles operarán muy cerca de la superficie. Bajando el sonar a cotas más profundas, ¿no dejaremos de sonorizar las capas de agua donde estén los narcosubmarinos?

—Se nota que has estado estudiando —sonrió Gabi—. No necesariamente. Los canales sonoros son muy anchos y, dentro de unos parámetros, podemos controlar la profundidad del sonar. Siempre que no lo sumerjamos tanto que los rayos sonoros se queden atrapados en un canal profundo, no tendremos problemas. He estado mirando por encima las trazas batitérmicas que nos encontraremos en Cabo Verde y son válidas para operar con el CAPTAS y coger contactos en superficie. Solo habrá que estar pendientes de llevar una velocidad que nos permita mantener el sonar a la profundidad deseada.

—Genial —dijo Pablo—. Una última cosa: sabemos cómo vamos a encontrarlos, pero no hemos pensado qué vamos a hacer entonces. Hay que tener en cuenta que estos tíos ya han demostrado que van muy en serio. Ese patrullero caboverdiano se fue al fondo en minutos.

—Yo también lo he estado pensando —admitió Gabi—. La realidad es que no tenemos armas antisubmarinas específicas. Y creo que no es realista contar con ellas; embarcar torpedos son palabras mayores y me parece una exageración para una narcolancha de fibra o unas pocas planchas de metal.

—Entonces, ¿qué?

—Como has dicho —respondió Gabi—, van a operar en superficie o muy cerca de ella. La mayoría de las veces podremos usar

nuestro armamento habitual: ametralladoras e, incluso, el cañón. Para cuando están en inmersión... —titubeó Gabi.

—Dime.

—Solo se me han ocurrido las bombetas antibuceador.

Pablo se recostó en la silla y miró detenidamente a su segundo.

—¿Funcionarán?

—No lo sé —admitió el ferrolano—. Pero estamos hablando de un sumergible artesanal de fibra y madera. Como mucho, un poco de acero. Una pequeña explosión cercana le puede provocar una vía de agua que le haga emerger.

—Como las cargas de profundidad antiguamente.

—Exacto. Tienen mucha menos capacidad explosiva, pero nuestros blancos van a ser débiles. Puede que el propio miedo les haga salir. Tengo que comprobarlo, pero creo recordar que tienen un par de configuraciones de profundidad y la una o la otra nos pueden valer para la cota a la que van a ir estos tíos.

—Un poco chapuza —musitó Pablo— Y, si hay verdaderos submarinos, ¿no crees que serán de otro material más resistente?

—No lo sé. Pero es lo mejor que tenemos. Si creemos que podemos necesitar algo más potente, podemos pedir que nos lo suministren *ad hoc*. Un explosivo que se dispara por un presostato no es nada difícil de diseñar.

—Puede ser una opción —murmuró Pablo—. De todas formas, hay algo que no me gusta nada; para usar esas bombetas, tendréis que pasarle por encima al narcosubmarino.

—Sí. Se podrían tirar desde el helicóptero; pero sí, hay que estar encima del blanco.

—No me hace ninguna gracia. Esta misión no tiene nada que ver con las anteriores. Es la primera vez que la supervivencia del barco está amenazada desde un principio y no sé si le estamos dando la importancia que merece.

Gabi no contestó.

—Bueno —dijo Pablo—. En otro orden de cosas, Reyes aceptó mi propuesta. En unos días, estará aquí el nuevo comandante.

—Comandante —dijo Gabi, asomándose a la puerta—. Ha llegado.

—Vamos —contestó Pablo, levantándose y saliendo de su cámara.

Los dos marinos bajaron la escala hacia la cubierta del hangar y se dirigieron a popa, a la cubierta de vuelo, donde tenían puesta la plancha.

Cerca de una semana después de que el Albatros saliera de su letargo, casi toda la dotación estaba ya a bordo. Todos los que fueron a San Martín habían decidido repetir y, al pasar por delante de la cámara de oficiales, Pablo pudo ver a Joseba y Paco tomando un café. Una de las pocas incorporaciones que quedaban era, precisamente, la que iban a recibir: el nuevo comandante.

Pablo y Gabi estaban en el pasillo de suboficiales, a punto de llegar al hangar, cuando se encontraron de frente con un hombre alto y apuesto, de pelo castaño y ojos ocre.

—Disculpen —dijo el recién llegado en un gangoso inglés, haciendo por continuar por el pasillo.

—¿Mathéo? —preguntó Pablo, sin apartarse.

El hombre le miró sin responder.

—Soy Pablo Marzán, comandante del Albatros. Este es Gabi, mi segundo.

—Ah. Yo soy Christy-Pallièrre, aunque pueden llamarme solo Pallièrre. No pensaba encontrarle aquí —dijo, mirando a Pablo.

—Llevo unos años disfrutando de mandar este barco y he pensado que podía facilitarte las cosas si te contaba un poco mi experiencia. Además, el señor Reyes ha querido que así sea.

El francés hizo un ruido indeterminado con la garganta.

—Sígueme —dijo Pablo—. Vamos a mi cámara y te cuento cómo está el barco.

Pablo deshizo el camino hasta volver a su cámara e invitó al francés a pasar.

—Quédate, Gabi —le dijo a su segundo.

Cuando se giró, Pallièrre se había colocado detrás del despacho y miraba las fotos que Pablo todavía tenía sobre la mesa.

—Aún tengo que llevarme unas últimas cosas —sonrió el gaditano

—. Estos días han sido muy intensos; he estado intentando dejar el barco todo lo preparado que he podido. También tengo que llevarme los últimos uniformes del armario.

—Necesitaré que se lo lleve cuanto antes —dijo Pallière—. No hay un minuto que perder y tengo que colocar mis cosas.

—Claro —murmuró Pablo—. Si me dejas un momento —dijo señalando el ordenador—, te puedo poner al día de cómo está el barco.

—No creo que sea necesario. Estoy seguro de que el segundo me dará la información que necesito.

—Yo estoy más metido en la parte de Operaciones —dijo Gabi—. El comandante tiene una visión más global y seguro que puede ponerle al día mejor que yo.

Pallière les miró detenidamente.

—Está bien —dijo—. Pero puede hacerlo desde ahí. Creo que debe quedar claro quién es el comandante del barco. Si Reyes quiere que se quede hasta que salgamos, lo permitiré, pero no se confunda: este es mi barco, ahora.

Pablo cogió aire y lo expulsó lentamente.

—Muy bien —dijo, sentándose por primera vez al otro lado de su despacho—. ¿Qué te gustaría saber?

—¿Han instalado ya el sonar?

—Sí. Ayer mismo terminaron. Faltan las últimas conexiones, pero Thales ha cumplido lo prometido: el CAPTAS 1 es altamente modular y la instalación ha sido mucho más sencilla de lo que pensábamos.

—Pero aún no lo han podido probar.

—No. Tenemos planeada una salida a la mar la semana que viene para pruebas generales y para comprobar el funcionamiento del sonar.

—De acuerdo. ¿Viveres? ¿Munición? ¿Repuestos?

—La munición está a bordo. Viveres y repuestos se terminarán de embarcar en los próximos días.

—¿Alguna avería que deba conocer?

—Ninguna de entidad.

—Muy bien. ¿Estado de la dotación?

—Está casi al completo, con unas pocas incorporaciones previstas la semana que viene. La gran mayoría han navegado con nosotros en otros despliegues y conocen el barco a la perfección.

—¿Qué nivel de adiestramiento diría que tienen?

—Son los mejores —respondió Pablo sin pestañear.

El francés hizo una mueca.

—Ahórreme los tópicos, por favor.

—Se lo digo con total sinceridad. Son excelentes. Hemos elegido a los mejores, les pagamos bien y les hemos adiestrado hasta la saciedad. Tenemos la suerte de haber dispuesto de dinero para mantener el barco en buen estado y emplear el tiempo en mantener a la dotación en forma, en lugar de pasarnos el día reparando averías. Están motivados y conocen su trabajo; no hay otra dotación como esta.

—Eso ya lo veremos. Por cierto, segundo —dijo Pallière, dirigiéndose a Gabi—. En este barco, el idioma oficial será el francés, como no puede ser de otra manera, siendo el comandante francés.

—Me alegra saber de que se encargará usted de todo el papeleo —dijo Gabi—. Yo no hablo una pizca de francés y no me suena que nadie en la dotación lo haga.

Pablo miró a Gabi. Estaba casi seguro de haber leído en su currículum que tenía un nivel decente de francés.

—Me dijeron que era una dotación internacional —objetó Pallière.

—Y lo es —dijo Pablo—, pero la mayoría son españoles y, los que no lo son, hablan el idioma. En cualquier caso, cuando necesitamos entendernos en otro idioma, lo hacemos en inglés.

—Es importante que yo pueda entenderme a la perfección, al menos, con mis colaboradores más cercanos —protestó Pallière—. Ciertos matices se pueden perder en una traducción.

—¿Qué quiere que le diga, comandante? —se encogió de hombros Gabi.

—Quizás tenga que hablar con Reyes para contratar a algunos hombres de confianza.

—Es usted libre de hacer lo que considere —contestó Gabi.

El francés musitó algo en su idioma que a Pablo le sonó a

exabrupto.

—¿Qué hay de la misión? —preguntó Pallière—. ¿Han pensado algo al respecto?

—Sí —tomó la palabra Pablo—. A falta de llegar a la zona y recibir información de primera mano de los caboverdianos, la idea es establecer patrullas en las zonas en las que se cree que desembarcan los narcos. Pero antes de planear nada en concreto, tendremos que comprobar las capacidades del CAPTAS.

—Correcto —concedió Pallière—. Pero ¿han pensado qué hacer cuando tengan un contacto?

—Considerando las capacidades de los narcosubmarinos —continuó Pablo—, hemos pensado que no sería prudente arriesgar el barco dejando que se acerquen a él. Mi idea era aprovechar las embarcaciones y el helicóptero para darles caza, manteniendo contacto con el sonar a una distancia prudente.

—¿Las embarcaciones? —preguntó el francés.

—Sí. Los narcosubmarinos, incluso los que se sumergen por completo, operan en cotas muy poco profundas. Creemos que podemos hacerles salir a superficie y abordarlos.

—¿Abordarlos?! Esto no son los piratas del Índico. He leído sobre usted y le felicito por sus éxitos, pero estamos hablando de un enemigo muy distinto. Estos señores han hundido un barco con un torpedo. A todos los efectos, hay que considerarlos un submarino convencional.

—¿Qué propones? —preguntó Pablo.

—El helicóptero puede ser útil, pero sin sonar, sonoboyas y torpedos estará muy limitado. Está claro que tendremos que acercarnos con el barco e intentar darle con el cañón o embestirles.

—¡Pero eso es peligrosísimo! Mira lo que le pasó al Guardiã.

—Eso era un patrullero de guardacostas —señaló Pallière—. Mi misión aquí es convertir al Albatros en un barco de guerra y daremos caza a esos submarinos como tal.

—Por muy barco de guerra que sea, sabes que un barco, solo, está en desventaja ante un submarino.

—Ante un submarino moderno con una dotación adiestrada, sin duda. Pero esto no son más que unos narcos con aires de

grandeza.

—Ya pensaba que no te habrían dejado escaparte —saludó Pablo a su hermano mayor.

—Perdona, macho —se disculpó Javi—. Lourditas ha decidido que era un buen momento para pegarle un chicle en el pelo a Patri y he tenido que amansar a las fieras antes de dejárselas a Paula.

—No te preocupes —sonrió Pablo—. Algún día deberías decidir cortarte la coleta y dejar de tener niños. La vida es apasionante, te lo aseguro.

Javi rio mientras se sentaba en el taburete. Estaban en el mercado de Cádiz, donde recientemente se habían habilitado varios locales de comida, convirtiéndolo en uno de los lugares más de moda de la ciudad.

—A menudos sitios me traes —insinuó el mayor de los Marzán, mirando de reojo al ruidoso grupo de estudiantes extranjeros de la mesa de al lado.

—A ver si se te pega algo, que te me vas a hacer un abuelo.

—Macho, yo ya he asumido que soy un cuarentón y vivo como tal. El que debería empezar a aceptar la edad que tiene eres tú. ¿Para cuándo la boda?

—Déjate —protestó Pablo—. No quiero ni imaginarme a Marta organizando una boda.

—A todo cerdo le llega su San Martín...

—Cabrón —murmuró Pablo.

Los dos hermanos pidieron algo de comida en los puestos de alrededor y volvieron a la mesa para disfrutar de las variadas viandas.

—¿Qué tal va por el barco? —preguntó Javi.

—No va —contestó Pablo—. O, mejor dicho, yo no voy.

—¡¿Qué?!

—Reyes quería que me quedase y preparara el barco para salir, pero desde un principio, para esta navegación ha querido contratar a otro comandante.

—¡¿Y eso?!

—Pues, como van a Cabo Verde a coger narcosubmarinos, y han demostrado que son mucho más capaces de lo que se creía, quiere un tío con experiencia en guerra antisubmarina.

—Bueno, pues que lo fiche y te asesore. Además, Gabi también sabrá lo suyo; aunque era electrónico, los de Operaciones tocamos todos los palos.

—Sí, lo sé. Pero la decisión no es mía.

—Me da la impresión de que tampoco te importa mucho. Al menos, no lo que me esperaba.

Pablo cogió aire.

—No me hace ninguna gracia. No somos una fragata; no estamos preparados para enfrentarnos a submarinos. Ya viste lo que le hicieron a ese patrullero.

—Sí —admitió Javi—. No te imaginas el revuelo que ha causado. Ya llevábamos unos años intentando recuperar las capacidades de guerra antisubmarina que habíamos perdido, pero esto... Cambia el escenario radicalmente; si un actor no estatal tiene acceso a esa tecnología, las reglas del juego cambian por completo.

—Pues eso. No quiero poner al barco en peligro de esa manera.

—Pero el barco lo van a poner en peligro de todas formas —argumentó Javi—. Y supongo que la dotación será, mayoritariamente, la misma que navegaba contigo.

Pablo asintió.

—No sé, Pablo. Creo que tendría más sentido que tú siguieras mandando el barco. Los conoces, tanto a la gente como la plataforma, y eso no se aprende en un día. En la Armada, tenemos la desventaja de que los mandos solo duran un par de años. Muchas veces, cuando un comandante ya se está haciendo con el barco, solo le quedan unos meses de mando. Deberíais aprovechar esa ventaja.

—Sigo pensando que alguien con experiencia en guerra antisubmarina lo hará mejor. Yo no tengo ni idea, Javi.

—A ver, tampoco nos pongamos derrotistas. Tienen torpedos, vale. Pero no son torpedos modernos; ni, mucho menos, submarinos modernos. Además, la primera vez nadie se esperaba lo que pasó. Ahora que han perdido la ventaja de la sorpresa, lo tienen

mucho más crudo.

—Bueno; ¡qué más da! Ya no puedo ir al barco.

—¿Cómo que no puedes ir?

—El comandante nuevo llegó ayer y, básicamente, me ha echado.

—¡¿En serio?! —exclamó Javi, poniendo los ojos en blanco—. ¿No ha querido aprovechar tu experiencia para que le vayas contando antes de que se vaya?

—No. Me da la impresión de que se sentía un extraño llegando a un equipo que ya está hecho y ha querido dejar claro desde el principio quién manda.

—Vaya subnormal. ¿Y piensa que se va a ganar a la gente tratando así a su anterior jefe?

Pablo se encogió de hombros.

—A mí lo único que me preocupa son los míos —dijo—. Antes de que llegara, estuve hablando con Gabi de cómo enfrentar a los narcosubmarinos. Con la amenaza de los torpedos, pensé que no era buena idea acercarse; el barco está en desventaja. Había pensado en usar el helicóptero y las embarcaciones como vectores, dejando el barco en una segunda línea, intentando mantener contacto con el sonar.

—Me da la impresión de que el nuevo no opina como tú, ¿no?

Pablo negó con la cabeza.

—Dice que hay que ser proactivos y echarse encima del submarino para dispararle con las armas del barco o embestirlo. Me parece una locura.

—¿De dónde es el pollo este?

—Francés.

—Mmm... Son muy buenos en guerra antisubmarina, pero un exceso de confianza puede ser mortal.

—Por eso mismo no me hace ninguna gracia que...

—Pero lo que tú dices tampoco sé hasta que punto sería viable, Pablo —le interrumpió Javi.

—Solo quiero proteger a mi gente. No me quito la imagen del Guardiã hundiéndose.

Javi se quedó callado durante un par de segundos, mirando a Pablo a los ojos.

—A veces, para proteger lo que quieres, no tienes más remedio que asumir algunos riesgos.

Walter cargó los últimos trastos en la camioneta y abrió la puerta del copiloto para que Pluto saltara dentro. El guyanés rodeó el vehículo y se acomodó en el asiento del conductor, metiendo primera y pisando el pedal para que la destartalada camioneta empezara a moverse.

Al volver de Colombia, tras solucionar el asunto de su familia y a la vez que empezaba a asentar las bases de su negocio, puso en marcha la verdadera razón de todo aquello. Su objetivo era que ningún niño de Guyana tuviera que pasar por lo que había pasado él. Que no se vieran obligados a irse a trabajar para los cárteles o cualquier otra organización criminal y, sobre todo, que no sufrieran la muerte de sus familias, fruto de una deuda con un despiadado usurero local.

Walter empezó ayudando a las familias más pobres del pueblo con sus propias manos; desde arreglos en las chabolas, a días pasados en el campo o pequeñas obras en sus vehículos; invirtió una parte importante de su tiempo en intentar ayudar a los que más sufrían, sobre todo, si tenían niños pequeños.

Pero, con el tiempo, se dio cuenta de que había una forma mucho más eficiente de ayudarles. El negocio se convirtió, rápidamente, en una fuente casi inagotable de ingresos, y Walter se vio con la liquidez necesaria para hacer grandes obras de caridad. Poco a poco, restringió los trabajos manuales a su taller, mientras usaba el dinero que ganaba para seguir ayudando a las familias de la zona.

Walter procuró darles trabajo en las ramas menos peligrosas de su negocio, y también en otros de la zona que sobrevivían gracias a sus donaciones. También pagaba a modestas empresas de construcción para que hicieran mejoras en las viviendas y, por último, compraba electrodomésticos y ropa decente para las familias que los necesitaban.

Para mantener un perfil bajo, apenas se dejaba ver como la fuente de los ingresos. Muy pocos sabían que el dinero salía de Walter

Darke y tenía toda la intención de que así fuera. Las donaciones y los pagos a los constructores los hacía a través de terceros, al igual que eran sus hombres los que contrataban a los cabezas de familia para trabajar en su empresa. La entrega de enseres la ejecutaba el propio Walter; era su única forma de mantenerse en contacto con las obras de caridad que realizaba y no le dolía admitir que lo necesitaba para mantener la motivación de seguir mejorando el pueblo, la comarca y, esperaba, algún día todo el país.

Walter sabía que muchos lugareños pensaban que las cosas que les regalaba eran robadas, pero no les importaba. Prefería eso a que le relacionaran con el negocio de la droga. Para aquellos que vivían en tan extrema pobreza, el origen de las ayudas que recibían era lo de menos; Walter sabía que no tenían problemas en recibir objetos robados y la seguridad de su empresa descansaba en que pudiera seguir manteniendo su anonimato.

El guyanés aprovechó el camino para seguir dándole vueltas al problema del lanzamiento de los torpedos. Su primera aproximación fue, como con los sumergibles, a partir de lo que había aprendido de Vasili. Simplificando los mecanismos y usando materiales que podía encontrar con relativa facilidad, había diseñado un tubo lanzatorpedos que disparaba el proyectil con una carga de aire comprimido y que se podía abrir desde el interior del submarino para recargarlo. El problema era que la puerta interior del tubo sufría mucha presión y, con las piezas que tenía a su alcance, le estaba resultando imposible reforzarla lo suficiente, y eso que sus torpedos no eran tan grandes y se lanzaban con una pequeña botella de aire comprimido.

El guyanés devolvió su atención a la carretera, al pasar por el desvío que llevaba a la que fue la casa de sus padres. Apretando con fuerza el volante, miró hacia delante y siguió conduciendo.

Unos minutos después, llegaba a su destino.

—¡Señor Darke!

—Te he dicho que me llames Walter, Sam —dijo, mientras salía del vehículo y cerraba la puerta con fuerza.

—Con todo lo que nos has ayudado, «señor» es lo menos que te mereces.

Una manada de críos apareció alrededor de Sam, atraídos por el ruido de la camioneta.

—¡Walter! ¡Walter! —gritaron los niños al verlo.

—¡Hola, niños!

Las criaturas vestían ropas viejas y rotas que, por supuesto, no conjuntaban, y andaban descalzos.

—¿Os habéis portado bien?

—¡Síííí! —gritaron al unísono.

—Dios mío, Sam, ¿cuántos tienes ya?

—Janet está esperando el octavo.

Walter negó con la cabeza.

—Estás loco.

—La verdad es que no sabría qué hacer sin ti. No sé cómo te pagaré lo que haces por nosotros, pero encontraré la manera.

—Te he dicho mil veces que no es necesario —contestó Walter, agachándose para coger a una de las niñas más pequeñas, que tiraba de sus bermudas mientras lo miraba con unos enormes ojos—. Esto es pago más que suficiente —dijo, mientras recibía un sonoro beso de la pequeña—. ¡Bueno! —continuó, mirando a los niños—. Pues si os habéis portado bien, creo que os merecéis esto.

Walter dejó a la niña en el suelo y abrió el portón de la camioneta. Uno a uno, bajó varios juguetes al suelo, dejando que los niños se los repartieran. Siempre le había sorprendido cómo, siendo tan pobres, no se peleaban por ellos, sino que los compartían y jugaban juntos. Hubiese dado igual; llevaba suficientes para todos.

—No tenías que hacer eso —dijo una voz femenina.

Walter se giró para ver a Janet, que llevaba en brazos al más pequeño de la familia.

—Sabes que me encanta, Janet. Es más egoísta de lo que te crees.

—Aun así —contestó ella, acercándose—. Gracias —susurró, dándole un beso en la mejilla.

Con los críos entretenidos con sus nuevos juguetes, Walter hizo un gesto a Sam para que se acercara.

—Os he traído una cosita —dijo, señalando una caja grande que aún quedaba en la camioneta.

—¿Qué es? —preguntó Sam.

—Un calentador.

—¡Walter! No era necesario. Nos apañamos...

—Es un peligro —le interrumpió Walter—. No quiero pensar ni por un momento que vayáis a tener un accidente por calentar el agua de forma artesanal. ¡Vamos, échame una mano para instalarlo!

Pablo dejó el libro que estaba leyendo y cogió el móvil.

«¿Estás en casa?», decía el último mensaje.

«Sí», contestó.

«¿Te importa que me pase?»

«Sabes que no; cuando quieras», tecleó.

—Qué raro —musitó.

—¿Qué pasa, *gordi*? —preguntó Marta, levantando la vista de su portátil.

—Es Gabi. Viene para acá.

Marta se miró la ropa y Pablo no pudo evitar sonreír.

—¿Vas a intentar ligártelo?

—No seas imbécil. Pero no quiero parecer una pordiosera.

—Estás bien, mi amor.

—Bueno, por lo menos, voy a ponerme unos zapatos —dijo ella, señalándose las pantuflas.

—Como quieras —sonrió Pablo.

Unos minutos después, Gabi entraba por la puerta del piso.

—Perdona la intromisión, Marta —dijo.

—Para nada —dijo ella, sonriente—. Os dejo solos.

—¡No! No hace falta —contestó Gabi—. Nada de lo que vamos a hablar es sensible y va a ser un momento. Solo faltaba que te eche de tu propio salón.

—¿Seguro...?

—De verdad —insistió Gabi.

—Venga, pasa —dijo Pablo.

Los tres se sentaron alrededor de la mesa del salón.

—¿Puedo tentarte con una cerveza? —preguntó Pablo.

—No, muchas gracias. Va a ser un minuto, lo prometo.

—Como quieras —se encogió de hombros Pablo—. Tú dirás.

—No voy a ir a Cabo Verde —dijo Gabi, sin preámbulos.

—¿Cómo que no vas a ir? —preguntó Pablo—. ¿Y el contrato?

—Lo he hablado con Fátima. Tendremos que apretarnos el cinturón, pero con lo que he ahorrado de las anteriores navegaciones, no deberíamos tener problemas.

—Joder, Gabi —suspiró Pablo—. Y, ¿de verdad te merece la pena? Quiero decir: ¿qué te ha hecho tomar esta decisión?

—Ya sabes que no tenía ninguna intención de ir. Casi no voy a San Martín. Entonces, el volver a formar parte de la mejor dotación que he conocido fue suficiente. Ahora, aunque prefería quedarme en casa, eso volvía a ser un aliciente.

—¿Pero? —preguntó Pablo, anticipándose.

—Pero el barco ha cambiado —resumió Gabi—. Hace solo un par de días que llegó el imbécil ese y que te fuiste, pero no te haces una idea de lo que es.

—¿De quién habláis? —preguntó Marta con sorpresa.

—De mi relevo; del nuevo comandante —explicó Pablo—. ¿Qué ha pasado? —preguntó, mirando preocupado a su amigo.

—¿Qué no ha pasado? —preguntó Gabi al aire—. Es un imbécil. Simple y llanamente. Parece que necesita tomar todas las decisiones y llevarle la contraria a todo el mundo para demostrar que está al mando. O, a lo mejor, disfruta haciéndolo, no lo sé...

—De esos los hay en todos los trabajos —dijo Marta.

—Está poniendo el barco patas arriba, Pablo. La gente va a explotar y solo llevamos un par de días. Sabes que son muy buenos, pero, precisamente por eso, no les hace ninguna gracia que venga un tío que no conoce el barco y les diga cómo hacer su trabajo. Podría entender que quisiera hacer algunos cambios para adaptarnos a la nueva amenaza; para eso lo han contratado. Pero quiere cambiarlo todo; hasta cómo damos la *rhib*. El otro día don Iván casi le pega un *bocao* —sonrió el gallego.

—Me lo imagino —sonrió también Pablo.

Durante unos momentos, se hizo el silencio.

—Sabes lo que significa esto, ¿no? —preguntó Pablo.

Gabi negó con la cabeza.

—Yo me quedaba aquí con la tranquilidad de que, contigo a bordo, el barco estaría bien. Pero ahora... nadie se interpone entre este tío y lo que sea que quiera hacer. ¿Quién va a proteger a la gente? El resto de oficiales no tienen el ascendiente necesario.

—Lo sé, Pablo, pero no me puedes pedir que...

—¡No! No me malinterpretes. Jamás te pediría algo así. Solo me preocupo por la gente. Soy yo el que la ha cagado bien gorda recomendándole este tío a Reyes. Me dejé llevar por su experiencia y no se me ocurrió enterarme de cómo era personalmente.

—Yo lo siento mucho, de verdad, pero no estoy dispuesto a...

—No le des más vueltas, Gabi. No es culpa tuya.

—Simplemente, quiero recordar el Albatros como lo he vivido contigo. Ha sido lo mejor que me ha pasado después de Fátima y las niñas.

Pablo volvió a sumirse en un silencio durante casi un minuto.

—¿Y ahora qué?



Capítulo Tres

Pallière bajó la tapa del portátil y se levantó de su despacho. Aquel era el primer día que sacaría su nuevo barco a la mar y uno de los pocos hitos que le quedaban por superar para poder salir hacia Cabo Verde. Las pruebas de mar estaban diseñadas para comprobar el correcto funcionamiento de los equipos antes de salir, evitando que se fueran de misión con algún sistema esencial averiado o sin los repuestos necesarios.

El francés subió al puente.

—¿Cómo vamos? —preguntó.

—El barco está prácticamente listo para salir —le contestó el viejo oficial de puente en un titubeante inglés—. Pero Máquinas no ha conseguido embragar.

—¡¿Cómo?!

El viejo se encogió de hombros y Pallière se acercó al interfono.

—¡Máquinas de puente!

—Máquinas —oyó la voz del tejano que hacía las veces de jefe de todo lo relacionado con energía y propulsión.

—¿Qué ocurre? La orden era estar listos para dar avante hace diez minutos.

Johnson le contestó con una retahíla de términos y explicaciones en un inglés rápido y profundamente acentuado. Pallière solo entendió palabras sueltas como «embrague», «revoluciones» y «caja de engranajes».

—Voy para allá —dijo, colgando el interfono con un golpe.

Después de escuchar al anterior comandante decir que el barco estaba en perfectas condiciones y haber recibido las mismas novedades de los oficiales de los distintos destinos, esto era justo lo que se temía. Desde el primer momento, percibió una sensación de complacencia en la dotación. Parecían estar convencidos de que lo sabían y controlaban todo sobre su barco, y Pallière sabía que eso era imposible. Ni siquiera las mejores dotaciones militares, adiestradas asiduamente durante años y cribadas por los duros organismos de certificación, llegaban a un punto en el que pudieran relajarse, sabedoras de que tenían todo controlado. Eso era imposible y él se había propuesto demostrárselo a los engreídos oficiales, suboficiales y marineros del Albatros.

—A ver, Johnson —dijo al entrar en la cámara de control central—. Explícame, de la manera más sencilla que sepas, qué ocurre.

—No embraga —respondió el americano.

Pallière esperó a que el yanqui continuase y, al ver que no lo hacía, estalló.

—¡Eso ya lo sé! ¡Me refiero a por qué no embraga!

—Ah. Ha dicho usted de la manera más sencilla posible —respondió el tejano.

Pallière lo miró detenidamente, buscando el más mínimo indicio de que Johnson le estaba tomando el pelo, pero el americano lo miraba con cara seria.

—Explíquemelo despacio —dijo Pallière—. La terminología que usa no es a la que estoy acostumbrado.

—¡Ah, claro! Perdona mi terminología, comandante —dijo el tejano—. Como le he dicho, no somos capaces de embragar ninguno de los dos ejes, ni a sus motores eléctricos ni a los diésel. En este barco, el embrague se hace en remoto; de hecho, lo pueden hacer directamente desde el puente, aunque en situaciones especiales, como hoy, que es la primera vez que embragamos en varios meses, lo solemos hacer desde aquí. A efectos prácticos, lo único que vemos en la pantalla es un circuito que se cierra, uniendo la caja de engranajes, ya sea con el motor eléctrico o con el diésel. En cuanto a lo que ocurre abajo, físicamente...

—¡Sé cómo funciona un embrague! —exclamó Pallière, notando un repentino calor.

—Pues, entonces, no tengo mucho más que explicarle —respondió Johnson, encogiéndose de hombros—. Todos los parámetros a los que tenemos acceso son correctos. El motor funciona perfectamente y a unas revoluciones que deberían permitir embragar. Lo mismo con los motores eléctricos. Hemos puesto los cuatro generadores, para asegurarnos, y tenemos potencia más que de sobra para mover los dos ejes, ya no digamos uno solo, pero no hay manera.

—¿Me estás diciendo que no sabes cómo arreglarlo?

—Le estoy diciendo que no sé cuál es el problema.

—Me habían dicho que eras un excelente mecánico.

—Es posible, comandante. Lo que no soy es informático —dijo, señalando la pantalla donde seguía parpadeando el indicador del embrague.

Pallière no estaba dispuesto a dar el día por perdido, así que convocó a sus oficiales a una reunión.

Cuando llegó a la cámara, estuvo a punto de preguntar por qué no se levantaban cuando entraba el comandante, pero se contuvo a tiempo. Aunque pretendía mandar el barco como si de uno de los de la Marine Nationale se tratase, sabía que no podía exigir ciertos protocolos puramente castrenses.

—Buenos días —dijo al sentarse—. Como ya sabéis, finalmente, hoy no saldremos a hacer las pruebas. Johnson, ¿estás seguro de que no hay nada que podamos hacer?

—Nada —dijo el americano negando con la cabeza—. Ya he informado a nuestros contactos en Navantia. Me han dicho que vendrán a verlo en cuanto les autoricen.

—¿Y quién les autoriza?

—Pues me imagino que la propia empresa, pero supongo que el barco tendrá que hacer una petición formal de auxilio, para que esté cubierta económicamente de alguna manera.

—¿Quién se encarga de eso? —dijo, mirando al gordo gaditano

que hacía las veces de oficial de logística.

—No lo sé —contestó Johnson—. Las relaciones con Navantia las llevaba directamente el comandante; no sé si a través del señor Reyes. Aunque ahora que hemos cambiado de dueño, la verdad es que no sé si habrá variado la cosa.

—¿Nadie sabe nada sobre este asunto?

Los oficiales negaron con la cabeza.

«Está bien», pensó Pallière, cabreándose al darse cuenta de que tendría que pasar el mal trago de preguntarle a su jefe algo sobre lo que no tenía ni idea.

—Os he reunido para que me pongáis al día sobre vuestros destinos. ¿A alguien le falta algo tan clave por probar como el embrague? —preguntó—. Algo que nos pueda impedir salir a la mar.

Los oficiales se miraron entre ellos.

—Hay muchas cosas que solo se pueden probar en la mar —contestó Núñez, el oficial de puente de fríos ojos grises—. Todo indica que estamos bien, pero no puedo asegurar que los equipos de navegación estén en perfecto estado hasta que no nos movamos. Supongo que al *Chief* le pasa igual con otras cosas, además de la caja de engranajes; las aletas o el servo, por ejemplo. Son cosas que, potencialmente, me afectan a mí, pero no creo que *Grease* pueda cerciorarse de que están bien hasta que no estemos en la mar.

Pallière miró al viejo marino mientras le hervía la sangre. Con gente así, ¿cómo iba a echar el barco a andar?

—No quiero más sorpresas antes de salir —insistió—. Aseguraos de comprobar todo lo que se pueda comprobar; si volvemos a tener un fallo de esta magnitud, el responsable sufrirá las consecuencias.

Pallière observó a los oficiales, uno por uno, sosteniendo sus miradas de sorpresa u hostilidad. No le molestaban; al contrario. A ver si se iban enterando de quién mandaba allí.

—Bien. Otro asunto. Aunque me imagino que tendrá bastantes lagunas, supongo que habrá un plan de adiestramiento previsto para llegar a Cabo Verde en condiciones de enfrentarnos a nuestra misión.

El francés paseó la mirada por las caras de la mujer y los hombres

que se sentaban con él, esperando que alguno respondiera. Los oficiales se miraban entre ellos.

—¿Alguien?

—El adiestramiento lo llevaban de primera mano entre el comandante y el segundo —respondió Díez, el jefe de seguridad.

—¿Me estás diciendo que los oficiales del barco no tenían ninguna responsabilidad en la confección del plan de ejercicios?!

—El comandante y el segundo nos preguntaban si había algo en lo que quisiéramos adiestrar a los nuestros —respondió Núñez—, pero cada uno nos limitábamos a los ejercicios que afectaban al personal de nuestra inmediata responsabilidad. Lo que implicaba a todo el barco era dirigido por el comandante y el segundo. Ellos eran los que mejor conocían la misión y los que sabían en qué necesitábamos adiestrarnos. A veces, pedían consejo sobre algún tema, sobre todo a Paco o Joseba, pero nosotros no teníamos nada que ver en el proceso.

Pallière inspiró hondo.

—Está bien —dijo—. Voy a necesitar acceso a las sesiones del anterior comandante y segundo en sus ordenadores.

—Siento decirle que no puedo hacer eso, comandante —respondió Núñez, que también era responsable de la radio e informática—. Violaría la ley de protección de datos.

Pallière estaba a punto de pegar un grito, pero la médico le interrumpió.

—¿Por qué no se lo pide a ellos? Estoy segura de que no tendrán inconveniente en pasarle la información. Es más, seguro que están encantados; los dos son unos auténticos friquis.

El día siguiente a la fallida salida a la mar, Pallière seguía de muy mal humor. No consiguió acceder más que a algunos documentos sueltos de planes de adiestramiento anteriores, y nada orientado a la misión en Cabo Verde. Eso significaba que los iba a tener que redactar de cero y, cuando aceptó el puesto, no se le pasó por la cabeza que sería él mismo quien tendría que hacer ese tipo de trabajos. Además, no había ningún avance en la avería de la caja de

engranajes y, para poner la guinda al pastel, su jefe tenía prevista para ese día la primera visita al barco desde que él tomara el mando.

Pallière salió de su camarote de mal humor, bajó al hangar y salió hasta la cubierta de vuelo a esperar la llegada de Reyes.

El alicantino no se hizo esperar, aunque a Pallière los dos o tres minutos que pasó allí se le hicieron eternos; sobre todo, viendo a algunos marineros ociosos en la cubierta, mientras él pensaba en el trabajo que se le acumulaba en el despacho.

—Buenos días, señor Reyes —saludó a este al llegar.

—Buenos días, Mathéo.

—Acompáñeme, por favor.

Los dos subieron hasta el pasillo de oficiales y entraron en la cámara del comandante, donde Pallière invitó a Reyes a sentarse en uno de los sillones alrededor de la mesa baja.

—¡Vaya alegría me diste ayer! —profirió Reyes.

Pallière tragó saliva.

—La verdad es que me hubiese gustado que mi primera novedad fuese más halagüeña —sonrió forzosamente, intentando rebajar algo la tensión.

—A mí también —contestó Reyes sin sonreír—. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

—El jefe de Máquinas ya está en contacto con personal de Navantia. Solo hace falta que al astillero le llegue la solicitud formal.

—¡¿Y a qué esperabas para decírmelo?! Hubiesen estado aquí hoy mismo —dijo Reyes, levantándose—. Voy a llamarlos.

El alicantino salió de la cámara en busca de cobertura y Pallière se quedó solo unos minutos.

—Vienen esta tarde —dijo Reyes al volver a entrar en la cámara—. Dicen que llevaban esperando mi llamada desde ayer... Mathéo, sé que acabas de llegar, pero este tipo de cosas no nos pueden pasar. Hay que estar en Cabo Verde cuanto antes; cualquier retraso, por mínimo que sea, es inaceptable. Estás aquí por recomendación de Pablo, un hombre que ha demostrado su valía y buen juicio en tres misiones al mando de este barco. No me hagas dudar de su criterio.

—Por supuesto.

Reyes asintió.

—¿Qué más novedades tienes?

—Estamos algo cojos de personal...

—¿De personal? —le interrumpió Reyes—. Pero si Pablo me dijo que estaba prácticamente listo; casi todos los que fueron al Caribe se han vuelto a apuntar.

—Hemos tenido algunas bajas en los últimos días...

—¿Alguna esencial? Hay una cláusula en el contrato que puedo utilizar para obligarles a permanecer a bordo.

—Huesca.

—¿Huesca? ¡¿Gabi?! ¡¿El segundo?!

Pallière asintió, enmudecido ante la vehemencia de Reyes.

—¡¿Cuándo pensabas decírmelo?! —exclamó Reyes—. ¿Se va el segundo comandante y no me dices nada? ¿Sabes que la única razón por la que me planteé sustituir a Pablo fue porque sabía que Gabi le daría continuidad al proyecto? ¿Qué narices pretendes hacer ahora? Porque si se ha ido después de las amenazas que le hice, está claro que está dispuesto a pagar la multa.

—Estoy buscando un sustituto. Alguien que encaje mejor con el estilo de barco que quiero liderar.

—Pues ya puedes ponerte las pilas. Mándame los candidatos en cuanto los tengas.

—Así lo haré.

—¿Qué coño ha pasado para que haya decidido irse ahora? Su presencia era fundamental. Supongo que el propio Pablo te está dando un buen relevo, porque si no, esto va a ser imposible.

—No lo sé; dijo que necesitaba estar con su familia —respondió Pallière, obviando intencionadamente la segunda pregunta.

—Bueno. Son malas noticias, de eso no cabe duda. Vas a tener que ponerte las pilas. Gabi siempre ha sido un apoyo fundamental para Pablo; hasta el punto de que estoy seguro que las tres misiones anteriores habrían sido un fracaso sin él. Llegué a ofrecerle el mando...

Pallière miró al español. Aquello no lo sabía.

—¿Algo *más* que me deba preocupar? —preguntó Reyes.

—El nivel de adiestramiento es paupérrimo.

—Siempre lo ha sido al principio de los despliegues; es normal, la gente lleva meses en sus casas. Los informes de Pablo no dejaban de hablar de adiestramiento las primeras semanas de cada navegación.

—Nos pondremos al día.

—Más te vale.

Walter intuyó el timbre del teléfono por encima del ruido del soplete y se retiró ligeramente del Eta 1. Manteniendo la llama alejada, cerró con la otra mano la pequeña llave hasta que el tubo dejó de escupir gas ardiendo. El guyanés se retiró la máscara y, secándose el sudor de la frente con un trapo, se acercó a la mesa.

Tal y como le había parecido, el teléfono que sonaba no era su número habitual, sino un sencillito móvil comprado con una tarjeta SIM nueva unos días antes. Solo una persona tenía el número.

—¡David!

—¡Jefe!

—¿Todo bien?

—Como la seda. Se acaban de llevar el cargamento. Nos han dado provisiones y hemos llenado de combustible; estamos listos para volver.

—¿El teléfono del que me llamas está limpio?

—Sí. Me lo han traído ellos, como siempre. Yo mismo he sacado la tarjeta del envoltorio.

—Muy bien. ¿Habéis hecho muy buen tiempo, no? —preguntó Walter, mirando la fecha en el reloj—. Casi no me lo creía cuando me ibas dando las novedades diarias —dijo, refiriéndose al código que transmitían por radio sus embarcaciones todos los días.

—El barco se ha portado como un campeón. Y hemos tenido suerte con el tiempo. Pero, sobre todo, las embarcaciones están cada vez mejor, jefe. No dejas de superarte.

—Aun así, no me gusta que las forcéis; hay más posibilidades de que tengan un fallo.

—Tranquilo, Walter. ¿Has dejado de fiarte de mí?

Walter sonrió. Sabía que el joven David estaría extático por haber completado otra travesía con éxito.

—Ten cuidado al volver. Te dejo, que estoy liado con el Eta.

—¡Un momento! ¡Casi se me olvida! Me han dicho los caboverdianos que han oído que van a mandar un barco extranjero a patrullar aquí. Por lo visto, con sonar y todo. Ellos se enteraron hace unos días por sus fuentes, pero me han dicho que hoy ya se ha hecho público. Por lo visto está en la tele.

—¿Qué?!

Walter miró a su alrededor. En una esquina del taller descansaba una vieja tele de tubos catódicos. Hacía años que no la encendía y dudó que fuese a ser capaz de sintonizar nada en ese trasto. El guyanés localizó su portátil y, configurando su móvil para que actuara como router, se conectó a Internet. Estaba dejando las teclas pringadas de grasa, pero ya tendría tiempo de limpiarlo más adelante.

En menos de un minuto, dio con un canal de noticias internacionales que emitía en vivo, en Internet. Efectivamente, estaban transmitiendo una pieza sobre Cabo Verde.

—¿Jefe? —dijo David a través del teléfono que Walter había dejado en altavoz, apoyado encima de la mesa.

—Shhh.

Walter se concentró en escuchar la noticia. Las primeras imágenes eran de algún alto cargo caboverdiano dando una entrevista; pero, a continuación, aparecieron unas imágenes de archivo de un barco pintado de gris. Walter abrió otra pestaña y buscó el barco por su nombre. También introdujo el sonar que, decían, le había instalado la francesa Thales. Pluto se acercó desde su esquina y se sentó a su lado, aparentemente, bebiendo cada palabra que se decía en el televisor.

—Joder —musitó.

—¿Jefe?

—Dime —contestó Walter, saliendo de su ensimismamiento.

—¿Qué ocurre?

—Parece que no ha servido de mucho quitarse de encima al Guardiã.

—¿Qué quieres decir?

—El barco que mandan es bastante más potente. Y le han montado un señor sonar. Esto nos va a traer problemas.

—¿Y qué vamos a hacer?

Walter miró la enorme forma cilíndrica en la que estaba trabajando cuando sonó el teléfono.

—Voy a tener que ponerme serio con el Eta —dijo.

—Pero... ¿tendremos suficientes para...?

—No —dijo Walter—. No tengo fondos ni tiempo para construir tantos y no podemos disminuir el flujo de mercancía. Tendremos que usarlo como arma ofensiva.

—Pero, si dices que este barco es tan capaz... y con sonar y todo —dudó David.

—Sigue sin ser un escolta antisubmarino de verdad —contestó Walter—. Seguimos teniendo ventaja mientras no sepa dónde estamos. El medio submarino ofrece muchas ventajas, aun sin poder sumergirnos debajo de la capa. Los sumergibles primitivos también estaban muy limitados y, a pesar de ello, les daban unos buenos quebraderos de cabeza a sus depredadores.

Walter se calló un instante, su cabeza yendo mucho más rápido que él, calculando posibilidades y, al tiempo, recordando todo lo que le había contado Vasili. Le iba a hacer falta.

—No —sentenció—. Aún tenemos ventaja. No conocen nuestras verdaderas capacidades. Solo tenemos que quitarnos a este también de en medio y podremos seguir comerciando con tranquilidad. Lo único —pensó en alto— es que, además del Eta, voy a tener que ponerme en serio con lo de los torpedos...

—Si todo va bien, en unos días estoy allí para ayudarte.

—Sí... —musitó Walter, sumido en sus pensamientos mientras rascaba a Pluto detrás de las orejas—. ¡Sí! Vuelve cuanto antes. Me va a hacer falta tu ayuda. ¡Suerte, David!

Pablo cerró la aplicación del reloj y sacó las llaves para abrir la puerta de casa. Cada vez le costaba más salir a correr y era un poco deprimente ver el ritmo al que estaba trotando.

Dejó las llaves en la mesita y cogió el móvil que había dejado allí antes de salir. Tenía una llamada perdida de alguien que no esperaba: Reyes.

El gaditano frunció el ceño mientras iba a la cocina a beber algo de agua. ¿Qué querría Reyes?

Pablo se tragó dos vasos de agua casi sin respirar y decidió que, fuera lo que fuese, podía esperar. Era el propio Reyes quien lo había echado; no le debía nada.

El gaditano se dirigió al baño y se preparó para darse una buena ducha.

Quince minutos después, tras vestirse tranquilamente, se sentó en el sofá del salón y devolvió la llamada al alicantino.

Reyes cogió en el primer tono.

—Pablo.

—Buenos días, señor Reyes.

—¿Todo bien?

—Sí. Dígame.

—Estuve hablando con Pallière ayer. El barco está mucho peor de lo que me dijiste.

—¿Y eso?

—No pudieron salir a la mar; al parecer, algo relacionado con las cajas de engranajes. No consiguen que los motores, ni los eléctricos ni los diésel, se acoplen bien a los ejes.

—Qué raro... —murmuró Pablo—. ¿En los dos ejes?

—Sí.

—Suena a algo informático. Las posibilidades de que las dos cajas de engranajes tengan el mismo fallo a la vez son mínimas.

—Sí, eso es lo mismo que dice el jefe de Máquinas. Ya nos hemos puesto en contacto con Navantia para que le eche un ojo. Pero eso no es todo.

—¿Qué ha pasado?

—Me ha dicho que está teniendo problemas de personal; gente que se está yendo. El primero y más importante, Gabi.

—Lo sé; me lo dijo hace unos días.

—¡¿Y no me dices nada?!

—Señor Reyes, yo ya no soy el comandante del Albatros. Esa

noticia se la debería haber dado Pallière; o el mismo Gabi. Ya sabe que mi relación con él ha sido una entre iguales: nunca lo he considerado uno más de la dotación.

—Pero esto va a suponer un golpe tremendo para el barco...

—No le quepa la menor duda. Tras saber que no iba a ir a esta misión, lo único que me tranquilizaba era que Gabi seguiría a bordo. Además, ¿me ha dicho que se ha ido más gente?

—Sí.

—Pues que no le extrañe que sea por eso. Muchos llevan navegando con nosotros desde Somalia. El sentido de lealtad es muy alto y es posible que no se vean trabajando para otros en el Albatros.

—Necesito que vayas al barco y le pongas remedio a esto.

—¿Qué?!

—Ve al Albatros y échale una mano a Pallière. Que la gente vea que lo consideras un buen relevo. Y así, también, puedes asistir con otros asuntos; me ha dicho que están muy mal de adiestramiento.

—Señor Reyes, no lo ha entendido. Ese hombre me ha echado del barco. Del que ha sido mi barco desde que lo compró Gotthelf. Se ha comportado como un auténtico capullo; si ahora pretende que vaya a hacerle el trabajo, está muy equivocado.

—Pablo, te recuerdo que tu contrato...

—No —le interrumpió—. Mi contrato es para navegar a bordo del Albatros, no para ejercer como asesor durante su puesta a punto.

—Muy bien. En ese caso, ocuparás el puesto de Gabi.

—No, no lo haré.

—No te lo estoy ofreciendo.

—No pienso ponerme a las órdenes de ese hombre. Bastante difícil sería pasar a ser segundo de un barco que he mandado tanto tiempo y al que le tengo tanto cariño. Pero ¿con este tío? Ni hablar. De ninguna de las maneras. Tome las medidas que estime oportunas, pero no cuente conmigo para pisar la cubierta del Albatros mientras Pallière siga al mando.

—¿Es tu última palabra?

—Sí.

Pallière subió al puente desde su cámara. Estaba de muy mal humor. Los técnicos de Navantia seguían abajo, con sus ordenadores enchufados al sistema integrado de control de plataforma, intentando averiguar qué desajustes provocaban que no pudieran embragar los motores. Mientras, apenas había conseguido hacer ningún avance en el plan de adiestramiento del barco, pues seguía buscando un candidato para el puesto de segundo. Los oficiales estaban cumpliendo sus instrucciones sobre el testado de equipos y sistemas, y aquella mañana tocaban las embarcaciones. El francés quería estar en el puente, ya que había dado orden de que se hiciera todo como si estuvieran en la mar, para comprobar los procedimientos que usaban en el Albatros.

Una vez en el puente, se sentó en su sillón y, con el *walkie* encendido en el canal de maniobra, se dispuso a esperar. Los minutos pasaron y Pallière, que ya estaba malhumorado, se empezó a cabrear seriamente. Usando el *walkie*, llamó a Núñez, el responsable de la maniobra.

—Voy para arriba —fue la respuesta del viejo marino.

Pallière se dispuso a esperar mientras meditaba si merecería la pena sustituir a alguno de los oficiales. Posiblemente, a todos. El problema era que no tenía tiempo y ese insoportable de Reyes no hacía más que meterle prisa para sacar el barco.

—Buenos días, comandante.

—¿Qué narices pasa, Núñez? —preguntó Pallière.

—No tengo gente.

—¿Qué? ¿Cómo que no tienes gente?

—Habíamos tenido un par de bajas, pero hoy no ha venido nadie del destino a trabajar. Llevo toda la mañana intentando localizarles y averiguar qué les pasa.

—¿Y?

—Han dimitido.

—¡¿Qué?! ¡¿Todos?!

—Sí.

—¿No se supone que hay una cláusula en los contratos que impide que la gente se vaya cuando quiera?

—Hay una multa, sí. Pero parece que han decidido pagarla si

Kormoran se la reclama.

—Me cago en la puta... ¿Me estás diciendo que no tenemos a nadie que sepa arriar las embarcaciones?

—No solo es arriarlas; de hecho, eso podríamos llegar a hacerlo. El problema es marinarlas. Todos los patrones eran del destino de Maniobra. Yo no pondría a cualquiera a los mandos; aunque pueda parecer sencillo, no es lo ideal y podemos acabar teniendo averías por una tontería.

Pallière miró al viejo marino con los ojos entrecerrados.

—¿Seguro que no has tenido nada que ver en esto? —preguntó.

Núñez pareció sinceramente sorprendido.

—¿En qué?

—¿No los has animado a irse? Al fin y al cabo son tus hombres; a ti te escucharían. Empiezo a tener la impresión de que en este barco hay gente haciendo todo lo posible para que no salgamos a la mar. Me parece muy bien que le tengan cariño al anterior comandante, pero es un comportamiento que no toleraré.

—¿Cree que si ese fuera el caso yo seguiría aquí?

—Dígame.

—Señor Reyes, soy Pallière.

—Mathéo. Dime.

—Me temo que no tengo buenas noticias.

—No me has dado ni una desde que tomaste el mando.

Pallière tragó saliva.

—Hoy hemos tenido más bajas en la dotación.

—¡¿Más?! ¿De cuántos estamos hablando?

—¿En total? Cerca de veinte...

—¡¿Veinte?! Pero eso es casi la mitad de la dotación, sin contar a los de seguridad y los del helicóptero. ¡¿Qué narices ha pasado?!

—No lo sé. Cada día que vengo, hay más gente que ha decidido no venir. No tengo ni idea de por qué...

—Es una reacción en cadena... —murmuró Reyes—. Está claro. Los primeros se fueron por las razones que fueran. Y las de Gabi, al menos, las tengo claras. Los demás han visto que no van a poder

contar con sus compañeros durante la navegación y han decidido que era mejor hacerse a un lado. Pablo siempre insistía en la suerte que teníamos de disfrutar de una dotación tan unida. Parece que nuestra suerte se ha convertido en nuestra maldición. Lo que quisiera saber es qué narices has hecho para provocar esto.

—¿Yo? Yo no he hecho nada, señor Reyes. Me da la impresión de que su idea de la dotación esta inflada por lo que le ha dicho el anterior comandante. Yo creo que no son más que unos cobardes. Se han enterado de que, por primera vez, el barco va a enfrentarse a algo verdaderamente peligroso y han huido como ratas.

—No fueron cobardes los que derrotaron a los piratas en Somalia, a los terroristas en Nigeria y a los ultranacionalistas de San Martín.

—¡Hola, tío Walter!

El guyanés no pudo evitar sonreír mientras se bajaba de la camioneta y el crío corría hacia él con los brazos extendidos. Como esperaba el pequeño, Walter lo cogió en brazos y lo lanzó al aire, a modo de bienvenida.

Junior gritó, entusiasmado y Walter sonrió, pero no pudo evitar un gruñido. Cómo pesaba. Se estaba haciendo grande.

El pequeño David Jr. era hijo de David y Joanne y, a sus seis años, consideraba a «tío Walter» lo mejor que le había pasado. Walter se dejaba querer y, sabedor de que las largas ausencias del padre de la criatura eran culpa suya, hacía lo posible por compensar al niño. En ocasiones, pensaba que lo podía estar malcriando, pero se le pasaba cuando se acordaba de los riesgos que corría David a su costa. Haría al niño todo lo feliz que estuviera en su mano.

—Hola, Walter —le saludó Joanne desde el marco de la puerta.

—Hola, Joanne —contestó Walter.

La mujer se quedó callada, viendo cómo su hijo sonreía en brazos de Walter.

—Dos días —dijo Walter, mirando a Joanne a los ojos y contestando la pregunta que ella no había formulado.

Ella le sostuvo la mirada un segundo más y asintió con un leve gesto de agradecimiento, metiéndose otra vez en la casa.

Walter sabía que Joanne no era tonta y, casi con seguridad, sabía a dónde iba su marido cada vez que desaparecía varias semanas de casa. Los dos tuvieron a Junior muy jóvenes, pero supieron sostener una relación que, sobre todo, ofrecería un ambiente adecuado para que el pequeño creciera.

Junior empezó a patallar, nervioso, y Walter lo puso en el suelo.

—¿Qué me has traído?! —chilló el niño.

—¿Por qué te iba a traer algo? —preguntó Walter con su cara más inocente—. No es tu cumpleaños ni Navidad.

—¡Vamos! ¡Tío! ¡Sé que me has traído algo!

Walter se mesó la perilla mientras no podía evitar una sonrisa. No sabía si era el cariño que le tenía a David o que el último crío de la edad de Junior con el que había tenido trato era Desmond, pero el pequeñajo lo enternecía.

—Está bien, está bien —cedió—. Vamos; ven a la camioneta.

—¡Bieeeeeeeen!

Walter se acercó a la parte trasera del vehículo y metió la mano por encima del borde.

—¿Qué es?! ¿Qué es?! —gritó el niño, al ver que Walter escondía lo que había cogido a su espalda.

—Tengo una cosa para ti, pero tienes que prometerme que lo cuidarás.

Junior asintió, poniendo cara seria al escuchar el tono de su tío.

—Si se estropea, tendremos que trabajar juntos para arreglarlo, ¿vale? —preguntó Walter.

—¡Vale!

Walter despeinó al pequeño con la mano libre, al tiempo que sacaba la otra de detrás de su espalda. En la cara del niño se dibujó la confusión, por un momento, hasta que pareció entender lo que Walter le ofrecía.

—¿Es un barco?!

—Eso es. Pero no es un barco cualquiera. Flota de verdad y con esto —dijo, cogiendo de la camioneta un sencillo mando— podemos pilotarlo como si fuéramos el capitán.

Los ojos del niño se abrieron de par en par.

—¡Como un pirata! —exclamó.

—Sí. Como un pirata —sonrió Walter—. ¿Quieres probarlo?

—¡Síííí!

—Vamos.

Los dos dieron la espalda a la casa y se dirigieron a la cercana playa. Walter sabía que la marea estaba bajando y el agua que quedaba empantanada en algunas zonas de la playa ofrecería un campo de pruebas magnífico para su minidron acuático.

—¿Lo has hecho tú, tío? —preguntó Junior, que admiraba el barquito, dándole vueltas entre sus pequeños dedos.

—Sí.

—¿Me enseñarás algún día?

Walter lo miró, sorprendido y orgulloso.

—Claro. Pero para eso, antes tienes que estudiar mucho. Hay que entender muchas cosas para poder construir un barco.

El crío asintió con cara seria, aún admirando el juguete.

Cuando llegaron a una de las pequeñas lagunas rodeadas de arena que el retroceso del agua dejaba en la playa, Walter cogió el barco de manos de Junior. Pulsando el único interruptor del juguete, accionó la pequeña batería y, moviendo las dos palancas del mando, comprobó que la minúscula hélice y la pala del timón se movían.

—¿Listo? —preguntó al niño.

Junior asintió.

Walter depositó el barquito en el agua y se sentó en la arena con las piernas cruzadas, dejando que el pequeño se sentara en su regazo.

—Esta palanca es para mover la hélice, que hace que el barco se mueva. Esta es como el volante de un coche y hace que el barco cambie de dirección —explicó.

—Pero el barco no tiene ruedas —objetó Junior, frunciendo el ceño.

—No, pero tiene un timón, que hace lo mismo, pero en el agua.

—¡Vale!

—Ahora vamos a moverlo con cuidado —dijo Walter, accionando la palanca.

El juguete navegó de un lado a otro de la pequeña laguna y Walter

lo trajo de nuevo de vuelta. Luego, aprovechando que Junior continuaba embelesado siguiendo la trayectoria del barquito sobre el agua, lo hizo dibujar varios círculos. Walter, que casi podía sentir la emoción del niño acumularse, no se sorprendió cuando se cansó de ver al juguete moverse sobre la superficie.

—¡Ahora yo! —exclamó.

—Muy bien. Pero trátalo con cariño. Hay que cuidar las cosas para que no se rompan y nos duren.

—Vale.

El pequeño asió el mando con sus pequeñas manos y, sacando una esquina de la lengua entre los labios, accionó las palancas. El teledirigido respondió de forma brusca a los controles, pero en unos segundos, Junior había dominado los mandos y pilotaba el juguete como un veterano marinerero.

—¡Muy bien!

El niño levantó la cabeza para sonreírle y, sin decir nada, devolvió su atención al barquito.

Walter dejó que sus ojos siguieran el juguete en tanto que su cabeza volvía al taller. La noticia de que un patrullero equipado con sonar llegaría pronto a Cabo Verde evidenciaba que aprovechar la ventana posterior al hundimiento del Guardiño había sido una sabia decisión. Pero también hacía necesario que adelantara alguno de sus planes a medio plazo. El Eta 1 no estaba listo y el guyanés era consciente de que solo era el primero de la serie. El Dseta apenas contaba, pues era un prototipo al que tuvo que cambiar un montón de cosas para acometer el Eta. Sin embargo, la ventaja que le daban los sumergibles era muy notable y estaba decidido a aprovecharla, al igual que estaba convencido de que la solución pasaba por deshacerse del nuevo patrullero. Si permitía que le siguieran presionando, aumentarían los medios que Cabo Verde ponía en su contra y acabarían por estrangularle. No. No había vuelta atrás.

Pallière se negó a rendirse con las embarcaciones y ordenó a Núñez que cogiera al personal necesario y estuviera listo para hacer

unas pruebas al día siguiente. Consciente de que la maniobra no se desarrollaría con normalidad, decidió que sería más productivo observarla en primera persona y así asegurarse de que se hacía de la forma correcta. El viejo Núñez haría las veces de contramaestre, mientras que un puñado de marineros, que había pedido prestado a otros destinos, ayudarían con la maniobra. Por suerte, el alto grado de automatización del barco permitía echar las *rhibs* al agua con tan solo un par de personas y el hecho de que el barco estuviera parado ayudaría bastante. Para pilotarla, cogieron a un cabo del puente al que acompañaría un marinero de Máquinas, por si tenían alguna avería.

El francés estaba en la cubierta de vuelo, observando la maniobra que se desarrollaba en la toldilla, unos metros por debajo. Con el barco atracado, solo podrían probar las embarcaciones que estaban en el costado que daba a la mar y decidieron empezar por la de popa. Después, irían al hangar para arriar la del nicho.

Núñez tenía reunidos a los implicados y les explicaba, una vez más, lo que esperaba de cada uno de ellos. «Un *briefing* para arriar una maldita embarcación», pensó Pallière. «Como para irnos a la guerra con esta banda de...»

Por fin, el viejo marino decidió que era suficiente y mandó a los dos tripulantes a la embarcación, al tiempo que los otros dos ocupaban sus puestos para la maniobra. Pallière estaba a punto de decirles que se dieran prisa, cuando una conmoción a su espalda le hizo girarse. Dos marineros hablaban agitadamente, mirando hacia el portalón y sonriendo abiertamente. Pallière terminó de girarse para encarar la plancha y la poca paciencia que le quedaba saltó por los aires.

—¿Qué narices hace aquí?! ¡¿No le había dicho que no quería volver a verle a bordo?!

Pablo Marzán terminó de subir por la plancha y tendió la mano a los dos marineros que le recibían.

—Creo que ya es hora de que recupere mi barco.

—¿Su barco?! —gritó Pallière.

—Sí, mi barco —contestó Pablo, sonriente.

—¡Este ya no es su barco!

A Pablo le pareció que al francés estaba a punto de darle un síncope.

—Me temo que sí —contestó, aún luciendo la mejor de sus sonrisas—. Te sugiero que le eches un vistazo al correo.

El francés pareció tan desconcertado que, en lugar de contestar, se metió la mano en el bolsillo y sacó el móvil. Usando la mano para evitar el reflejo del sol sobre la pantalla, desbloqueó el teléfono. El correo que Pablo sabía que le habían mandado debió de ser lo primero que vio, porque le cambió el semblante como un semáforo.

Pallière giró para darse algo de sombra con su propio cuerpo y tardó unos segundos en procesar el correo que Pablo ya había leído. Cuando terminó, se volvió lentamente.

—Esto es ridículo —musitó—. El comandante del Albatros soy yo.

—Ya no, querido amigo. Siempre he pensado que los barcos tienen su propia personalidad, y está claro que tú no le has caído bien. Por lo que me han dicho, me lo dejás en un estado deplorable. Pero no te preocupes; lo echaremos a andar en nada.

—¿Echaremos?

Pablo se giró hacia el portalón, dejando que el francés siguiera su mirada. Por la plancha, subía Gabi, seguido de todos los miembros de la dotación que se habían marchado en los últimos días.

La cara del francés era tan patética que a Pablo, por un instante, le dio hasta pena. Pero solo un instante.

—Y, ahora, hazme el favor de desalojar mi cubierta.

—Todo largado, comandante.

Pablo asintió.

—Toda la caña a estribor; avante cinco babor, atrás tres estribor; empujadora cincuenta babor.

El timonel repitió sus órdenes, al tiempo que actuaba sobre los controles correspondientes. El Albatros, desafiando a todos los ingenieros que lo diseñaron para navegar en la dirección en la que apuntaba su proa, comenzó a desplazarse en lateral, abriendo

distancias con el muelle de Cádiz, que parecía separarse del barco por su banda de estribor. Claro que era el Albatros el que se movía, comenzando la que sería su cuarta misión.

—Para todo; caña a la vía.

—Todo parado y con caña a la vía.

—Avante tres las dos.

—En avante tres las dos.

Pablo tomó una demora rápida con la alidada y ordenó un rumbo al timonel. Para cuando el barco enfilaba la bocana del muelle y dejó que Juan tomara la voz, lo único que pudo ver al salir al alerón fueron dos pequeñas figuras que agitaban los brazos en el aire. El gaditano se quitó la gorra y dibujó un par de arcos con ella, por encima de su cabeza.

—¿Entras tú de guardia, no, Juan? —preguntó una vez dentro del puente.

—Sí, comandante.

—OK. Pues avante todo lo que te deje el *Chief* sobre la derrota prevista. Me avisas en cualquiera de los supuestos que contempla la instrucción.

—Claro.

Pablo guiñó un ojo al veterano asturiano.

—De todas formas, me pasaré por aquí un rato antes de comer.

—No tenía la más mínima duda, comandante —sonrió Juan.

Pablo tenía la costumbre de pasar bastante tiempo en el puente y creía haber logrado que sus oficiales estuvieran cómodos con él allí arriba. Además de que le gustaba, era una buena forma de tomarle el pulso a la dotación y estar al día de los problemas más rutinarios del barco.

—¿Vamos a ver a los de Thales, segundo? —preguntó Pablo a Gabi.

—Vamos.

Los dos marinos atravesaron el CIC camino de la escala que bajaba a la cubierta principal.

—Es una sensación extraña... —comentó Gabi.

—¿Extraña? —sonrió Pablo—. Es exactamente igual que volver a casa y, a la vez, justo lo contrario. ¿Cómo puede ser extraña?

Gabi meditó la respuesta unos instantes.

—¿Sabes? Puede ser la mejor definición que he escuchado —sentenció.

—Me halagas, segundo —rio Pablo, entrando en la cámara de control central—. ¡*Chief!* ¡¿Cómo van esas máquinas?!

—Como la seda, *Skipper*.

—Sabes que tenemos prisa en bajar.

—¿Cuándo no hemos tenido prisa? —preguntó el tejano—. No te preocupes, comandante. Estarán a la altura, como siempre.

—¿Ni asomo del problema de la caja de engranajes?

—Nada —contestó *Grease*—. Era una tontería. En cuanto nos dimos cuenta de qué pasaba...

—Por eso me sorprendió tanto —le interrumpió Pablo—. Jamás pensé que se os habría pasado algo tan básico.

—El ambiente de trabajo era tan tóxico, que apenas nos dejaba pensar con claridad —contestó *Grease* con media sonrisa y un guiño.

Pablo tardó un segundo en reaccionar.

—Me alegro de tenerte de vuelta, *Skipper*.

—Gracias, *Chief* —contestó el gaditano, aún inseguro de haberle entendido bien.

Pablo salió de la cámara de control central seguido de su segundo y continuaron hacia popa.

—¿Cuándo lo supiste? —preguntó Gabi.

—¿El qué?

—Que tenías que volver.

Pablo aminoró el paso y miró a su segundo a los ojos.

—Cuando me dijiste que tú no venías —dijo.

Gabi agachó la cabeza.

—Gracias, supongo.

—No te voy a engañar, Gabi. Me daba mucho miedo esta misión. Me lo sigue dando. Pero me podía permitir el lujo de ser un poco cobarde sabiendo que tú estarías aquí para cuidar a la gente. Pero, sin ti y con el imbécil ese mandando... no. No me lo habría perdonado.

El ferrolano no contestó y Pablo aprovechó para devolverle la

estocada.

—¿Y tú? ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Tú —contestó Gabi—. Estaba dispuesto a pagar la maldita multa por no tener que aguantar a Pallière y poder recordar el barco con cariño, pero ¿ahora? No tendría ningún sentido y Fátima lo entiende perfectamente. Aunque me hago mayor y quiero pasar más tiempo en casa, sabes que esto me encanta; no tendría ningún sentido pasarlo mal económicamente por no venir.

Pablo abrió la puerta estanca que daba acceso a la toldilla y ambos marinos salieron al exterior. La pequeña cubierta que quedaba a popa y por debajo de la cubierta de vuelo era, una vez más, la que habían adaptado para la misión. Si bien siempre llevaron una *rhib* a cada banda, haciendo un total de cuatro con las que llevaban a ambos lados del hangar, la zona central y popel había tenido varios usos. En Somalia y Nigeria, llevaron una pequeña embarcación teledirigida, el Pichón, que Pablo usaba como blanco para ejercicios y, en una memorable ocasión, como distracción para los piratas. En San Martín, llevaron un contenedor con la lanzadera y la pértiga para recoger los drones aéreos Blackjack, unos pequeños avioncitos que permitieron al Albatros cubrir en permanencia dos zonas relativamente alejadas. Esta vez, otro contenedor ocupaba la zona central. Desde fuera, podría parecer un contenedor estándar, pero Pablo sabía que no había nada estándar sobre el CAPTAS 1. Para reforzar su forma de pensar, tres técnicos se afanaban con cables y conectores en la parte de proa del contenedor. Un nuevo mazo atravesaba el pasacables que daba a la toldilla y el marino sabía que el otro extremo de los cables llegaba hasta el CIC.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —le contestó Fabien, el jefecillo del pequeño grupo de técnicos.

—¿Cómo va la cosa?

—Hoy queda listo —contestó el de Thales—. Luego necesitaremos un día para hacer pruebas internas; dos a lo sumo. A partir de ahí, al agua y a seguir probando.

—Estupendo. ¿Les hace falta algo?

—Nada, nada.

Pablo caminó hacia popa, rodeando el contenedor, y se asomó a este por la puerta que había quedado abierta. Dentro, se intuía un enorme aparato amarillo, el sonar en sí. Tras él, el gigantesco cabrestante en el que estaba enrollado el cable de remolque. El contenedor quedaba algo alejado del espejo y los de Navantia habían tenido que diseñar una especie de cinta transportadora que permitía descolgar el transducer hasta el agua sin que golpeará la cubierta del barco. Por suerte, se podía quitar y poner, permitiendo el paso cuando el sonar no estaba siendo largado o recogido. Mientras era remolcado tampoco se podía pasar, ya que el grueso cable atravesaba la cubierta desde el espejo de popa hasta el contenedor.

Pablo se apoyó en la tapa de regala y se quedó mirando la estela. Por la popa, Cádiz se hacía cada vez más pequeña.

—¿Das tu permiso, comandante?

—Pasa, Gabi. Siéntate.

El ferrolano ocupó su silla habitual al otro lado del despacho de Pablo y sacó su tableta.

—¿Necesitas los apuntes para darle clases a un novato como yo?

—Soy electrónico, no antisubmarino, y llevo mucho tiempo sin ejercer. La guerra antisubmarina es, en muchos sentidos, la más compleja; pero, sobre todo, lo que tengo aquí son datos. Los años no pasan en balde y mi cabeza ya no es lo que era: prefiero poder consultar los números, porque de memoria seguro que no me acuerdo de nada.

—Vale. Pues dispara.

—Lo primero es que no tenemos, aún, los datos que nos hacen falta. Hasta que no podamos probar el sonar y ver los alcances reales, poco podremos planear. Lo que sí podemos suponer es que los sumergibles de los narcos estarán cerca de la superficie. Creo que las lanchas es posible que las cojamos antes por el sonar que por el radar, al levantar tan poco de la superficie, pero eso tendremos que comprobarlo con el CAPTAS.

—¿Cómo pretendes hacer las pruebas? Porque no será lo mismo detectar a un mercantón que a una lanchita.

—Tienes toda la razón. Trabajando en pasivo, dependerá de la cantidad de ruido radiada por el blanco. Los narcosubmarinos son pequeños, pero es imposible que tengan la tecnología suficiente para hacerlos verdaderamente silenciosos. El CAPTAS, aunque el nuestro sea sencillito, está pensado para hacer frente a submarinos modernos y no debería tener problemas con los narcos. Bastante milagroso me parece que sean capaces de construir sumergibles en medio de la jungla; no hay manera de que sean tan silenciosos. En cualquier caso, sabes que las detecciones pasivas dependen mucho de la librería. Es decir, lo que escuchas es un ruido en una dirección determinada, pero, si no puedes comparar ese ruido con lo que estás buscando, no tienes forma de saber lo que es. Como es lógico, Francia no ha compartido con nosotros sus librerías acústicas; es de la información que se custodia con más celo en cualquier marina ya que, además del valor táctico que tiene, evidencia que tus medios (normalmente tus submarinos, para hacerlo de forma clandestina), han estado cerca del blanco que tienen grabado, algo que puede ser diplomáticamente incómodo. En resumen, la primera vez que cojamos un narcosubmarino, no sabremos qué estamos escuchando.

—¿Y qué vamos a hacer?

—La solución definitiva la tendremos cuando tengamos un contacto sonar que luego confirmemos que se trata de un narcosubmarino. A partir de ahí, podremos comparar todas las detecciones con esa grabación. Hasta entonces, hay algunos parámetros que nos pueden guiar. Hemos estado echando un ojo a los narcosubmarinos que se han encontrado en Cabo Verde. No hay mucha información, pero los tres sonaristas que nos hemos traído son unas máquinas.

—No me hace mucha gracia que no hablen nada de español. ¿Seremos capaces de entendernos en una situación de tensión?

—Yo también los hubiese preferido españoles, pero no íbamos a encontrar a nadie con su bagaje. Estos tíos tienen mucha experiencia en sus marinas y han pasado los últimos años a bordo

de fragatas FREMM con CAPTAS 4. Más no se puede pedir.

—Bueno, tú ve desempolvando el francés y aprendiendo algo de italiano —sonrió Pablo—. Entonces ¿qué van a hacer nuestros prestidigitadores acústicos?

—Lo primero es que no sabemos cómo suena un narcosubmarino, pero sí sabemos cómo suenan la mayoría de los barcos: los mercantes, los pesqueros, etcétera. Cualquier cosa que se salga de ahí, ya debería llamarnos la atención. Los que sean plenamente sumergibles, aunque no contamos con que puedan bajar mucho, también sabremos que son ellos. También nos hemos fijado en que sus hélices tienen tres palas; eso se puede ver en una de las presentaciones del sonar pasivo. Se conoce como ventana DEMON, por demodulación de señal, y sirve para obtener el número de elementos rotatorios. Y luego hay una infinidad de indicadores. En los barcos mercantes esperas escuchar ciertos equipos auxiliares; en los de guerra, otros. En los narcosubmarinos no sabemos qué esperar; si no se sumergen o navegan con esnórquel, es muy probable que solo oigamos su motor, pero si hacen inmersión de verdad, tendrán que usar baterías y emplear algún tipo de generador para mover la hélice. En fin; tenemos trabajo por delante, pero confiemos en la destreza de los expertos.

—Vale. ¿Y todo esto es en pasivo, no?

—Sí. En activo los contactos te pueden dar más seguridad, pero apenas habríamos obtenido más datos que su posición; aunque, con mucha experiencia, el tamaño o fuerza del eco te puede dar una idea del tamaño del blanco; siempre en función de la distancia, claro.

—Entonces ¿qué ventaja hubiese tenido trabajar en activo?

—Pues que no sabemos cuánto ruido hacen los narcosubmarinos; aunque te he dicho que serán ruidosos comparados con un verdadero submarino moderno, es posible que no los escuchemos hasta que estén cerca. Con el activo no habría duda: prácticamente, detectas a todo lo que esté dentro de la zona que seas capaz de sonorizar.

—Ya entiendo... —musitó Pablo—. ¿Qué más?

—La zona... —dijo Gabi—. Es enorme. Los caboverdianos han

dicho que creen que desembarcan en, prácticamente, todas las islas occidentales. Hay cerca de ciento cincuenta millas de Santo Antão a Brava. No tenemos capacidad de cubrir todo eso.

—Lo sé; ya lo había pensado. Pero tampoco podemos hacer nada al respecto —sentenció Pablo—. Tendremos que empezar haciendo patrullas aleatorias y, a medida que vayamos conociendo su modo de actuar, adaptarnos.

Gabi asintió y miró sus notas.

—Lo siguiente que tengo —dijo— es que ya hemos hablado de detectarlos, pero tenemos que empezar a pensar qué hacemos cuando los hayamos encontrado.

—No he cambiado de opinión, Gabi. Es demasiado peligroso acercarse; aprovecharemos el sonar para detectarlos a distancia. Además, no creo que sus torpedos tengan mucho alcance, ¿no?

—No —admitió Gabi—. Pero, como con el ruido radiado, son solo suposiciones. ¿Hasta dónde estás dispuesto a acercarte?

—Ni una yarda más de lo que estimes su alcance de torpedos. Siendo conservador.

—Eso va a ser un trabajo solo apto para videntes, comandante.

—O para marinos expertos en los que confío ciegamente.

—Sabes que podría mentirte y estimar que tienen un alcance muy limitado para poder acercarnos.

—Sí, podrías. Pero sé que no lo vas a hacer.

Gabi suspiró.

—Y, entonces, ¿qué?

—Usaremos las *rhibs* y el helicóptero, como en las anteriores misiones.

—Comandante, no estamos hablando de *dhow*s o esquifes. Esos narcosubmarinos, incluso los que navegan siempre en superficie, no están diseñados para caminar sobre su cubierta. Poner a un tío ahí mientras se mueve es una locura. Se nos van a caer al agua, seguro.

—Tendremos que insistir a Paco en que se adiestren bien y comprueben que los chalecos de flotabilidad funcionan. Y a los patrones de las *rhibs*, para que estén listos para recogerlos si se caen. De todas formas, el helicóptero debería ser suficiente para

intimidarlos y que paren.

—Si todo sale bien, sí. Entonces ¿contamos con artillar las embarcaciones?

—Sí. Será bueno tener esa potencia de fuego además de la del helicóptero. Y no necesitamos a tanta gente en el equipo de abordaje. Más que nada, porque no van a caber en el narcosubmarino.

—Vale. Además de eso, Reyes me puso en contacto con Santa Bárbara y nos están fabricando unas bombetas con un poco más de fuerza que las antibuceador. Deberíamos recibir el primer envío cuando lleguemos a Cabo Verde. Pueden ser muy útiles desde el helicóptero... y desde el barco.

—Gabi, no pienso pasar por encima de uno de esos narcosubmarinos. ¡No merece la pena arriesgarse a perder el barco por una maldita lancha sumergible!

—Está bien, comandante —dijo el ferrolano, levantando las manos en señal de rendición—. Otro tema que tenemos que tratar es la reacción contra un torpedo. Aunque la idea sea no acercarnos, creo que es bueno tener en mente qué hacer si nos vemos en la situación.

—¿Son rectilíneos, no?

—No podemos saberlo con certeza, pero creo que es una suposición razonable.

—Pues nada, a peinarlos, como en la Segunda Guerra Mundial.

—Veo que has estado estudiando —sonrió Gabi.

—Tampoco hay que ser muy listo para saber que presentando la proa o la popa al lanzador ofreces un blanco más pequeño.

—Toda la razón. Pero, para poder esquivarlos, hay que detectarlos primero. Estoy bastante seguro de que los oiremos con el sonar, pero sería conveniente potenciar la vigilancia visual.

—Me parece bien. ¿Te parece que usemos a los de seguridad interior de la guardia? Son tres tíos que, si no hay ninguna emergencia, no tienen nada que hacer. Cuando nos veamos en una situación peligrosa, los podemos subir al puente a que nos echen una mano.

—Perfecto, comandante. Aunque en las situaciones peligrosas

tocaremos zafarrancho.

—Sí, tienes razón. Pues hay que ir pensando a quiénes designamos como serviolas. La gente de Paco nos puede servir, también.

—Sí —dijo Gabi, haciendo una anotación en la tableta.

—Genial. ¿Tienes algo más?

—Por ahora, no; pero irán saliendo mil cosas.

Pablo paseó la mirada por la mesa, sin poder evitar que una sonrisa le asomara a los labios.

—Me hubiese encantado reunirme con vosotros antes —dijo—. Pero sabéis tan bien como yo que estos días nos ha faltado tiempo a todos.

Los oficiales del Albatros asintieron y sonrieron; se les veía cansados pero felices.

—Me alegro mucho de teneros a todos aquí otra vez —continuó Pablo— y sabéis que no lo digo de cara a la galería.

Y no lo hacía. Pablo era perfectamente consciente de que el Albatros era lo que era por su dotación y aquello empezaba allí, entre los oficiales. Sus colaboradores más cercanos y los responsables de implantar sus ideas tenían, además, más poder que nadie para generar un ambiente de trabajo agradable o todo lo contrario. Además, la dotación, después de varias navegaciones a sus órdenes, confiaba plenamente en sus jefes, como no podía ser de otra manera, ya que Pablo sabía que tenía a lo mejor de lo mejor en cada puesto; todos con sus peculiaridades, pero todos buenísimos.

—He querido reuniros hoy para poner os un poco al día sobre la misión. Habréis ido enterándoos de cosas durante la preparación, pero quiero que estéis al día y que lo escuchéis de mi boca. Sé que, a menudo, me apoyo demasiado en Gabi y, quizás, os tengo un poco apartados del proceso de planeamiento.

Pablo pasó a detallarles el proceso por el que la comunidad internacional alcanzó la decisión de apoyar a Cabo Verde en su lucha contra el tráfico de drogas, tras la escalada que había

supuesto el hundimiento del Guardião y cómo Kormoran consiguió hacerse con el trabajo. También les explicó lo que se esperaba de ellos y que, al llegar a Mindelo, que sería su puerto base, recibirían más información de los caboverdianos. Pablo también les contó, por encima, cómo funcionaba el sonar, que sería una novedad para todos. A los oficiales de puente les interesaba por las limitaciones durante el largado y la recogida que, aunque no eran muchas, deberían respetar.

—¡Hostia! —exclamó Joseba—. Yo que pensaba que esta vez, sin el dron, iba a tener algo más de trabajo, ya veo que vuestro juguetito nuevo va a ser el protagonista.

—No te preocupes, Joseba —sonrió Pablo—. Vas a tener bastante trabajo. Y tú también, Paco.

El madrileño levantó la cabeza para mirar a Pablo y a este le pareció que le había pillado algo despistado.

—Ya habéis visto que no nos la vamos a ver con unos narcos cualesquiera —continuó Pablo—. La propia supervivencia del barco se ve amenazada por esos narcosubmarinos, así que la idea es acercarnos lo mínimo posible. Por tanto, el helicóptero y las embarcaciones serán fundamentales. El sonar nos servirá para detectar pero, a partir de ahí, estará en vuestras manos.

Paco asintió, aunque a Pablo le pareció que tenía la mirada un poco perdida.

—Pero... has dicho que es posible que tengan submarinos de verdad —apuntó Joseba.

—Sí.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer contra ellos?

—Utilizar otro nuevo juguete —apuntó Gabi—. Nos están preparando unas pequeñas cargas de profundidad. La idea es que el barco os guíe hasta la posición del submarino y tiréis estas bombetas.

—Gabi, te recuerdo que lo que tenemos es un helicóptero de transporte.

—No te preocupes, Joseba. No hay más que darle a un interruptor y tirarlas por la compuerta. Haremos algún ejercicio para que vuestro operador de cabina se habitúe a ellas, pero ya verás que es

un artilugio sencillísimo.

—Tampoco me hace mucha gracia llevar un montón de explosivo a bordo.

—Las bombetas no son peligrosas. Tienen un mecanismo que solo se activa al llegar a la profundidad indicada, así que, aunque se activaran en cabina, nunca detonarían.

—¿Y el tema de pesos?

—Teniendo en cuenta que, además de la dotación de vuelo, solo llevarás, como mucho, a un tirador, no vas a tener problemas —intercedió Pablo.

—Sigue sin hacerme gracias —musitó Joseba—. Pero está bien...

—¿Tú no tienes nada, Paco? —preguntó Pablo, sorprendido de que el vehemente madrileño no hubiese puesto ninguna objeción.

—No, nada...

—No va a ser fácil —dijo Pablo—. Necesito que seáis capaces de asaltar esos trastos desde las embarcaciones. Las cubiertas son enanas y no están preparadas para caminar sobre ellas, pero es la única manera. Cuento con haber conseguido que se detengan para que podáis abordar, pero seguirá siendo difícil.

El madrileño asintió.

—¿Alguien tiene alguna duda más? —preguntó Pablo.

—Yo ya estoy coordinando con el contacto que nos ha dado Kormoran para gestionar la logística allí, en Cabo Verde —dijo Carlos, el enorme gaditano que hacía las veces de oficial de aprovisionamiento—. Parece que el cambio de dueño no nos va a afectar y seguimos teniendo carta blanca.

—Estupendo. ¿Grease?

—Nada, Skipper.

—¿Juan?

—Nada, comandante.

—¿Manolo? ¿Marcos?

Los oficiales de puente negaron con la cabeza.

—¿Esther?

—Nada.

—Muy bien. Pues muchas gracias.

Pablo se levantó y salió de la cámara.

—¡Comandante!

—Dime, Gabi —dijo Pablo, entrando en su propia cámara.

El ferrolano corrió la cortina de la puerta y Pablo lo miró, extrañado.

—¿No te da la impresión de que a Paco le pasa algo? —preguntó Gabi.

—Sí... yo también lo he notado.

—Lleva así desde que salimos —dijo Gabi—. No sé qué le pasa, pero me da la impresión de que se lo ha traído de casa. Quizás deberías hablar con él; lo necesitamos al cien por cien.

Pablo fue a protestar, pero se cortó a tiempo. Sabía que era su responsabilidad y, por mucho que le incomodara, tenía que hacerse cargo.

—Sí, lo haré.

Tras dar los últimos toques de soldadura, Walter se retiró la máscara protectora y se secó el sudor de la frente con un trapo. Recostándose por un momento sobre la pared más cercana, admiró su trabajo. Los fallos que dio el sistema original de lanzamiento no le habían dejado muchas opciones, y menos, cuando estaba teniendo que dedicarle tiempo al Eta 1 que, por fin, estaba casi listo.

La avería en el lanzamiento del torpedo de David contra el Guardiã se había dado porque el cilindro que contenía el proyectil no aguantó la presión. El sistema de sellado posterior, que permitía abrir el cilindro e introducir otro torpedo, no era suficientemente fuerte. Y Walter no había encontrado la manera de hacerlo más resistente. La solución, dada la premura, pasaba por eliminar la compleja portezuela trasera y convertir el cilindro en un arma de un solo disparo. El guyanés tenía que admitir que la posibilidad de recargar la incluyó más por vanidad que por verdadera necesidad; quería construir un submarino tan capaz como las grandes marinas con los medios a su disposición. Pero, realmente, no lo necesitaba. Es más, simplificando el sistema, estaba casi seguro de que podría llegar a meter dos tubos en cada narcosubmarino; al menos, en los más modernos. Evidentemente, eso reduciría la carga que podía

transportar, pero también la habrían reducido los torpedos de repuesto que hubiese llevado de la otra manera.

Con la decisión tomada, solo le quedó ponerse manos a la obra. El nuevo diseño suponía hacer algunas modificaciones. Además de hacer el tubo de una sola pieza, tenía que asegurarse de que todo lo que tenía que llegar al interior, podía hacerlo sin problemas. Lo primero eran los propios torpedos, que ahora tendría que meter por la boca, como en los viejos cañones de avancarga. Lo segundo que tenía que llegar al interior del tubo era la señal de disparo. Esto ya era así en el diseño primigenio, pero Walter había aprovechado la portezuela para ello y ahora tenía que adaptar el diseño. El sistema de disparo era muy sencillo: un pequeño perno percutía sobre un interruptor del torpedo, activándolo con un ligero retardo. El retardo servía para que la hélice del torpedo no empezara a girar dentro del tubo, ya que la expulsión se hacía mediante aire comprimido. Y esa era la tercera cuestión. Las pequeñas botellas de aire comprimido que usaba para disparar los torpedos tenían que conectarse con el tubo. Como en el diseño original esto lo hizo a través de la portezuela, le había tocado adaptar el tubo, también, en ese sentido. La misma señal de disparo que activaba el torpedo abría la botella de aire comprimido que, mediante un latiguillo, introducía el gas a presión en el tubo, impulsando el torpedo hacia fuera. Si Walter hacía bien sus cálculos, el tiempo que tardaba en salir del tubo debía ser igual al retardo que había introducido en la activación.

Walter se separó de la pared y se volvió a acercarse al tubo. Lo ideal habría sido montarlo en una de las embarcaciones y probarlo desde allí, pero aquello le traería retrasos considerables. Suponiendo que los proyectiles siguieran funcionando con normalidad, lo único que tenía que probar era la resistencia del tubo y el correcto funcionamiento del sistema de disparo, en sus dos vertientes: activación del torpedo y del aire comprimido para expulsarlo. Si se demoraba un par de días en instalarlo en una lancha, la llevaba al agua para probarlo y no daba buen resultado, tendría que deshacer todo el trabajo. Con un vistazo al Eta 1 se terminó de convencer de que no podía perder tanto tiempo.

El torpedo que había introducido era inerte, es decir, que no tenía

carga explosiva; y estaba bastante cascado. Walter decidió que había llegado al fin de su vida útil y que le iba a dar un último e importante uso antes de descartarlo.

El tubo estaba trincado en la mesa de trabajo del taller y Walter sabía que aguantaría perfectamente. Por suerte, la boca apuntaba hacia la puerta y el guyanés se acercó a la persiana metálica para levantarla. Fuera era de noche y, no por primera vez, Walter se sorprendió de lo tarde que se le había hecho. Solía esperar a que los hombres que le ayudaban con los trabajos más mundanos en el taller se marcharan para acometer los trabajos más novedosos y delicados, pero eso significaba que, a menudo, la madrugada le sorprendía trabajando allí dentro. La puerta del taller daba a una pequeña carretera sin asfaltar, que usaba para acercar la camioneta y los remolques, pero al otro lado no había más que jungla. La entrada a pie estaba al otro lado.

Walter comprobó que no hubiera ningún obstáculo importante y volvió al interior. Tras recoger dos de los extintores que mantenía allí, los dejó al lado de la puerta. Sabía que el torpedo no llegaría muy lejos, pues la carga de aire comprimido no era muy grande, pero quería poder asegurarse de apagar un incendio si se daba un accidente por el rozamiento con el suelo o porque colisionara con algún obstáculo. Había vaciado casi todo el combustible del proyectil, pero tuvo que dejar algo para comprobar que el motor arrancaba cuando debía.

El guyanés colocó unas gomas en el suelo, delante del tubo, para minimizar el impacto, y se acercó a hacer una última comprobación del tubo y el arma. Todo parecía en orden y, consciente de que estaba haciendo una pequeña locura, pero todavía decidido a no perder más tiempo, se colocó detrás del tubo y respiró hondo. En su esquina, Pluto estornudó y Walter lo miró preocupado. Nunca lo ataba, pero no podía permitirse que al perro se le ocurriera pasar por delante justo cuando no debía. Acercándose, cogió una cincha de las que usaba para levantar piezas pesadas y amarró al perro. Pluto gimió, protestando, pero Walter lo acarició detrás de las orejas y se volvió hacia el torpedo.

La compuerta que separaría el tubo del agua en la embarcación

era parte del casco y no del propio tubo, así que, en este caso, Walter no tenía que preocuparse de abrirla. Echando un último vistazo alrededor y rezando por no equivocarse, pulsó el botón de la parte trasera del tubo.

La botella de aire comprimido anexa comenzó a vaciarse, el paso del gas por el latiguillo perfectamente audible. En menos de un segundo, un fuerte soplido resonó en el interior del tubo e, inmediatamente después, el torpedo comenzó a salir. Los proyectiles de Walter eran mucho más pequeños que los torpedos convencionales, pero aun así, se le hicieron eternos los instantes que los casi dos metros de cilindro tardaron en salir del tubo.

Un ruido ensordecedor inundó el taller cuando el torpedo impactó contra el suelo. La velocidad relativamente lenta a la que salía del tubo permitió a Walter ver cómo la hélice del proyectil submarino empezaba a girar. El ruido hizo pensar al guyanés que el golpe contra el suelo destrozaría el torpedo, pero este continuó avanzando unos metros, levantando chispas al rozar contra el pavimento rugoso y yendo a pararse en medio de la carretera. La hélice aún giró unos segundos más, hasta detenerse por completo. Walter se acercó corriendo y, aunque no había indicios de peligro, cogió uno de los extintores y lo vació por completo encima de los restos del torpedo.

Cuando el extintor escupió los últimos alientos de CO₂, Walter lo tiró al suelo, sorprendido de lo poco que pesaba, y se volvió a meter en el taller. Con cuidado, como quien teme lo que se va a encontrar, se acercó al tubo. El guyanés lo inspeccionó por los lados, sin encontrar ninguna deficiencia evidente. Lentamente, se acercó a la parte posterior, donde había tenido fallos con el diseño anterior. Walter se acercó al sistema de lanzamiento y a las juntas de soldadura donde podía haber sufrido más.

Unos segundos después, se incorporaba con una sonrisa mientras se mesaba la perilla. Al día siguiente haría una inspección más cuidadosa, pero todo parecía indicar que el sistema funcionaba perfectamente. «Ya solo queda montarlo», pensó, mientras sus ojos recorrían el Eta 1.

—Cable en tramo largo —se oyó por el interfono.

—Ya no tienes limitaciones de velocidad ni de caídas —dijo Pablo a Manolo—. Siempre que no te cortes la popa; no queremos pasar por encima de nuestro propio remolque.

El cartagenero, con las manos en los bolsillos y de pie al lado de la consola del puente, asintió tranquilo. Pablo echó un último vistazo a la cámara de popa, donde se veía un cable salir del contenedor central y perderse en la estela, y se dirigió al CIC.

—¿Qué tenemos? —preguntó a Gabi.

—Parece que está todo bien —dijo el ferrolano, girándose para mirar la consola del sonar.

En la esquina de popa estribor del CIC, los tres sonaristas del Albatros y dos de los técnicos de Thales se apretujaban para poder mirar la nueva consola. Habían tenido que quitar algunos armarios y estanterías, pero era el único hueco que quedaba en el CIC sin tener que mover otras consolas. En el mamparo de popa ya estaba la del equipo de guerra electrónica, mientras que en babor estaban las de las dos Arpecas y el Dorna, y en estribor las tres multifunción.

—Estamos listos —dijo Guillaume, uno de los sonaristas franceses.

Gabi asintió y Fabien, sentado en la consola del CAPTAS, apretó un botón.

—Ha arrancado bien —informó Guillaume.

Pablo se asomó a la consola del sonar para intentar distinguir algo. Se veía perfectamente dónde había empezado a aparecer información; pero, a pesar de haber estado estudiando, no era capaz de saber qué significaban las rayas y manchas que veía.

Junio, el sonarista italiano, se dio cuenta de que el comandante estaba mirando.

—Esto es la presentación en banda ancha y esto en banda estrecha —dijo, señalando—. En la primera, vemos los contactos y conocemos su demora. El eje de ordenadas es el tiempo, siendo lo más reciente lo que está arriba; como una cascada. El eje de abscisas es la demora, con la proa en el centro. Según cómo varía la demora, sabemos, más o menos, lo que hace el contacto.

»En banda estrecha se hace un análisis más fino. Una vez

tenemos una detección, aquí ampliamos y podemos estudiar con más detenimiento la frecuencia exacta y el tipo de ruido. Esto es un contacto de superficie. Demora 255. Un solo eje, cuatro palas. Yo diría que haciendo unos dieciséis nudos.

Pablo miró la consola triple de Gabi y, efectivamente, al 253 tenían un mercante dando unos quince nudos.

—¿Así de fácil? —preguntó.

—Son veinticinco años operando sonares, comandante —sonrió el italiano.

—Parece que está todo correcto —dijo Fabien—. Habría que comprobar que la lectura de frecuencias es correcta, pero eso es difícil.

—Parece que ya estamos listos para cazarnos unos submarinos, ¿no? —preguntó Pablo a Gabi.

—Sí, aunque todavía tenemos mucho que hacer. Los contactos del sonar no se pasan directamente al sistema de combate, así que tendremos que introducirlos manualmente para poder situarlos y pasárselos al helicóptero. Vamos a tener que adiestrarnos bastante en eso; uno de los operadores de las consolas multifunción se va a tener que dedicar, casi en exclusiva, a mantener los contactos del sonar correctamente presentados. Al menos, tenemos la suerte de que el cálculo del TMA, las siglas en inglés de análisis del movimiento del blanco, lo hace la propia consola del sonar. De lo contrario, tendríamos que hacerlo nosotros en un programa aparte o en manual, a partir de las sucesivas demoras de detección y el tiempo entre ellas.

—Hay algo más que te preocupa —dijo Pablo, viendo a su segundo comprobar datos en su consola y echar vistazos a la del sonar.

—Este contacto —señaló Gabi—. No lo hemos visto.

—¿Deberíamos?

—Es difícil de decir —contestó el ferrolano—. Habrá que estudiar las condiciones batitérmicas y otros factores, pero yo habría esperado verlo. No sé... desde el principio me ha extrañado que nos fueran a ceder una tecnología tan sensible. Puede que nuestro sonar venga algo capado —dijo en voz baja, mirando de reojo a los

técnicos de Thales.

—¿Eso qué implica?

—No lo se aún. Tengo que hablar con Guillaume, Junio y Olivier. Y, sobre todo, tendremos que hincharnos a hacer pruebas y comprobar distancias; ya te dije que el sonar no es como un radar, en el que el alcance se puede calcular con cierta precisión. Intentaremos comprobar con todos los contactos que nos pasen cerca hasta que llegemos a Cabo Verde, para sacar una estimación de alcance en función de las condiciones.

—Vale. No tengas problemas en maniobrar el barco si hace falta. Hay que llegar cuanto antes a Mindelo, pero no sirve de nada estar allí si no podemos operar con un mínimo de fiabilidad.

Pablo miró al grupo que se congregaba alrededor de la consola del sonar y sus ojos se desviaron hacia la pared. Justo encima, había mandado colgar una imagen del Guardião hundiéndose, tomada desde el helicóptero de Cabo Verde, pocos minutos después del impacto del torpedo.



Capítulo Cuatro

-Mío.

—Tuyo.

—Mío.

Joseba soltó los mandos al notar que Fernando se había hecho con ellos y flexionó y estiró los dedos para desentumecerlos. Aquello no le pasaba cuando era joven. Por suerte, la cabina del Agusta-Bell 412 era relativamente amplia y se volaba cómodo. El vasco aprovechó para mover un poco las piernas, con cuidado de no tocar los pedales, y estiró la espalda lo que las cinchas de seguridad le permitían.

A su derecha y mil pies por debajo, la isla de San Luis se perfilaba ante el sol mañanero, que anunciaba un día caluroso. Las islas caboverdianas habían resultado ser menos verdes de lo que se esperaba y muy escarpadas. Se encontraban por la zona en la que se hundió el Guardião y Joseba empezaba a entender por qué los narcos usaban el archipiélago con tanta impunidad. Además de contar con un número elevado de islas, cada una ofrecía una miríada de sitios en los que desembarcar con una pequeña lancha, permitiendo descargar la mercancía y que los traficantes locales se escabulleran sin que nadie se enterase de lo ocurrido.

Pablo y Gabi les habían explicado la idea que tenían para coger a los narcos; pero, viendo el escenario, Joseba no las tenía todas consigo. Más les valía que el sonar ese funcionase como esperaban

porque, si no, lo iban a pasar muy mal intentando adivinar por dónde iban a aparecer los narcosubmarinos. El vasco sabía que habían pasado los últimos días antes de entrar en Mindelo haciendo comprobaciones y no parecía que estuviesen del todo satisfechos.

Joseba se acordó de por qué estaban allí y echó un vistazo a la pantalla del radar. El que realmente lo veía bien era el operador de cabina, que tenía una pantalla dedicada en la parte de atrás, pero los pilotos tenían un pequeño repetidor y se estaban intentando concienciar de que el que no llevara los palos debía mantener un ojo en el radar. A pesar de la incontestable ventaja que les daba la altura, los blancos que buscaban eran muy pequeños y perfectamente podían pasar desapercibidos entre los ecos generados por las olas, especialmente, en los días de mala mar. La clave estaba en comprobar si el eco se mantenía en los sucesivos barridos del radar. En ese caso, algo más sólido que las olas rompía la superficie del mar y los pilotos lo investigarían con la potente cámara y, de ser necesario, en visual.

Además de aumentar el horizonte radar, la altura les hacía más difíciles de detectar desde un narcosubmarino. Ninguno de los modelos conocidos permitía una clara visión hacia arriba; los narcos solo solían dejar un par de ventanucos para mirar hacia delante y, como mucho, a los lados. Mientras que se mantuvieran a unos pocos cientos de pies, sería casi imposible que les detectaran y, con el ruido que debía de hacer dentro de uno de esos trastos, era imposible que escucharan al Bell 412 acercarse.

Joseba devolvió su atención al exterior de la cabina mientras pensaba en que iba a añadir un buen número de horas a su ya amplio historial. En el Caribe se había quejado de que el dron le quitaba trabajo, pero estaba claro que ahora la responsabilidad iba a caer sobre el helicóptero, y que el Albatros necesitaba a su medio aéreo más que nunca.

El piloto vasco echó un ojo al reloj y al indicador de combustible.

—Creo que va siendo hora de volver a casa —dijo.

Fernando asintió.

—Mío —dijo Joseba.

—Tuyo.

—Mío —refrendó el vasco—. Albatros de Arcángel —dijo por la radio.

—Albatros —respondió el controlador.

—Finalizo mi patrulla y me dirijo a su posición.

—Albatros; recibido. Si no tiene inconveniente, realizaremos un ejercicio de aproximación de emergencia en baja visibilidad.

Joseba resopló.

—Está bien.

—Vamos, jefe —dijo Fernando—. Sabes que les viene muy bien el adiestramiento. Y a nosotros no nos viene mal. Estamos en el Atlántico; hay muchas papeletas de que un día baje drásticamente la visibilidad.

—Tienes razón —refunfuñó Joseba—. Pero sabes que no me gusta. Desde el barco se creen que pilotan ellos.

Unos minutos después, el Bell 412 se aproximaba al Albatros. Ya tenían al barco a la vista, pero, a efectos del ejercicio, simularían que veían menos de mil metros.

—Arcángel de Albatros, vire derecha 330 y establézcase en 400 pies.

—Derecha 330; 400 pies —contestó Joseba.

Se debían minimizar las comunicaciones para permitir que, en caso de emergencia, se pudiera dar un aviso.

—Se encuentra en senda, vire izquierda 310. Mantenga 400 pies. Distancia, tres millas.

—310.

—Comience descenso progresivo.

Joseba continuó como si no viera al barco.

—Dos millas. Continúa en senda. Debería estar a 300 pies. Mantenga 310.

Joseba pulsó dos veces seguidas el comunicador.

—Milla y media. Se encuentra ligeramente a la derecha de la senda; vire izquierda 305.

—305.

—Una milla. En senda; mantenga 305. Debería estar a cien pies. Click-click.

—Mil yardas. Debería estar a cincuenta pies. Si no ve el barco o la

estela, rompa a derecha y ascienda para 400 pies.

—Estela a la vista.

—Albatros; recibido. Tiene cubierta lista para toma.

Joseba siguió la línea de espuma blanca. Aunque veía perfectamente al patrullero, en una situación real, probablemente, solo viese la estela. El barco habría puesto máxima velocidad para dejar una huella lo más grande posible y habría tirado luces por la popa para marcar el camino. El helicóptero, una vez llevado a ese punto por el controlador, se guiaba por la estela y las luces hasta encontrar la cubierta de vuelo. Mientras posaba el Agusta-Bell sobre el Albatros, Joseba tuvo que admitir que el controlador lo había hecho muy bien; sin hacer trampa, es decir, cumpliendo estrictamente las instrucciones recibidas, cortaron la estela del barco suficientemente cerca como para verla, pero no tanto para que hubiese peligro de colisionar con la superestructura.

Pablo llevaba varios días mentalizándose para lo que iba a hacer. No se sentía cómodo compartiendo sus intimidades y, en la creencia de que a todo el mundo le pasaría más o menos igual, evitaba las circunstancias en las que los demás se vieran en esa situación. Pero Gabi tenía razón: era su responsabilidad como jefe directo de Paco y, además, como amigo.

Para evitar dar a la ocasión una formalidad que no quería que tuviese, había descartado llamar a Paco a su despacho. Sabía que el madrileño tenía la costumbre de quedarse tocando la armónica en toldilla después del adiestramiento matutino con sus hombres, y pensaba aprovechar la oportunidad para abordarle. Efectivamente, nada más empezar a bajar desde la cubierta de vuelo por la escala de estribor, vio a Paco sentado encima de una de las bitas de popa, mirando la estela perderse en el horizonte. A pesar de que el viento se llevaba las notas, la melodía de *Yesterday*, de los Beatles, subrayaba el estado de ánimo del jefe de seguridad del Albatros.

Pablo se acercó y dejó que terminara de tocar la canción.

—Paco.

El madrileño se dio la vuelta, sorprendido.

—Pablo. ¿Qué haces por aquí? ¿Necesitas algo?

—No. Nada. Solo quería hablar contigo.

Paco lo miró, extrañado.

—Me da la sensación de que no estás del todo bien, Paco —explicó—. Creo que me conoces suficiente como para saber que no soy la persona más abierta del mundo, pero si quieres contármelo, aquí estoy. En cualquier caso, quiero que sepas que tienes todo mi apoyo. Cualquier cosa que necesites...

—Es mi mujer —le interrumpió Paco—. Bueno... mi exmujer —se corrigió, haciendo hincapié en el prefijo—; es mejor que me vaya acostumbrando.

—¿El divorcio? —preguntó Pablo.

Paco asintió.

—Ahora que nos hemos quitado las caretas, está apareciendo mucho resentimiento contenido. Yo ya hace tiempo que sabía que solo manteníamos la relación por el bien de los niños, pero tampoco me imaginaba que me tuviese tanta tirria.

—¿Estáis teniendo problemas con el reparto de las cosas? —preguntó Pablo.

—Eso es lo de menos —suspiró Paco—. Lo grave son los niños. Los ha puesto en mi contra.

Paco se giró para mirar a Pablo y este se estremeció al ver los ojos del rudo exgeo humedecidos.

—Es muy duro, ¿sabes? —murmuró Paco—. La decisión final de separarnos la tomamos por ellos; para que no se criaran en un ambiente enrarecido; o eso creía yo. Porque ahora Miriam ha pedido la custodia solo para ella y debe estar diciendo barbaridades de mí a los niños, porque no quieren ni hablar conmigo. ¿Sabes lo que es eso, Pablo? ¿Sabes lo que es que tus hijos no quieran saber nada de ti?

—Sí —aseguró Pablo—. Lo sé.

Por un momento, Paco se quedó tan sorprendido que no supo qué decir.

—Perdona... se me había olvidado.

—No hay nada que perdonar —le aseguró Pablo—. Además, mi relación con Diana ahora es una maravilla. Y deberías quedarte con

eso. Por desgracia, me he visto en la situación en la que estás ahora y te aseguro que se sale. No te haces una idea de las lágrimas que he derramado por Diana y, ahora, sin embargo, tenemos una relación que creo que cualquier padre querría. ¡Hasta se lleva bien con Marta!

Paco lo miró, pero no parecía muy convencido.

—Sé que no hay nada que te pueda decir que te vaya a animar ahora mismo, y lo entiendo —dijo Pablo—. Pero te aseguro que hay luz al final del túnel. Cualquier cosa que necesites, lo que sea, solo tienes que decirlo, ¿vale? Me da igual que sea hablar por teléfono tres horas al día o volverte a casa el tiempo que te haga falta. Lo que sea, ¿me oyes?

Paco asintió, aunque seguía con los ojos llorosos y la mirada perdida; Pablo no estaba seguro de que le hubiese escuchado.

El marino se acercó y le puso una mano en el hombro. Apretó un segundo y se marchó. Sabía, por experiencia, que nada que él pudiera hacer haría sentirse mejor a Paco.

Pablo echó un último vistazo por los ventanales del puente antes de meterse en el CIC. El Albatros llevaba ya varios días patrullando las aguas de Cabo Verde y, por el momento, no habían visto nada sospechoso. Claro que era muy pronto para sacar conclusiones. Ni siquiera sabían con certeza qué ruta solían hacer los narcos y la distancia entre las islas de sotavento y las de barlovento era considerable. Pablo decidió centrarse en las segundas, que era donde se había hundido el Guardião y, por tanto, tenían cierta certeza de que los narcosubmarinos pasaban por allí. Pero sabía que era muy posible que, precisamente por eso, se estuviesen manteniendo alejados de la zona hasta que la situación se calmase.

Siendo sincero consigo mismo, tenía que admitir que el barco tampoco estaba del todo preparado para desarrollar sus cometidos. Aunque aprovecharon el tránsito para probar el sonar, todavía no se habían hecho del todo con él. Los tres sonaristas estaban demostrando ser unos excelentes profesionales, pero tenían que habituarse a un equipo nuevo operado desde una plataforma

distinta. Y la particularidad de la acústica submarina hacía que parametrizar el rendimiento del equipo fuese mucho más complejo de lo que podía parecer.

—¿Cómo va la cosa? —le preguntó a Gabi que, como de costumbre, presidía el CIC desde su consola triple.

—Tenemos buen seguimiento de este tío —contestó el segundo, señalando un contacto en la pantalla. Pablo, que acababa de verlo desde el puente, sabía que se trataba de un mercante de carga rodada.

—¿Vas a comprobar cuándo lo pierdes? —preguntó Pablo, viendo las posiciones relativas y los rumbos de ambos barcos.

—Exacto —contestó Gabi—. Luego vamos a por este —dijo, señalando un contacto radar más alejado.

—El contacto pierde intensidad —informó Junio desde la consola del sonar.

—Vale, Junio. A ver cuánto lo aguantas —contestó Gabi, tomando nota de la distancia.

Un par de minutos después, el italiano les informaba de que había perdido por completo el contacto y Gabi daba la orden al puente de que hiciera por el otro mercante. Casi inmediatamente después y sorprendiendo al marino ferrolano, Junio volvió a hablar.

—Tengo un posible contacto... demora 243, distancia 17000 yardas.

Pablo vio cómo Gabi fue a contestar y, volviendo a cerrar la boca, frunció el ceño. El cursor de la pantalla del ferrolano descansaba sobre el mercante que iban a buscar, pero la posición que marcaba Junio estaba varias millas más al sur.

—Confirma la posición, Junio.

—Contacto, ahora, al 245, 16500 yardas.

—Ahí no hay nada —musitó Gabi.

—Puede que no vea nada en el radar —contestó el italiano—. Pero ahí hay algo —dijo, señalando con el lápiz una mancha en su pantalla. En un momento, en cuanto la consola haga el cálculo, le digo rumbo y velocidad aproximados.

—Puente de CIC —dijo Gabi por el interfono—. Comprobad si tenéis un contacto de superficie al 245, 16500 yardas.

—Deberíamos tenerlo en el radar —pensó Pablo en voz alta—. No hay mucha mar y solo está a ocho millas.

—Puede ser un falso contacto —contestó Gabi, señalando al sonar.

—Por si acaso, no te acerques más —ordenó Pablo—. ¿Joseba tenía previsto salir en media hora, no?

Gabi asintió.

—Vamos a ver si podemos adelantar el lanzamiento.

—¿Crees que...?

—No lo sé, Gabi. Pero tenemos que actuar como si lo fuera.

—Nada en el radar ni en visual —informó el puente.

Esta vez fue el turno del ceño de Pablo.

—Junio, ¿estás seguro? —preguntó el gaditano.

—La acústica submarina no es una ciencia exacta, comandante —contestó el italiano—. Pero estoy todo lo seguro que puedo estar. Un cambio de rumbo me vendría bien, para comprobar que el *array* lo sigue cogiendo en otra marcación.

—Muy bien —contestó Pablo—. Gabi: mantenemos distancia y nos preparamos para lanzar el helicóptero mientras seguimos intentando sacar algo en claro con el sonar.

—Comandante, sabes que puede ser hasta una ballena...

—Lo sé, Gabi. En el peor de los casos, sacaremos un buen adiestramiento de esto.

El ferrolano asintió.

—Recuerda que tenemos que dejar que el sonar se estabilice tras la caída para volver a escuchar.

Unos minutos después, el Bell 412 se separaba de la cubierta del Albatros. Joseba no les decepcionó y consiguió salir a volar en tiempo récord.

Pablo, consciente de que su segundo estaba mucho más ducho en la dirección de un Centro de Información y Combate, dejó a Gabi hacer.

—Manda el helicóptero a la posición del contacto —ordenó el jefe de Operaciones.

A su derecha, un marinero utilizaba una consola para mantener controlados los contactos del radar y, especialmente, para actualizar

manualmente las posiciones del contacto sonar. A la derecha de este y pegado al mamparo de estribor, el controlador del helicóptero daba las instrucciones a Joseba.

—Enterado —contestó el controlador—. ¿Sabemos qué estamos buscando?

—No —respondió Gabi—. Que se acerque y busque cualquier cosa en visual o en el radar. ¿Puedes darnos más información, Junio?

—Nada —respondió el sonarista—. Hay un poco de mar y tengo un par de contactos más en demoras cercanas. Y ya le dije que este trasto que nos han montado no va tan fino como los que venden a las marinas de guerra —resopló—. Estamos demasiado lejos. Pero no es una ballena: no tendría una ley de variación en demora constante. Las ballenas no mantienen rumbo y velocidad.

—No nos podemos acercar más —recalcó Pablo—. Si lo cogemos desde aquí, bien; si no, no pasa nada.

—Albatros de Arcángel —dijo Joseba por la radio—. Aquí no hay nada; estamos justo encima y no se ve nada.

La distancia que les separaba del contacto no era nada para el helicóptero y solo había tardado unos minutos en llegar.

—Pregúntale si ve algo debajo del agua —sugirió Pablo.

Gabi retransmitió las instrucciones, pero no parecía muy convencido.

—Esto no es el Caribe; si no está justo encima y, sea lo que sea eso, está justo debajo de la superficie...

—No perdemos nada por intentarlo —arguyó Pablo.

—Sí, pero la superficie de agua que pueden ver con cierta seguridad es pequeñísima. Buscar en visual es una locura.

—¡Se aprecia un cambio de rumbo en el contacto! —informó Junio.

—¿Qué hace? —preguntó Gabi.

—Se aleja.

—¿Nos habrá detectado? —preguntó Pablo.

—Comandante... aun suponiendo que eso fuera un narcosubmarino, ¿cómo nos va a detectar? —objetó Gabi—. El helicóptero no ha visto ningún mástil ni nada.

—Tienen torpedos, Gabi. ¿Por qué no iban a tener sensores acústicos?

El segundo del Albatros hizo un gesto de incredulidad, pero no dijo nada.

—¿Lo seguimos? —preguntó.

—No —decidió Pablo—. Que el helicóptero siga buscando y nosotros intentaremos mantenerlo con el sonar, pero, si no va para Cabo Verde, no nos interesa, ¿no?

Gabi concedió el argumento con un gesto.

Poco después, el sonar perdía contacto y Gabi mandaba al helicóptero a hacer su patrulla rutinaria de superficie. La sensación general en el CIC era que se habían cruzado con una buena ballena, aunque cierto transalpino no parecía tan convencido.

El ruido de la bici estática, atenuado por la música que sonaba en sus cascos, creaba un zumbido que, lejos de desagradarle, le ayudaba a abstraerse. No era fácil, ni siquiera siendo el comandante, encontrar la manera de desconectar estando a bordo, y Pablo había descubierto que el deporte, a pesar de la pereza que le daba, le ayudaba a pensar en otras cosas y despejar la mente. Estaba recordando lo contento que se había puesto con las notas del primer semestre de Diana en la universidad, cuando un marinero vestido de mono amarillo entró en el pequeño gimnasio. Pablo vio al marinero-bombero buscarlo con la mirada y maldijo para sus adentros, quitándose los cascos, disminuyendo la frecuencia de pedaleo y desechando los recuerdos de la celebración con Diana... y la celebración posterior, más privada, con Marta.

—Dime, Fran.

—El segundo ha llamado a la central desde el puente. Solicita que suba.

—Voy para allá —contestó Pablo, dejando de impulsar los pedales y agarrando la toalla.

El marino suspiró, pero enseguida recordó que Gabi no le habría llamado por ninguna tontería. Además, había decidido avisar a la guardia de Seguridad Interior, el pequeño grupo de bomberos, para

que le transmitieran el mensaje, en lugar de bajar él mismo a dárselo. Así que algo de premura había. Pablo descartó pasar por su camarote para darse una ducha rápida.

Recorriendo rápidamente la distancia que le separaba del tronco principal, el gaditano repasó la situación del barco. Tenían a Joseba en el aire, en una de las patrullas que ya se estaban convirtiendo en rutinarias, después de un par de semanas allí. Se encontraban al suroeste de las islas de barlovento, aún priorizando esa zona en su búsqueda de narcosubmarinos. Salvo que se tratase de una avería del barco, cosa que descartó porque, al pasar por delante de la central de máquinas, los vio muy tranquilos, debía tratarse de algo relacionado con la misión.

Pablo subió las tres cubiertas saltando los escalones de dos en dos y se plantó en el puente en un santiamén, aunque jadeando algo más de lo que le hubiera gustado.

—Comandante —le saludó Gabi, de pie al lado de Marcos, que estaba de oficial de guardia.

—Dime.

—Perdona que te haya molestado, pero creo que no te vas a quejar. Vamos al CIC, si quieres.

Pablo se metió en el Centro de Información y Combate y dejó que Gabi se acercara a la pantalla grande, donde señaló una traza aérea.

—Joseba creyó haber visto algo en el radar —dijo—. Le dimos órdenes de acercarse y, por el camino, quedó claro que no era un espurio: el contacto se mantuvo e, incluso, se hizo más fuerte. Teniendo en cuenta su cinemática, a dónde parecía que iba y lo débil del contacto, en ese punto decidí llamarte. Pero en los dos minutos que has tardado en subir, Joseba se ha acercado suficiente.

Gabi se separó de la pantalla grande y se acercó a la consola triple, en una de cuyas pantallas se presentaba la potente cámara del helicóptero.

—¡Jo-der! —exclamó Pablo.

—Eso es, más o menos, lo que he pensado yo —sonrió Gabi.

En el monitor, una figura alargada rompía el azul oscuro de la superficie del mar. La proa, que pasaba más tiempo debajo del agua

que encima, levantaba una pequeña estela que, a nivel de la superficie, hubiese sido casi imposible de detectar. Pero la ventaja del helicóptero era que, desde su altura, una flecha de cuerpo gris oscuro y cabeza blanca destacaba sobre el azul marino. A dos tercios de la eslora se levantaba una mínima superestructura, que no debía levantar más de medio metro.

—¿A qué distancia está?! —preguntó Pablo.

—Demasiado lejos —contestó Gabi, que ya se había hecho las mismas preguntas—. Va a llegar a costa antes de que podamos interceptarlo. Tendremos que avisar a las autoridades...

—Para eso va a ser demasiado tarde —le interrumpió Pablo—. Parece que va a San Nicolás. Puede estar en cualquier playa de la costa de poniente de la isla en veinte minutos. Acuérdate de lo que nos dijeron en Mindelo. Los traficantes no se andan con tonterías: ya han recibido a la policía a tiros en más de una ocasión. Van a tener que reunir una fuerza de entidad y, encima, la costa oeste de San Nicolás es de difícil acceso. Para cuando lleguen, los narcos habrán desaparecido.

—Pues me temo que esta se nos va a escapar —observó Gabi—. Podemos intentar seguirlos con el helicóptero...

—No —le interrumpió Pablo—. El helicóptero. Esa es la solución. ¿Cuánto tiempo tardaría en venir al barco y volver hasta allí?

Gabi midió la distancia en la consola.

—Unas quince millas. Digamos quince minutos.

—¿Dile a Joseba que vuelva a toda pastilla!

—Pero, comandante, los podemos perder.

—¿Díselo! Va a ir muy justo...

Gabi, obediente como siempre, retransmitió la orden y se giró para mirar a Pablo.

—¿Qué tienes en mente, comandante?

—Ni nosotros ni las *rhibs* llegaremos a tiempo, pero el helicóptero puede llevar a los hombres de Paco allí.

—¿A la playa?

—No. La playa es demasiado peligrosa, por la misma razón que lo es para los policías. Tenemos que abordarlos antes de que lleguen.

—¿Desde el helicóptero?! Eso es una locura.

—Es la única opción que tenemos, Gabi. Llama a Paco.

El ferrolano retransmitió la orden y la megafonía del barco tronó, reclamando la presencia del jefe del equipo de abordaje en el CIC.

—¡Paco! —exclamó Pablo en cuanto entró por la puerta—. Joseba viene a recogeros. Hay un narcosubmarino acercándose a las islas y no vamos a llegar a tiempo ni en el barco ni en las *rhibs*. Tendréis que tomarlo desde el helicóptero.

—No va a ser fácil —contestó el madrileño—. Sabes que las cubiertas...

—¿Puedes hacerlo? —le interrumpió Pablo.

—Sí...

—Pues baja a avisar a los tuyos.

—¿Cuándo salimos?

—En cinco minutos —dijo Pablo, mirando la posición del helicóptero en la consola.

—*Dabuten* —respondió el madrileño—. Menos mal que lo hemos dejado todo listo después del ejercicio de esta mañana.

—Llamadme a la gente al hangar —gritó Paco, antes de salir del CIC.

Los suyos ya habrían escuchado que su jefe subía al CIC y estarían alerta, pero no tenían ni un segundo que perder.

Lo que el comandante le pedía era una locura, pero Paco no seguiría en el Albatros si no se hubiese acostumbrado a hacer locuras. Además, no tenía ninguna gana de discutir. Tendría que hablar con los suyos e intentar buscar la solución menos peligrosa.

Cuando el madrileño llegó al hangar, su equipo ya estaba allí y, en una esquina, descansaba su material.

—Tengo mis fuentes —sonrió Juan Carlos, ex de la Fuerza de Guerra Naval Especial y uno de los líderes del equipo.

—Me alegro —contestó Paco—. Porque nos vamos en dos minutos —dijo, señalando al personal del barco que empezaba a llenar el hangar para preparar la toma del helicóptero—. Han encontrado una de esas lanchas semisumergibles llegando a las islas. Está muy lejos para que lleguemos en las embarcaciones, así

que el comandante quiere que vayamos hasta allí en helicóptero.

—¿Y una vez allí? —preguntó Jerome, otro de los más veteranos, procedente de los comandos franceses.

—Una vez allí lo abordamos —contestó Paco.

—¿Cómo?!

—Habrá que ver qué nos dice el piloto y...

Paco se calló. El *walkie* que colgaba de su chaleco estaba sonando.

—Tigre —respondió.

—Tigre de madre, hemos informado al piloto de las intenciones y propone que salten a la embarcación desde los patines. Dice que los bajará lo suficiente.

—Tigre, recibido.

El madrileño paseó la vista por sus hombres, que se miraban unos a otros.

—Sergio se queda en el helicóptero como tirador —estableció Paco—. Quiero otros cinco que vengan conmigo para asaltar la embarcación. Más no cabemos. ¿Voluntarios?

Prácticamente todos levantaron la mano.

—Juan Carlos, Jerome, Suso, Berto y Juampe.

Como si lo hubieran escuchado, el estruendo de las palas del helicóptero comenzó a oírse a través de la persiana del hangar. Los designados empezaron a ponerse el equipo, con los que se quedaban atrás echándoles una mano. Los hombres pasaron revista rápidamente a sus armas y se dirigieron a popa.

—Esto es una locura, jefe —murmuró Juan Carlos, acercándose a Paco.

—Le dispararemos por la proa para que pare —contestó el exgeo—. Así será mucho más fácil. Y ya sabes que tenemos al mejor piloto del mundo. Tendremos apoyo de fuego desde el helicóptero y, en el peor de los casos, nos daremos un chapuzón. Los chalecos de flotabilidad están comprobados, ¿no?

—Sí.

—Asegúrate de que todo el mundo se acuerda de cómo zafar el antibalas para que se suelte. Ya sé que el de flotabilidad debe aguantar el peso, pero si alguien se va al agua, no quiero que dude:

que tire de la cincha y las placas de kevlar se vayan al fondo.

Juan Carlos asintió y se acercó a los demás para retransmitir las instrucciones.

Paco, el último en la fila que se había formado ante la puerta lateral del hangar, se revisó el equipo con la mirada. Llevaba todo lo esencial; en misiones planeadas con cariño, empleaba un buen rato en decidir qué iba a necesitar, pero para urgencias como aquella, siempre tenían el equipo básico listo para salir.

La fila empezó a moverse y, siguiendo las instrucciones del supervisor de cubierta y del propio piloto, los siete hombres recorrieron la cubierta de vuelo por su borde exterior hasta llegar a la banda de estribor, a media altura, donde se giraron hacia el interior y encararon la puerta del Bell 412. El operador de cabina les esperaba de pie, al lado del helicóptero, y les fue indicando dónde sentarse. Paco ocupó uno de los asientos más a proa y, quitándose el casco, se puso los auriculares que le pasó el dotación de vuelo.

—Bienvenido a bordo —le saludó Joseba.

—¿Qué pinta tiene?

—Tú dirás —contestó el piloto mientras tiraba del colectivo y el helicóptero se elevaba—. ¿Intentaréis pararlo antes, no?

—Esa es la idea.

—Perfecto. Yo no tengo problemas en bajaros hasta que el patín quede un metro por encima, pero luego ya no me hago responsable —dijo Joseba.

—Será suficiente —respondió Paco con una seguridad que no sentía y agarrándose con ambas manos al asiento.

El helicóptero había comenzado una agresiva caída a estribor mientras ganaba altura.

Sergio pasó al lado de Paco para situarse en la puerta lateral. Aunque el operador de cabina del helicóptero estaba adiestrado en el uso de la ametralladora que montaban, el tirador del equipo de Paco, sencillamente, no tenía igual. Si bien la especialidad de Sergio eran los fusiles de precisión, su destreza con casi cualquier arma era tan superior a la de los demás que, siempre que podía,

Paco lo usaba para esos menesteres. Aquello supuso algunos roces al principio con Joseba y su dotación de vuelo que, celosos de su helicóptero y capacidades, querían operar ellos mismos el arma. Pero todos tuvieron que admitir, tras ver a Sergio hacer de las suyas con la ametralladora, que dejarle el arma era, sin lugar a dudas, la decisión más sabia.

—Deberíais empezar a verlo por la puerta —dijo Joseba por el intercomunicador.

Paco se asomó lo que las correas del asiento le permitían y, efectivamente, tan solo a un centenar de metros, una embarcación plana, que parecía a punto de hundirse, surcaba las olas.

—Sergio: tres ráfagas cortas por su proa. Suficientemente lejos para que quede claro que no estamos tirando a dar.

El tirador se había puesto otro par de cascos y levantó el pulgar en señal de respuesta. Girándose de nuevo hacia fuera, montó el arma y apuntó.

Paco vio cómo la ametralladora devoraba la cinta de munición y, poco después, aparecieron tres grupos de piques en el agua. En el helicóptero se hizo el silencio; todos pendientes de cómo reaccionaba el narcosubmarino.

—¡Está cayendo! —gritó Sergio.

Paco también lo vio. Mirando por el hueco entre el tirador y la puerta, pudo ver cómo la embarcación cambiaba de rumbo y se alejaba del helicóptero. Si pensaba que podía sacudirse a un piloto como Joseba así, se iba a llevar una enorme decepción.

El helicóptero bajó el morro, subió velocidad e hizo una pequeña caída, volviendo a situar al narcosubmarino por su través de estribor.

—Sergio: otras tres, todo lo cerca que te atrevas, sin darle.

—Enterado.

Paco se asió con fuerza al asiento mientras miraba los piques.

«¡Qué cabrón!»

Ninguno de los disparos cayó a más de veinte metros de la embarcación ni a menos de diez. Tres ráfagas bien agrupadas; algo nada fácil de conseguir contra un blanco que se movía y desde un helicóptero que, por mucho que pilotase Joseba, temblaba como

una tostadora vieja.

Ni siquiera la persona más obtusa podía confundir el mensaje: os tenemos y podemos hacer con vosotros lo que queramos. El silencio se volvió a adueñar de las comunicaciones en el helicóptero.

—Parece que paran —comentó el operador de cabina, que estaba asomado a la puerta por encima del tirador.

—¡Sí! ¡Están parando! —corroboró Sergio.

—Vamos para allá antes de que cambien de opinión —dijo Joseba.

El helicóptero subió el morro y pareció desplomarse, hasta que el piloto lo recuperó a tan solo unos metros de la superficie.

—Preparaos, Paco —dijo Joseba.

El madrileño hizo por ponerse de pie e iba a llamar a sus hombres cuando Juan Carlos se le acercó.

—No, jefe —gritó por encima del estruendo de la turbina—. Déjanos a nosotros; tú tomarás las decisiones mejor si nos dejas ir un paso por delante de ti.

Paco fue a protestar, pero sabía que el veterano tenía razón.

—Está bien. Llévate a Jerome y a Suso. No me hace gracia que nos metamos todos ahí; parece que se va a hundir.

Juan Carlos asintió.

—¡Tened cuidado!

Paco vio cómo sus tres hombres se acercaban a la puerta y, ayudados por el operador de cabina, sacaban los pies hasta apoyarlos en el patín. El helicóptero estaba perfectamente estable, solo unos metros por encima del agua y con el narcosubmarino flotando tan cerca, que podrían haber saltado sobre él. Paco pudo ver una cara morena que les miraba desde uno de los ventanucos.

Cuando los tres estuvieron fuera, el operador de cabina avisó a Joseba y de manera casi imperceptible, el Agusta-Bell comenzó a acercarse a la embarcación.

—Estoy en el sitio. Que salten cuando lo vean claro —dijo Joseba.

Paco ya no veía el narcosubmarino, que debía estar justo debajo de la panza del helicóptero, pero Arturo, el operador de cabina, retransmitió la información a sus hombres y Jerome se preparó para saltar. Paco lo vio medir el balance de las olas y, de repente, se dejó

caer.

—¡Está bien! —dijo el operador—. Se ha resbalado y casi se cae, pero se ha agarrado a un tubo y ha aguantado.

—¡Vamos! —exclamó Joseba—. No tenemos todo el día.

Paco vio a Juan Carlos levantar el pulgar y, un segundo después, dejarse caer.

—¡¡¡Hombre al agua!!! ¡¡¡Hombre al agua!!!

Paco se soltó el cinturón sin pensárselo dos veces y se acercó a la puerta. El helicóptero comenzaba a ascender y, bajo ellos, pudo ver cómo el narcosubmarino se alejaba, dejando una tenue estela curva detrás. «Esos cabrones se han movido justo cuando ha saltado».

Por la popa de la embarcación, dos hombres agitaban los brazos. «Al menos, los chalecos de flotabilidad han funcionado», pensó Paco.

—Juan Carlos ha caído con un pie fuera y Jerome ha querido ayudarle, pero se han desequilibrado y se han caído los dos al agua —explicó Arturo.

—¡Joder!

—Tranquilo todo el mundo —dijo Joseba—. Os recuerdo que me he tirado años trabajando para Salvamento Marítimo. Hace buen día, tenemos combustible de sobra y un helicóptero magnífico. En unos minutos los tendremos a bordo. Quitad la ametralladora para poder usar la grúa.

—Voy a necesitar que se sienten —dijo el operador.

Paco ayudó a subir a Suso, que todavía seguía de pie en el patín con cara de querer tirarse a salvar a sus compañeros, y se sentó de nuevo en su asiento. A su lado, el operador de cabina se afanaba en retirar la ametralladora.

Un par de minutos después, con la grúa ya probada, Arturo le dio el «listo» a Joseba. El piloto, que había ascendido para no poner a los náufragos debajo del chorro de aire de las palas, dejó caer unos metros el aparato mientras se situaba encima de uno de ellos.

Paco vio al operador de cabina empezar a hacer descender el cable, al que había enganchado al final una banda ultrarresistente de la que tendrían que colgarse sus hombres. El pequeño cabrestante parecía tardar una eternidad en arriar el cable y el

madrileño estaba a punto de pegar un grito.

—Cable en el agua —informó Arturo—. El primero está listo —dijo unos momentos después—, comienzo a izar.

El cable comenzó a enrollarse en el cabrestante, aun más despacio de lo que se había desenrollado. A Paco le entraron ganas de asomarse a la puerta y tirar del cable con sus propias manos, pero fue capaz de contenerse. Juan Carlos y Jerome, además de ser dos de sus mejores hombres, eran ambos buceadores de combate. Si había alguien en el equipo que se desenvolvía bien en el agua eran ellos dos, como demostraron en dos incursiones subacuáticas en una playa del Caribe, unos meses antes.

El madrileño seguía recordando los surcos en la arena bajo el agua de San Martín, cuando la cabeza de Jerome apareció por la puerta, seguida del resto del cuerpo del francés. Jerome colgaba del seno de cincha, que pasaba por debajo de sus brazos. El operador de cabina sacó una mano para agarrarlo, impidiendo que siguiera girando sin control y permitiendo al francés poner un pie dentro del helicóptero.

Nada más quitarse Jerome la cincha de debajo de los brazos, Arturo comenzó a arriar el cable otra vez.

—¿Estás bien?! —preguntó Paco.

—¡Perfectamente!

—¿Y Juanca?

—También. Nos lo hemos echado a suertes y me ha tocado subir primero —dijo el francés, sonriendo y encogiéndose de hombros.

Paco negó con la cabeza, incrédulo.

—No os preocupéis, cogeremos a esos cabrones.

Jerome le dio un golpe en el hombro y se fue a su asiento, mientras sus compañeros, que ya habían visto que estaba bien, se mofaban.

Poco después, Juan Carlos aparecía por la puerta del helicóptero, igual de mojado que su compañero, pero igual de sonriente.

Pablo, de pie detrás de la consola de Gabi, se apretaba el lóbulo de la oreja. El Albatros se dirigía a máxima velocidad a la posición

del helicóptero. Joseba había informado de que estaban recuperando a los dos hombres que se habían caído y que parecían estar perfectamente, pero Pablo no conseguía calmarse.

—Albatros de Arcángel. Tenemos a los dos náufragos a bordo. Aseguran que no necesitan asistencia. Pregunto intenciones.

—¿Dónde están los narcos? —preguntó Pablo.

—Desde aquí todavía no los tenemos —dijo Gabi.

—Pregúntale a Joseba.

—Arcángel de Albatros, pregunto si tiene al narcosubmarino en sus sensores.

—*Standby*... ¡sí! Lo tenemos en el radar.

—Informe de la posición.

Joseba informó de la embarcación desde una referencia en la costa y Pablo, sin necesidad de mirar la presentación táctica, supo que era demasiado tarde.

—¿Cómo pueden estar tan cerca? —musitó.

—Ya estaban ahí al lado —contestó Gabi—. El asalto ha empezado a menos de cuatro millas de costa. A doce nudos, eso son veinte minutos y el helicóptero ha tardado casi diez minutos en recoger a Jerome y Juan Carlos.

—¡Maldita sea!

—¿Quieres que los persigamos?

—No... no, no podemos. Les van a estar esperando en la playa y ya sabemos cómo nos van a recibir.

—Con la ametralladora del helicóptero...

—¿Estás loco, Gabi? ¿Ametrallar a unos ciudadanos caboverdianos en su propio territorio? Por muy narcotraficantes que sean, eso no podemos hacerlo.

—Los de San Nicolás dijeron que tardarían hora y media.

Pablo miró el reloj.

—Cuando lleguen, en la playa no quedará nadie. ¡¿Cómo puede tardar tanto en llegar la policía?!

—Porque saben que no se pueden meter ahí de cualquier manera. El año pasado murieron tres agentes intentando impedir una descarga en la playa —explicó Gabi—. Desde entonces, solo sus unidades de intervención especial están autorizadas a

enfrentarse a los narcos. Como es lógico, tardan un tiempo en reunirlos y estar listos para un operativo de esa envergadura. Las islas más pequeñas tienen que esperar a que llegue personal de las otras.

Pablo resopló.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Podemos esperar a ver qué hacen con la embarcación —propuso Gabi, frunciendo el ceño.

—¿Después de lo que ha pasado? No. Esa la van a hundir. Los tripulantes se irán con los locales y ya volverán a casa por otro camino. Bueno... ni siquiera sabemos si vuelven, ¿no?

—Se sabe que hay organizaciones que hacen viajes solo de ida, pero me da a mí que esta...

—Ya.

—Comandante, tenemos un contacto pequeño acercándose a las islas desde poniente.

—Voy.

Pablo se puso de pie y recorrió el pasillo de oficiales hasta la escala. Hacía una semana del incidente del helicóptero y el Albatros seguía patrullando a poniente de Cabo Verde. La estancia prolongada en la mar se empezaba a notar en la despensa y Pablo sabía que pronto tendrían que volver a Mindelo para hacer víveres, pero la propulsión eléctrica del BAM le permitía permanecer de patrulla largos periodos e iba a intentar aprovecharlo, en la medida de lo posible.

El comandante del Albatros atravesó el CIC de camino al puente. Los operadores de las consolas multifunción parecían concentrarse en un contacto, mientras Olivier permanecía sentado en la consola del sonar, con los cascos puestos.

—¿Algo, Olivier?

—Un contacto muy débil. Estoy intentando sacar más información, a ver si averiguamos algo.

Pablo asintió y siguió hasta el puente. El oficial de guardia era Juan y Gabi estaba a su lado.

—Comandante, por ahora solo tenemos un contacto radar débil, pero he pensado...

—Has hecho bien —le interrumpió Pablo mirando la pantalla del radar—. Comportamiento consistente con el que esperamos.

—Y esta vez hemos tenido más suerte —añadió Gabi—. Viene casi directo a por nosotros.

—Sí... —musitó Pablo—. Vamos a tener que quitarnos de en medio o lo vamos a asustar.

—Comandante, ¿no estarás pensando en...?

—No, Gabi. He aprendido la lección; está claro que un asalto desde el helicóptero es un suicidio, pero tampoco podemos arrojarnos con el barco. Primero, porque va a provocar que intente huir cuando nos vea y, segundo, porque ya sabes que sigo pensando que es un peligro.

—¿Entonces?

—Entonces, usaremos las embarcaciones. Las echamos al agua y nos vamos de aquí para que no nos vea. Las *rhibs* pueden aprovechar su ventaja de velocidad para acercarse por la popa, sin ser vistas.

—¿Llamamos a Paco?

—Y a Joseba. Que no podamos asaltar desde el helicóptero no quiere decir que no podamos usarlo para darle apoyo de fuego a Paco. Y también ha demostrado que es muy útil para salvamento.

Gabi retransmitió la orden al marinero de puente y la megafonía del barco reclamó a los jefes de sus dos puntas de lanza.

—Me quedaría más tranquilo si pudiéramos darles apoyo de fuego también desde el barco —insistió el segundo.

—No, Gabi. Es peligroso y, además, innecesario. Para bien o para mal, los narcos van a estar dentro del sumergible. Desde aquí hay muy poco que podamos hacer.

Paco y Joseba entraron en el puente y Pablo los animó a acercarse.

—Tenemos un contacto radar con comportamiento consistente con el que esperamos de un narcosubmarino —les informó Pablo—. Todavía no podemos estar seguros, pero todo parece indicar que se trata de otro de nuestros amigos. Paco, ¿te apetece devolverles el

favor del otro día?

—Pues claro —gruñó el exgeo.

—Esta vez no vamos a hacer experimentos con el helicóptero —dijo Pablo—. Lo asaltaréis desde las embarcaciones. El barco lo vamos a quitar de en medio para no ponerlo a tiro de sus torpedos, si es que los lleva, y para que no nos vea y se asuste. Si podéis cogerlos por sorpresa, mejor que mejor.

—¿Nosotros cobertura desde el aire? —preguntó Joseba.

—Sí —contestó Pablo—. Y te quiero preparado por si tienes que pescar a algún otro hombre de Paco del agua. Aunque estén las embarcaciones, no está de más tener otro medio de salvamento disponible.

—Te daré a Sergio como tirador —dijo Paco.

—Lo suponía. Ya me lo podrías asignar permanentemente —insinuó Joseba.

—Ni en tus sueños.

—Segundo, zafarrancho de combate —ordenó Pablo.

Tras convocar a su equipo, Paco cogió a Juan Carlos e hizo llamar a los dos patronos de las *rhibs*. El madrileño conocía a los dos cabos desde el despliegue en Somalia y había trabajado con ellos lo suficiente para saber que Jonás y Salva no tenían igual a los mandos de las embarcaciones. Pero la misión de ese día era especialmente difícil.

—Vamos a por una de esas narcolanchas —dijo—. La vamos a abordar desde las embarcaciones. Lo haremos como lo hacíamos en Somalia y Nigeria, pero tenemos que tener en cuenta algunas particularidades. La cubierta de estos trastos es enana y no podemos meter a todo el equipo encima. ¿Cómo lo ves con tres personas, Juanca?

—Tres está bien —respondió Juan Carlos—. Más nos vamos a incordiar y con tres es más que suficiente para cubrir la escotilla.

—Bien. Lo que haremos, cuando los hagáis salir, es irlos pasando a la *rhib* para minimizar el personal que está ahí de pie sin nada a lo que agarrarse.

Juan Carlos asintió.

—Lo que necesito de vosotros —continuó Paco, dirigiéndose a los dos patrones—, es que mi embarcación se pegue al narcosubmarino y se mantenga apoyada el tiempo suficiente para que tres hombres salten a bordo. La otra nos cubrirá desde un poco más atrás. Cuando estén los tres a bordo, nos podemos separar un poco, pero tenemos que estar listos para acercarnos en cualquier momento, ya sea porque se van a caer o para que nos pasen a los prisioneros. ¿Está claro?

Jonás y Salva asintieron.

—He pensado en intentar detenerla con disparos por la proa, pero no lo vamos a hacer. Esos cabrones demostraron el otro día que están dispuestos a dar guerra. Es mejor cogerlos por sorpresa. ¿Alguna duda?

Paco despidió a los patrones y se acercó al resto de su equipo, que se estaba pertrechando.

—Baja velocidad —ordenó Pablo—. La de estribor primero.

El Albatros había subido palanca para mantenerse alejado del narcosubmarino, pero siempre en una posición desde la que pudiera interceptarlo fácilmente. Juan redujo la velocidad hasta que el barco se quedó a unos cuatro nudos y cayó a estribor para que la mar le entrase por la amura de babor, disminuyendo el balance y la cabezada, y protegiendo el costado de estribor. Pablo se asomó al alerón para comprobar que se creaba un pequeño remanso a socaire del barco mientras el marino asturiano daba la orden al contraestre. Segundos después, la grúa del nicho de estribor empezaba a asomar, con la *rhib* colgando de ella. El contraestre la bajó hasta la superficie, donde el patrón la arrancó y el proel liberó el gancho que la sujetaba a la grúa. Con la embarcación pegada al costado y manteniendo la posición por sus propios medios, la mitad del equipo de Paco comenzó a bajar por la escala de práctico. Cuando estuvieron todos a bordo, la dotación de la *rhib* largó las amarras y se separó del Albatros.

Juan maniobró el barco para meter la mar por la amura de estribor

y repitieron la maniobra con la embarcación de la otra banda.

—Mandadlas para allá —ordenó Pablo—. Que sigan las instrucciones del CIC; nosotros vamos con el helicóptero.

Juan asintió y comprobó que el viento relativo que había en cubierta era válido para el lanzamiento del Bell 412 y que ni el balance ni la cabezada estaban fuera de parámetros. El helicóptero estaba en cubierta y casi listo para salir. Cuando el marino asturiano informó a la pequeña torre del Albatros de que estaban a rumbo y velocidad, esta autorizó al aparato a arrancar. Un par de minutos después, el personal de vuelo retiraba las trincas que sujetaban al helicóptero a cubierta y, sin dilación, Joseba se hacía al aire.

Pablo se fue al CIC.

—¿Cómo vamos?

—Las *rhibs* están de camino. Menos de diez minutos, diría yo —estimó Gabi—. Y los sonaristas ya tienen un contacto firme. Ahora que las *rhibs* están casi en la misma demora, es difícil, pero han grabado lo que tenían y lo podemos analizar luego.

—De todas formas, cuando lo cojamos, podemos ponerlo a andar y que graben todo lo que quieran.

—¡Cierto! No se me había ocurrido.

Paco se soltó una mano de las trincas del flotador para intentar limpiarse las gafas de gotas de agua. La *rhib* levantaba arcos de espuma con cada pantocazo y ni siquiera su diestro piloto era capaz de evitar que los pasajeros se mojaran. No se puede luchar contra los elementos.

—¡Ahí está! —gritó Jonás a su lado, soltando una mano del volante para señalar.

Paco se incorporó y se quedó mirando a donde señalaba el cabo, pero no lograba ver nada. Por fin, unos segundos después, intuyó una sombra que rompía las olas.

—Buenos ojos.

La *rhib* se acercaba al narcosubmarino por la aleta, tras dar un rodeo guiada desde el Albatros. Paco se giró y vio a la segunda embarcación siguiéndoles. Vista desde proa, parecía levantar aún

más agua: una pirámide de espuma descendía desde la punta del flotador hasta la superficie, creando dos largos bigotes blancos que rodeaban la *rhib* por ambos lados.

—Intenta dejarnos en la parte de popa —gritó Paco por encima del estruendo del motor y el mar—. Tiene unos tubos ahí, me imagino que ventilaciones, a los que nos podemos agarrar. Además, estaremos más cerca de la escotilla y no podrán vernos; así no saben cuántos ni quiénes somos.

—Enterado —contestó Jonás.

La *rhib* continuó acercándose al narcosubmarino, dibujando una curva que la haría llegar hasta su posición en un ángulo de treinta grados. Jonás redujo paulatinamente el empuje del motor, permitiendo que la embarcación perdiera velocidad y se estabilizara, la proa perdiendo altura.

Paco se acomodó sobre el flotador de babor y avisó a Juan Carlos y Suso con un gesto. Había decidido que esta vez iría él mismo al narcosubmarino. Las decisiones se iban a tomar según lo que vieran allí y ya había agotado su autocontrol no saltando desde el helicóptero.

Jonás dejó que la *rhib* golpeará suavemente el costado del narcosubmarino y Juan Carlos, sin pensarlo un instante, saltó. Aunque el patrón fue todo lo cuidadoso que se podía ser, los narcos debían haber notado el impacto y no tenían forma de saber cómo reaccionarían. Paco intentó mirar por uno de los ventanucos, pero el ángulo le impedía ver qué pasaba dentro. Suso estaba ya saltando, cuando al exgeo se le ocurrió: poniendo el selector de su subfusil en ráfaga, apuntó al aire y apretó el gatillo dos veces. Dos ráfagas cortas restallaron y Paco, poniendo otra vez el seguro, puso un pie en el flotador y saltó al narcosubmarino.

Juan Carlos estaba dando patadas a la escotilla mientras la mantenía encañonada y gritaba «¡¡Detengan la embarcación!!». Suso tendió una mano a Paco para ayudarlo a estabilizarse y los dos se acercaron a la pequeña superestructura, intentando obviar que cada ola que recorría la plana cubierta les cubría hasta media pantorrilla. Paco se colocó al lado de Juan Carlos y apuntó a la escotilla. Le pareció oír el crujir de un pestillo o retenedor, pero no

apartó la mirada del rectángulo metálico.

—¡¡¡Quiero ver esas manos!!! —gritó Paco—. ¡¡¡Esas manos bien arriba!!!

La escotilla se abrió lentamente y Paco comenzó a ver las dos manos que la empujaban hacia arriba.

—¡No hagas nada raro o vas a parecer un colador!

El narco terminó de empujar la escotilla hasta que cayó hacia el otro lado, y Paco pudo verle la cara. Era un hombre joven, alrededor de treinta y cinco, con la tez morena y cara de asustado. Eso era bueno. El miedo era su mayor seguridad.

—¿Cuántos sois?!

—Dos —tartamudeó el narco.

—¿Dos?!

El narco asintió, pero la cabeza de Paco registró otra cosa.

—¿No hablas español?

—Un poco —respondió, titubeante.

Paco arrugó el ceño. El origen de la droga era Colombia y habían dado por hecho que los narcos que hacían la ruta procederían de algún país hispanoparlante o, como mucho, de Brasil.

—¿De dónde eres?!

—Gu-Guyana —tartamudeó el narco.

—¿Inglés?

El narco asintió, la vista fija en la Kriss Super Vector de Paco, que seguía apuntando a un punto entre sus ojos temerosos.

—Sal de ahí —dijo Paco en inglés—. Despacio y buena letra.

El narco miró hacia abajo, probablemente fijando un punto en el que poner los pies, y apoyó las manos en los bordes de la apertura.

—¡Despacio! —gritó Paco.

A su izquierda, Juan Carlos dejó que su fusil colgara de la cincha y se acercó para cachear al traficante. Paco continuó encañonándolo mientras Suso apuntaba al hueco de la escotilla.

—Que nos enseñe las manos el siguiente —dijo Paco, sin quitarle un ojo al narco.

Cuando Juan Carlos terminó el cacheo superficial, se separó y volvió a encañonar al traficante. Paco aprovechó e hizo un gesto a la *rhib* para que se acercarse. La embarcación volvió a arrimarse al

narcosubmarino y, en cuanto el flotador hizo contacto, Paco empujó al narco a la *rhib*. Sus hombres lo recogieron.

—¡Cacheadle en condiciones y ponedle unas bridas! Ahora os mandamos al otro.

Paco se giró con cuidado de no perder el equilibrio y vio que Juan Carlos y Suso estaban sacando al segundo narco. El semisumergible seguía moviéndose y la decisión de no mandarles parar había sido consciente: estaría más estable dando avance que parado a la merced de las olas. Bastante complicado era ya mantenerse de pie en la cubierta, como para perder la estabilidad que ofrecía el movimiento para el que estaba diseñada la embarcación.

El exgeo esperó a que terminaran de cachear al traficante y lo tiraran a la *rhib* para disponerse a bajar al narcosubmarino.

—Cuidado, jefe —dijo Juan Carlos.

—¡Voy a bajar! —gritó Paco, en inglés, por la escotilla—. Somos una docena de hombres armados. Si queda alguien ahí abajo, más vale que no haga ninguna tontería o no volverá a ver la luz del sol.

Paco retorció la cabeza alrededor de la apertura, intentando cubrir todos los ángulos posibles y, sabiendo que no tenía otra opción, asió la Super Vector.

A un lado de la escotilla, una estructura albergaba un sillón desde el que, evidentemente, se pilotaba la embarcación. Al otro lado se veía lo que debía ser el suelo de una pequeña salita. Paco comprobó que parecía haber más hueco hacia proa y decidió que ese era el sector amenazante, apoyó los pies en la plataforma y, sin pensarlo más, se dejó caer, el arma apuntando hacia proa.

El madrileño absorbió el impacto de la caída doblando ligeramente las rodillas y subió el arma a la posición de disparo. Con un barrido rápido, comprobó que no hubiera nadie a proa y se giró para cerciorarse de que el resto estaba vacío. A su derecha había una mesita con dos asientos y, detrás, un panel tras el que se oía el ruido del motor. A la izquierda estaba la pequeña estructura del puente.

Estaba solo.

El madrileño pasó el arma a la posición de espera, aprovechando

que la Super Vector era tan corta que no le impedía moverse, y observó con más detenimiento sus alrededores.

La sensación era claustrofóbica y, al ver los pies de Juan Carlos aparecer por la plataforma, supo que iban a estar bastante apretados allí abajo.

—¡Que Suso se quede arriba!

—¡Vale!

Paco cogió la linterna que le colgaba del chaleco e iluminó la parte de proa. Su experiencia en los GEO hizo que no tardara mucho en reconocer lo que veía. Empaquetados en bolsas de un kilo, sacos y sacos de cocaína abarrotaban todo el espacio a proa de la pequeña sala, desde el suelo hasta el techo. Paco no podía estar seguro de si llegaban hasta la proa de la embarcación, pero apuntando la linterna por el pequeño hueco que quedaba entre los paquetes más altos y el techo, le pareció que sí.

El expolicía calculó que, fácilmente, podía haber cuatro toneladas de cocaína.

Satisfecho, Walter retiró la cara del pequeño visor y se volvió a acomodar en su asiento.

—Subimos, David.

—¡Vale!

Walter comprobó que la palanca del motor estaba en la posición correcta y que el timón estaba a la vía. Aunque solo iba a ascender un par de metros, la maniobra era delicada y todo tenía que funcionar correctamente.

El guyanés accionó el tercer mando, el que controlaba los planos horizontales situados en la proa y en la popa, y enseguida notó cómo el submarino se inclinaba hacia atrás. Nada más alcanzar una inclinación de unos diez grados, Walter devolvió la palanca a su posición original; no tenía nada que ganar y mucho que perder haciendo un ascenso rápido. Había comprobado mediante el rudimentario periscopio que no había nada alrededor y estaba lejos de ser la primera vez que hacía superficie con el Eta 1, pero siempre era un momento tenso. Abajo, David estaba al lado de las válvulas

que abrirían las reservas de emergencia de aire comprimido, para llenar dos tanques que debían hacerles flotar hasta la superficie si todo fallaba.

En pocos segundos, Walter notó cómo la proa rompía la superficie y, mirando por el periscopio, pudo ver la parte delantera del submarino reflejando la tenue luz de la luna. El aparato era un sencillo sistema de espejos que se podía girar en los 360 grados, pero que no se retraía. Eso significaba que no era tan alto como los periscopios de los grandes submarinos y tenía que acercarse mucho a la superficie para usarlo, pero era lo mejor que podía hacer con los medios que tenía. También le impedía correr mucho debajo del agua, pero el Eta 1, al igual que los primeros submarinos de la historia, estaba diseñado para transitar en superficie y solo sumergirse en caso de necesidad.

Walter volvió a asomarse al visor y pudo ver que la mitad delantera del submarino ya estaba en superficie. Unos segundos después, el barco pareció desestabilizarse por un momento, para luego asentarse en su condición normal de navegación. El guyanés hizo otro barrido del horizonte y accionó las palancas que abrían las tomas de aire.

—¡Enciende la máquina!

—¡Voy!

Walter había decidido hacer el último tramo bajo el agua para minimizar las posibilidades de ser visto. Antes de hacer inmersión, aprovechó que ya tenían cobertura para llamar y confirmar la hora de llegada, asegurándose que sus hombres estarían listos para recibirle. No acostumbraba a pasar tanto tiempo lejos del negocio y la persona de quien más se fiaba, David, también era su hombre de confianza para probar los prototipos.

Un chisporroteo anunció que el motor, del que cuidaba como si su vida dependiera de él —porque así era—, arrancaba sin problemas. Walter le dio un par de minutos para que calentara y, muy despacio, aumentó las revoluciones. La capacidad de baterías del Eta 1 era limitada y tenía que gestionar su consumo con cuidado, pero el saber que estaba a punto de llegar a casa le había permitido exprimir las, comprobando así que mantenían su rendimiento incluso

con poca carga.

El viaje había transcurrido sin mayores incidentes. Tras dejar listo el torpedo, a pesar de ser consciente de que le llevaría tiempo, decidió que tenía que probar el Eta 1. Perdió un par de días más esperando que David volviera de su última travesía, pero no se fiaba de nadie más para esas pruebas, y se vio obligado a arrancarlo de los brazos de Junior y Joanne nada más llegar.

Walter no escatimaba en las pruebas de sus prototipos. El Eta 1 debía ser capaz de ir y volver con seguridad hasta Cabo Verde y eso era, precisamente, lo que tenía que comprobar que podía hacer. Además, llegaría el momento en el que lo haría sin él e, incluso, sin David a los mandos. Tenía que asegurarse de que el trayecto se podía hacer sin grandes inconvenientes.

El periscopio le permitía otear el horizonte, tanto en inmersión como cuando transitaba en superficie, pero tenía una visibilidad limitada y le obligaba a girarse para poder mirar a los lados y a popa. En el Dseta 1 mantuvo los ventanucos que usaba en los modelos semisumergibles, pero hacían mucha agua en inmersión. Sabiendo que podía ir en inmersión cuando fuera necesario, perdía importancia el mantener un perfil bajo para no ser visto; sobre todo, cuando el mástil del periscopio permanecía, también en superficie, dos metros por encima de la cubierta. Así, había decidido que navegaría en superficie, abriendo la escotilla que le permitía sacar la cabeza y ver con claridad lo que tenía alrededor. Incluso fabricó un pequeño asiento retráctil que retiraba en inmersión, cuando se sentaba en el más bajo, y colocaba para apoyarse cuando quería sacar la cabeza por la escotilla.

Walter abrió los pestillos de la escotilla y la empujó con cuidado. Aunque había montado un pequeño rompeolas en la cubierta, no sería la primera vez que la superficie lo recibía con un salpicón. Sacando los hombros por la escotilla comprobó que, efectivamente, no había nada alrededor y que las luces de la costa de Guyana, que conocía de memoria, marcaban el camino. Colocando el asiento alto en su sitio, se sentó y enfiló el sumergible hacia la playa donde le estaban esperando.

Unos minutos después, Walter distinguía la señal preconvvenida.

Una luz azul parpadeaba ligeramente a babor de la proa del narcosubmarino. Sus hombres le esperaban en otra de las recónditas playas alrededor del taller. El guyanés conocía la costa como la palma de su mano, pero el sitio estaba tan escondido, incluso desde la mar, que de noche era casi imposible de encontrar sin ayuda. Walter ajustó el rumbo ligeramente.

A medida que se acercaba, empezó a distinguir un tenue resplandor y tres o cuatro figuras que se movían, el agua cubriéndoles hasta la cintura. Walter redujo la velocidad y avisó a David. Sus hombres habían introducido un remolque en el agua e iluminado sus extremos; lo único que tenía que hacer Walter era alinear la embarcación con el remolque y conseguir que se detuviera en el sitio. El Eta 1 se comportaba sorprendentemente bien para su peculiar diseño, pero el guyanés no tenía ninguna intención de jugársela y redujo aún más la velocidad. Cuando todavía quedaban unos metros, probó a dar atrás, para asegurarse de que el motor le obedecería cuando necesitase frenar.

Walter dejó que el narcosubmarino perdiera velocidad mientras lo mantenía alineado con el remolque. Sus hombres lo saludaban, pero el guyanés no les prestó atención. Cuando quedaban unos cinco metros, dio atrás un par de segundos y el Eta 1 perdió casi toda la arrancada, deslizándose hasta rozar suavemente el remolque con el pantoque.

—Tan fino como siempre —le dijo David, asomando la cabeza por el lateral de la estructura sobre la que estaba de pie Walter.

—Como le digo a tu hijo, hay que cuidar los juguetes.

Walter se apoyó en los bordes de la escotilla con ambas manos y se impulsó hacia arriba, poniendo los pies en la cubierta. Lo primero que hizo fue comprobar que el mástil del periscopio estaba en buen estado. Era consciente de que era la parte más delicada del sumergible, pero era necesario si quería mantener la capacidad de ver algo mientras estaba bajo el agua; aunque también tenía otra cosa en mente...

Con cuidado de no pisar las partes más curvas de la cubierta, caminó hacia la proa, por donde se descolgó hasta el enorme remolque. Desde allí, se dejó caer al agua que, tratándose de la

parte menos profunda, solo le cubría hasta las rodillas.

—Jefe.

—¿Qué tal todo, Cheddi? —sonrió Walter.

—Tengo una mala noticia.

—Dime —dijo Walter, perdiendo la sonrisa.

—Es Forbes. Mandó las señales correctas todos los días, pero el día que tenía que haber llegado no supimos nada de él. Los de Cabo Verde nos llamaron preguntando y no supe qué decirles.

—¿Forbes? —preguntó Walter haciendo memoria—. ¿Salió unos días después de nosotros, no? O sea, que esto ha sido hace nada. ¿Y no sabemos qué ha pasado?

—Nos hemos enterado hoy. Ha salido en las noticias.

—¿En las noticias?!

—Los ha cogido ese patrullero.

—¡Maldita sea!

—¡¡¡Gabi!!!

—¡¡Voy!!

El segundo del Albatros apareció en el marco de la puerta y Pablo le hizo un gesto para que pasara.

—Me acaba de llegar un correo de los de Cabo Verde.

—¿Qué dicen? —preguntó Gabi.

—Los franceses registraron ayer un mercante en Le Havre. Encontraron veinte toneladas de cocaína.

Gabi alzó las cejas.

—¿Sabes de dónde venía el barco?

—Te han dicho que somos un coladero —anticipó Gabi.

—Algo así —admitió Pablo—. No me malinterpretes; están muy agradecidos por lo que estamos haciendo y la detención del otro día nos ha hecho ganar muchos enteros. Y a ellos frente a la comunidad internacional. Además, saben que no es fácil. Pero es evidente que la droga sigue llegando... y en cantidades ingentes.

—Viente toneladas son cuatro o cinco narcosubmarinos como el del otro día —observó Gabi—. ¿Crees que llevarían un tiempo acumulándola y han tenido la mala suerte de que les cojan el envío

grande?

—Demasiada casualidad —contestó Pablo—. Yo me inclino más por que el volumen de tráfico es mucho mayor de lo que pensábamos. No tiene sentido que acumulen la droga aquí; todo el mundo sabe que la droga pasa por Cabo Verde y corren el riesgo de ser descubiertos. Y me sorprendería que tengan una cadena logística tan bien desarrollada, desde América hasta aquí, y luego no sean capaces de transportar la droga con fluidez a Europa. Esa debería ser la parte fácil de la operación.

—¿Entonces?

—No lo sé, Gabi, pero está claro que lo que estamos haciendo no es suficiente. No tenemos capacidad de cubrir toda la zona y, si es cierto que el volumen de tráfico es tan grande, está claro que no podemos estar en varios sitios a la vez. Deben de estar llegando casi uno detrás de otro.

—Bueno... por algo han elegido Cabo Verde; está claro que sabían que sería un sitio difícil de proteger.

Pablo, que había estado jugando con un boli que tenía en la mesa, levantó rápidamente la mirada.

—¡Eso es!

—¿Qué? —preguntó Gabi, con cara de haberse perdido algo.

—No podemos cubrir toda la costa occidental del archipiélago, pero cada vez tenemos más claro que nos estamos enfrentando a una organización grande y bien estructurada, ¿no?

—Sí, eso parece —confirmó Gabi.

—Las empresas, a medida que crecen, dependen más y más de la logística, por lo que suelen centrarse en minimizar los problemas que esta les pueda dar.

—No sé a dónde quieres llegar, comandante.

—¿Crees que es posible que se estén mandando decenas de narcosubmarinos a Cabo Verde, tan bien organizados, desde puntos distintos? ¿Crees que tienen varios talleres, distintos puntos de embarque de la droga y diferentes lugares de salida? ¿Si fueras un narco de este calibre, no te habría parecido más razonable montar toda tu red logística en un sitio?

—Claro, pero sigo sin ver...

Pablo vio cómo los ojos azules de Gabi se dilataban.

—¿Quieres que Mahoma vaya a la montaña? —sugirió Gabi.

—Si no podemos cubrir todas las rutas de llegada a Cabo Verde, quizás podamos cubrir las rutas de salida de dónde sea que salen.

—Guyana... —musitó Gabi.

—¿Qué?

—Paco me dijo que el del narcosubmarino que pillamos le confesó que era de Guyana.

—¡No me jodas! Pues esa información no es baladí. Me dicen los caboverdianos que ahora han pedido abogados y no sueltan prenda. Ni siquiera cuando les han ofrecido la libertad a cambio de información.

—No me quiero ni imaginar las amenazas que reciben sobre sus familias antes de salir —insinuó Gabi—. Esos no se van a ir de la lengua, te lo aseguro. Cada vez estoy más convencido de que estamos subestimando a nuestro rival. Estoy seguro de que tiene más que pensada esa posibilidad. Tiene que saber que podían cogerle alguna tripulación y habrá tomado las medidas necesarias para impedir que le puedan traicionar.

—En cualquier caso, da igual —dijo Pablo—. Solo tenemos que seguir a una de ellas y dejar que nos guíe hasta su guarida.

—Acuérdate de que no sabemos con certeza si vuelven.

—¡Oh, vamos! Tú mismo me dijiste que estaba bastante claro. Y acabas de decir que esto no es una banda; nos enfrentamos a una organización bien administrada que hace viajes regulares. Estoy seguro de que no desaprovechan el material y, mucho menos, las tripulaciones. Habiendo conseguido hacer narcosubmarinos tan fiables, no me cabe duda de que vuelven para reutilizarlos.

—Está bien —accedió Gabi—. Pero seguimos teniendo un escollo.

—¿Cuál?

—Para seguir a un narcosubmarino de vuelta, tenemos que dejar que llegue a Cabo Verde sin que sospeche que le estamos siguiendo.

Pablo se paró a pensar unos segundos.

—No hay otra solución —sostuvo—. Tenemos que dejar que descargue.

—A los caboverdianos no les va a hacer ninguna gracia.

—Les diremos que lo detectamos cuando salía.

Gabi hizo una mueca.

—Es mi decisión y yo me pelearé con mi conciencia, Gabi. Es la única solución que veo.



Capítulo Cinco

Pablo abrió la puerta del CIC, tras subir la escala de dos en dos peldaños.

—¿Qué tenemos?

—Posible contacto sonar a 14000 yardas —dijo Gabi.

—¿Hemos preguntado al puente...?

—Sí —contestó el gallego—. Están mirando el radar, pero por ahora nada. Hay un poquito de mar.

Pablo gruñó.

—¿Quieres sacar el helicóptero? —preguntó Gabi.

—No... —musitó Pablo, mirando la pantalla del sonar—. Si es lo que creemos que es, vamos a necesitar que esté bastante tiempo en el aire; no quiero malgastar autonomía. ¿Frecuencias que nos suenen?

—Estamos en ello —contestó Gabi, viendo a Guillaume alternar la mirada entre la pantalla inferior de la consola, con la presentación en banda ancha, y la superior, con la de banda estrecha.

Lo ideal hubiera sido contar con otra consola, pero el espacio era reducido y tenían que adaptarse a las condiciones.

—Haber grabado al que cogimos el otro día tiene que ayudar, ¿no? —preguntó Pablo.

—Sí. Aunque antes tenían una idea, ahora ya saben qué están buscando con más certeza.

—Segundo, creo que tenemos algo en el radar —dijo el marinero

del CIC.

—CIC de puente, puede que tengamos algo en el radar.

—Algo hay ahí —dijo Gabi.

—Vamos a ir alistando el helicóptero —decidió Pablo—. Podemos decidir más adelante si lo lanzamos o no.

Gabi dio las instrucciones oportunas y los dos marinos se quedaron mirando la presentación del sonar pasivo por encima de la espalda de Guillaume. Parecía haber una zona de ruido clara, con otra más débil en una frecuencia distinta. El francés se dio cuenta de que estaban mirando y señaló con un lápiz grueso la pantalla.

—Esto parece ser el motor —dijo—. Misma frecuencia que la embarcación del otro día cuando la pusimos a la máxima velocidad. Esto tiene que ser la hélice. Escuchando con los cascos, parece que tiene tres palas, como la de la otra.

—O sea, que encaja —dijo Pablo.

—Parece que sí —afirmó Guillaume.

—Gabi, asegúrate de que no nos acercamos más. Por muy bajito que tenga el puente, puede que cuando la ola le levanta tenga horizonte suficiente para vernos. Vamos a buscarle la popa.

—Enterado, comandante. ¿Lanzamos al helicóptero?

Pablo se acercó a una consola multifunción y midió un par de distancias.

—Sí. Podrá seguirla hasta que se acerque a costa. Una vez allí, habrá que mantenerlo alejado; puede que los que están en tierra lo vean. Podemos aprovechar para repostarlo y así lo usamos para mantener contacto cuando salga.

—¿De verdad vas a dejar que se vayan? —profirió Paco.

El jefe del equipo de abordaje, el segundo y el comandante estaban viendo la retransmisión de la cámara infrarroja del helicóptero en el CIC, que tornaba la oscuridad de la noche en una anodina escala de grises.

—Es la única manera, Paco —dijo Pablo, intentando que no se le notara la impaciencia.

El helicóptero, que volaba sin luces tras un par de llamadas por

teléfono a la autoridad de control aéreo de Cabo Verde, se había situado todo lo lejos que podía sin perder la imagen de la playa que estaban observando. Pablo hubiera preferido que también se situase a sotavento, para impedir que el viento acercase el ruido del rotor hasta los traficantes, pero la orografía hubiese ocultado el lugar que los narcos habían elegido para descargar.

—Paco tiene parte de razón, comandante —intervino Gabi—. No sé si está bien esto que estamos haciendo.

—¡Gabi! ¡Ya te lo expliqué hace unos días! Es la única manera. No podemos vigilar todas las entradas por mar a Cabo Verde, y mucho menos de forma ilimitada. ¿Creéis que no tendrán gente comprobando cuándo entramos en Mindelo para repostar o hacer víveres? Tenemos que averiguar algo más de estos tíos para poder enfrentarnos a ellos.

—No te digo que no, comandante —insistió Gabi—, pero si la carga es parecida a la que cogimos, ahí van más de cuatro toneladas de coca. Si los caboverdianos supieran que la estamos dejando escapar...

—No se van a enterar. Y ya nos lo agradecerán cuando podamos dar un verdadero golpe a los narcos.

—¡Esto está mal! —exclamó Paco—. No podemos dejarlos ir.

—Paco —suspiró Pablo— sé que te cuesta, especialmente por todo lo que has visto en la policía, pero no los vamos a dejar ir. Los cogeremos a la vuelta.

—Eso tampoco me hace ninguna gracia —protestó el exgeo—. Me recuerda al Muhammadi.

—¡No tiene nada que ver! —aseguró Pablo—. Aquella vez estábamos limitados por las instrucciones del gobierno somalí y esos cabrones os estaban esperando. Estos no van a saber que vamos detrás de ellos.

—¿Y cuándo pretendes asaltarlos? ¿Cuando ya hayan entrado en aguas jurisdiccionales de otro país? —preguntó Paco.

—Eso tendremos que decidirlo sobre la marcha, pero puede ser mucho más beneficioso averiguar de dónde salen que coger un narcosubmarino vacío y a dos pobres marineros.

En la pantalla, los todoterrenos que habían estado alrededor del

narcosubmarino varado se alejaban.

—Han terminado de traspasar la droga —dijo Gabi—. Les queda el combustible —añadió, señalando una camioneta que parecía portar bidones.

—A todo esto, hemos averiguado algo nuevo —anunció Pablo—. Varan los narcosubmarinos en la playa, así que tienen que tener en cuenta la marea. Eso limita las horas a las que pueden llegar.

Una vez más, Walter estaba solo en el taller a altas horas de la madrugada. En los inicios, había construido los narcosubmarinos con sus propias manos, contando solo con la ayuda de David y algún otro hombre de confianza. Pero con el crecimiento del negocio le hubiese sido imposible asumir él solo la carga de trabajo que suponía construir y mantener todas las embarcaciones que operaba. Por eso contaba ahora con un número considerable de hombres, a los que asignaba las tareas más rutinarias. Los mantenimientos de los motores, por ejemplo, eran idénticos a los de cualquier otro motor marino. Así, el guyanés se podía dedicar a las tareas más delicadas y al diseño y prueba de los nuevos sistemas.

Esa noche estaba terminando de montar el sistema de propulsión del que sería el Eta 2, el primer narcosubmarino construido igual que el que acababa de probar, el cabeza de serie. Se le había hecho tarde porque no quería dejar el trabajo a la mitad; sabía que le costaría más arrancar al día siguiente. No le quedaba mucho para terminar, pero decidió salir unos minutos del claustrofóbico espacio en el que iban instaladas las máquinas del sumergible y coger algo de agua fría de la nevera.

Al asomar la cabeza por la escotilla, algo llamó su atención. Pluto, que habitualmente dormitaba en un camastro de viejos trapos, en una esquina, se había incorporado y miraba a la puerta del taller nervioso, gruñendo y enseñando los dientes.

Walter salió por la escotilla y se puso de pie sobre la cubierta, mirando hacia el arcón donde guardaba una pistola cargada, pero era demasiado tarde: con un portazo, la puerta del taller se abrió.

—¡No se mueva! —gritó una voz muy acentuada.

El guyanés se detuvo y miró a sus visitantes. Dos hombres fornidos habían entrado primero, portando sendas ametralladoras a la cadera. Walter reconoció la versión sin culata del AK-74, que a su vez era heredero del conocido AK-47. Tras ellos, entró un hombre trajeado, que debía rondar los cincuenta años. A continuación, otras dos ametralladoras.

Pluto comenzó a ladrar y a moverse, nervioso. Uno de los matones apuntó hacia el perro.

—¡Pluto! ¡Ven aquí! —gritó Walter.

El perro lo miró y dudó durante un segundo, pero Walter lo volvió a llamar y terminó acercándose al narcosubmarino.

—Hace bien —dijo el hombre trajeado—. No queremos hacerle daño.

Walter fue capaz de localizar el acento y un escalofrío le recorrió la espalda: rusos.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—Solo hablar un poco con usted —contestó el ruso—. Mi nombre es Yuri. ¿Por qué no baja aquí para que podamos charlar cómodamente?

Walter miró alrededor. Dos de los matones se habían repartido por el taller y comprobaban que no hubiera nadie más. Los otros dos permanecían junto a Yuri, las ametralladoras apuntando en su dirección. Las palabras del ruso habían sido amables, pero Walter no se dejaba engañar. Las armas y las horas no eran lo único que le había puesto en guardia. El ruso vestía traje, camisa y corbata negras, pero un tatuaje se intuía en el cuello, antes de desaparecer de vista. Tres pequeñas cruces coronaban lo que parecían redondas cúpulas bulbosas. Walter sabía que era un tatuaje habitual entre la mafia rusa.

No tenía ninguna opción, así que, acercándose a la plataforma que tenía preparada a tal efecto al costado del submarino, descendió hasta el suelo. Cogiendo un trapo limpio, se secó el sudor de la cara y, a continuación, del torso. Como acostumbraba, estaba trabajando sin camiseta. Sabía que, sin sus ametralladoras, los matones hubieran tomado buena nota de su forma física, pero estando al lado equivocado de dos armas automáticas, no tenía

nada que hacer.

—Aquí me tiene —dijo, extendiendo los brazos—. ¿De qué quería hablar?

—¿Sabe a quién represento?

—Me hago una idea —dijo Walter con una mueca.

—Entonces, ya sabrá por qué estoy aquí.

—Pues la verdad es que no. Parte del acuerdo era que no nos tendríamos que volver a ver.

—Es cierto —admitió Yuri—. Pero el acuerdo no incluía que usted perdiera uno de los cargamentos.

—Ha sido un simple contratiempo —contemporizó Walter—. Tendrán otro allí en unos días. Además, el acuerdo era que solo pagarían los cargamentos que recibieran; no les debería suponer ningún problema.

—Ah —dijo el ruso—. Pero sí nos lo supone. Por eso, el acuerdo especificaba cuándo tenían que llegar los cargamentos. Cuando usted entrega la droga en Cabo Verde, aún quedan varios pasos para que llegue a los puntos de distribución. Si falla un cargamento, toda la cadena se resiente, generando millones en pérdidas. ¿Entiende ahora por qué hemos venido?

—Sí —musitó Walter—. No se preocupe; ya tengo prevista una solución. No volverá a ocurrir.

—Eso espero —sonrió Yuri mientras lo miraba fríamente—. De lo contrario, nos veremos obligados a hacerle otra visita. Nos está siendo usted muy útil, señor Darke, pero no podemos asumir sus errores. Hay otros que pueden ocupar su lugar.

Walter se movió, incómodo.

—¿Cree que es el único que puede hacer esto? —sonrió el ruso—. Hace unos años, es posible; ahora, ya no. La capacidad tecnológica se ha extendido. No tenemos más que fichar a alguno de los que trabaja para los colombianos e instalarlo en Brasil. O, incluso, aquí mismo. Podríamos aprovechar sus instalaciones.

—No será necesario —señaló Walter.

—Espero que así sea —respondió Yuri—. De lo contrario, no solo nos veremos obligados a suspender nuestra colaboración, sino que, para asegurarnos de que se nos sigue tomando en serio,

tendríamos que encargarnos de usted y de sus seres queridos. Sí...
—sonrió el ruso—. Sé que no tiene familia, pero también sabemos que tiene un lugar especial en su corazón para David y para el pequeño Junior. No me obligue a hacerles una visita.

Walter, incapaz de decir nada, tragó saliva y cerró los puños.

—Ha sido un placer, señor Darke. Espero que no nos volvamos a ver.

—Ahí van —señaló Gabi.

Hacía un rato que la camioneta con los bidones se había alejado y los hombres que estaban en la playa se dedicaban a pasarles bultos a los dos que permanecían en la cubierta del narcosubmarino. Inicialmente, pensaron que debían ser víveres, pero la cantidad era demasiado grande y estuvieron elucubrando sobre su contenido, hasta que Gabi pensó que podía tratarse de lastre. La embarcación había perdido cuatro toneladas de peso y eso no solo la haría navegar con una mayor parte del casco fuera del agua, sino que afectaría a sus condiciones marineras, especialmente, teniendo en cuenta que la droga iba toda en la sección de proa.

Ahora, los dos tripulantes del narcosubmarino se habían vuelto a meter dentro y una mancha de calor indicaba que las exhaustaciones del motor volvían a echar aire caliente. Los hombres que quedaban en tierra se situaron a los lados de la embarcación, el agua cubriéndoles hasta la mitad de las piernas o incluso más.

A Pablo le sorprendió que se pusieran a los lados, donde sería más difícil empujar, pero enseguida se dio cuenta de que su intención era otra. Los hombres de la playa comenzaron a empujar el narcosubmarino de un lado a otro, intentando que se despegara de la arena y, unos segundos después, comenzó a moverse lentamente hacia atrás. El patrón debía haber puesto el motor a dar atrás.

—Por eso llevan la hélice protegida por el talón del codaste hasta que se une con la mecha del timón —dijo Pablo, recordando las fotos que hicieron los buceadores al narcosubmarino que habían cogido—. Impide que la hélice toque el fondo, pase lo que pase, y

así pueden varar y salir de la playa con seguridad.

—Sea quien sea el que los diseña, sabe lo que hace —opinó Gabi.

El narcosubmarino, libre del arenoso fondo, fue cogiendo arrancada atrás, hasta librar a los hombres que se habían metido en el agua y, cuando se hubo separado un par de esloras, comenzó a caer hasta poner la proa hacia fuera, momento en el que comenzó a dar adelante.

—Maniobra muy bien —apuntó Gabi.

—¿Cuánto le queda al helicóptero? —preguntó Pablo.

Gabi miró el reloj de ledes rojos que presidía el CIC e hizo un rápido cálculo.

—Una hora al menos, pero confirmamos —dijo, dando la orden al controlador.

—Perfecto. Que se sitúe donde se vea más cómodo para seguirlos sin que lo puedan ver. Y nosotros vamos haciendo lo mismo. Por la popa, siempre.

—Enterado, comandante. Aunque, por la popa, nos será más difícil cogerlo con el sonar. Puede que nuestro propio ruido lo enmascare.

—Podemos plantearnos ir en eléctrico, aunque tengamos que poner los cuatro generadores en carga para mantener su velocidad —contestó Pablo—. Y, en cualquier caso, vamos a ir haciendo bordos a una y otra banda, para tenerlo en las amuras. Pero siempre a popa de su través, para que no nos vea.

—Enterado.

El ángulo desde el que veían el narcosubmarino por la cámara del helicóptero cambió progresivamente, hasta situarse por la popa, y el Albatros comenzó una caída pronunciada a estribor.

Habían pasado varios días desde que salieran de Cabo Verde siguiendo a su particular presa y el Albatros estaba asentado en una rutina intensa, pero repetitiva. La pericia de los sonaristas y las grabaciones obtenidas les permitían seguir el contacto a mayor distancia y el patrullero se dejó caer por detrás del horizonte del

narcosubmarino, que por suerte era muy reducido por su bajísima estructura.

—Veinte grados de caña a estribor —mandó Manolo, que llevaba la voz en el puente.

Pablo miró de reojo al cartagenero y no pudo evitar media sonrisa. El orondo y veterano marino de puente no sacaba las manos de los bolsillos ni por equivocación.

El Albatros llevaba unas horas realizando uno de los tramos a babor del narcosubmarino, dejando que el CAPTAS, que arrastraba varios cientos de yardas por la popa, siguiera a los traficantes por la banda de estribor del patrullero. Con el nuevo rumbo, el Albatros cortaría la popa del narcosubmarino y lo dejaría por su banda de babor. También iba a ser el rumbo para recuperar al helicóptero.

Manolo miró el indicador de viento relativo y, sin necesidad de comprobar las tablas, tras cientos de tomas con el Bell 412, comunicó a la pequeña torre del Albatros que estaban a rumbo y velocidad para recuperar al helicóptero.

—Torre, recibido. Helicóptero en largo final; cuatro millas.

Pablo, aunque se fiaba plenamente de sus oficiales, no pudo evitar comprobar la pantalla que tenía encima de su sillón y ver que, efectivamente, el viento y el balance y la cabezada estaban dentro de parámetros. Tampoco es que Joseba fuese a tener problemas para aterrizar en condiciones algo más duras, pero no había necesidad de tentar a la suerte.

Consciente de que Manolo tenía la situación más que controlada, Pablo se levantó del sillón del comandante y se metió en el CIC.

—¿Cómo va la cosa?

—Tranquila —respondió Gabi—. Lo hemos perdido un momento con la caída, pero el remolque ya se ha estabilizado y Junio lo vuelve a tener.

—Debemos estar sacando una auténtica biblioteca de grabaciones.

—Nunca está de más —opinó Gabi—. Una cosa es el análisis en vivo y otra es lo que pueden hacer después, con más tranquilidad, reproduciendo las partes que más les interesan, intentando encontrar nuevos datos de interés. Ya se han organizado para ir

revisando grabaciones en el tránsito de vuelta.

—Muy bien.

—¿Sabes lo que echo de menos? —preguntó Gabi.

—Dime.

—Un equipo de guerra electrónica de comunicaciones. Estos tíos tienen que estar comunicándose con alguien, pero sin saber en qué frecuencia, es imposible escucharlos.

—¿No usarán teléfonos satélite?

—Eso es muy caro y, seguramente, se les pueda localizar. No se arriesgarán. Además, no lo necesitan. Tendrán acordadas unas pocas frecuencias y, seguro, algunas palabras clave. No se les pasará por la cabeza que alguien pueda encontrar esa frecuencia.

—Bueno, podemos intentar con las más habituales.

—Ya lo he hecho —dijo Gabi—. Pero es muy difícil; seguramente solo transmitirán mensajes cortos, una o dos veces al día. Si no sabemos por dónde hablan y a qué hora, es imposible cogerlos. Por eso lo del equipo COMESM...

—¿Y no encontramos nada en el narcosubmarino que cogimos? Una lista o un código o algo.

—No, pero eso no quiere decir nada. Puede ser tan sencillo como que lo hayan memorizado o puede estar apuntado o escondido en algún sitio que no vimos.

—Podemos pedirles a los de Cabo Verde que lo registren a conciencia.

—Me imagino que ya lo estarán haciendo —manifestó Gabi—. Pero yo no tendría muchas esperanzas; sabiendo lo bien organizados que están, seguro que lo tienen bien escondido o lo destruyen cuando los van a coger. Es más, tienen que saber que hemos cogido un narcosubmarino. Me apuesto lo que quieras a que han cambiado el código y las frecuencias que usaban.

Walter le estaba cambiando unos filtros al motor del Eta 1 cuando sonó el teléfono. Acercándose a la sala debajo del pequeño puente del narcosubmarino, para asegurarse de tener cobertura, cogió la llamada.

—Jefe.

—Dime, Cheddi.

—Me han llamado de Cabo Verde. Hace días que no ven al Albatros.

—¿Cómo?

—El patrullero. No está por el archipiélago ni ha entrado en puerto ni se ha acercado a la costa de ninguna isla. Al principio, pensaron que sería casualidad, pero han llegado a salir con algunos pesqueros para ver si lo encontraban, y nada.

Walter se paró a pensar un momento. ¿Qué quería decir aquello?

—¿Sus fuentes no saben nada? —preguntó.

—Nada —contestó Cheddi—. Sus informadores dicen que no se ha emitido ninguna instrucción especial para el patrullero. Al parecer, en Cabo Verde piensan que sigue con sus patrullas habituales.

—Vale, Cheddi; gracias por llamar.

Walter colgó y se quedó pensando, con la mirada puesta en la pizarra en la que pintaba la posición de sus embarcaciones; una estaba a punto de llegar a Cabo Verde; otra había salido hacía poco, y una tercera estaba de vuelta, con la llegada prevista en un par de días.

—¡David!

—Dime, jefe.

—Cuando Johnny nos llamó desde Cabo Verde, dijo que le parecía haber visto un helicóptero de noche, ¿no?

—Sí, pero dijo que solo fue unos segundos y no estaba nada seguro. Probablemente, se lo imaginó. Desde que les dijiste a los chavales que estuvieran atentos por si veían un helicóptero, están como locos buscando sombras en el cielo. Tú mismo dijiste que sería casi imposible percibirlo de noche, sin confundirlo con un avión que fuese mucho más alto o, incluso, un satélite.

—¿No te parece mucha casualidad que Johnny crea ver un helicóptero, no sepa nada más y, más o menos desde ese momento, no se vuelva a ver al Albatros?

—¿No se ha vuelto a ver el Albatros?

Walter negó con la cabeza.

—Me acaba de llamar Cheddi; se lo han dicho los de Cabo Verde.

—¿Qué estás pensando?

Walter volvió a enfocar los ojos y miró al Eta 1 mientras se mesaba la perilla blanca.

—En que nos vamos a dar un paseo.

El Albatros navegaba ya en las proximidades del continente americano. El narcosubmarino al que seguían continuaba su travesía hacia, todo parecía confirmar, Guyana. Era de noche y Pablo estaba en su camarote, dándole vueltas a la insinuación de Paco de que ya iba siendo hora de cogerlos, y cada vez más convencido de que no merecía la pena. Era mucho más valioso averiguar, exactamente, a dónde iban los narcos. Con esa información, estaba seguro de que Reyes y Kormoran podrían lograr algo; incluso, obtener permisos para que el Albatros tomara acción en la zona.

Sonó el teléfono.

—Comandante.

—Soy Gabi. Deberías subir a ver esto.

—Voy.

Pablo salió de su cámara, recorrió el pasillo de oficiales y subió la escala.

—Dime —saludó a su segundo.

Gabi se limitó a señalar a la consola del CAPTAS, donde Junio pegaba los ojos a la pantalla como el que intenta meterse dentro.

—¿Qué hay, Junio?

—*¡Comandante!* —dijo Junio, con su particular pronunciación italiana—. Tenemos un nuevo contacto sonar —declaró, señalando una línea en la pantalla.

Pablo, ya habituado al equipo, supo discernir que estaba usando el modo que presentaba la frecuencia en el eje de ordenadas y el tiempo en el de abscisas, una configuración que usaban más para el análisis que para la detección.

—Hace un rato cogimos un nuevo contacto —explicó el italiano, moviendo la pantalla hasta que aparecieron unas manchas que no

parecían estar ahí anteriormente—. Si se fija, esto parece un motor y esto una hélice.

—Pero eso se parece mucho a...

—¡Sí! A nuestro amigo. Muy bien, *comandante* —sonrió Junio—. Estuvimos siguiéndolo un rato y, cuando estábamos más o menos seguros, avisamos al puente. No veían nada, así que seguimos investigando. Lo curioso fue que comenzó a moverse hacia nosotros, más o menos, aquí —señaló— y aquí...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pablo, viendo cómo la mancha que representaba el ruido del motor desaparecía.

—¿Lo ve, no? El motor se ha parado; pero, sin embargo, la hélice sigue girando, aunque más despacio —señaló Junio.

—¿Eso qué significa? —preguntó Pablo, intentando entender algo que sabía que se salía de su área de experiencia.

—Significa que esto, sea lo que sea, se estaba moviendo usando un motor, pero ahora se sigue moviendo... por otros medios.

—¿Qué otros medios?

—Teniendo en cuenta que no parece que haga ruido —dijo Junio—, yo diría que por baterías.

—¡¿Baterías?! ¿Cómo un submarino?

El italiano asintió.

—Pero eso no es todo —dijo, volviendo a llevar la presentación hacia atrás—. ¿Ve esto?

Pablo asintió.

—Así, sin más, es difícil de decir, pero escuchándolo y teniendo un poco de experiencia, le puedo decir que parecen los ruidos que hace un cuerpo de metal cuando atraviesa las olas.

—Que desaparecen, más o menos, al mismo tiempo que el ruido del motor... —musitó Pablo, mirando la pantalla—. ¡Joder! ¿Gabi?

—Todo parece indicar que tenemos algún tipo de submarino, posiblemente muy parecido a los semisumergibles que hemos visto, acercándose por el través de estribor.

—Me cago en... —dijo Pablo, llevándose la mano al lóbulo de la oreja.

El marino fue al puente, buscando algo de tranquilidad y, viendo que Gabi le seguía, abrió la escotilla que daba al alerón de estribor y

salió fuera. Incapaz de resistir su instinto, Pablo escudriñó la noche, en la demora en la que sabía que se podía encontrar la mayor amenaza a la que se había enfrentado el Albatros.

—¿Tú qué piensas? —preguntó Pablo.

—Quizás nos estemos precipitando —propuso Gabi.

—¿Precipitando? ¿Has visto lo mismo que yo?

—Sí, pero...

—Si nos fiamos de nuestro sonar y nuestros sonaristas — interrumpió Pablo—, está bastante claro.

—¿Y qué piensas hacer, comandante?

—No tenemos muchas opciones, Gabi. Ya sabes lo que pienso sobre poner el barco en peligro. Un submarino, que parece hermanado con nuestra presa, nos está esperando y se acerca a nosotros en cuanto pasamos a su lado; es muy sospechoso. Además, está haciendo un rumbo perpendicular al que tendría que poner para ir o volver de Cabo Verde. No es casualidad; viene a por nosotros.

—Si conseguimos cogerlo podríamos demostrar...

—¡¿Cogerlo?! Gabi, nos vamos de aquí. Estos tíos ya han tirado un torpedo desde una maldita lancha semisumergible. ¿Crees que no los tendrán en un verdadero submarino?

—La que cogimos no llevaba torpedos —recalcó Gabi—. No creo que debamos asumir que todas lo hacen; quizás, fue una cosa puntual, para mandar un mensaje hundiendo el Guardiño.

—Es cierto —admitió Pablo—. Pero estamos hablando de la seguridad del barco y de nuestra gente; tenemos que ponernos en lo peor.

Pablo abrió la puerta de acceso al puente.

—¡Marcos! Invierte por babor y máxima velocidad. Cuidado con el sonar.

—Eh... enterado, comandante. ¿Nuevo rumbo o destino?

—Por ahora, como si volviéramos a Cabo Verde. En esa dirección de avance, haz cambios de rumbo y velocidad cada cinco minutos o menos.

Pablo agradeció que el joven marino no cuestionara sus órdenes ni pidiera explicaciones; no tenía ninguna gana de darlas.

El comandante del Albatros se volvió a meter en el CIC y se acercó a la consola del sonar. Tras esperar que el patrullero se asentara en su nuevo rumbo, preguntó:

—¿Algo?

—Hay que esperar a que se estabilice el remolque, *comandante*.

Pablo gruñó.

—¿Y ahora? —preguntó un par de minutos después.

—Sigue donde tendría que estar —indicó Junio—. Necesitaré un par de minutos más para volver a hacer los cálculos, pero yo diría que mantiene rumbo y velocidad. Recuerde que los cálculos TMA, aun hechos por la consola, son estimados; tienen pequeños errores.

—Vale. Quiero saber cuándo cambia o vuelve a superficie.

—Muy bien.

—¡Comandante! —exclamó Gabi, que se había vuelto a sentar en su consola y jugueteaba con la traza del contacto submarino y la del Albatros—. ¿Y el helicóptero? Podemos mandarlo a intentar coger a este tío.

—Esta mañana ha entrado en mantenimientos, ¿recuerdas? Joseba lleva pidiéndolo un tiempo y le prometimos que, al acercarnos a costa, dejaríamos de sacarlo y podría meterle mano.

—¡Joder! ¡Qué puntería!

—De todas formas, Gabi, desde el helicóptero no iban a ver nada.

—Podríamos guiarlo desde aquí y que estrenase esas bombetas tan chulas que nos trajeron.

—Puede —admitió Pablo—. Pero seguiría sin estar tranquilo; está claro que esto no ha sido casualidad. Nos estaban esperando y eso me hace pensar que saben más que nosotros. En esa situación, no me sentiría cómodo permaneciendo por la zona. Quién sabe si nos tienen más sorpresas preparadas.

—Comandante, tarde o temprano vamos a tener que correr riesgos...

—Solo cuando sea absolutamente necesario o cuando las potenciales ventajas superen los riesgos.

—Al final, no vamos a saber de dónde salen los narcos —insistió Gabi—. Todo este viaje habrá sido para nada.

—Tenemos una idea bastante clara —contestó Pablo—, sobre

todo, cuando confirma lo que el tripulante de la otra le dijo a Paco.

Walter se impulsó con las manos apoyadas en los bordes de la escotilla y se puso de pie en la cubierta del Eta 1. A su alrededor, sus hombres comprobaban que el submarino había quedado bien asentado sobre el remolque semihundido en la playa.

—Me ha molado esta salida —dijo David, que acababa de seguir los pasos de su jefe—. Parece que asustamos a esos impertinentes del Albatros.

—Puede ser —dijo Walter—, pero no va a ser suficiente.

—¿Qué quieres decir, jefe?

—He estado dándole muchas vueltas. No podemos arriesgarnos a seguir llevando las Épsilon a Cabo Verde. No con ese patrullero esperándonos. Ya ha demostrado que es capaz de cogernos y esta vez han dejado claro que pueden hacerlo sin que lo sepamos y seguirnos hasta aquí. Eso es muy, muy peligroso.

—¿Y qué pretendes hacer?

—No estoy seguro —respondió Walter—. Todavía tengo que hacerle unos retoques a este; no puedo perder dos semanas yendo y volviendo a Cabo Verde.

—Sabes que puedo ir yo.

—Sí, lo sé. Pero no es solo eso. En esta salida me he dado cuenta de que, para enfrentarnos a un barco con esas capacidades, nos va a hacer falta algo más.

—¿A qué te refieres?

—No puede ser que nos detecten ellos a nosotros antes que nosotros a ellos y es un peligro navegar con el periscopio por encima de la superficie para poder verlos.

—¿Y qué pretendes hacer?

Walter no contestó. Parecía que iba a tener que rescatar uno de los pequeños proyectos que había abandonado. Cuando empezó a construir sus propios narcosubmarinos, se dejó llevar por el entusiasmo y diseñó e, incluso, llegó a construir prototipos de muchos sistemas que, posteriormente, se dio cuenta que eran innecesarios. La eficiencia del negocio descansaba en que dedicase

su tiempo y esfuerzo a aquellas cosas que le permitían llevar más carga o hacerlo con más seguridad, no a sus caprichos de aficionado. Pero parecía que uno de sus caprichos se iba a convertir en una herramienta esencial para derrotar al Albatros.

—Tenemos que deshacernos de ese maldito patrullero —dijo Walter, saliendo de su ensimismamiento—. No sé exactamente cómo, pero tenemos que pensarlo con tranquilidad. Yo tengo que quedarme aquí; tengo demasiadas cosas pendientes: el Eta 2, adaptar todos los Épsilon para que puedan llevar torpedos y alguna idea nueva... Tú disfruta de Joanne y Junior lo que puedas; en unos días te aviso.

—Lo que tú digas, jefe.

—Dígame.

—Pablo, soy Reyes.

—Dígame, señor Reyes.

—El otro día me reuní con la junta de Kormoran y les llevé tu último informe. Me temo que no están muy contentos.

—¿Por algo en particular? —preguntó Pablo, intentando no perder la paciencia tan pronto.

—Tus instrucciones y tu misión están claras —contestó Reyes—: proteger las costas de Cabo Verde. No se te ha perdido nada al otro lado del Atlántico.

—Señor Reyes, al otro lado del Atlántico se nos ha perdido, precisamente, lo que amenaza las costas de Cabo Verde.

—Puede ser, pero allí no tenemos ningún tipo de jurisdicción. Recuerda que trabajamos para los caboverdianos y que lo hacemos con el visto bueno de España y Francia, entre otros. Si dejamos de ceñirnos a nuestra misión concreta, el endeble entramado sobre el que se soporta esta empresa puede venirse abajo.

—¿Me está diciendo que no podemos volver a acercarnos a Guyana?

—No puedes volver a alejarte de Cabo Verde. Y, mucho menos, dejar escapar un narcosubmarino.

—¡lba vacío! —protestó Pablo, dando gracias por no haber

admitido que lo detectaron antes de entrar en Cabo Verde—. Me pareció mucho más interesante averiguar de dónde salían que coger a dos marineros y una embarcación vacía.

—Entiendo tu razonamiento —admitió Reyes—. Pero piensa que aquí hay mucho más en juego. Cabo Verde necesita demostrar a su población que está haciendo algo contra la amenaza de la droga; y al resto de la comunidad internacional. Mientras tanto, Francia y España precisan saber que la tecnología que han cedido para esto está dando buen resultado.

—O sea, que la opinión pública es más importante que los verdaderos resultados —protestó Pablo.

—¡La opinión pública es lo único que sostiene esta misión! ¡¿No lo ves?! Por supuesto que el objetivo es acabar con los narcos, pero no podemos hacerlo sin el apoyo de los caboverdianos. Y también necesitamos que en Europa vean que estamos haciendo algo bueno.

—Estábamos tan cerca... —murmuró Pablo.

—No te preocupes por eso. Kormoran está presionando para que se abran investigaciones en Guyana —reveló Reyes—. Tenemos el apoyo de algunos pesos pesados y estoy bastante seguro de que podremos averiguar algo.

—¿Cuándo? —resopló Pablo—. Porque entretanto, yo estaré aquí patrullando una zona que es imposible cubrir con un solo barco, mientras espero que cualquiera de estos cabrones me clave un torpedo.

—¿Temes por el barco?

—¡Pues claro que temo por el barco!

—Pero los estáis detectando con el sonar, ¿no?

—Sí, pero eso no quiere decir que no se nos pueda escapar alguno. Además, a medida que pasa el tiempo, me da la impresión de que los traficantes están más preparados. Lo de la trampa que nos tendieron llegando a Guyana...

—Oh, vamos... —protestó Reyes— ni siquiera estamos seguros de que fuera una trampa; pudo ser casualidad.

—¡¿Casualidad?!

—Si hubiese sido una trampa os habría intentado disparar un

torpedo, ¿no?

—Estábamos relativamente lejos —argumentó Pablo—. No sabemos qué alcance tienen, pero es muy posible que hubiera demasiada distancia para que nos disparase. Por eso se estaba acercando.

—Bueno —dijo Reyes—, entonces, está claro que los estás detectando antes de que estén tan cerca que sean peligrosos.

Pablo gruñó.

Walter llevaba dos días poniendo a punto todas las embarcaciones que iba a necesitar. Aunque le había quitado tiempo que preferiría haber invertido en los nuevos desarrollos, sabía que podría dedicarse a las novedades en cuanto enviara a sus hombres a la misión que estaba diseñando.

Delante del guyanés, la pizarra del taller representaba el archipiélago de Cabo Verde y sus aproximaciones por la mar desde poniente. Walter había pintado varios triángulos que representaban a las embarcaciones que llevaba varios días preparando. Entre los triángulos, alguno de los cuales estaban marcados con una línea, destacaba la solitaria figura de un óvalo.

Walter le dio otra vuelta a la disposición, pero sin conocer con certeza la posición del patrullero, había poco más que pudiera hacer. Intentaría dejarle a sus hombres todo lo claro que pudiera las intenciones, pero tendría que fiarse de que fuesen capaces de improvisar en base a cómo se desarrollasen los acontecimientos. Le hubiese encantado estar allí, pero tenía demasiadas cosas pendientes en el taller que solo podía acometer él mismo. Le iba a tocar dejar la responsabilidad en manos de David.

La puerta del taller se abrió y el joven amigo de Walter entró. Pluto se acercó corriendo a babosearle las piernas.

—¡David!

—¡Jefe!

—Tengo una cosilla preparada para ti. Puede que no estemos todo lo listos que tendríamos que estar —admitió Walter—, pero no podemos seguir esperando. Los rusos ya protestaron cuando el

Albatros cogió aquella Épsilon y, con ese maldito patrullero dando vueltas por ahí, no podemos asegurar que no vaya a volver a pasar. Más bien, sabemos que acabará pasando, tarde o temprano. Ha llegado la hora de deshacerse de él.

Walter no añadió que, evidentemente, no había recibido el pago por ese cargamento y las finanzas del negocio estaban resentidas. Llevaba varias semanas sin pasarse por los barrios más pobres. Hacía tiempo que tenía identificadas varias familias que necesitaban desesperadamente su ayuda y no estaba dispuesto a que se quedasen sin sustento porque él no era capaz de seguir llevando la carga con seguridad hasta Cabo Verde.



Capítulo Seis

Harto de estar encerrado en su cámara, Pablo salió al pasillo y se acercó hasta la puerta de Gabi.

—¿Estás liado?

—No mucho; dime.

—Me apetece tomar el aire.

—Voy contigo —respondió Gabi, dejando lo que estaba haciendo en el ordenador.

Pablo recorrió el pasillo hasta la escala y subió a la cubierta del CIC y el puente. Había pensado sentarse en su sillón del puente, pero quería hablar con Gabi sin preocuparse por quien pudiera estar escuchando, así que se dirigió hacia popa y salió a la cubierta, entre las dos Arpecas. De un vistazo rápido, el ojo marinero del gaditano procesó por qué banda les entraba el viento y de dónde venía el sol, y decidió que estarían más cómodos en babor.

—No me canso de estas vistas —dijo Pablo, señalando con la cabeza la isla que desfilaba frente a ellos.

—Son unas islas preciosas —admitió Gabi—. ¿Qué te está torturando, comandante?

Pablo miró a su amigo y supuso que el ceño fruncido y el semblante preocupado le debían haber traicionado. Sonrió.

—Esto —dijo—. Todo. ¿Qué hacemos, Gabi?

—¿A qué te refieres?

—Han pasado ya dos semanas desde que Kormoran nos prohibió

alejarnos de las islas —explicó Pablo— y no hemos logrado nada. No hemos vuelto a coger ningún narcosubmarino. Llevamos quince días aquí, dando vueltas para nada.

—Puede que hayamos logrado amedrentarlos y hayan disminuido la cantidad de embarcaciones que mandan.

—¡Oh, vamos! —protestó Pablo—. A mí no me vengas con esas.

—Está bien —dijo Gabi, levantando las manos—. Yo también creo que hay formas más eficientes de hacer esto. Pero no merece la pena obcecarse con algo que no podemos cambiar.

—No dejo de pensar en cómo podemos intentar coger a esos cabrones, pero estamos atados de pies y manos...

—Yo también he estado dándole vueltas —admitió Gabi—, pero no le veo solución. Vamos a tener que seguir confiando en el sonar y en el helicóptero.

—El otro día, Joseba me dijo que ya ha volado más que todo lo que hizo en el Caribe —sonrió Pablo.

—No me extraña.

—A mí tampoco. Pero me hizo pensar... Si tuviéramos el Blackjack podríamos cubrir una zona mucho más amplia y hacerlo permanentemente.

—Quieres tener más capacidades que una F100 —rio Gabi.

—Por pedir que no quede —se defendió Pablo.

—Está claro, pero tú y yo sabemos que, con el sonar, el contenedor del dron ya no nos cabe en toldilla.

—Sí, lo sé. Pero a lo mejor podríamos operarlo desde tierra...

—No es tan fácil —advirtió Gabi—. Recuerda que hay muchas señales que recibíamos directamente a bordo y eso solo era posible porque la estación de control estaba aquí. Además, tener a los operadores a bordo nos permitía manejarlo directamente; no sé hasta qué punto eso sería posible o práctico si operase desde tierra.

—Sí, también lo he pensado —admitió Pablo—. Y, además, tendríamos que pedírselo a Reyes. Habría que organizarlo todo, volver a contratar a los operadores, encontrar un sitio para montarlo en tierra, obtener permisos... en fin, un cristo. Pero, si todo sigue así, puede que tengamos que recurrir a medidas de ese tipo. Salvo que mi segundo tenga un as bajo la manga —sonrió.

—Me atribuyes la capacidad de darte soluciones mágicas, cuando es algo que nunca he hecho —sostuvo Gabi.

—La esperanza es lo último que se pierde —sonrió Pablo.

—A mí lo que me sigue preocupando es otra cosa —anunció Gabi.

Pablo, que había tenido la mirada perdida en la cercana isla de Santo Antão, se giró para mirar a su amigo.

—Tenemos que pensar qué vamos a hacer cuando demos con ellos —dijo Gabi.

—¿A qué te refieres? —preguntó Pablo, aunque ya se olía por dónde iba su segundo.

—Ya tuvimos un susto la primera vez que intentamos abordar un narcosubmarino. La segunda salió bien, pero tú también piensas que no nos las estamos viendo con un cualquiera. Quien sea que está al otro lado, habrá tomado las medidas oportunas para que no le vuelva a pasar. Me da miedo que estemos poniendo a las embarcaciones y el equipo de Paco en peligro solo con el apoyo del helicóptero.

—La solución no es poner a todo el barco en peligro —proclamó Pablo.

—No lo sé, comandante... —suspiró Gabi—. ¿Y si encontramos uno de esos verdaderos sumergibles?

—Lo haremos subir a superficie con las cargas de profundidad desde el helicóptero.

—Dicho así suena muy fácil...

—¿Pero?

—No lo sé, Pablo. Algo me dice que nunca hemos llevado la iniciativa en estos enfrentamientos. No dejan de sorprendernos y, tarde o temprano, nos vamos a llevar un susto serio.

—¡Comandante! —exclamó Juan, que acababa de abrir la puerta que daba al puente—. Os reclaman en el CIC.

—¿Qué pasa? —preguntó Pablo nada más entrar en el CIC, con Gabi un paso por detrás.

—Comandante —respondió Guillaume—, hace un rato tuvimos una detección sonar que no se relacionaba con ningún contacto de

superficie. Siguiendo sus instrucciones, intentamos comprobar si el análisis espectral en banda estrecha coincide con las grabaciones que tenemos. Cuando todavía estábamos en ello, apareció otro aquí —señaló el francés—. En ese momento, decidimos avisarle, pero ya ha aparecido otro.

—¿Tres?!

—Eso parece.

—¿Estáis seguros?

—Todas las líneas de frecuencia coinciden —respondió Guillaume.

—¿Dónde están? —preguntó Gabi, sentándose en su consola.

El marinero que se sentaba en la consola contigua le señaló las tres trazas y el jefe de Operaciones comenzó a comprobar datos.

—Parece que vienen todos para acá —anunció Gabi.

—Pero todavía están lejos, ¿no? —preguntó Pablo.

—Sí. En el radar no hay nada.

—Guillaume, ¿son contactos de superficie o están sumergidos?

—Los tres tienen un motor diésel funcionando y se intuyen ruidos del casco al chocar con las olas.

—Muy bien —dijo Pablo, mientras intentaba ordenar toda la información—. ¿Dónde está el helicóptero?

—A unas veinte millas —respondió el controlador, sentado en la tercera consola—. Ya lo he mandado hacia el primer contacto. Pero...

—¿Qué?

—No le queda mucho, comandante. Veinte minutos a lo sumo.

—¡Joder!

Pablo miró el reloj. Efectivamente, hacía varias horas que Joseba había salido. La autonomía del Agusta-Bell era magnífica, pero se estaban viendo obligados a usarlo tanto para cubrir la zona de patrulla, que las posibilidades de que no estuviera disponible cuando lo necesitaban eran altas. Pablo era consciente y por eso estuvo hablando con Gabi del dron que el barco embarcó para la misión en San Martín.

—Hay bastante distancia entre los contactos —informó Gabi.

—Lo sé. Pero es la única forma de comprobar qué son, antes de que se acerquen demasiado —dijo Pablo—. Y nos tienen

encerrados. No hay forma de alejarse sin pasar cerca de alguno de ellos.

—Algo me dice que tienen bastante claro que estamos aquí —insinuó Gabi—. Y nosotros vamos a sudar tinta china intentando mantener localizados los tres contactos mientras los actualizamos en el sistema de combate y se los pasamos al helicóptero.

—Tendremos que hacerlo lo mejor que podamos. Para Joseba: que sobrevuele los tres contactos para identificarlos y vuelva. Vamos a intentar repostarlo lo antes posible y volver a sacarlo.

—Arcángel de Albatros, intenciones para usted son proceder a investigar tres nuevos contactos clasificados como posibles narcosubmarinos.

—Recibido —contestó Joseba, al tiempo que miraba el indicador de combustible—. ¿Sabes que tengo poco más de quince minutos, no?

—Albatros, afirmativo. Primer contacto en su radial 330, 20 millas.

—330, 20 —repitió Joseba.

—Lo tengo —dijo el operador de cabina—. Tenemos un contacto radar en esa posición.

—Albatros de Arcángel, tengo un contacto radar en esa posición. Me dirijo hacia allí.

Joseba dejó que Fernando cogiera los palos e intentó estirar la espalda lo que podía. Llevaban más de tres horas en el aire y estaba hecho polvo. El régimen de vuelos estaba siendo infernal y el vasco, aunque jamás lo admitiría, estaba empezando a notarlo. Ya no tenía veinte años, ni treinta ni cuarenta. Además, las condiciones no tenían nada que ver con las caribeñas; ni siquiera con las más habituales en Somalia o Nigeria. Cabo Verde sufría, en ocasiones, las duras condiciones del Atlántico, y los vuelos con mucho viento o baja visibilidad se hacían más cansados, física y psicológicamente.

A Joseba le dolía el culo.

—¡Comandante! ¡Nuevo contacto!

—¡¿Dónde?! —exclamó Pablo.

Guillaume le pasó los datos al marinero del CIC y, en unos segundos, una nueva traza de color rojo apareció en las consolas.

—Joder... —murmuró Pablo.

—Un momento —dijo Gabi—. Este va más despacio, ¿no?

—Eso parece —dijo Guillaume, encogiéndose de hombros— Y...

—Falta una línea de frecuencia —completó Gabi.

—¿Seguimos sin tener contactos radar? —preguntó Pablo.

—Sí. Están muy lejos, pero el helicóptero, al estar más alto, sí que ha cogido, al menos, a uno.

—Vamos a ver si tiene a este también.

Gabi asintió y retransmitió la orden al controlador.

—No. Ahí no tenemos nada —dijo Joseba por la radio, al cabo de unos segundos.

Pablo y Gabi se miraron significativamente.

—Manda a Joseba a ese —ordenó el comandante.

Gabi asintió.

—Arcángel de Albatros: nuevas instrucciones. Proceda a investigar visualmente nuevo contacto en su radial norte, doce millas.

—Norte, doce —contestó Joseba—. ¿Sigues sin ver nada ahí, Arturo? —preguntó por el circuito interno al operador.

—Nada... aunque me ha parecido...

—Tampoco te dejes la vista. Le vamos a pasar por encima en dos minutos. Asómate por la puerta que lo intentaré dejar por tu lado —dijo el piloto, inclinando el cíclico ligeramente a estribor, para poner el morro hacia su nuevo objetivo.

Los minutos pasaron rápido, con Joseba comprobando constantemente los instrumentos y, especialmente, el indicador de combustible.

—Creo que tengo algo —dijo el operador—. Debemos tenerlo justo en el morro.

—¡Ahí! —gritó Fernando.

Joseba lo vio casi al mismo tiempo.

—¡Hostia! ¡¿Qué cojones?!

—¿Es un palo? —preguntó su copiloto, obviamente incómodo por no saber reconocer lo que estaban viendo.

—Eso parece, joder —dijo Joseba—. Pero creo que es mucho más que un palo. ¡Enchúfalo con la cámara! ¡Quiero que lo vean en el barco!

El piloto vasco tiró del cíclico para levantar ligeramente el morro del Bell 412 y reducir la velocidad, mientras se preparaba para dibujar un círculo alrededor de su presa.

—Me cago en la... —balbuceó Pablo, mientras miraba la pantalla.

La imagen de la cámara del helicóptero se reproducía en la tele grande del CIC y todos los presentes la miraban medio boquiabiertos.

—Es un *peri* —confirmó Gabi.

La mente de Pablo volaba intentando analizar la situación.

—Podemos decirle a Joseba que le dispare con la ametralladora para intentar detenerlo —propuso.

—El helicóptero tiene que volverse —objetó Gabi—. Aunque le dé tiempo a detenerlo, en cuanto se vaya, el submarino se volverá a ir para abajo y nosotros estamos demasiado lejos para hacer nada.

—Entonces ¿qué propones?

—Con Joseba no hay duda —argumentó Gabi—: hay que recuperar el *helo* y repostarlo. Nos va a hacer falta. Mientras tanto, vamos a necesitar acercarnos a alguno de estos para poder neutralizarlo.

—¡No, Gabi! Ya te he dicho que no quiero poner el barco en peligro.

—No hay otra opción —protestó el segundo—. No podemos mandar a las embarcaciones para allá sin apoyo. Además, hoy hace algo de mar y abordarlas va a ser un peligro. No veo nada fácil mantenerse en pie encima de una de esas cubiertas, con el oleaje que hay. Y menos, si hacen lo posible por evitarlo, como aquella primera vez.

—Sí que hay otra opción —musitó Pablo, que apenas había escuchado la respuesta de Gabi—. Nos quieren acorralar, pero

todavía están lejos. Podemos mantenernos en movimiento dentro de esta zona, sin acercarnos a ninguna, mientras repostemos al helicóptero.

Gabi suspiró.

—Y entonces ¿qué? ¿A por cuál vamos? ¿Los más cercanos? ¿Los que vayan a costa en islas donde la policía no vaya a llegar a tiempo?

—No. Este —señaló Pablo—. El submarino.

—Se nos van a colar los demás. ¿Eres consciente de que puede que el submarino sea un señuelo?

—Puede ser, pero es lo que hay. Es el más amenazante y, para ellos, tiene que ser el más valioso.

—Está bien —cedió Gabi—. Una última cosa: sabes que las caídas constantes en un espacio tan constreñido van a hacer que el remolque del sonar pase mucho tiempo sin estar estabilizado. Eso va a complicar el mantener todos los contactos.

—Es lo que hay, Gabi. La otra opción es dejar que se nos acerquen y eso no lo podemos permitir. Tú mismo lo has dicho: está claro que vienen a por nosotros.

Colocado a popa de la consola del puente, desde donde podía llegar al CIC en dos pasos, Pablo miraba concentrado la cámara en la que se veía la cubierta de vuelo del barco. Sabía perfectamente que el personal de vuelo se había desvivido por realizar la maniobra de la forma más rápida posible, pero eso no impedía que se lamentase por cada segundo transcurrido desde que recuperaran al Bell 412.

El helicóptero había hecho una de esas tomas al alcance de muy pocos, con Joseba haciéndolo derrapar hasta posarse, tras haberse aproximado por la proa del patrullero a toda velocidad. Con las palas aún girando para disminuir los tiempos, el personal de cubierta le enchufó la manguera de combustible y llevaban bombeando desde entonces. El trasiego se había terminado un minuto antes y los operarios estaban retirando la manguera mientras la torre refrescaba los datos para el lanzamiento.

—¡Comandante!

Pablo se giró y se metió en el CIC.

—Dime.

—¡Tenemos un nuevo contacto! —exclamó Gabi—. ¡Al 235, 3000 yardas!

—¿3000 yardas?! ¡Está casi encima! ¡¿Cómo ha llegado hasta ahí?!

—Tiene que ser el que perdimos aquí —dijo el jefe de Operaciones, señalando un punto en la pantalla—. Con los sucesivos cambios de rumbo, el remolque del sonar no ha estado todo lo estable que debería y hemos tenido muchos problemas para mantener los contactos.

—¡Joder! ¡¡¡Juan!!!

—¡Dime, comandante! —respondió el asturiano desde el puente.

—¡¡¡Quiero a ese helicóptero fuera de mi cubierta de vuelo ya!!!

Juan asintió y se acercó al telefonillo que le permitiría dar instrucciones a la torre de control.

—Gabi, búscame un rumbo que nos aleje de este, sin acercarnos demasiado a los otros.

—Voy.

Pablo volvió al puente y vio en la cámara cómo los operadores de cubierta de vuelo retiraban las trincas que sujetaban al helicóptero a la cubierta. Necesitaba que Joseba se hiciese al aire para poder cambiar el rumbo y cada segundo que pasaba le acercaba más a...

—¡¡¡Torpedo!!! —gritó Gabi—. ¡Torpedo en demora 235!

Cámara: helicóptero saliendo.

Giroscópica: rumbo propio 330.

Esquema mental: torpedo por el través de babor.

—¡Tomo la voz! ¡Toda la caña a estribor! ¡Avante toda babor!
¡Atrás toda estribor!

La caída era más rápida con los dos ejes dando avante, pero también le haría avanzar más y tenía que quitar el barco de la trayectoria del torpedo.

—¡Gabi! ¡¿Qué tienes?!

—gritó asomándose al CIC.

—Hélice pequeña cavitando en demora 240. Acercándose rápido.

—¿Algo más?

—Nada.

Habían dado por hecho que los torpedos de los narcos eran de carrera rectilínea, pero no estaba de más confirmarlo; si el torpedo no emitía señal alguna, era muy posible que no tuviera sistema de guiado.

—Avísame si cambia de rumbo.

Pablo devolvió su atención al puente y vio que la proa del barco ya pasaba por el 010. Un cálculo rápido le dio la demora opuesta a la de lanzamiento: 055.

—Avante toda las dos; gobierna al 060.

El timonel repitió sus órdenes.

—¡Gabi! ¡¿Demora?!

—¡260!

Pablo respiró algo más tranquilo, pero no podía estar seguro.

—¡¿Distancia?!

—¡1000 y cerrando! —gritó Gabi.

Pablo volvió a mirar la giroscópica: 035.

—¡Gabi! ¿Demora?

—¡275!

Pablo corrió hasta el alerón de babor. Pensaba que se había alejado más, pero cuando vio la profunda estela blanca, casi se le para el corazón. Prácticamente en paralelo al Albatros y a unas pocas docenas de yardas, un proyectil submarino adelantó al patrullero por babor.

—Juan, toma la voz.

En dos pasos, se plantó en el CIC.

—¿Mantiene rumbo?

—Parece que sí.

—Nos ha pasado por babor.

Gabi asintió.

—¿Tenemos al narcosubmarino en el radar?

—Sí —respondió Gabi—. Se lo hemos pasado a la dirección de tiro y lo tenemos en su cámara también —dijo, señalando una de sus pantallas, en la que se veía, en un color grisáceo, la silueta de un narcosubmarino semisumergible.

—Está cambiando de rumbo —observó Pablo.

—No creo que tenga muchas más razones para acercarse.

—Me has dicho que lo tienes en DORNA, ¿no?

—Sí.

—¿Con qué tienes municionado el cañón?

—Veinte disparos de alto explosivo.

—¡Juan! ¡Cae al 135! —mandó Pablo.

—¡Enterado, comandante!

—En cuanto lo tengas en sectores, fuego —dijo el comandante del Albatros.

—¿Quieres hundirlo? —preguntó Gabi, muy bajito.

La mirada azul de su segundo rescató a Pablo de las profundidades en las que se había sumergido.

—No —decidió—. Un solo disparo. Si les damos, es perfectamente legítimo, pero les ofreceremos la oportunidad de rendirse. Aunque se parezca al otro, quiero verlo por dentro. Puede darnos información útil sobre los torpedos. ¿El helicóptero va a por el submarino?

—Sí —respondió Gabi.

Pablo dio un paso atrás y dejó hacer al jefe de Operaciones.

—Don Rafael, ha llegado el día que estaba soñando —dijo Gabi, dirigiéndose al suboficial artillero, que estaba sentado en la consola de la dirección de tiro DORNA, en la parte de babor del CIC—. Vamos a hacer fuego al cañón sobre ese cabrón.

—Enterado.

—Asigne DORNA a blanco en demora 245, 3500 yardas.

—DORNA sobre blanco en demora 245, 3500 yardas. Buen seguimiento radárico y optrónico. Distancia láser coincide con radar.

—Recibido. Arranque motores del montaje y asígnelo a DORNA.

—Montaje asignado; línea cañón-blanco 245, tiempo de vuelo cinco segundos.

—Munición arriba.

El suboficial apretó un par de botones.

—Munición en la última etapa de carga.

—Fuego sobre blanco en demora 245: un disparo.

Don Rafael levantó una pequeña tapa protectora y apretó el botón que esta escondía. Un instante después, el ensordecedor ruido del

cañón hizo retumbar el CIC.

—¡Alto el fuego! —ordenó Gabi.

Pablo se concentró en la cámara del DORNA, que seguía enganchada sobre el blanco, mientras contaba mentalmente hasta cinco. Cuando estaba a punto de llegar a seis, una enorme columna de agua llenó la pantalla.

—Largo —dijo Gabi, corroborando lo que Pablo creía haber visto—. El blanco es muy bajito. A pesar de que el cañón estaba frío, se nos ha ido un poco largo el disparo. Es normal; solemos tirar más largo que corto, porque un disparo largo puede darle a la estructura, mientras que uno corto se va al agua.

—En demora ha ido perfecto —observó Pablo.

—Tenemos una instalación artillera que es una maravilla —dijo Gabi—. Tanto el montaje como la dirección de tiro. Y estaba muy cerca.

—Dile a Juan que lo mantenga dentro de sectores, pero que evite ponerse por su proa. Dudo que tengan un segundo torpedo, pero no nos podemos arriesgar. Vamos a darles un minuto a ver si han captado el mensaje.

—Albatros de Arcángel —dijo Joseba por la radio—, me encuentro a dos millas del contacto. Pregunto intenciones.

—¿Lo tiene en visual?

—Negativo, aún no lo vemos, pero creemos tener algo en el radar. ¿Qué queréis que hagamos?

—Tiene que lograr que se detenga y esperar a que podamos mandar a nuestras embarcaciones a abordarlo.

—¡Hostia! ¿Y si se mete para abajo?

—Joseba, soy el comandante. Asegúrate de que le quede claro que no se puede meter para abajo.

—Oído cocina.

El piloto vasco hizo un repaso a los instrumentos y volvió a mirar hacia afuera.

—¡Ahí! —dijo.

—Sí —confirmo Fernando—, yo también lo veo.

Una pequeña estela de espuma blanca destacaba entre las crestas de las olas.

—Sergio —llamó Joseba por el circuito interno.

—A la escucha.

—Nos han ordenado impedir que se sumerja. Si le tiramos con la ametralladora, probablemente, lo primero que haga sea justo eso. ¿Te ves capaz de darle al periscopio?

—¿A alguna parte en concreto? —bromeó el tirador.

—No seas fanfarrón, que te voy a poner tan cerca que vas a poder tirarle con la pistola.

—Intentaré darle a la parte superior, a ver si consigo dañar el visor. Así se darán cuenta de que les estamos disparando. Luego, apunto más abajo e intento agujerear el cilindro para que les entre agua, si se van para abajo.

—Vale; me pondré por su popa para no asustarlos antes de tiempo.

Tras retirar la ametralladora con ayuda del operador de cabina, Sergio se acomodó. Estaba tan acostumbrado a volar en el Bell 412, que se traía una pequeña esterilla sobre la que apoyarse. Tenía que encajar los pies entre los asientos, pero le permitía tumbarse con cierta comodidad. El tirador cogió su Heckler & Koch 417 y apoyó la mejilla sobre la culata, su ojo derecho buscando la alineación que le permitía mirar por el visor. Joseba se iba a acercar bastante y no necesitaría el de gran aumento; las dificultades del disparo que le habían pedido eran el traqueteo del helicóptero y el movimiento difícil de predecir del blanco.

Sergio ya tenía los ajustes hechos para tirar desde el helicóptero; a pesar de la corta distancia, sabía que tenía que corregir ligeramente hacia arriba para compensar el empuje hacia abajo de las palas. Una vez estuvo cómodo, sin retirar la cara, buscó el blanco con su ojo izquierdo y, cuando lo encontró, hizo suaves movimientos en círculo hasta meterlo dentro de la retícula. El tirador relajó la respiración, obligando a su corazón a latir más despacio, mientras observaba el blanco para dilucidar cómo y cuándo se

movía. Sin cambiar la postura, uso la mano izquierda para montar el arma. Su mano derecha descansaba en la empuñadura, con el índice apoyado sobre el guardabarros. El brazo izquierdo lo tenía completamente doblado, de tal forma, que la mano reposaba bajo la culata, sujetando el transmisor de los cascos.

—Estoy listo —dijo, quitando con el pulgar el seguro del fusil.

—Cuando quieras —contestó Joseba.

Inspira. Espira. Y deja que el disparo te sorprenda.

¡Bum!

Agua. El periscopio se había inclinado ligeramente a la derecha y el disparo había fallado.

Sergio no dejó que el fallo le preocupara; concentrándose en la respiración, volvió a hacer puntería, abriendo fuego por segunda vez a la tercera espiración.

¡Blanco!

El tirador veía perfectamente a través del visor el boquete de, aproximadamente, 7,62 mm que el disparo había hecho en el periscopio. Sabía que el agujero de salida, al otro lado, sería algo más grande.

—¡Buen disparo! —dijo Joseba.

—Voy a por la base.

Sergio había hecho ya varios disparos, casi todos ellos haciendo impacto sobre el mástil que sobresalía entre las olas. Joseba lo estaba viendo a través de la cámara del helicóptero y no podía dejar de admirar la habilidad del joven tirador. La única reacción que pudo observar fue que el periscopio se había girado, quizás, intentando buscar el origen de los disparos. Joseba no sabía si le habían visto, pero no le importaba. Estaba pensando en pegar una ráfaga con la ametralladora para terminar de convencerlos, cuando le pareció que el mástil empezaba a sobresalir más del agua.

¡Sí! ¡El morro del submarino empezaba a asomar entre las crestas de las olas.

—Alto el fuego —ordenó Joseba—. Cuando estén en superficie, dispárales un par de veces por la proa, para que entiendan que

queremos que paren, y estate preparado para volarles la cabeza si alguno sale y hace algo raro.

Paco se descolgó por la escala de práctico, deteniéndose un par de peldaños por encima del flotador de la *rhib*, para observar el subir y bajar de la embarcación antes de dejarse caer. Llevaba la Super Vector colgada de una cinta, de tal forma, que le quedaba a la altura del pecho y, para bajar por la escala, la cogía con un mosquetón para que no se moviera. El exgeo liberó el arma y se acercó al patrón de la *rhib*, acomodándose a su lado para el tránsito.

Otros cinco hombres bajaron detrás de Paco, sentándose a ambos lados del flotador. En cuanto estuvieron listos, el proel liberó la amarra que sujetaba la embarcación al Albatros y Jonás, el patrón, la separó hábilmente del costado del patrullero. La *rhib* se fue a reunir con la otra embarcación, que habían echado al agua unos minutos antes.

—Rana 1 y 2 de Albatros, procedan al objetivo en mi amura de babor, 500 yardas.

—Procediendo —contestó Jonás por la radio.

La *rhib* subió velocidad mientras dibujaba una curva que la llevó a pasar por la popa del Albatros y acelerar por la banda de babor de este, en busca de su objetivo. La segunda embarcación les seguía, manteniendo una distancia prudencial.

Paco era consciente de que el bajísimo francobordo del narcosubmarino haría casi imposible verlo antes de estar a unos metros, pero aun así, oteaba el horizonte en busca de una mancha o una sombra entre las crestas que pudiera indicar la presencia del semisumergible. Tenían confirmación del Albatros de que los narcos habían detenido su embarcación, así que Paco contaba con que, al estar parada, hubiese disminuido su estabilidad y las olas la estuviesen haciendo sobresalir del agua más de lo habitual.

—Rana 1 de Albatros, recomiendo caiga diez grados a estribor.

—Rana 1, recibido —contestó Jonás, ajustando ligeramente el rumbo.

Paco se alegraba de estar a punto de coger a la segunda

embarcación de los narcos, pero también sabía que no sería como la primera. Aquella, tras el fracaso del primer intento, la cogieron por sorpresa. Para cuando los narcos se dieron cuenta de que los habían descubierto, Paco y los suyos ya estaban a bordo. En este caso, aunque los traficantes parecían haberse rendido, llevaban varios minutos esperando a que las embarcaciones del Albatros se acercasen, minutos en los que habrían tenido tiempo de sobra para pensar en tretas que les pudieran salvar de ser capturados. Y Paco no se olvidaba de que estos narcos habían demostrado estar dispuestos a causar daño al Albatros y su gente. De hecho, la cara de Pablo al despedirle había sido un poema. El comandante no acostumbraba a mostrar sus emociones y, precisamente por ello, Paco se quedó atónito ante la efusividad con la que le dio permiso para hacer lo necesario en la captura del narcosubmarino.

—Ahí está —dijo Jonás, sin quitar las manos del volante.

Paco alzó la vista y pudo ver, efectivamente, la silueta de un narcosubmarino unas decenas de metros por su proa. Las crestas de las olas hacían que se le viera, por momentos, la parte habitualmente sumergida, dando una idea mucho más certera del tamaño de la embarcación. «Cuatro toneladas de coca», recordó Paco.

—Les voy a dejar cerca del centro —dijo Jonás—. Es donde menos se mueve.

—Muy bien —contestó Paco.

La *rhib* fue perdiendo velocidad, poco a poco, hasta detenerse, golpeando suavemente el casco del narcosubmarino. La mar estaba un poco picada y Paco no quería andar moviendo a los suyos mucho, así que decidió que los que estuvieran sentados en el flotador del lado por el que se abarloaran, serían los encargados de abordar el semisumergible. Sin que mediara una palabra, Jerome, Suso y Dani saltaron al narcosubmarino, agarrándose a los pocos salientes de la cubierta de este para no resbalar. Paco vio a Jerome asomarse por los pequeños ventanucos del puente y enseñar el fusil, indicando con gestos a los tripulantes que debían salir por la escotilla con las manos en alto.

Los tres operadores se situaron alrededor de la pequeña

superestructura y Suso dio dos golpes en la escotilla con la culata. Jonás dejó que la *rhib* se separase un poco, para evitar que ambas embarcaciones golpearan por el vaivén de las olas, pero Paco seguía viendo perfectamente lo que pasaba. En su *rhib*, los hombres que quedaban mantenían las armas en posición de espera, atentos por si ocurría algo en el narcosubmarino, pero evitando apuntar a sus propios compañeros desde una plataforma tan inestable. La otra *rhib*, un poco más alejada, hacía lo mismo. La reacción acordada si los tres que habían saltado se veían sobrepasados, era que se tirasen al agua, dejando el campo de fuego libre para sus compañeros de las *rhibs*. Ya habían comprobado de primera mano que los chalecos salvavidas funcionaban perfectamente, y no tendrían más que esperar a que la embarcación situada más a popa, la encargada de recoger posibles náufragos, se acercase a por ellos.

La escotilla del narcosubmarino se abrió lentamente y un par de manos aparecieron, extendidas hacia arriba. Paco vio a Suso dar dos pasos atrás, sin dejar de encañonar al narco. Cuando estuvo de pie en la cubierta, con Jerome encargándose de la escotilla y Dani de cubrir al narco que había salido, Suso se acercó para cachearlo y Paco indicó a Jonás que se acercara. Unos instantes después, Suso lanzaba al narco hasta la *rhib*, donde los restantes miembros del equipo de Paco lo recibieron a gritos y empujones mientras lo mantenían encañonado y lo volvían a cachear.

En el narcosubmarino, los tres operadores repetían el procedimiento con un segundo tripulante. En ese momento, Paco se acordó del dato más útil que obtuvieron la otra vez.

—¿Habla español? —preguntó a los que quedaban en la *rhib* y estaban vigilando al primer traficante.

—¡No! ¡Nada!

No le sorprendía, pero no estaba de más confirmarlo, y Paco sabía que los pequeños fragmentos de información que los criminales, en ocasiones, revelaban al ser detenidos, eran mucho más difíciles de obtener posteriormente. La sorpresa y los nervios les hacían bajar la guardia y, a menudo, investigaciones enteras se podían llevar a buen término por un desliz de los criminales en el

momento de la detención.

—Cuando nos pasen al segundo, me voy yo para allá —le dijo a Jonás.

—Enterado.

Paco esperó a que la *rhib* volviera a besar el narcosubmarino con el flotador y que Jerome lanzara al segundo narco a los brazos de los hombres que quedaban a bordo de Rana 1. Entonces, puso un pie en el flotador y, midiendo con cuidado el vaivén de la ola, saltó.

Lo calculó bien y no necesitó la mano que le tendió Jerome.

—Vamos a ver qué hay ahí abajo —dijo—, en lugar de seguir mojándonos aquí como pardillos.

—No te vas a creer esto, jefe —resonó la voz de Suso que, evidentemente, había bajado al interior del narcosubmarino.

—¿Qué pasa?!

—Será mejor que bajes y lo veas.

Paco se acercó a la escotilla y, agarrándose a los cercanos tubos de ventilación y exhaustación, se descolgó al interior, con los pies por delante. Lo primero que le sorprendió fue que la embarcación era prácticamente idéntica a la que cogieron la otra vez. Estaban seguros de que los narcosubmarinos se construían de forma artesanal, pero el madrileño, al ver los controles y el asiento exactamente iguales que los de la otra embarcación, empezó a dudarlo. Al llegar a la pequeña sala bajo el puente, tuvo la misma sensación; pequeños detalles hacían posible distinguir un narcosubmarino de otro, pero la mayoría de ellos parecían añadidos por la tripulación, más que parte íntegra del diseño, como la estampita de una virgen clavada sobre la mesa o la balda sobre la que quedaba algo de comida.

Paco fue a inspeccionar el motor. Sus conocimientos de mecánica eran bastante limitados, pero estaba seguro de que le sería un indicativo muy claro de si el narcosubmarino era artesanal o si se estaban enfrentando a algo más serio, pero otra cosa llamó su atención; en la parte de proa, Suso se apoyaba sobre la tabla de madera que separaba la sala de la parte de carga... que estaba completamente vacía.

—¿No lleva nada?!

—Eso he pensado yo. Pero cuando me he acercado... —dijo Suso, iluminando con una linterna.

Paco se acercó y vio que el haz de luz alumbraba unos pequeños bultos.

—¿Qué es eso?

—No lo sé, pero pesan un quintal.

—¡Lastre!

—¿Qué?

—Lastre. Para que la embarcación vaya con el mismo peso que siempre, aunque no lleve carga. La cuestión es: si no lleva carga, ¿qué hace aquí?

—Eso puede ser parte de la razón —dijo Suso, moviendo el haz de luz.

La linterna iluminó un cilindro alargado, al final del cual salía un latiguillo que iba a dar a una botella de gas.

—Los torpedos —murmuró Paco—. Los han mandado hasta aquí solo para enfrentarse a nosotros...

—Eso no es todo, jefe. ¿Te has fijado en que no está centrado?

—¿Qué quieres decir?

—Míralo desde aquí. ¿No te da la impresión de que al lado cabe otro cilindro exactamente igual, de forma simétrica?

—¿Estos se alejan todos, no? —preguntó Pablo en el CIC del Albatros.

—Sí —respondió Gabi—. Ya hemos avisado a las autoridades, pero ya sabes cómo es esto. Es complicado que lleguen a tiempo.

—Bueno. Nosotros no podemos estar en dos sitios a la vez. Ya no son una amenaza; yo me voy a acercar a ver el narcosubmarino, ¿te vienes?

Gabi lo pensó un momento antes de responder.

—Sí, vamos.

Pablo se acercó un instante para darle las instrucciones pertinentes a Juan y, juntos, bajaron la escala hasta la cubierta principal. La gran ventaja de contar con cuatro embarcaciones en lugar de las dos originales era que, en momentos como aquel, en

los que Paco estaba en el agua con casi todo su equipo, todavía tenían otras dos *rhibs* para lo que les hiciera falta. La maniobra de izado y arriado de las embarcaciones de toldilla estaba menos automatizada; pero, pudiéndose hacer con tranquilidad, arriar dos *rhibs* más les daba muchísima capacidad, como ya demostraron en las playas de Somalia o en el Caribe.

La grúa podía aguantar el peso de la *rhib* con hasta cuatro personas, así que, al llegar a toldilla, Pablo se subió a la embarcación de estribor por la pequeña escala metálica que alcanzaba hasta el flotador. Gabi le siguió.

A las órdenes del viejo contramaestre, la *rhib* fue elevada de su estiba por la grúa y arriada hasta el agua. Una vez arrancado el motor, algo que tenían que hacer ya posados, porque necesitaba aspirar agua para refrigerarse, zafaron el gancho de la grúa y esperaron a que los cuatro miembros del equipo de Paco que quedaban bajaran por la escala de práctico. Serían los encargados de asegurar la tripulación del submarino. En cuanto se acomodaron a bordo, largaron las amarras y se separaron del costado del Albatros.

El patrullero se había acercado hasta la posición en la que el helicóptero mantenía cubierto al submarino. Pablo sabía que Paco y su equipo se estaban encargando del semisumergible que había lanzado el torpedo y, aunque también tenía interés en ver este, la curiosidad por conocer un verdadero submarino artesanal era mucho mayor.

A pesar del acercamiento hecho por el Albatros, la posición en la que el Bell 412 había interceptado al submarino estaba relativamente lejos y la *rhib* tardó unos minutos en llegar a las cercanías. Además de las instrucciones que recibía por radio del patrullero, contaba con el helicóptero como guía, que orbitaba una posición fija, como el ave rapaz que acecha una presa. Pablo, de pie al lado del patrón, fue el primero en verlo: un mástil que se alzaba sobre las olas, dibujando amplios movimientos de péndulo, que el gaditano sabía que serían capaces de revolver el estómago de curtidos lobos de mar.

Con los patrones titulares en las otras dos embarcaciones, Pablo

se temía que el marinero que pilotaba la *rhib* tuviera problemas para aproximarse con seguridad, pero enseguida le demostró que estaba equivocado. Juan insistía en que todos sus marineros pudieran pilotar las embarcaciones con soltura, y estaba claro que los constantes ejercicios a los que los sometía daban resultado. La *rhib* besó el costado del submarino con un ligero golpe y tres de los cuatro operadores saltaron a la otra embarcación.

—¡Le avisaremos en cuanto esté asegurado! —gritó el veterano Juan Carlos desde el narcosubmarino.

Pablo asintió y se dispuso a esperar.

Los tres hombres de Paco se acercaron a la escotilla y la golpearon. Esta se abrió y un hombre con la cara picada de viruela y las manos en alto salió a la cubierta. Juan Carlos y los suyos lo cachearon y lo mandaron a la *rhib*, donde el cuarto hombre le obligó, encañonado, a ponerse unas presillas en las muñecas y un chaleco, por si se iba al agua, antes de cachearlo otra vez. Repitieron el procedimiento con otro tripulante y, tras gritar escotilla abajo, se metieron en el interior del submarino.

A Pablo la espera se le hizo eterna, pero no habían pasado ni dos minutos cuando Juan Carlos asomó la cabeza y les hizo una señal para que se acercaran.

—¡Es un bicho curioso, comandante! —gritó—. ¡Tiene algunas cosas que no vi en el otro!

Pablo indicó al marinero que acercara la *rhib* y, apoyando un pie en el flotador, saltó al submarino. La cubierta estaba resbaladiza y tuvo que agarrarse a un saliente para no irse al agua. Gabi saltó detrás de él y Pablo le tendió una mano para ayudarlo a equilibrarse.

—Vamos —dijo.

Los dos marinos se acercaron a la escotilla y la cabeza de Juan Carlos desapareció hacia abajo, dejándoles sitio para bajar. Pablo se asomó y vio que, un metro más abajo, una plataforma permitía descender al interior. Deseando dejar la incómoda cubierta, metió los pies y se dejó caer. Una vez en la plataforma, tuvo que agachar la cabeza para poder ver dónde daba el siguiente paso, que resultó ser un minúsculo escalón que dividía el espacio hasta el suelo en

dos.

Pablo llegó al interior del submarino y, con cuidado de no golpearse la cabeza, miró alrededor. Estaban en una pequeña sala que, evidentemente, hacía las veces de salón, cocina y camarote, además de albergar el minúsculo puente en la plataforma. Una vez que Gabi hubo bajado, pudo mirar con más detenimiento el lugar desde el que se pilotaba aquel ingenio, que le quedaba a la altura de la cabeza. Un asiento descansaba sobre la plataforma y, delante, tenía dos controles fácilmente reconocibles: uno era un volante, que accionaría la pala del timón; el otro era una palanca que transmitiría las órdenes al motor; el tercero era el que Pablo no era capaz de situar.

—Debe ser para los planos horizontales —dijo Gabi, que parecía haberse fijado en lo que miraba Pablo—. Se veían en el casco cuando las olas levantaban la proa o la popa.

—Para subir y bajar —musitó Pablo.

—Sí. Los submarinos de verdad también usan tanques de lastre, pero no sé si este será tan sofisticado.

Los dos marinos se giraron para mirar hacia popa, donde una tabla de madera escondía lo que debía ser el motor. Gabi se acercó y la echó a un lado, revelando, efectivamente, la máquina del narcosubmarino. Juan Carlos iluminó con una linterna para que pudieran ver con claridad.

—No tiene mástil de esnórquel —observó Gabi.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puede usar los motores en inmersión. Incluso cuando está en cota periscópica, tiene que usar las baterías, porque no tiene forma de ventilar el motor.

—Eso los debe limitar bastante —pensó Pablo.

—Sí, pero evidentemente, otro mástil es una complicación. Está claro que no están muy cómodos con ellos, porque el que tienen no es retráctil. Eso les limitará la velocidad y me imagino que será lo más difícil de construir.

Gabi se giró, dirigiéndose a la proa, y Pablo fue detrás de él.

—Esto creo que les va a sorprender —anunció Juan Carlos.

Pablo sabía que los narcosubmarinos llevaban la carga en la proa

y esperaba encontrarse con fardos y fardos de cocaína, pero, al retirar la plancha de madera que separaba la sala de la parte delantera, encontró un enorme espacio vacío... o casi.

—¿Qué es esto? —preguntó, agachándose a coger uno de los pequeños bultos que ocupaban el suelo—. ¡Cómo pesa!

—Va vacío —dijo Gabi—. Necesitará...

—Lastre —remató Pablo—. Muy ingenioso. Sin él, serían incapaces de trimarlo; iría siempre con la popa más hundida.

—Y sobresaldría en superficie —añadió Gabi.

Pablo siguió andando hacia proa, agachando cada vez más la cabeza para no golpearse con el techo.

—Tenga esto, comandante —dijo Juan Carlos, pasándole una linterna.

Pablo apuntó con ella hacia la afilada proa del submarino, esperando encontrar la causa de todos sus miedos y encontrando...

—Nada.

—¿Qué? —preguntó Gabi.

—No hay nada. No lleva torpedos.

—¿No lleva?

—No.

—Pero, ¿entonces...?

—¿Qué hacía aquí? —terminó la pregunta Pablo—. Si no lleva carga ni torpedos, ¿para qué lo han traído hasta aquí?

—Podemos interrogar a los tripulantes —ofreció Gabi.

—Sabes que los caboverdianos no quieren que hablemos con ellos. Bastante les duele que estemos aquí haciendo su trabajo; no quieren que les pisemos la parte policial y judicial.

Gabi se calló durante unos instantes, en uno de esos silencios tan característicos suyos, que Pablo sabía que solían dar lugar a buenas reflexiones.

—Bueno. Que no lleve torpedos es un dato importante —dijo.

—¿En qué sentido?

—Es posible que no tengan torpedos para todos los narcosubmarinos. O que no hayan sido capaces de instalárselos a los plenamente sumergibles.

—Da igual, Gabi. Es evidente que tienen la capacidad; hoy mismo

nos han tirado uno. Cada vez que nos los encontremos, tendremos que asumir que pueden llevar torpedos. A efectos prácticos, es lo mismo.

—No exactamente; es un indicio de que, quizás, no tengan tanta capacidad como les atribuíamos.

—Yo lo único que tengo claro es que no hemos cogido a quien teníamos que coger. Si este no lleva carga ni torpedos y el otro que hemos parado es el que sí llevaba torpedos, me juego lo que quieras a que todos los que se han colado iban hasta arriba de droga.



Capítulo Siete

Walter acababa de bajarse de la camioneta y estaba abriendo la puerta del taller cuando le sonó el teléfono.

—Dime, Cheddi.

—Han llamado los rusos.

Walter intentaba disociarse, en lo posible, de todo aquello que pudiera ponerlo en peligro. Añadir a Cheddi como cortafuegos entre él y los rusos no era más que una de las muchas medidas de seguridad que tenía implantadas a ese efecto. Solo para cuestiones absolutamente esenciales trataba directamente con los narcotraficantes, a uno y otro lado de la cadena de suministro que él unía.

—¡Cuéntame!

—Los tres cargamentos han llegado bien. Dicen que el pago se hará de la forma habitual.

«¡Menos mal!», pensó Walter. No me puedo permitir más fallos.

—Pero...

—Pero ¿qué?

—El Albatros ha cogido al Eta 1 y a la Épsilon 2.

—¿A los dos?!

—Sí...

—¡Joder!

Walter intentó calmarse.

—¿Sabemos si han cogido a las tripulaciones?

—No hemos podido confirmarlo, pero todo parece indicar que sí.

—¡Me cago en la puta!

—Sigo indagando. Te aviso en cuanto sepa algo.

Walter colgó el teléfono y tuvo que esforzarse para no lanzarlo contra la pared del taller. Otros cuatro hombres detenidos. Las posibilidades de que alguno hablara aumentaban. Walter creía tenerlos bien amedrentados, pero nunca se sabía. La amenaza que recaía sobre sus familias les haría pensárselo, pero no podía estar seguro de que alguno decidiera rehacer su vida en Europa, como testigo protegido.

«¡Maldita sea!»

Intentaba que sus hombres supieran lo menos posible, pero era inevitable que conocieran algunas cosas; sobre todo, cuando los empleaba en repetidas ocasiones. La gran ventaja era que contaba con tripulaciones expertas, pero siempre supo que corría el riesgo de que, si cogían a alguno, tuviera más información con la que traicionarle. Tendría que visitar a algunas familias esa tarde, para asegurarse de que no se iban a ningún lado. Y eso le recordó que tenía pensado ir a ver a Junior...

«Joder. David. A ver cómo se lo digo a Joanne...»

Tras ajustar los retrovisores y abrir un poco de gas en punto muerto para deleitarse con el ronroneo del motor, Pablo pisó la palanca de cambios y se incorporó al tráfico, siguiendo las indicaciones que le acababan de dar.

En todo San Vicente, solo una empresa alquilaba motos, y a Pablo le costó bastante dar con ella. El Albatros había entrado en puerto para entregar los dos narcosubmarinos que acababa de coger y decidió aprovechar para hacer víveres y combustible. Y para darle un pequeño, pero muy merecido, descanso a la dotación. Pablo sabía que no podía estar seguro de que los narcos no estuviesen mandando más embarcaciones, pero la lógica decía que, tras el esfuerzo de mandar cinco simultáneas, habría unos días de relativa tranquilidad, y decidió que su dotación los necesitaba.

El gaditano frenó en un semáforo y vio la incorporación de la que

le había hablado el de la tienda de alquiler. São Vicente no era una isla muy grande y apenas tenía carreteras de entidad entre Mindelo y los pequeños pueblos que salpicaban su geografía. La más importante unía la capital, que estaba en el norte, con Calhau, en la costa este; y, llegando hasta Salamansa, en el noreste, volvía a curvarse hacia Mindelo, para cerrar el circuito. Pablo salió del semáforo delante de la cola de coches y abrió un poco de gas para ver cómo respondía su montura.

A él también le iban a venir bien un par de días de desconexión, aunque era consciente de que difícilmente sería capaz de quitarse la misión de la cabeza. Si bien haber cogido dos narcosubmarinos en un solo día podía considerarse un triunfo, que otros tres se hubiesen escapado le dejaba un sabor amargo que no era capaz de quitarse. Además, los dos que habían cogido iban completamente vacíos, con lo que su captura apenas aportaba valor para los caboverdianos y, Pablo tenía que admitir, para Kormoran. Por muy novedosos que resultaran, los narcosubmarinos no eran más que embarcaciones, y los datos que realmente llamaban la atención eran los que tenían la palabra «cocaína» precedida de un número en toneladas. Y ese número seguía siendo el mismo desde la captura del primer semisumergible.

Siguiendo la ribera del río, Pablo dejó atrás el campus universitario y, a medida que salía de la zona residencial, fue dándole rienda suelta a la moto, que respondía con suavidad y fuerza. Las opciones habían sido bastante limitadas; una vez descartadas las motos de campo, a la empresa de alquiler solo le quedaban dos modelos: una veterana Honda CBR de 600 y una Ducati Monster, algo más nueva. Pablo se decidió por la Monster, consciente de que en las pequeñas carreteras insulares no podría exprimir la CBR, y que la Ducati era mucho más ligera y maniobrable. La montura italiana, pintada en el característico rojo escarlata de la marca, era preciosa, aunque bastante más pequeña que las motos alemanas a las que Pablo estaba acostumbrado. Pero tenía que admitir que se comportaba como una jabata, rugiendo con gusto cada vez que la carretera le dejaba abrir gas y clavándose tanto cuando apretaba el freno, que en el primer STOP se dio un pequeño susto.

Con la carretera más vacía, Pablo pudo dejar a su mente divagar por los eventos de los últimos días mientras su cuerpo, completamente automatizado, se inclinaba a uno y otro lado en las curvas y sus manos y pies subían y bajaban de marcha y apretaban o liberaban el freno.

Tras visitar el submarino y dejar a Juan Carlos y sus hombres haciendo fotos de absolutamente todo, Pablo y Gabi habían ido al encuentro del semisumergible, donde les esperaba Paco. Lo primero que les dijo el madrileño al llegar fue que la embarcación estaba vacía, pero que había algo que creía que debían ver. Los dos marinos bajaron a la bodega del narcosubmarino y se encontraron el inquietante cilindro causante del gran susto de ese día. A Pablo todavía se le ponía la piel de gallina al recordar la estela de burbujas que les había pasado por la banda de babor.

Ayudados por un par de linternas que les dejaron los hombres de Paco, los marinos observaron con detenimiento el artilugio, conscientes de que, una vez cayera en manos del gobierno de Cabo Verde, sería mucho más difícil tener acceso a él. El cilindro estaba formado por una única pieza, con lo que enseguida llegaron a la conclusión de que no se podía recargar desde dentro. Además, el narcosubmarino no llevaba proyectiles de respeto. Eso explicaba la posición asimétrica del tubo: todo parecía indicar que, quien fuera que diseñaba aquellas embarcaciones, tenía la idea de montar otro tubo de forma simétrica al primero, permitiendo que cada narcosubmarino portase dos torpedos, minimizando las restricciones de no poder recargar. Prácticamente, lo único que sobresalía del tubo era un latiguillo conectado a una botella de aire comprimido que, por supuesto, estaba vacía. El gas daba el impulso inicial al torpedo para salir del tubo, evitando que la hélice tuviese que girar dentro. Más allá del latiguillo, solo encontraron un tapón amarrado al interior del tubo. Sin duda, el tapón guarecía un orificio en que habría un electrolito que, al contacto con el agua, daba la señal de arranque al torpedo. Gabi estuvo un rato buscando algún cable que pudiera meterle datos al proyectil, aunque admitía que era extremadamente poco probable que fueran tan sofisticados. Al igual que ocurrió en el desarrollo original de los torpedos, el paso

siguiente a los rectilíneos fueron los de carrera programable, que hacían caídas para aumentar las posibilidades de hacer impacto cuando eran disparados contra un convoy o una agrupación. Los torpedos que recibían datos de la unidad lanzadora eran muy posteriores y requerían una electrónica bastante avanzada.

Una vez estuvo satisfecho de que no había ningún tipo de enlace de datos, Gabi registró el compartimento en busca de algo, hasta que Pablo, totalmente perdido, le preguntó. Resultó que el ferrolano estaba buscando el mando para abrir el tubo por el exterior, que debía accionarse antes de dispararlo, permitiendo que el agua entrase. Finalmente, lo encontraron en el suelo, tan cerca de la proa que casi no se podía acceder.

Pablo se dio cuenta de que estaba entrando en un pequeño pueblo y redujo velocidad, mirando hacia los lados por si algún peatón cruzaba de repente. Al ver una pequeña explanada al otro lado de la carretera, puso el indicador y cruzó el carril contrario. Sacando la pata con el pie izquierdo, dejó que la moto se apoyara sobre esta y descabalgó, acercándose al mirador. A sus pies se abría la bahía de Porto Grande, con el puerto de Mindelo y, el gris del casco reflejando los rayos del sol, el Albatros.

Ver a su barco descansar en la dársena del puerto mientras recordaba los eventos de los últimos días, no hizo más que resaltar el enorme peligro en el que seguía estando. Si acaso, tenía la impresión de que la situación había empeorado. Los narcos estaban demostrando no solo una gran capacidad en cuanto al número de embarcaciones que podían poner en el agua, sino una coordinación digna de profesionales y un planeamiento detallado, con tretas como esta última, con la que habían logrado pasar tres cargamentos, a pesar de perder dos embarcaciones por el camino. El tubo asimétrico era la puntilla: si los narcos estaban intentando aumentar su potencia de fuego, era evidente que la situación todavía estaba escalando y podía empeorar considerablemente. Por mucho que Gabi dijera que era significativo que no todos los narcosubmarinos llevaran torpedos, Pablo sabía que con uno podía ser suficiente para causar una desgracia y dejar al Albatros fuera de juego. Ya había sufrido un impacto explosivo en la línea de flotación y no tenía

ninguna intención de repetir la experiencia.

Una sombra sobrevoló a Pablo y, usando la mano como visera, levantó la vista buscando al causante. El gaditano sabía que los albatros habitaban en latitudes australes, muy lejos de Cabo Verde, pero mientras el pájaro descendía en círculos hacia Mindelo y su barco, no pudo evitar relacionarlo con él.

Enfundándose otra vez el casco, Pablo montó la moto y, tras meter primera, giró el puño con el freno pisado para hacer que la rueda trasera patinara sobre los guijarros y la moto pivotara sobre su pie derecho, enfilando de nuevo la carretera.

Walter se descolgó por la escotilla del Eta 2, que aguardaba en el garaje de la playa. Los últimos dos días habían sido frenéticos; pero las noches sin apenas pegar ojo, trabajando en el taller sin parar, no eran nada comparadas con la visita a la familia de David. Cuando Walter lo adoptó a la vuelta de Colombia, se prometió que lo protegería como a un hermano pequeño, y tener que explicarle a la madre de su hijo que lo acababan de detener al otro lado del océano mientras trabajaba para él, era una de las cosas más difíciles que había hecho en los últimos años. El pequeño Junior preguntó por su padre y Walter no supo qué contestar, devolviéndoselo a su madre con los ojos humedecidos.

Al menos, aquello le sirvió como motivación y, prácticamente, no había parado desde entonces. Hacía tiempo que tenía el Eta 2 prácticamente listo; pero aun así, tuvo que echar muchas horas en el taller para terminar de ponerlo a punto. De hecho, el siguiente de la serie, el Eta 3, también estaba casi finalizado. La cuestión era que, para lo que tenía en mente, necesitaba que el submarino estuviese en perfecto estado. Iba a ser, con diferencia, el barco más capaz y completo que había puesto en el agua.

Walter realizó las comprobaciones habituales antes de salir a la mar: máquina, combustible, baterías y, en este caso, en lugar de carga, comprobó que, en el compartimento delantero, los dos tubos estaban donde tenían que estar. Ya se había cerciorado por el exterior de que todo estuviese en su sitio y las tapas de los tubos

parecían encontrarse en buen estado, aunque la verdadera prueba llegaría cuando se sumergiese. El Eta contaba con una pequeña bomba manual para achicar, pero Walter sabía mejor que nadie que no sería suficiente, si la cantidad de agua que embarcaban era elevada. Y, por supuesto, no funcionaba debajo del agua; eso habría sido demasiado complejo, aunque ya estaba pensando en cómo solucionar el problema.

De un vistazo, comprobó que las botellas de aire comprimido no habían perdido presión desde que las cargara y volvió hacia la sala, deteniéndose por un momento a contemplar su último juguete. No podía estar seguro de la utilidad que tendría, pero estaba convencido de que era lo que le faltaba para dar el paso definitivo en la lucha con el Albatros. Aunque las pruebas no podían, por su naturaleza, ser concluyentes, todo parecía indicar que le permitiría estar en igualdad de condiciones con el patrullero. Solo quedaba demostrarlo en las aguas cercanas a Cabo Verde.

De un salto, Walter subió a la plataforma y, con cuidado de no golpearse la cabeza, salió por la escotilla. Justo en ese momento, entraba por la puerta Johnny, uno de los marineros habituales de David. Walter casi siempre navegaba con David, no confiando en nadie más para acompañarle en los viajes más arriesgados, las pruebas de los nuevos modelos o la primera gran travesía de los prototipos. Pero ahora no le quedaba otra y sabía que Johnny había salido con David en varias ocasiones y este hablaba muy bien de él.

—Hola, jefe.

—Buenas. ¿Has traído la comida?

El joven levantó las dos bolsas que Pluto olisqueaba mientras movía la cola.

—El resto está en la *furgo* —dijo.

—Vamos a ir metiéndola —mandó Walter—. El resto estarán aquí enseguida.

Los minutos siguientes los emplearon en subir los víveres hasta el submarino y estibarlos en el interior. Walter se encargó de esto último, comprobando que la fecha de caducidad no estaba próxima y dejando los pocos frescos a mano para consumirlos en los primeros días. Hacía calor, a pesar de que estaba a punto de caer la

noche, y pronto Walter estaba empapado. La temperatura acumulada dentro del submarino provocaba que la cabeza rapada le brillara y por la espalda corrieran ríos de sudor; pero no le importaba; el esfuerzo físico era una buena forma de ahuyentar algunos fantasmas y concentrarse en lo que tenía por delante.

Al poco de acabar, aparecieron los hombres que tenían que ayudarles a echar la embarcación al agua, y Walter repitió los pasos que había hecho ya mil veces. No tuvo necesidad de explicar a nadie lo que tenían que hacer, pues él mismo ejecutaría los planes. Los hombres, liderados por Cheddi, llevaron el remolque hasta el agua y liberaron el submarino. En la orilla, con el agua cubriéndole hasta mitad de las patas, Pluto ladraba, triste. Con un último empujón, la embarcación quedó a flote y Walter, muy suavemente, dio atrás.

Tras darles un susto en la última ocasión que lo habían largado, los sonaristas pasaron un día entero comprobando todo el sistema, con la ayuda de los de máquinas. Pablo bajó a comprobar las primeras pruebas tras la reparación y estaba en toldilla, viendo cómo el cable se enrollaba en su molinillo, sin aparentes problemas. Pero al gaditano le pareció escuchar algo por encima del ruido de la maquinaria y rodeó el contenedor del CAPTAS, para acercarse al costado de babor. Efectivamente, lo que le había parecido escuchar eran los acordes de *May It Be*, de Enya, uno de los clásicos de la banda sonora de *El Señor de los Anillos*. La armónica de Paco tocaba la música con un sentimiento que, a Pablo, le pareció desgarrador y no se atrevió a acercarse hasta que el madrileño dejó morir la última nota en un prolongado y casi agónico final.

Paco estaba sentado en una de las grandes bitas que usaban para amarrar el barco y Pablo se acercó y se sentó en la contigua.

—¡Guau! —dijo—, señalando con la cabeza la armónica.

—¿Estabas escuchando?

—He llegado casi al final, aunque no me hubiese importado escucharla entera.

—Dicen que todos los grandes artistas arrastran un enorme

sufrimiento. Igual estoy a tiempo de ganar pasta tocando la armónica —sonrió Paco, amargamente.

—Yo pagaría.

Pablo miró a Paco y supo que solo podía haber una razón.

—¿Tus hijos? —preguntó.

El madrileño asintió.

—Mi abogada está haciendo lo que puede, pero...

—Ya.

—No he podido ni hablar con ellos.

—Paco, ya te he dicho que tienes permiso para irte a casa cuando te haga falta. Es más, te animo a hacerlo; ya sabes que yo tuve que ir varias veces a Cádiz cuando estábamos en Nigeria.

—No. No quiero hacer ninguna locura y estar allí solo lo va a empeorar.

—¿Estás seguro?

—Sí, Pablo. Pero te lo agradezco.

—Es lo menos que...

—Y, sin embargo, estoy seguro de que muchos de los jefes que he tenido ni se habrían preocupado —le interrumpió Paco.

—Espero que pienses en mí como más que un jefe.

Paco sonrió.

—Claro que sí. Sería mucho menos divertido discutir contigo si no te considerara un amigo.

—¡Menos mal! —rio Pablo—. No quiero ni saber cómo discutes con los demás.

Paco fue a contestar, pero el sistema de megafonía le interrumpió.

«Se requiere la presencia del comandante en el CIC».

—Perdona.

—Voy contigo.

—¿Qué ha pasado?! —preguntó Pablo al entrar en el CIC.

—Tenemos un contacto —dijo Gabi, que estaba sentado en su consola—. Por ahora no se corresponde con ningún contacto de superficie y estamos comprobando que la firma acústica sea la esperada.

—Ya era hora —comentó Pablo.

Hacía dos semanas que habían salido de puerto y, aunque contaba con que la actividad hubiera disminuido, ya llevaba unos días preocupado por si se le estaban colando. La detección de un nuevo narcosubmarino parecía confirmar su teoría de que el esfuerzo de poner cinco embarcaciones simultáneamente en el agua y perder dos de ellas había hecho mella en los narcos, y esta bien podía ser la primera embarcación que mandaban a Cabo Verde desde entonces.

—Vamos a ir alistando el helicóptero —mandó Pablo—. Están lejos y no hay prisa, pero así Joseba puede hacer todo el proceso de arranque con normalidad.

—Yo voy a ir avisando a los míos —dijo Paco, que había entrado en el CIC detrás de Pablo—. Luego subo a que me actualicéis la información. ¿Submarino o semisumergible? —preguntó, ya con una mano en el marco de la puerta.

—Va en superficie —dijo Junio desde la consola del sonar.

—Voy para abajo —dijo Paco.

Pablo estuvo a punto de llamarlo. No sabía hasta qué punto estaba el exgeo en condiciones de liderar el asalto a una embarcación de traficantes; sobre todo, cuando todos contaban con que los narcos siguieran aumentando las apuestas y dificultando la labor del Albatros de cualquier manera que se les ocurriera. Pero Paco había demostrado, desde sus primeras actuaciones en aguas de Somalia, ser un profesional como pocos. Y, pensándolo detenidamente, no se tomaría nada bien que Pablo le planteara, siquiera, dar un paso atrás.

—Gabi, no tiene sentido esperar; prefiero que la gente tenga tiempo para prepararse: zafarrancho de combate.

—Albatros de Arcángel, confirmo identificación visual: es uno de los semisumergibles.

Pablo asintió al escuchar la voz de Joseba por la radio y volvió a comprobar la distancia en la consola de Gabi.

—Que se mantenga bien claro para asegurarse de que no lo

detectan.

—Enterado —respondió Gabi.

Pablo se acercó a la puerta del puente.

—Juan, vamos arriando las *rhibs*.

—Enterado, comandante.

El Albatros había guardado las distancias, manteniendo el contacto sonar mientras se alistaba para lanzar el Bell 412. Pablo seguía sin tener ninguna intención de poner en peligro el barco y lo situó entre el narcosubmarino y las islas, para evitar que este se pudiera escapar, pero sin arriesgarse a entrar dentro de su alcance. Aunque estaba razonablemente seguro de que los narcos aún no sabían de su presencia, prefería no arriesgarse. Una vez más, le tocaría al equipo de Paco darse un paseo en las *rhibs* para aproximarse al narcosubmarino.

—¿No tenemos más contactos? —preguntó Pablo, de vuelta en el CIC.

—No —respondió Gabi.

—Casi daba por hecho que ya no volverían a mandarlas de una en una.

—A lo mejor piensan que es más fácil burlar nuestra vigilancia así —propuso Gabi.

—O no tienen capacidad de mandar tantas embarcaciones otra vez —sugirió Pablo.

—Puede ser. Incluso puede que estén intentando confundirnos o que vayan a seguir haciendo las dos cosas para que no nos relajemos.

—Supongo que para estas cosas son para las que existen los estados mayores —sonrió Pablo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Gabi, levantando la mirada de la consola.

—Me hacía mucha gracia cuando mis hermanos me contaban cosas de los cursos esos en los que hacéis juegos de guerra. Siempre me llamó la atención que le dieran tantas vueltas a las cosas. Me estoy dando cuenta de que tomar la decisión correcta es fácil cuando tienes toda la información.

—No lo sabes tú bien —sonrió Gabi—. Y las fuentes de

inteligencia fiables no existen. Al final, todo se basa en elucubraciones de qué hará el contrario o, en otras palabras, qué harías tú en su situación. En algunos casos, eso puede ser relativamente fácil de dilucidar, pero en otros, es imposible, por la diferencia cultural o doctrinal o por cualquier otra razón, incluyendo las cosas que el contrario sabe pero tú no; o las que el contrario piensa sobre ti o sobre el escenario, que pueden estar equivocadas, pero afectan a su proceso de toma de decisiones.

—Y eso debería afectar a tu proceso de toma de decisiones... si supieras lo que él piensa, claro. Al final es todo...

—Una fumada —remató Gabi—. Y hay que ser consciente de ello; tienes que saber que adherirte sin fisuras a cualquier plan te llevará al fracaso, pero tampoco puedes ir a ningún lado sin un plan, porque fracasarás antes de empezar. Puede parecer una contradicción, pero todos los grandes líderes militares de la historia coinciden en que tanto la planificación como la improvisación son importantes.

—Entonces, volviendo a nuestros amigos...

—Ni idea —rió Gabi.

El giro de la rueda hizo que la señal se escuchara algo mejor y Walter se ajustó los cascos, intentando confirmar que estaba oyendo lo que creía. Al mismo tiempo, hizo otra marca en un diagrama que había ido pintando en un pequeño cuaderno de hojas cuadriculadas. Todavía no estaba todo lo suelto que debería con los cálculos y le costaba determinar con precisión la posición del blanco, pero eso lo solucionaría subiendo a mirar por el periscopio, llegado el momento. En la mesa descansaba un Bearing Rate Computer que, a pesar de su nombre, no era más que un par de láminas transparentes que giraban una encima de la otra y tenían distintas muescas. Introduciendo dos parámetros, que podían ser la velocidad, ley de variación en demora o la distancia al blanco, se obtenía el dato que faltaba.

El Eta 2 navegaba a la velocidad mínima que les permitía mantener la cota. Al solo contar con los timones de buceo para trimar el submarino, necesitaban tener algo de arrancada. Johnny

estaba a los mandos mientras Walter operaba su nuevo juguete. El chaval había demostrado estar a la altura durante el tránsito y la breve parada realizada. La autonomía del Eta 2 solo le permitiría hacer el viaje de ida y vuelta en condiciones idílicas y Walter no tenía ninguna intención de quedarse tirado en medio del Atlántico. Además, pensaba hacer algo más que ir y volver a Cabo Verde.

Para solucionar el potencial problema, solicitó a sus contactos caboverdianos que le dieran combustible en la pequeña Ilha Brava, la más sudoccidental del archipiélago, y una que las embarcaciones de Walter no habían usado nunca antes como lugar de desembarco. Eso le aseguró un repostaje tranquilo que, a su vez, eliminaba las dudas que hubiera tenido en caso de tener que volver hasta Guyana solo con el combustible que le quedaba. La reticencia inicial de los locales se disipó en cuanto desveló cuánto pagaría por el servicio y, así, ahora tenía autonomía de sobra para lo que se proponía.

El guyanés se concentró un momento en el diagrama y volvió a hacer los cálculos, pintando todos los datos en una nueva hoja. Las líneas que se abrían en una especie de abanico, con horas anotadas en los extremos, parecían no tener significado, pero una de las muchas cosas que le había explicado Vasili en Colombia era cómo los submarinos obtenían la posición de sus blancos. Limitados a sensores acústicos pasivos para no delatar su posición transmitiendo con el sonar, los submarinistas se vieron obligados a desarrollar un sistema que les permitiera, a partir de las demoras que les daba el sonar pasivo, obtener también la distancia al blanco. Walter sabía que las marinas del mundo tenían personal dedicado exclusivamente a esa tarea en sus submarinos, y que él nunca alcanzaría ese nivel, pero podía obtener los datos que necesitaba.

Algo parecido pasaba con el sistema de detección. Aunque estaba bastante seguro de haber diseñado, construido y operado el primer sistema no militar de esas características en el mundo, era perfectamente consciente de sus limitaciones. Los sonares modernos eran auténticas obras de arte de la electrónica y estaban muy lejos de su alcance. Pero eso ni le quitaba mérito a lo que el Eta 2 era capaz de hacer ni impedía que cubriese las necesidades de Walter.

La sencilla pantalla y los escasos controles instalados al lado de la mesa de la salita estaban conectados a una serie de transductores piezoeléctricos. La transmisión del sonido en el agua es mucho mejor que en el aire, haciendo que las ondas acústicas que se transmiten en el mar ejerzan una presión mucho mayor, y esta pueda medirse con transductores relativamente sencillos, que transforman las ondas de presión en señales eléctricas. Para lograr determinar la dirección de procedencia de la onda de sonido era necesario usar varios transductores o, más concretamente, varios grupos. Midiendo las diferencias entre las señales recibidas en los distintos receptores, se podía delimitar la demora de la que provenía el sonido. Una vez obtenida esa demora, Walter pintaba una raya en su cuaderno. Unos minutos después, pintaba una raya correspondiente a la nueva demora, y así, sucesivamente. Eliminando el movimiento propio y suponiendo que el blanco mantuviera el rumbo y la velocidad, el resultado de los cálculos era la posición, rumbo y velocidad de aquello que estuviera buscando.

El cálculo volvió a arrojar el mismo resultado y Walter se mesó la perilla. Parecía que el Albatros se había tragado el anzuelo, y a él solo le quedaba esperar a su presa.

Después de un rato sentado en su sillón del puente, Pablo estaba convencido de que iban a coger el segundo alijo de droga. El submarino y el semisumergible de la última ocasión fueron dos triunfos, pero el estar vacíos y que se les hubiesen escapado otras tres embarcaciones los hizo agridulces. Sin embargo, en este caso, que el narcosubmarino que perseguían fuese solo y que llevase rumbo directo a tierra, parecía indicar que estaba más interesado en llevar su carga que en el Albatros. De hecho, todo parecía indicar que los traficantes seguían sin percatarse de la presencia del Albatros, de su helicóptero y de las dos embarcaciones que se dirigían hacia él.

—Rana 2 y Rana 4, pongan rumbo 190 para aproximarse al blanco por la popa —dijo Juan por la radio.

—Rana 2, recibido.

—¿Qué piensas, *Skipper*? —preguntó *Grease* desde su esquina habitual del puente.

—En que no sé para qué quiero un jefe de Máquinas, si pasa más tiempo aquí que con los suyos.

—¡Oh, vamos! ¿Qué harías sin mí? Esto sería tan divertido como un entierro.

Pablo sonrió.

—¿Qué piensas tú de todo esto, *Chief*?

El tejano se encogió de hombros.

—No lo sé. La verdad es que impresiona lo que son capaces de hacer con medios artesanales. Aunque está claro que el dinero lo puede todo. Con lo que ganan en un viaje, se pueden construir decenas de esos trastos.

—Bueno... no creo que todos los beneficios sean para el transportista —contestó Pablo—. Si es verdad que son de Guyana, es muy probable que solo sean un intermediario entre algún cártel y los encargados de distribuir en Europa.

—Puede ser, pero eso que hacen no se aprende de un día para otro; la gente de submarinos está hecha de otra pasta. Yo nunca dejé que se me subieran a las barbas, pero he de admitir que siempre fueron tíos que me impresionaron. Suelen conocer sus barcos mejor que a sus propios hijos.

—¿Qué me quieres decir con todo eso?

—Pues que eso de que sean de Guyana está muy bien, pero tienen que haberlo aprendido en algún lado: diseño, construcción e, incluso, cómo operarlos. Un submarino es un trasto muy complejo.

—¿Quieres decir que no son más que una ramificación de los que operan en el Pacífico?

—No lo sé. Hay barcos de la Navy haciendo misiones contra los narcos por allí, pero yo nunca fui. Lo que digo es que tiene que haber algún tipo de contacto; alguien que ha aprendido lo necesario en otro sitio, para poder echar al agua un trasto de esos. No me importaría ver uno por dentro; seguro que tiene cosas curiosas.

—Pues no se me había ocurrido, pero es buena idea. Gabi y yo no creímos notar nada especial en cuanto a la propulsión, pero seguro que tú ves cosas que a nosotros se nos escapan. Cuando Paco coja

a este, te mandamos para allá en una *rhib* para que puedas cotillear con tranquilidad.

—¡Sí, nena! Ya sabes que me encanta mirarle los bajos a cualquier muchacha; guapa, fea, semisumergible o planeadora.

Tras dejar los hidrófonos y sacar a Johnny del pequeño puente, Walter se acomodó en el asiento y aumentó ligeramente la velocidad para facilitar el control del submarino durante la ascensión. A continuación, tiró ligeramente de la palanca de los planos y, en cuanto vio que el clinómetro oscilaba, estabilizó el submarino. No estaban más que unos metros bajo el agua y Walter miró por el visor del periscopio, a través del cual ya se veía la claridad de la superficie.

A medida que el narcosubmarino ascendía, la luz permitía intuir el propio casco y las burbujas que lo recorrían para ir a perderse por la popa. De repente, la cabeza del periscopio rompió la superficie, en el valle entre dos olas, y Walter atisbó la cresta de la siguiente ola antes de que esta volviera a sumergir el instrumento. Unos segundos después, todo el mástil navegaba por encima de la superficie. El guyanés hizo un barrido rápido y encontró su presa sin problemas. Para lo que iba a hacer, no necesitaba estar sumergido, así que dejó que la embarcación continuara ascendiendo hasta asentarse en la superficie. Además, le vendría bien airear el barco y arrancar los motores para dejar de consumir carga de las baterías.

—Johnny, ¿has comprobado que los torpedos están listos?

—¡Sí, jefe!

—Muy bien. Prepárate para abrir el tubo de babor cuando te avise.

—¡Vale!

Walter volvió a comprobar por el periscopio que el narcosubmarino había emergido por completo y, reduciendo la velocidad al mínimo, abrió la escotilla que daba acceso al exterior, poniéndose de pie en la plataforma y aprovechando para respirar algo de aire fresco. Seguidamente, cogió una radio portátil en forma de *walkie-talkie*, que trabajaba en las frecuencias de VHF usadas por los barcos en todo el mundo.

—Leonie P, Leonie P de Tritón, llamándole en canal 16 —dijo Walter por la radio.

—Estación llamando a Leonie P, adelante.

—Leonie P de Tritón, pase a canal 68.

—68.

—Leonie P de Tritón por canal 68 —dijo Walter.

—Leonie P. Adelante.

—Leonie P, me encuentro en su amura de babor, unas tres mil yardas. Ahora mismo le estoy apuntando con torpedos de una alta capacidad explosiva. Si quiere mantener su barco a flote, siga cuidadosamente mis instrucciones.

—¿Qué es eso? —preguntó Pablo en el puente del Albatros.

Juan lo miró con los ojos como dos platos.

—Alguien ha llamado al Leonie P —dijo el asturiano—. Está unas quince millas al sur de aquí y no parece que haya nadie alrededor; por eso, cuando he visto que lo llamaban, he cambiado de canal con ellos para ver quién era y...

—¡Shhh! —mandó callar Pablo al escuchar la radio otra vez.

—Tritón de Leonie; no entiendo su mensaje. ¿Por qué querría hacernos daño? —preguntó una voz temblorosa.

—Leonie de Tritón, mire con sus prismáticos hacia aquí. El vaivén de las olas le permitirá ver que tengo dos pequeños orificios en la proa. Uno de ellos se va a abrir. Si no detiene su barco ahora mismo, el proyectil que hay dentro se clavará en su costado antes de que pueda hacer nada.

El mercante no contestó de inmediato y el silencio se adueñó del puente del Albatros. Uno a uno, todos los presentes se giraron para mirar a Pablo.

—¡¡¡Gabi!!!

El segundo del patrullero salió del CIC, mirando extrañado a su alrededor.

—Vamos a intentar averiguar todo lo que sepamos del Leonie P —mandó Pablo—. Y a ver si tenemos un contacto cerca de él, en posición...

—Al 170, catorce millas —dijo Juan.

—Manda al helicóptero para allá a toda leche —dijo Pablo.

—Comandante, ¿qué...?

—Alguien está amenazando con torpedear un mercante, Gabi.

—¿Qué?!

—Manda a Joseba a la posición que ha dicho Juan.

—Pero está apoyando el asalto de Paco.

—Esto es más importante, Gabi.

El ferrolano tardó unos segundos en reaccionar, pero se dio la vuelta y se metió en el CIC.

—Tritón de Leonie P, estoy bajando velocidad.

—Aquí Tritón, recibido. Mantenga a la escucha este canal y esté atento a mis instrucciones.

Pablo le daba vueltas a lo que acababa de pasar cuando la radio volvió a sonar.

—Albatros de Tritón, llamando en canal 16.

Al marino gaditano se le heló la piel. Todas las cabezas del puente volvieron a girarse en su dirección y Pablo se puso de pie para acercarse a la consola central, tendiendo la mano para que le pasaran la radio.

—Albatros —dijo Pablo por la radio tras tragar saliva.

—Albatros de Tritón, pase a canal 68.

—Ya estoy en el 68 —contestó Pablo.

—Albatros de Tritón por el 68. ¿Ha escuchado mi conversación con el Leonie?

—Afirmativo.

—Me alegro. Así no tendré que darle explicaciones. Tengo a mis torpedos apuntando al Leonie; no me haga perder la paciencia.

—¿Qué quiere? —preguntó Pablo entre dientes, apretando el aparato de la radio más de lo que debía.

—Lo primero, que aborte inmediatamente el asalto que está llevando a cabo. Estoy en contacto con los hombres que van a bordo del semisumergible: como se les acerque algo o alguien, por la mar o por el cielo, convierto al Leonie en un arrecife.

—Muy bien —accedió Pablo a regañadientes.

—Lo siguiente que va a hacer es poner rumbo a Mindelo y no

mirar atrás. Para asegurarme de que cumple mis instrucciones, va a poner el AIS en transmisión y lo va a mantener así hasta que ataque en San Vicente.

—De acuerdo —masculló Pablo.

—Y, por último, se va a llevar a ese helicóptero con usted. Como vea aparecer una sola aeronave en las proximidades del Leonie P, lo mando al fondo. ¿Ha quedado claro?

—Clarísimo —escupió Pablo.

—No se demore, Albatros. No soy un hombre paciente.

Pablo devolvió la radio y su mano se disparó hacia el lóbulo de la oreja, mientras se mordía el labio inferior por dentro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gabi, que había vuelto del CIC.

—Nos ha amenazado con hundir el mercante si no nos retiramos —dijo Pablo, dándose cuenta de que se había hecho sangre en el labio—. ¿Qué has averiguado?

—El Leonie P es un portacontenedores de 140 metros de eslora abanderado en Antigua y Barbuda. Ha salido de Praia y va a Santos, Brasil.

—¿Alguna cosa rara?

—Nada a simple vista.

—O sea, que puede ser un blanco de oportunidad —opinó Pablo—. ¿Has mandado a Joseba para allá?

—Sí.

—Dile que se vuelva.

—Pero...

—No podemos arriesgarnos, Gabi. Mientras esté en superficie puede ver al helicóptero.

—¿Y qué hay del abordaje?

—Lo mismo. Dile a Paco que aborte.

—Estaban ya casi allí.

—Gabi...

—Enterado, comandante.

Pablo se acercó a la consola de la carta electrónica, esperando que contemplar la situación con perspectiva le ofreciera algo de luz, pero no fue el caso. Neutralizadas las embarcaciones y el helicóptero, se quedaba sin sus dos puntas de lanza. La única forma

de atacar a un enemigo que tenía rehenes en su poder era hacerlo sin que se diera cuenta, y el método que más habían utilizado, los buceadores, no era viable. El Leonie estaba en mar abierto y no tenía cómo mandar a los buceadores hasta allí sin ser vistos. El comandante del Albatros empezó a asumir que tendría que dejar escapar al semisumergible que iba a costa, pero se resistía a dejarse vencer por quien fuera que había decidido amenazar las vidas de unos inocentes para continuar con su asqueroso tráfico.

—Juan, necesito el número de teléfono satélite de ese mercante.

—Enterado, comandante.

Pablo se acercó a la puerta del CIC.

—Gabi, vamos a priorizar la recuperación del helicóptero y prepararnos para rellenarlo. Que esté listo para salir otra vez con el tirador y un buen puñado de las cargas de profundidad esas que nos hicieron.

La pantalla del móvil indicaba que solo tenía una raya de cobertura de las cuatro posibles. Durante el planeamiento de la operación, el posicionamiento de los barcos fue uno de los elementos críticos. Walter sabía que iba a necesitar poder comunicarse con sus hombres a bordo de la Épsilon y también tendría que comprobar, de alguna manera, que el Albatros cumplía sus órdenes. Una opción era hacer una llamada a tierra; pero, como había descartado hablar por radio con la otra embarcación, calculó todo para que ambas tuvieran cobertura, y así ser capaz de comprobar él mismo, en alguna de las páginas web que presentaban las señales AIS de todos los barcos del mundo, que el patrullero se dirigía a puerto.

El guyanés, con el pecho sobresaliendo del pequeño puente del submarino, levantó la vista para mirar al Leonie P. La detención del mercante había salido a pedir de boca. Walter tuvo que estimar cuánto tardaría en hacerle caso y en detenerse, colocándose en un punto tal que, cuando el portacontenedores se parara, quedara justo delante del Eta 2; y así fue. En ese instante, los dos tubos lanzatorpedos de su submarino apuntaban, exactamente, al centro

de la eslora del Leonie P, que se había quedado al paio a quinientas yardas del narcosubmarino, las proas de ambos barcos formando un ángulo de noventa grados.

Walter fue a mesarse la perilla y se vio impedido por el pasamontañas que se había puesto. Aunque dudaba mucho que fuesen capaces de reconocerlo por una foto que le hicieran desde el mercante, no tenía ninguna intención de jugársela.

La página web aún no mostraba la traza del Albatros, pero el guyanés sabía que tendría que darle unos minutos para que se actualizara. Mientras tanto, tendría que mantener los ojos bien abiertos... y asegurarse de que en la Épsilon hacían lo mismo. Walter marcó uno de los tres números que tenía almacenados en la memoria.

—Jefe.

—Tony, ¿algo raro?

—Nada, jefe. Ya te lo he dicho antes...

—¡Ya sé lo que me has dicho antes! ¡Te estoy preguntando otra vez!

—Nada nuevo, jefe —musitó Tony.

—Mantén los ojos bien abiertos. Son capaces de cualquier cosa.

—Lo haré, jefe. Incluso hemos abierto la escotilla un rato para poder mirar bien alrededor y no hemos visto nada.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—Muy bien. Seguid así. ¿Cuánto os queda?

—Nada. Poco más de una hora.

—¿Has llamado a los de Cabo Verde?

—Sí. Nos están esperando y tienen vigías en el camino para avisar si se acerca la policía.

—Muy bien. Ve con cuidado y nos vemos a la vuelta.

—Hasta la vuelta.

Walter colgó y volvió a mirar la cobertura. Seguía en el límite, pero aun así, era mejor que lo que hubiesen logrado por radio. El diseño de sus embarcaciones hacía que el horizonte fuese demasiado reducido y los alcances radio quedaban limitados a un puñado de millas.

Tras echar otro vistazo al Leonie P, que seguía dando bandazos al son de las olas, Walter volvió a abrir la página web en el navegador del teléfono. La pésima cobertura hizo que tardara más de un minuto en cargarse, pero su paciencia se vio recompensada: un pequeño triángulo había aparecido unas quince millas al norte, con la esquina más aguda apuntando hacia arriba. Walter lo seleccionó con el dedo y una ventana apareció al lado. «¡Sí!» El Albatros había puesto proa al norte y, si Tony no se equivocaba, parecía que sus embarcaciones y su helicóptero habían dejado tranquila a la Épsilon. Walter oteó el cielo en busca de una mancha que pudiera tratarse del aparato del patrullero, pero no vio nada.

—Johnny, prepárate para salir de aquí.

—Leonie P de Tritón.

Pablo, que había estado mirando ensimismado la proa del Albatros romper las olas, pegó un bote en su sillón del puente al oír la radio

—Aquí Leonie P, adelante.

—Leonie de Tritón, ha cumplido mis instrucciones y, como le he prometido, no le haré ningún daño. Pero tengo una última orden: permanezca en su posición actual durante los próximos treinta minutos. De lo contrario, volveré a por usted y lo mandaré al fondo del mar. ¿Ha quedado claro?

—Aquí Leonie P, recibido.

—¿Dónde está el número satélite del Leonie? —preguntó Pablo.

El supervisor del puente se acercó y le tendió un teléfono junto a una pequeña nota con un número larguísimo anotado. Pablo marcó rápidamente y se puso el teléfono satélite al oído mientras esperaba que se estableciera la conexión.

—¿Dígame?

—¿Es el Leonie P? —preguntó Pablo.

—Sí. Soy el capitán Paulo de Bruges, ¿quién es?

—Capitán, soy el comandante del patrullero Albatros. Estamos en estas aguas luchando contra el tráfico de drogas. Como ha escuchado por la radio, ese narcosubmarino le ha amenazado para impedir que yo capturara una de sus embarcaciones.

—Sé quiénes son, comandante. ¿Qué quiere de mí? Ya habrá

escuchado lo que me ha dicho ese cabrón.

—Sí, capitán. Y debe cumplir sus instrucciones al pie de la letra. Siento mucho el mal trago que han pasado, pero debo insistir en que se adhiera a lo que le ha ordenado el submarino; no ponga a su tripulación en peligro.

—No tengo ninguna intención. ¿Qué quiere de mí?

—Solo necesito que me diga hacia dónde va el submarino.

—¿Pretende venir a por él? Ya ha oído lo que ha dicho...

—Eso déjeme a mí, capitán. Le aseguro que no pondré su barco en peligro. Está a punto de ser el ocaso y, en unos minutos, será imposible ver a simple vista un helicóptero volando sin luces.

—Sigue sin hacerme ninguna gracia. ¿Y si ese cabrón se da la vuelta y viene a por mí para vengarse? Seguro que ya sabe lo que le pasó al patrullero local.

Pablo perdió la paciencia.

—Capitán, mi helicóptero va a salir a dar caza a ese cabrón. Si me dice hacia dónde va, podrá interponerse entre usted y él. Pero, si no lo hace, va a ir a buscarlo igualmente y, entonces, no le podré asegurar que no se nos escape y pueda volver a por usted.

Durante unos segundos, se hizo el silencio, hasta que Pablo pudo escuchar un largo suspiro.

—Más le vale poder respaldar sus fanfarronadas, comandante —masculló de Bruges—. De lo contrario, nuestras vidas recaerán sobre su conciencia.

—No se arrepentirá, capitán; se lo prometo.

—Deme un segundo... Sí. Ha empezado a moverse —anunció de Bruges—. El que estaba asomado por la escotilla se ha metido para dentro y están cayendo a babor.

—¿Siguen en superficie?

—Por ahora, sí.

—Vale. Capitán, necesito saber a qué rumbo se quedan.

—Parece que se han estabilizado en un rumbo oeste —indicó de Bruges.

«Vuelve a casa», pensó Pablo.

—¡Juan! —gritó el comandante del Albatros, tapando el micrófono del teléfono—. ¿Podemos lanzar al helicóptero a este rumbo?

—No estamos dentro de tablas —contestó el asturiano tras mirar el anemómetro.

—Pregúntale a Joseba si puede despegar así —mandó Pablo—. ¡Gabi!

—Dime, comandante.

—Que vaya bien alto y sin luces. Que se acerque al Leonie y comience una búsqueda radar hacia el oeste. Vamos a coger a ese cabrón.

Sus dos oficiales se dirigieron a transmitir sus instrucciones y Pablo se volvió a colocar el teléfono en la oreja.

—¿Capitán?

—Dígame.

—¿Alguna novedad?

—Parece que se está metiendo para abajo.

«¡Joder!»

—Arcángel de torre, ¿me confirma que está conforme con salir en estas condiciones?

—¡Que sí, hostia! —bramó Joseba—. ¡Vámonos!

—Torre recibido. Quitando trincas.

El piloto vio a los dos marineros de cubierta acercarse y desaparecer, uno a cada lado del aparato. El Bell 412 estaba ya embragado y solo las cadenas lo mantenían atado a la cubierta. Habían repostado y estaban listos para salir. Por lo que decían desde el CIC, había bastante prisa por llegar a la posición del mercante y Joseba empezaba a estar harto de tanto miedo. ¿Qué era un poco de viento por la popa? El Bell 412 iba sobrado de potencia, y más con solo cuatro personas a bordo.

Los dos marineros volvieron a aparecer en su campo de visión y, poniéndose delante de la persiana del hangar, mostraron las cadenas que habían quitado para que el piloto pudiera comprobar que nada le ataba a la cubierta.

Joseba tiró con fuerza del colectivo y los patines del helicóptero se separaron de la cubierta.

—Arcángel de torre, está autorizado a... Buen vuelo —suspiró la

torre.

—Gracias, torre. Hasta la vuelta.

El vasco vio que había alcanzado la altura de las chimeneas e, inclinando el cíclico hacia delante y la izquierda mientras se metía el colectivo debajo del sobaco y accionaba ligeramente los pedales, hizo al helicóptero dibujar una curva cerrada, que terminó con el morro apuntando a la estela del patrullero. Joseba estabilizó el aparato y comenzó a coger altura mientras miraba alrededor comprobando la luz anaranjada que dejaba el ocaso. En unos minutos, serían casi invisibles.

Para el helicóptero, la distancia que les separaba del Leonie P era un salto y, en unos instantes, lo tuvieron en visual, meciéndose al compás de las olas.

—Vaya colocón —murmuró Fernando en el asiento del copiloto.

—¿Tenemos algún otro contacto en el radar? —preguntó Joseba.

—Nada —contestó el operador de cabina.

—No dejes de mirar. Aunque se haya sumergido, es posible que haya dejado el periscopio fuera o que vuelva a la superficie.

—Muy bien.

—En el barco le estiman una velocidad máxima de doce nudos, quince como mucho. Probablemente, sea menos en inmersión, pero vamos a curarnos en salud. Hace unos veinte minutos que se puso en marcha. A quince nudos, eso es un máximo de cinco millas. Quiero barrer toda la zona dentro de la que pueda estar, empezando por el oeste. Además del radar, vamos a mantener los ojos bien abiertos.

Joseba redujo velocidad todo lo que pudo, para permitir que Sergio, que volaba detrás, y Fernando pudieran barrer la oscura superficie del océano. A pesar de que el helicóptero iba muy lento, no tardó nada en llegar a la milla cinco desde el Leonie P.

El vasco pensó un momento en volver hasta el mercante, pero sus años trabajando para Salvamento Marítimo le habían enseñado que las posiciones basadas en la estima solían fallar más que acertar y, rebuscando en su memoria los procedimientos de búsqueda, decidió virar a la izquierda para recorrer la zona sur de la burbuja que habían pintado alrededor del Leonie P. Burbuja que, por otra parte,

se recordó, crecía a medida que pasaban los minutos.

Joseba repartía su atención entre los instrumentos y el exterior, dejando unos instantes para buscar, él también, algo que rompiera la oscuridad de la superficie.

—¡Creo que tengo algo! —gritó el operador.

—¿Dónde?!

—Al 110, unas tres millas.

Joseba viró ligeramente a la izquierda y devolvió la vista al mar.

—¡Ahí! —gritó Fernando.

El vasco siguió con la mirada el dedo de su copiloto y le pareció ver algo.

—Un segundo, que lo cojo con la cámara —musitó Fernando, ya accionando los controles.

Un momento después, la pantalla de la cámara presentaba, en su habitual escala de grises, la silueta de lo que, indudablemente, era un narcosubmarino navegando en superficie. Al ser infrarroja, la cámara mostraba con mucha más viveza la zona de popa y las exhaustaciones.

—Va a rumbo sur —murmuró Fernando—. Y en superficie.

—No debe querer consumir baterías —dijo Joseba—. El comandante y el segundo dijeron que iría muy limitado. Y está claro que ha hecho por despistar al que intentara seguirlo. ¡Sergio!

—¿Sí?

—Voy a bajar. Pégame con la ametralladora. Hay que dañarlo suficiente para que no pueda volver a sumergirse.

Joseba valoró la situación. Volar de noche sobre la mar no era moco de pavo y, aunque tenía amplia experiencia de sus años en Salvamento Marítimo, acercarse a la superficie no era una buena idea. A pesar de haber violado las normas mil y una veces en los concursos de acrobacia, Joseba era perfectamente consciente de que la velocidad y la altura eran los dos parámetros que le daban seguridad. Si podía evitarlo, no tenía ninguna intención de hacer un estacionario bajo sobre la mar, de noche. Pero tenía que facilitar la labor de Sergio y, aunque conocía de sobra la habilidad del tirador, tendría que bajar algo para que pudiera ver el blanco con claridad.

Enfilando ya el narcosubmarino, Joseba tomó la decisión: haría

una pasada relativamente baja, pero sin perder mucha velocidad. Al entrar por su popa y al mismo rumbo, daría a Sergio unos segundos para acribillar la embarcación y, si hacía falta, podía dar la vuelta y hacer una segunda pasada.

—¡Sergio! ¡Te va a aparecer por la puerta en un momento!

Joseba aprovechó la estela del narcosubmarino para alinearse con él, dejándolo ligeramente por estribor para que le apareciera al tirador por la puerta. Marcándose cien pies como altura mínima, dejó que el helicóptero descendiera, intentando que perdiera velocidad para no pasar demasiado rápido, pero con la mano siempre lista para aumentar potencia y salir de allí si algo no le cuadraba.

Antes de lo que le hubiera gustado, el narcosubmarino pasaba como una exhalación por la derecha del helicóptero y Joseba escuchó dos cortas ráfagas de la ametralladora.

—¿Le has dado? —preguntó mientras hacía al aparato ganar altura y comenzar un viraje agresivo a babor, para volver a buscar la popa del blanco.

—¡Sí! Creo que sí.

—¿Suficiente?

—No lo sé. Es de noche e íbamos muy rápido.

«¡Joder!»

El vasco se concentró en los mandos y los instrumentos, asegurándose que la maniobra no le hacía perder el horizonte y buscando con la mirada la superficie y la estela del narcosubmarino por su izquierda. Cuando el Bell 412 estuvo en lo más alto de su viraje, a punto de dejarse caer otra vez hacia el mar, Joseba lo vio.

—¡Está cambiando de rumbo! —gritó Fernando.

«Y hacia nosotros. ¡Qué cabrón!»

El giro resultó tan agresivo, que el narcosubmarino, acercándose a ellos, había quedado a la izquierda, en lugar de a la derecha, cuando Joseba volvió a estabilizar el helicóptero.

El piloto detuvo el descenso subiendo el morro mientras aumentaba potencia, quedándose casi parado.

—¡Se sumerge! —exclamó Fernando, que miraba por su ventanilla, a la izquierda de la cabina.

Joseba volvió a accionar los palos y los pedales, manteniendo un

ojo siempre en el horizonte artificial y el altímetro, buscando llevar el morro hacia la izquierda. Unos segundos después, una débil estela desfilaba por delante de la cabina. Cuando la tuvo de su lado, el vasco volvió a bajar el morro y lanzó el aparato hacia delante.

—¡Allá voy, Sergio! ¡Se está metiendo para abajo, pero todavía le podemos dar!

El Bell 412 volvió a rugir por encima del narcosubmarino y la ametralladora de la puerta lateral escupió media docena de disparos.

—¿Le has dado?!

—¡No lo sé! ¡Ya casi solo se veía el mástil!

—¡Cago en la hostia, joder!

Joseba volvió a tirar del colectivo y comenzó otro giro ascendente.

Walter retiró la cara del visor del periscopio. Ya no se veía la superficie.

—¿Cómo vas por ahí abajo?!

—¡Está entrando agua! —respondió Johnny—. Al menos, por dos sitios.

—¡Tapónalo como puedas! —escupió Walter—. Si subimos, nos van a coser a tiros.

No quería descender mucho porque, cuanto más abajo, con más presión entraría el agua, pero tampoco podía arriesgarse a que el mástil se viera por encima de la superficie. Y, tal como estaban las baterías, tampoco quería arriesgarse a bajar tanto que no tuviese potencia suficiente para subir.

Walter volvió a mirar por el periscopio para asegurarse y comprobó el control de los planos. Estaban estabilizados. Había llegado el momento de quitarse de encima a ese maldito helicóptero. Empujando la palanca de potencia hasta el final mientras rezaba para que las baterías aguantaran, metió toda la caña a estribor. Se había sumergido con la proa al este. Hacia el norte estaba el Leonie P y el helicóptero se intentaría asegurar de que no pudieran volver a amenazarlo. El oeste era su ruta de escape más lógica hacia Guyana. Eso le dejaba con el sur. Walter dejó que la aguja

recorriera unos noventa grados y redujo la palanca al mínimo. No podía permitirse consumir más carga de las baterías; no sabía cuánto tiempo tendría que estar debajo del agua. Por suerte, el corto periodo que habían vuelto a subir a la superficie les permitió renovar la atmósfera y podrían respirar con tranquilidad unos minutos. Walter tenía preparados unos equipos de buceo con varias botellas de respeto por si hicieran falta, pero preferiría no tener que llegar a ese extremo.

Mirando los controles, se dio cuenta de que no había mucho más que hacer en el puente.

—¡Johnny! ¡Sube a relevarme!

El joven se acercó y Walter se bajó de la plataforma para hacerle hueco.

—Mantén rumbo y velocidad —mandó.

—Hecho.

—¿Dónde están los boquetes?

—Hay uno en el techo del compartimento de carga, cerca de la salita. El otro está más hacia proa, en el costado de babor.

Walter respiró algo más tranquilo. No parecía que hubiesen recibido impactos en la zona del motor, pero tampoco podía relajarse: embarcar mucha agua podía significar el fin del Eta 2... y el suyo.

El primer boquete fue fácil de encontrar; un chorro de agua caía desde el techo, nada más entrar en el compartimento de carga. Walter vio que Johnny había metido lo que parecía una camiseta en el agujero, pero no era suficiente. Aunque el flujo se veía algo impedido, el agua seguía entrando con bastante presión. Empezando a pensar que había cantado victoria muy pronto, Walter miró a su alrededor, buscando desesperadamente algo con lo que taponar el boquete. Los pocos objetos que no formaban parte íntegra del barco eran los víveres y sabía que allí no encontraría nada, pero al mirar hacia la salita, sus ojos recayeron sobre la tabla de madera que la separaba de la bodega.

Walter corrió a por la caja de herramientas que guardaban bajo los bancos de la mesa y volvió con un martillo en la mano. Sin tiempo para andarse con delicadezas, aporreó el borde de la tabla de

madera hasta que se desprendieron un par de trozos. Walter se agachó a cogerlos y cogió el que tenía mejor pinta, un pedazo de madera que se había roto con forma de triángulo alargado. Sin perder un instante, se volvió y lo presentó en el boquete. Sabía que, probablemente, lo agrandaría un poco al clavarle la madera, pero era la única manera de sujetar la camiseta y minimizar la entrada de agua. Usando el martillo, clavó el trozo de madera en el boquete hasta que, rodeado por los restos de la camiseta, se quedó fijo.

El guyanés dio un paso atrás y admiró su trabajo. El flujo de agua se había reducido considerablemente. Tendría que poner algo más de madera en los laterales para intentar sellar el agujero, pero le corría más prisa el segundo orificio. Walter se iba a acercar al tablón para arrancar otro trozo de madera parecido, cuando una fuerza descomunal sacudió el submarino.

Walter se cayó al suelo, golpeándose la cabeza contra la sucia cubierta.

El submarino había sido impulsado hacia delante con un ímpetu monstruoso y se había desestabilizado, el morro apuntando hacia abajo.

Walter gimió del dolor por el golpe en la cabeza y, apoyándose en uno de los sacos de lastre, logró ponerse en pie.

—¡Johnny! ¡Planos a subir!

—¡Estoy en ello! ¡¿Qué ha sido eso?!

—¡Y máxima velocidad!

—¡Queda poca batería!

—¡Da igual, maldita sea! ¡Hay que salir de aquí!

Walter se llevó una mano a la cabeza rasurada mientras se dirigía a popa. Notó algo húmedo y, retirando la mano, pudo ver que estaba sangrando.

No era el momento para pensar en eso. ¿Qué demonios había pasado? Claramente, algún tipo de explosión submarina, y el guyanés juraría que había sido por su popa; probablemente, por la aleta de babor.

«Donde estaríamos si no hubiésemos cambiado de rumbo».

Un escalofrío le recorrió la espalda y, sin recordar que la tenía llena de sangre, se llevó la mano a la perilla.

«Esos cabrones nos están tirando algún tipo de explosivo».

Walter intentó repasar la situación rápidamente. Aunque era cierto que les estaban atacando bajo el agua, algo que nunca pensó que pudiera pasar, no parecían tener muy claro dónde estaban. El helicóptero había estimado su última posición y lanzado el explosivo con la esperanza de que siguieran allí. El guyanés se devanó los sesos, intentando ponerse en la piel del piloto y pensando si tendría alguna manera de detectarle bajo el agua. Era imposible. Solo los helicópteros antisubmarinos, con sonares calables o sonoboyas, podían cazar submarinos.

Eso le daba ventaja, al menos, por el momento. Walter volvió a ponerse en la piel de sus atacantes. Él volvería a probar en la posición más probable; pero, llegado el momento, asumiría que el narcosubmarino no estaba allí y probaría otros lugares. Si había elegido bien su rumbo de evasión, era posible que el helicóptero lo probase antes en otras direcciones, pero eso no quitaba que tuviese que salir de allí lo antes posible. Además, estaba seguro de que el Albatros se dirigía a su posición a toda máquina y, si ya lo tenía difícil con el helicóptero, no quería ni pensar lo que pasaría si el patrullero era capaz de localizarle con su sonar. No; a pesar de lo arriesgado que era, tenía que exprimir las baterías para alejarse todo lo que pudiera de la zona.

Walter estaba volviendo a proa, para intentar taponar el otro boquete, cuando se dio cuenta de que iba a tener otro problema con el que no había contado: por mucho que corriera bajo el agua, tarde o temprano, tendría que volver a salir y, entonces, estaría a merced del radar del helicóptero.

Empezó a darle vueltas al problema, cuando otra explosión reverberó por las paredes. Walter se apoyó en el techo para estabilizarse, pero, en esta ocasión, había sido mucho más suave. El guyanés supuso que la bomba, o lo que fuera, había caído más lejos. Buena señal.

—¡Mantén rumbo y velocidad! —ordenó a Johnny.

—Jefe, la batería...

—Johnny, mantén rumbo y velocidad —reiteró.

Walter volvió corriendo a proa y arrancó de cuajo otro trozo de

madera del tablón. Poniéndose a cuatro patas, comenzó a buscar el segundo orificio, ayudado por una linterna. Unos segundos después, tras percatarse de que un chorro de agua resbalaba por el mamparo, dio con el segundo boquete, que Johnny había taponado con lo que parecía parte de la misma camiseta. Walter repitió el procedimiento, clavando el taco de madera en el agujero y reduciendo el flujo de agua. Nada más ver que funcionaba, volvió a la tabla de madera, dispuesto a sacar trozos más finos que le valieran para tapar los laterales de ambos boquetes.

Cuando había sacado ya tres tacos, un estruendo se volvió a escuchar, pero más lejos todavía que la vez anterior.

—¿Qué demonios es eso?! —preguntó Johnny.

—Algún tipo de explosivo. Pero no te preocupes; está claro que no saben dónde estamos.

Pablo estaba de pie, detrás de la consola de Gabi, en el CIC, y escuchaba al controlador hablar con el helicóptero

—Arcángel de Albatros, pregunto si ha percibido alguna reacción del contacto.

—Aquí Arcángel. A ver, ¡hostia! Que es de noche, que aquí no se ve prácticamente nada. Lo único que vemos cuando revienta una de esas cosas es una burbuja de espuma que sube hasta la superficie.

—¿Ha notado alguna diferencia entre las explosiones? ¿Algún objeto flotando?

—¿Qué no, hostia! No hemos visto nada.

El controlador se giró hacia Gabi y se encogió de hombros.

—Que siga insistiendo hacia el Leonie P. Y vamos a llamar al portacontenedores y a decirles que salgan de ahí a toda leche. Como vuelvan a acercarse a ellos, no creo que sean tan benévolo.

—Enterado, comandante.

—¿Hay algún otro contacto por la zona?

—Nada —respondió Gabi.

—Muy bien. La prioridad es evitar que ponga en peligro a cualquier otro barco. ¿Cuánto nos queda para llegar?

—Más de media hora a la posición del Leonie P—dijo Gabi, tras

medir la distancia en la carta.

—Vamos a ir viendo si cogemos algo en el sonar.

—A esta velocidad, por la proa, imposible.

Pablo gruñó.

—No te preocupes, comandante —dijo Gabi—. No pueden estar mucho tiempo sumergidos; no con las baterías que vimos que llevaban. Cuando salgan, todavía estarán en alcance del radar del *helo*.

—Algo me dice que no va a ser tan fácil —musitó Pablo—. Que tiren otra —ordenó, señalando con la cabeza al controlador.

Gabi retransmitió las instrucciones y seleccionó el punto de lanzamiento. Para descargar al helicóptero de trabajo y permitir que se concentraran en volar y observar la superficie en busca de algún indicio de los narcos, el barco había asumido el control de la operación, guiando a Joseba hasta cada punto de lanzamiento.

—Arcángel de Albatros, procedemos para siguiente lanzamiento. Vire derecha al 060.

—Derecha al 060.

Pablo vio al controlador pintarse un par de marcas en la pantalla y, cuando un círculo centrado en la traza del helicóptero se unió con la línea, apretó el pulsador de la radio.

—Arcángel de Albatros, vire izquierda al 330.

—Izquierda 330.

—1000 yardas al punto de lanzamiento; prepárese para lanzar.

—Estamos listos.

—500 yardas... 300 yardas... 100 yardas. Lance ahora, ahora, ¡ahora!

—Carga en el agua... La carga ha detonado; no se aprecia nada.

—Albatros; recibido.

Una vez colocados los tacos pequeños y reducidas las inundaciones a dos pequeños goteos, Walter volvió a cambiar el sitio con Johnny y se acomodó en el asiento del puente. Había llegado el momento. Las baterías tenían que estar al límite y, de hecho, ya le daba la impresión de que el submarino perdía

velocidad. No tenía ninguna intención de probar a llenar de aire comprimido los dos pequeños tanques de lastre que tenía llenos de agua, así que solo quedaba volver a la superficie.

Habían escuchado tres detonaciones más, todas más alejadas, y el guyanés estaba razonablemente seguro de que el helicóptero les estaba buscando en otra parte. Eso no quitaba que siguieran dentro de su alcance radar y, aunque la carrera hacia el sur les hubiera alejado más de lo que sus cazadores pensaban, era muy posible que los detectaran. Por eso, junto a los pies de Walter, descansaban un par de herramientas.

El guyanés tiró de la palanca de los planos y, casi de inmediato, notó que el narcosubmarino se inclinaba, el morro buscando la superficie. Tras haberse temido que la primera explosión hubiese dañado los planos, Walter se obligó a respirar algo más pausadamente. Subían.

Mirando por el periscopio, pocos segundos después le pareció intuir la superficie y disminuyó el ángulo de ascenso. Instantes más tarde, la cabeza del mástil rompía la superficie y, tras estabilizar los planos y esperar a que las salpicaduras le dejaran ver, Walter hizo un barrido de los 360 grados. A continuación, hizo otro más alto, buscando algún contacto aéreo. Sabía que tendría que ser mucho más concienzudo que eso para asegurarse de que no había ninguna aeronave sobrevolándolos, pero no tenía tiempo. Walter volvió a colocar los planos a subir y el narcosubmarino hizo superficie.

Sin esperar un segundo, abrió la escotilla del puente y se agachó para coger la sierra que había dejado en la plataforma. Abajo, Johnny estaría arrancando y conectando el motor a las baterías, para permitirles navegar sin consumir carga de estas y aumentar la velocidad. Walter se asió al mástil del periscopio y, con la otra mano, comenzó a serrarlo tan rápido como pudo. Unos segundos después, había cortado la mitad del tubo y, sacando un pie de la escotilla, le pegó una patada al mástil, logrando que se doblara casi 45 grados. Dos patadas después, el periscopio descansaba encima de la cubierta, aún enganchado a su base. Walter volvió a coger la sierra y cortó el tramo de tubo que quedaba, echando el mástil por la borda.

No tenían carga de baterías para volver a hacer inmersión, así que el periscopio les iba a servir de poco. Sin embargo, era con diferencia la parte más alta del narcosubmarino y sería mucho más fácil de ver en el radar. Walter cogió una bocanada de aire salado. Había hecho lo correcto. Ahora, solo quedaba rezar para que no los cogieran. Sin el mástil, el Eta 2 era tan bajito como cualquiera de sus semisumergibles y, con la mar algo revuelta que sacudía la embarcación, debería ser difícil de detectar; sobre todo, para alguien que estaba buscando en otra parte.

El temblor del motor diésel insufló energía al patrón del narcosubmarino y se agachó para que Johnny lo oyera.

—¡Vamos a ir sacando todo el agua que podamos con el cubo! —gritó—. ¡Va a ser más rápido que con la bomba! ¡Y búscame algo para tapar este boquete! —exclamó, señalando el tocón del periscopio.



Capítulo Ocho

La huída del helicóptero del Albatros salió a pedir de boca, probablemente, una combinación del perfil bajo del narcosubmarino y el estado de la mar, con el hecho de que el patrullero no tenía ni idea de hacia dónde habían ido y estaría preocupado por evitar que se acercaran a otro barco que pudieran usar de rehén. Una vez estuvieron suficientemente lejos, Walter puso rumbo hacia Guyana y los primeros dos días fueron de relativa tranquilidad, con el ánimo elevado tras huir de sus cazadores. Los tapones de los dos orificios aguantaban bien y el invento que fabricaron para evitar que entrara agua por el mástil sesgado del periscopio, también. Walter y Johnny pasaron las primeras horas achicando el agua proveniente del combate con el helicóptero, pero la situación se había estabilizado y, a partir de entonces, no tuvieron más que sacar un cubo dos o tres veces al día.

El problema vino al tercer día de salir de aguas de Cabo Verde.

Las mismas olas que les ayudaron a ocultarse del Albatros y su helicóptero, hacían que el viaje estuviese siendo incómodo, pero Walter estaba acostumbrado y no le importaba. De lo que no estaba seguro era de que el Eta 2 estuviese preparado para la tormenta que se encontraron. De forma casi repentina, el cielo se oscureció, cubierto de nubes de un gris azulado; las olas se fueron, poco a poco, espaciando, dejando valles más profundos entre ellas, a medida que las crestas se hacían más altas.

Temiendo que un golpe de mar les hiciera volcar o que se pudieran ir por ojo, es decir, que la proa no levantase tras clavarse en una ola, Walter se vio obligado a cambiar el rumbo, buscando aquel en el que el narcosubmarino resistía mejor los embates de la mar. Consciente de que aquello les alejaba de su destino y de que no tenían víveres ni combustible para aguantar demasiados días en la mar, intentó alejarse lo menos posible de su ruta inicial, pero a medida que la tormenta cogía fuerza y las olas se separaban y ganaban en tamaño, la supervivencia de la embarcación pasó a ser la única prioridad.

La situación tomaba mal cariz, pero hasta la primera noche de la tormenta, todo podía haber quedado en un susto. Después de un día duro, Walter mandó a Johnny a descansar mientras él se quedaba de guardia, pensando en dejarle el submarino al chaval cuando mejorase la situación. Fueron unas horas duras, pasando frío, con la cabeza por fuera de la escotilla para poder ver algo, y el agua que corría por la cubierta llegando, cada poco, hasta donde estaba. Tenía una lona impermeable que impedía que el agua entrase dentro, pero poco podía hacer para evitar empaparse él. A medida que pasaba la noche, tuvo la impresión de que al Eta 2 le costaba más gobernar, respondiendo más lentamente a los controles, pero lo achacó a que la mar se estaba poniendo cada vez peor. No fue hasta que escuchó, a través del incesante rugir del viento, algo dentro del submarino, que metió la cabeza dentro y casi se cae del susto.

—¡¡¡Johnny!!! ¡¡¡Despierta!!! —gritó.

El chaval estaba tan destrozado, que se había quedado dormido en un banco, con la cabeza hundida entre los brazos apoyados sobre la mesa, y no se había dado cuenta de que tenía los pies mojados. Un palmo de agua corría libremente por la cubierta a medida que el narcosubmarino cabeceaba.

Johnny abrió los ojos asustado y, al ver lo que ocurría, casi se le salen de las órbitas.

—¡El cubo, corre!

Los siguientes minutos los pasaron sacando cubos de agua por la escotilla, hasta que Walter se dio cuenta de que toda esa agua no

podía provenir del exterior. Angustiado, mandó a Johnny comprobar los orificios de la proa y este le contestó a gritos que uno de los tapones había saltado.

—¡Relévame, rápido!

Se cambiaron de puesto, después de explicarle rápidamente el mejor rumbo para no verse sobrepasados por las olas, y Walter pudo bajar a la bodega. Efectivamente, por el orificio más alto, el que estaba más a popa, entraba agua libremente. Aunque no estaba permanentemente bajo el agua, el amplio cabeceo provocado por el temporal suponía que esa zona del casco pasase mucho tiempo bajo la superficie. En esos momentos, entraba agua con bastante presión, reduciéndose el chorro cuando el submarino ponía la proa hacia arriba.

Walter miró a su alrededor y encontró flotando uno de los tacos de madera que había usado para taponar el orificio originalmente. Un golpe de mar debía haberlo empujado hacia dentro. Algo más allá, estaban los restos de la camiseta, hechos jirones. Walter la descartó y se abrió el chubasquero para quitarse la que llevaba puesta. Corriendo a la caja de herramientas a por el martillo y la sierra, clavó el taco de madera, rodeado por la camiseta, en el orificio y se acercó a sacar más trozos del tablón que separaba la bodega de la sala.

Unos minutos después, estaba razonablemente seguro de que el nuevo tapón aguantaría y se acercó a la sala, recogiendo el cubo que había dejado Johnny y llenándolo para pasárselo. Estuvo dedicándose a achicar unos minutos, hasta que decidió que era hora de volver a pilotar el submarino y le cambió el sitio al chaval. Johnny pasó a llenar el cubo y Walter, una vez acomodado arriba, se dedicaba a echarlos por la borda mientras mantenía el narcosubmarino en el rumbo correcto. Justo estaba pensando en que tendría que valorar mejorar la bomba de achique, algo que había descartado para no añadir complejidad al diseño, cuando empezó a llover.

El agua llegó de forma tan repentina como lo había hecho el viento esa tarde, y con una virulencia que solo las latitudes tropicales están acostumbradas a ver. Walter se ajustó el

chubasquero y, dándose cuenta de que entraría más agua de que la sacaba si seguía usando la escotilla para sacar cubos, ajustó la lona impermeable todo lo que pudo.

La lluvia duró toda la noche y era tan densa que, en ocasiones, a Walter le costaba respirar. La protección de la lona impermeable, que hasta entonces se había demostrado eficaz, fue insuficiente para impedir que litros y litros de agua se colaran al interior del submarino, uniéndose a toda la que había entrado por el orificio de la proa y que no les había dado tiempo a achicar. Con cada kilo de peso adicional, el Eta 2 se hacía más difícil de gobernar y sufría para remontar las olas. En un par de ocasiones, Walter se vio cubierto por completo por agua, mientras el barco, temblando de proa a popa, hacía por sacar el morro a la superficie.

Cuando entre las nubes empezó a notarse algo de claridad, Walter se percató de que las olas comenzaban a perder fuerza y tamaño. El viento se había calmado con la llegada de la lluvia y la mar parecía seguir los mismos pasos. Seguía lloviendo a raudales, pero si el oleaje disminuía, el mayor peligro habría pasado.

Poco después, Walter estaba a punto de pedir a Johnny que le relevara un rato, cuando algo captó su atención. Un pequeño disco con una aguja indicaba la temperatura del motor y no se había dado cuenta de que estaba señalando dentro de la zona roja. El guyanés miró hacia proa y vio que las olas, aunque más pequeñas, podían seguir suponiendo un problema si el submarino, sin gobierno, se atravesaba a ellas.

—¡Johnny! ¡El motor se está sobrecalentando!

—¿Qué hago?!

—¡Páralo! ¡Deja que siga funcionando sobre las baterías!
¡Tiraremos de lo que quede de ellas!

Walter esperó a que Johnny cumpliera sus instrucciones y, en cuanto notó que el diésel había parado, bajó del puente e hizo subir al chaval.

Pasando al pequeño compartimento que albergaba el motor, Walter hizo una primera inspección visual a la luz de la linterna más potente que tenían. No parecía haber nada fuera de lo normal; aunque, acercando la mano a las distintas zonas, era evidente que

tenían más temperatura de lo que debían. El guyanés se aseguró de que el extintor que descansaba al lado de la mesa estuviera en su sitio.

Lo siguiente que hizo fue comprobar el nivel de los tanques de combustible, verificando que, si bien no iban sobrados, todavía tenían suficiente para volver a Guyana y, desde luego, más que suficiente para que el motor siguiera funcionando. A continuación, se aseguró de que el combustible llegaba correctamente hasta la máquina. Todo parecía estar en orden, así que Walter se agachó para abrir la tapa del aceite.

La espuma que salió del pequeño tubo fue el mazazo que le faltaba a Walter para terminar de derrumbarse. Sacando un poco con el dedo, se la acercó a los ojos para confirmar que, efectivamente, había visto bien. El guyanés tenía una idea bastante clara de qué había provocado aquello. Siguiendo el tubo, vio que, en su parte inferior, algo menos de un palmo lo separaba de la cubierta. Aunque para entonces Walter chapoteaba solo en unos dedos de agua, sabía que el nivel habría llegado más arriba durante lo peor de la inundación. Poniéndose a cuatro patas y pegando la cara al suelo, miró con detenimiento la parte inferior del tubo, hasta encontrar lo que buscaba: una pequeña grieta en la unión del tubo con el cárter, por la que goteaba un hilillo de lo que el guyanés ya sabía que era aceite mezclado con agua.

«¡Maldita sea!»

Se juntaban dos problemas: no tenía los medios para hacer una reparación en condiciones de la grieta y tenía que sustituir todo el aceite del motor. Para lo primero, tendría que apañarse con lo que tenía, pero también sabía que no era algo grave... siempre que el barco no se volviese a inundar. Podía permitirse perder algo de aceite; lo que no podía volver a suceder era que entrase agua en el circuito. Para lo segundo, tenía una garrafa, aunque no estaba seguro de que, con lo que quedase, fuese suficiente para sustituir todo el circuito. Llevaba algo de aceite por si se producía una pérdida, pero cambiar todo el aceite del motor eran palabras mayores. Para más inri, todos los elementos del circuito habrían quedado manchados de la mezcla de agua y aceite. Lo ideal, ya que

era imposible desmontarlos y sanearlos en condiciones, era cambiar el aceite, al menos, un par de veces, para que el lubricante nuevo limpiara los restos del contaminado, pero no tenía suficiente, ni de lejos, para hacer algo así.

Decidiendo empezar por lo que estaba a su alcance, Walter se acercó a la sala para coger la caja de herramientas. Uno de los elementos que más abultaba era un rollo de la mejor cinta americana que conocía. Con lo que disponía a bordo, aquello era lo único que podía servir para tapar la pequeña grieta. Aunque Walter sabía que la temperatura del motor jugaría en su contra, no le quedaba otra que confiar en que la cinta hiciera su magia.

El motor aún estaba caliente, y lo estaría durante un tiempo, así que decidió ir reuniendo el material para el segundo paso. Tenía que vaciar todo el aceite contaminado y, para evitar que cayera sobre el suelo, cogió un embudo, un trozo de manguera y una garrafa vacía. Ese paso también tendría que esperar a que el motor se enfriara.

—¿Cómo va? —preguntó Walter, acercándose a la sala.

—Las baterías están casi muertas —respondió Johnny—; apenas avanzamos y cuesta que responda a las órdenes de timón.

—¿Y la mar?

—Parece que sigue bajando, pero...

No hizo falta que lo dijera en alto. Si el narcosubmarino se paraba por completo, por mucho que hubiese disminuido la mar, corrían el riesgo de quedarse atravesados a las olas y volcar. A pesar de que la mayoría de la embarcación estaba bajo el agua, lo que le daba una gran estabilidad, Walter empezaba a contemplar aquello como una posibilidad. Había pensado en dejar enfriar el motor media hora, pero decidió recortarlo a quince minutos.

Pasada la espera, el guyanés se acercó al motor y, con la mano, comprobó que la temperatura había disminuido. Pensando que la cinta americana sufriría en exceso si intentaba pegarla con el calor, decidió empezar por vaciar el aceite. Con el embudo bajo el tornillo del cárter y la manguera acoplada a este y a la garrafa, sacó el tornillo. El aceite salió a borbotones pero, acostumbrado a verlo, Walter sabía que no estaba en buen estado; lleno de espuma, se habría reducido drásticamente su capacidad de lubricación. La

garrafa se llenó rápidamente y tuvo que utilizar botellas de agua vacías que había cogido, precisamente, por si pasaba algo así. Varias botellas después, el flujo comenzó a disminuir y, finalmente, se convirtió en un ligero goteo. Walter dejó el tornillo abierto con la manguera puesta y, mientras las últimas gotas salían, agarró la cinta americana.

Llevaba un tiempo dándole vueltas a cómo hacer una reparación algo más fiable; pero, con el material que tenía, no se le había ocurrido nada. Tras limpiar lo mejor que pudo el exterior de la pequeña grieta, Walter cortó un trozo de cinta de la misma longitud y, empezando por el centro, lo pegó sobre la fisura. Cuando estuvo satisfecho, fue cortando trozos más pequeños que colocó encima, atravesados, para asegurar el primero.

Por último, el guyanés verificó que ya no salía aceite por el cárter y, retirando el embudo y la manguera, volvió a cerrar el tornillo. Ya solo quedaba el último paso. Walter cogió la garrafa de aceite y, con cuidado de no derramar nada, vertió el contenido en el circuito de lubricación del motor. Tras vaciar la garrafa, limpió la varilla con un trapo y midió el nivel. Estaba unos centímetros por debajo de la marca del mínimo. El guyanés se recostó sobre el mamparo. Tenía dos opciones: poner al motor a funcionar con menos aceite del que necesitaba o mezclarlo con algo del contaminado. No tenía forma de saber cuál de las dos sería más peligrosa.

Walter suspiró. No le quedaba otra que probar. El motor llevaba un tiempo funcionando con aceite en mal estado; tendría que confiar en que aguantara. Sabiendo que no había vuelta atrás, vertió el contenido de la garrafa que había extraído al principio, con cuidado de no poner ni una gota más de la necesaria de aceite contaminado.

—¡Johnny! ¡Voy a arrancar!

No era un hombre religioso, pero Walter estuvo a punto de santiguarse antes de poner en marcha el motor.

Dos convulsiones despertaron a la máquina pero, cuando Walter ya pensaba que no iba a lograrlo, el motor terminó de arrancar y se quedó funcionando al ralentí. Con el motor diésel desconectado de las baterías, tenía una carga de trabajo mínima. Walter se quedó un par de minutos comprobando que funcionaba con normalidad y que

no perdía aceite por la grieta, antes de volver a la sala.

—¡Parece que está bien! —le gritó a los pies de Johnny, que estaba de pie en la plataforma—. Voy a dejar que se caliente un poco y lo probaré sin conectar.

—¡Vale!

Walter podía oír la lluvia golpear la lona impermeable y no envidiaba al chaval, aunque se dio cuenta de que él, empapado, también estaba tiritando.

Unos minutos después, satisfecho de que el motor había alcanzado la temperatura de trabajo y parecía funcionar con normalidad, lo aceleró en vacío. La máquina respondió bien y Walter empezó a pensar que podían salir de aquella. Consciente de que la prueba de fuego sería con el motor cargando las baterías, decidió que había llegado el momento.

—¡Johnny! ¡Cámbiame!

Walter esperó a que el chaval se bajara, acompañado por una cascada de agua, y se encaramó en la plataforma. Sacó la cabeza por el hueco de la lona, asegurándose que seguía bien ajustada a los bordes, y miró alrededor. La claridad dominante evidenciaba que ya era por completo de día, aunque las densas nubes no dejaban pasar gran parte de la luz. Para Walter, que llevaba más tiempo sin verlas, estaba claro que las olas habían perdido tamaño, aunque el riesgo continuaba existiendo.

—¡¡¡Conecta el motor!!! —gritó para hacerse oír por encima del estruendo de la lluvia.

Al diseñar los Eta, Walter tuvo que elegir entre un embrague que permitiera conectar, alternativamente, el motor diésel y el eléctrico al eje o mantener el diésel siempre conectado a las baterías y que estas, a través del motor eléctrico, fueran las que movieran el eje en cualquier circunstancia. Se decantó por la segunda opción, sabedor de que era la habitual en los submarinos convencionales modernos y que le ahorraba el engorroso y delicado embrague. Otra opción hubiera sido contar con una hélice distinta para el motor eléctrico. Concretamente, se habría tratado de una pareja de hélices, dispuestas a los lados y algo por encima de la principal. Eso le hubiese ahorrado construir una caja de engranajes, pues cada

motor quedaba embragado a su eje y no tenía que acoplar este a uno u otro. Pero contar con otras dos hélices también complicaba el diseño y, finalmente, se decidió por mantener el diésel siempre cargando las baterías. Para hacer la reparación, lo había aislado y, ahora, solo tenía que volver a conectarlo. Por suerte, este sistema solo lo necesitaba en los submarinos, ya que los semisumergibles navegaban siempre propulsados por su motor diésel.

En unos segundos, Walter notó perfectamente cómo el narcosubmarino perdía el poco empuje que le daban las baterías y, con el motor al ralentí, se quedaba a merced de las olas. Rápidamente, pero con cuidado de no dar un palancazo, empujó el mando del motor diésel hacia delante, concentrándose en sentir el ronroneo de la máquina y la nueva inercia del barco. Incluso en avance poca, el diésel ya le daba más velocidad que lo que habían estado haciendo las baterías.

—¡Vigila la temperatura! —gritó Walter hacia abajo—. ¡Avisa si sube y, si la aguja llega a lo rojo, páralo sin preguntar!

Su repetidor podía estar defectuoso y se fiaba más de la lectura directa en el propio motor.

—¡Vale!

Durante unos minutos, el narcosubmarino avanzó con el motor a la mínima potencia, con el objeto de asegurarse de que estaba en condiciones de funcionar. Cuando estuvo satisfecho, Walter avisó a Johnny y subió las revoluciones. El ruido del motor aumentó y la embarcación incrementó su velocidad, hasta acomodarse en unos respetables ocho nudos. Walter se dispuso a dejarla andar así unos minutos para probar.

—¡¡Jefe!! ¡La aguja está subiendo!

—¡¿Ha llegado a lo rojo?! —exclamó, mirando su propio indicador.

—¡No! ¡Sube despacio!

—¡Sigue vigilándola!

Walter estuvo a punto de reducir la marcha, pero decidió que tenían que forzar para llegar a Guyana. La tormenta los había desviado de su ruta y no estaba seguro de que tuviesen combustible suficiente para volver. Los víveres los podían racionar, pero el combustible era finito.

—¡¡Jefe!! ¡Se acerca a lo rojo!

Maldiciendo, Walter tiró de la palanca y la devolvió a la posición anterior.

—¡Ha dejado de subir! —gritó Johnny.

—¡Vale!

Walter suspiró. No había sido suficiente. El aceite contaminado que había vuelto a verter en el circuito, probablemente, habría creado la misma espuma que vio al sacar el aceite original. Pero ya no tenía solución. Tenían que aguantar con lo que quedaba. Era evidente que el aceite había perdido parte de sus propiedades lubricantes; pero, aparentemente, no todas. La conclusión era tan clara como perniciosa: tendría que seguir navegando a mínima velocidad.

Tras coger el GPS portátil que mantenían junto a los mandos, comprobar la velocidad y memorizar lo que quedaba hasta el final del trayecto, Walter se bajó de la plataforma y dio orden a Johnny de que subiera. Lo siguiente que hizo fue comprobar los niveles de combustible y, en un pequeño cuaderno, dividir las millas que el GPS indicaba por la velocidad que estaban dando.

El frío y la humedad lo calaron tanto, que ni siquiera las pocas horas de sol de esa tarde, tras varios días bajo espesas nubes, consiguieron hacerle entrar en calor.

—Jefe.

Walter miró hacia abajo y vio que Johnny le tendía otro cubo de agua. Haciendo un esfuerzo, se agachó para cogerlo y, alzándolo con la mano libre, lo echó por la borda. Además del frío, el sueño y el hambre los debilitaron hasta límites que Walter no conocía.

Tras dejar la pequeña radio portátil en la plataforma, sacó una linterna. Era cierto que estaba muerto de frío, la humedad de la noche calándole hasta los huesos, y más cansado de lo que recordaba haber estado nunca, pero todo estaba a punto de mejorar. El guyanés alumbró el casco del Eta 2 con tres destellos rápidos y se concentró en mirar hacia proa. Unos segundos después, otra serie de tres fogonazos iluminaron algo cerca de la

superficie. Walter llevó la palanca del motor a la posición neutra y dejó que el narcosubmarino perdiera arrancada mientras dejaba la linterna iluminando el casco.

Unos minutos después, la Épsilon 4 flotaba al costado de la Eta 2.

Walter subió a la cubierta y Johnny se asomó a la escotilla. Por suerte, la mar estaba en calma y pudieron pasar los bultos con relativa facilidad. Los cálculos de velocidad y distancia resultaron ser desoladores y Walter había tenido que tomar una decisión. Aquella misma noche, usó la radio de larga distancia para contactar con Guyana. Saltándose los códigos, pues con ellos no tenía forma de decir lo que necesitaba, dio unas instrucciones muy concretas.

El primer bulto que les pasaron desde la Épsilon parecía ser comida. Con el agua no tenían inconveniente ninguno, pues aprovecharon el aguacero para rellenar sus garrafas y botellas de agua potable. Pero el desvío provocado por la tormenta y los retrasos derivados de la avería del motor doblaron el tiempo previsto de viaje y llevaban varios días sin apenas comer.

Tras un par de bolsas más, Walter vio que el siguiente objeto era una garrafa. Podía ser aceite o combustible. Lo primero, para intentar descontaminar el circuito de lubricación del eje y conseguir dar una velocidad algo más alta; lo segundo, para tener suficiente para llegar a casa. El motor consumía menos a menor velocidad, pero la relación no era constante y, a una velocidad mayor, era capaz de recorrer más distancia con el mismo combustible. Recuperando el funcionamiento normal de la máquina y con algo más de combustible, Walter contaba con llegar a Guyana sin problemas. De hecho, había pedido suficiente combustible para llegar aunque el motor no fuese capaz de desarrollar más velocidad. La Épsilon, que iba de camino a Cabo Verde, se tuvo que desviar para encontrarles y parte del espacio de carga estaba ocupado por el material que Walter necesitaba, pero la alternativa era, posiblemente, perecer en medio del océano.

La transferencia les llevó varios minutos más y, al final, Walter despidió a la Épsilon con un agradecimiento muy sentido. El semisumergible continuó su viaje a levante y él se metió dentro para empezar a trabajar.

En la sala, se encontró a Johnny abriendo una de las bolsas.

—Johnny, tenemos que ponernos a trabajar.

—Solo un minuto, jefe, por favor. Me muero de hambre.

Walter vio cómo el chaval abría las bolsas con dedos temblorosos, hasta que encontró una con barritas de chocolate. Tirándole una, se puso a abrir otra con ansiedad y, al metérsela en la boca, cerró los ojos en una mueca de placer profundo. Consciente de que uno o dos minutos no harían ninguna diferencia, Walter abrió su chocolatina y se la comió en dos bocados. Tuvo que admitir que le hacía falta. Evidentemente, no tenía forma de pesarse, pero estaba seguro de haber perdido varios kilos en la travesía.

—Ve metiendo el combustible —dijo Walter cuando hubo tragado—. Yo voy a ponerme con el motor.

Tenía aceite suficiente para llenar el circuito de lubricación dos veces, así que Walter decidió vaciarlo por completo para empezar, con el objeto de eliminar todo el aceite contaminado que pudiera. Repitiendo la maniobra de unos días atrás, volvió a llenar la misma garrafa, que había vaciado previamente. Cuando la hubo echado por la borda, cerró el tornillo del cárter y vertió cerca de dos garrafas completas nuevas.

Unos minutos después, tras probar el motor al ralentí, el Eta 2 volvía a navegar a su velocidad de crucero mientras sus dos tripulantes se atiborraban de comida.

Walter se dejó caer de la cubierta al remolque y, de ahí, a la playa. A su espalda, la sombra del Eta 2 se recortaba ante el cielo estrellado y, enfrente, la espesa vegetación ocultaba otro de sus puntos favoritos para lanzar y recoger las embarcaciones. Pluto se acercó corriendo y casi lo tira al suelo, al demostrarle su cariño echándose contra sus piernas.

Lo habían logrado. La travesía había estado llena de obstáculos, pero había conseguido volver. Y, si algo había tenido de bueno, es que había tenido tiempo de sobra para pensar; horas y horas para repasar los hechos acontecidos en aguas de Cabo Verde. Walter no se engañaba; sabía que estaba furioso con el Albatros. Hasta

entonces, el patrullero había supuesto un obstáculo más que vencer; un inconveniente que, hasta cierto punto, había resultado un reto interesante, obligándole a depurar sus diseños y planear con detalle los envíos y las otras navegaciones. Pero ya se había convertido en algo personal.

«Esos cabrones no solo han cogido a David, sino que han estado a punto de mandarme al fondo del Atlántico. Si creen que esto va a quedar así, están muy equivocados».

Walter había pasado todo el viaje pensando que tenía que haber torpedeado aquel maldito mercante. Eso hubiera demostrado que sus amenazas eran serias y hubiese entretenido al Albatros y a su helicóptero, que no habrían podido perseguirlo.

Si antes ya lo tenía claro, ahora no le cabía ninguna duda de que la única manera de que su negocio sobreviviera, pasaba por dejar al Albatros fuera de juego. La amenaza al tráfico mercante no había funcionado y Walter sabía que ya se estarían tomando medidas para proteger a los barcos civiles en la zona. No podía arriesgarse a hacer lo mismo otra vez.

No. Tenía que ir directamente a por el patrullero. El problema era que tenía la impresión de que el Albatros no se estaba acercando a sus narcosubmarinos. Todos los asaltos se habían hecho desde las embarcaciones o el helicóptero. Con las primeras no tenía mucho que hacer; estaba seguro que en un tiroteo, saldrían perdiendo; contra el segundo, sencillamente, no podía hacer nada.

Por tanto, la solución tenía que ser otra. Walter había tenido tiempo de sobra para darle vueltas y contaba con un plan bastante avanzado. Por suerte, el Eta 3 estaba prácticamente listo.

Diez días después de llegar en el Eta 2, Walter ya tenía casi todo listo para volver a salir. Sin un momento que perder, había estado trabajando a destajo y el submarino estaba listo. Ahora, solo le faltaba la otra mitad de la tripulación.

En circunstancias normales, Walter dejaba a sus tripulantes bastante tiempo entre en un viaje y otro. Las condiciones a bordo eran pésimas y, a pesar de que se esmeraba en cuidar las

embarcaciones, las travesías no estaban exentas de peligro. Además, dado que, al contrario que otros traficantes que usaban narcosubmarinos, contaba con usar a sus hombres en muchos viajes, le convenía mantenerlos contentos.

El guyanés frenó la furgoneta y tiró del freno de mano. Antes de abrir la puerta, acarició a Pluto para intentar calmarlo. Nada más detener el vehículo, el perro había levantado las orejas y esperaba a que Walter abriera la puerta para salir disparado. Pero, para lo que iba a hacer, Walter no lo quería con él.

—Vamos. Tranquilo: ahora vengo.

Walter se bajó del vehículo y rodeó el capó para llegar a la entrada de la vivienda. Era algo menos humilde que las que se solían ver por la zona y se alegró de ver que Johnny había invertido parte del dinero que Walter le pagaba en que sus padres tuvieran una casa decente. Era un buen chaval y le daba pena hacer lo que iba a tener que hacer.

Casi inconscientemente, Walter palpó la Glock de 9 mm que llevaba metida dentro del cinturón a la espalda. No tenía la más mínima intención de usarla, pero sabía que se movía en un entorno potencialmente violento y le daba seguridad.

Walter se acercó a la puerta y llamó con los nudillos. Unos segundos después, una señora mayor, bajita y regordeta, abrió la puerta.

—Buenos días —saludó Walter con su mejor sonrisa—. ¿Está Johnny?

—Un momento —respondió la señora y, tras mirarlo de arriba abajo, gritó hacia el interior de la casa—: ¡Johnny! ¡Tienes visita!

Poco después, su último compañero de aventuras apareció.

—¡Jefe! —dijo, sorprendido.

—Buenos días, Johnny. ¿Podemos hablar un momento?

—Claro —contestó el muchacho, saliendo y cerrando la puerta tras él.

Walter, que no veía la necesidad de asustar a sus padres, caminó hasta la furgoneta.

—Es una casa bonita —dijo—. Me alegro de que no estés despilfarrando el dinero que te pago.

—Se lo merecen —contestó Johnny—. Mis padres siempre han hecho todo lo que han podido por mí.

—Estoy seguro. Espero que puedas seguir cuidándolos mucho años —dijo Walter, mirando significativamente al chaval—. Estoy seguro de que a Tamika también la tratas muy bien.

Johnny no pudo evitar que se le abriera ligeramente la boca y se le dilataran las pupilas. Walter sabía que no le habría hecho ninguna gracia que apareciera en casa de sus padres pero, probablemente, esperaba que no supiera nada de su novia.

—¿Puedo ayudarte en algo, jefe?

—Te has portado muy bien en el último viaje —dijo Walter— y me da mucha rabia tener que decirte esto, pero necesito que vuelvas a venir conmigo en un par de días. ¿Tienes alguna pega?

—No —tragó saliva Johnny—. Claro que no. Cuando me digas.

Un mes después del incidente con el Leonie P, el Albatros seguía patrullando las aguas cercanas a Cabo Verde. Llevaban unas semanas tranquilas, con solo un posible contacto que desecharon como un falso eco, hacía unos diez días. Sin embargo, eso no significaba que la actividad hubiese decaído; solo habían pasado un par de días en Mindelo, haciendo víveres y combustible. En la mar, continuaban remolcando el sonar a todas horas, comprobando cualquier posible contacto, mientras que el helicóptero hacía dos patrullas al día, intentando poner más sensores en juego para que nada se les escapase. Para rematar, el segundo comandante mantenía un apretado calendario de adiestramiento, aunque Pablo tenía que admitir, no tan exigente como los que hacían al principio de cada misión, cuando necesitaban echar a andar equipos nuevos.

—¿Qué tal todo por ahí? —preguntó Pablo, a través del teléfono.

—Bien —respondió Marta—. Echándote de menos.

—Bueno, has sobrevivido muchos años sin mí, estoy seguro de que aguantarás.

—Me aburro —protestó la extremeña—. Tengo ganas de ir a verte; si no fuera por...

—Ni lo nombres —interrumpió Pablo, intentando no recordar los

momentos más angustiosos de su vida, vividos en plena jungla sanmartinense.

Marta suspiró.

—¿No sabes cuánto tiempo vais a tener que estar allí? No podemos estar toda la vida sin vernos.

—No lo sé, mi vida. Llevamos una época muy tranquila, pero parece que la droga sigue llegando a Europa, así que por algún lado se nos están colando.

—¿Y vais a seguir así? —protestó Marta—. Pablo, aunque sea por tu hija...

—Marta, créeme que a nadie le duele más que a mí, pero...

—¡Comandante!

—Perdona —dijo Pablo por el teléfono—. Dime, Gabi —añadió mirando a su segundo, que se acababa de asomar a la puerta de la cámara del comandante.

—Tenemos un contacto sospechoso —informó Gabi.

—Voy —contestó Pablo, antes de quitar la mano del micrófono del teléfono—. Marta, me tengo que ir. Te llamo en cuanto pueda.

Pablo se puso de pie rápidamente y salió al pasillo, subió la escala y entró en el CIC.

—Contadme.

—Contacto sonar al 290, 16000 yardas —dijo Gabi, que había subido nada más llamarle.

—¿Nada en el radar?

—Nada.

—¿Cuánto queda para que salga el helicóptero?

—La salida prevista era en una hora —dijo Gabi.

—Vamos a ver si la pueden adelantar —mandó Pablo—. Y vamos avisando a Paco, para que esté al tanto.

—Enterado.

—Hay que pillar a estos, Gabi. Hace demasiado que no cogemos un alijo.

—Lo sé, comandante.

—Zafarrancho de combate.

Navegando en superficie, con el torso fuera de la escotilla del Eta 3, Walter estaba a punto de hacer inmersión. Una de las conclusiones de la navegación anterior había sido que la capacidad de baterías era muy limitada y, dado que el Eta 2 pasaría un tiempo sin estar listo para salir otra vez, Walter aprovechó los pocos días de descanso en Guyana para meter las baterías del Eta 2 en el Eta 3. Llevar la bodega vacía le permitía almacenar todas las que quisiera y, quitando los lastres, mantenía el submarino trimado.

Los días de actividad frenética en Guyana y el tránsito hasta aguas de Cabo Verde no hicieron otra cosa que enfurecerle más: rumiando sobre no haber sido capaz de vengar la captura de David y ser acosado casi hasta ser detenido o hundido por el helicóptero del maldito Albatros. Antes de la anterior navegación, Walter pensaba que derrotando al patrullero, además de tener vía libre para seguir mandando las Épsilon a Cabo Verde, tendría motivos suficientes para exigir a los rusos que hicieran lo necesario para liberar a sus hombres, ya fuera de forma legal o no. Pero todo había fracasado y allí estaba otra vez, con la soga cada vez más apretada al cuello.

Walter estimaba que le costaba algo más de un millón de dólares construir cada semisumergible y cerca del doble uno de los submarinos. A pesar de lo mareante de la cifra, el negocio era muy rentable; sobre todo, porque las reutilizaba. El precio en destino de cada tonelada de coca rondaba los veinte millones. Él, lógicamente, solo se llevaba una pequeña parte, una vez sustraída la cantidad que tenía que abonar a los colombianos. Pero sus embarcaciones podían llevar entre cuatro y seis toneladas, con lo que en un solo viaje cubría los gastos. No podía ser de otra manera, cuando, en el Pacífico, los cárteles hacían narcosubmarinos de un solo uso.

El problema es que llevaba un tiempo gastando cantidades ingentes en desarrollar y construir los Eta y teniendo que compensar el cargamento perdido y todos los retrasados. Apenas le quedaba margen.

A pesar de haber doblado la cantidad de tiempo que podía pasar en inmersión, Walter no quería desperdiciar ni un minuto; sobre todo, con lo mal que lo pasaron la vez anterior. Pero había otro

motivo por el que seguía en superficie, y no era otro que poder usar, por última vez, la radio. Ahora, tenía una idea bastante clara de dónde estaban posicionadas las piezas en el tablero y, con ella, estaba en condiciones de ejecutar su plan y encargarse, de una vez por todas, de ese patrullero que tantos problemas le estaba dando.

Echando un último vistazo alrededor, Walter se agachó, cerró la escotilla sobre su cabeza y, comprobando que quedaba bien sellada, se sentó en la silla de la plataforma.

—¡Johnny, para y desconecta el diésel!

—¡Voy!

Después de que demostrara que estaba a la altura de las circunstancias, Walter había decidido que necesitaba al joven chaval. La cara que le puso cuando le hizo la oferta, evidenciaba que hubiese preferido quedarse en Guyana, dando uso a los 25000 dólares que había ganado en el viaje anterior; pero Walter, además de generoso, era muy claro con sus hombres: la opción de negarse no existía.

El Albatros volvía a hacer su extraño baile con un contacto desconocido: tenía que lanzar el helicóptero y arriar dos embarcaciones mientras mantenía un débil contacto sonar sin dejarle acercarse, pero permaneciendo entre este y las islas. Gabi coordinaba los distintos eventos como un hábil juglar y, en el puente, Juan evolucionaba el barco según las distintas necesidades, encontrando las combinaciones de rumbo y velocidad que permitían hacer las maniobras con seguridad y cumpliendo las instrucciones tácticas que daba el comandante.

Pablo estaba sentado en su sillón del puente, dejando a sus oficiales hacer. Llevaba ya un tiempo insatisfecho con el desarrollo de la misión, pero sin saber concretamente por qué. La conversación con Marta acababa de arrojar algo de luz sobre el asunto. La extremeña tenía toda la razón: no habían avanzado nada. Seguían exactamente igual que unos meses antes y solo habían conseguido capturar un alijo y dos embarcaciones vacías. Si bien las detenciones habían supuesto una motivación, la realidad es

que no podían decir que hubiesen logrado cortar o, siquiera, reducir el tráfico de drogas a las islas. Por eso, era fundamental que cogieran a estos.

Poniéndose de pie, Pablo recorrió los escasos metros que lo separaban del CIC.

—El helicóptero está a punto de llegar —le informó Gabi.

—¿Nada nuevo en el sonar?

—No. Y la firma acústica del contacto parece encajar con la de los semisumergibles.

—Muy bien.

Pablo esperó un minuto mientras miraba el pequeño símbolo que representaba al Agusta-Bell de Joseba acercarse a otro símbolo, de color rojo, que indicaba la posición del contacto sonar, introducida manualmente por el marinero sentado a la derecha de Gabi.

—Albatros de Arcángel.

—Albatros —contestó el controlador.

—Tenemos visual sobre el objetivo. Confirmando que se trata de una embarcación semisumergible.

—Aquí Albatros, recibido. Mantenga contacto visual desde una posición en la que no vaya a ser detectado.

Pablo asintió su aprobación; era esencial mantener la sorpresa hasta que llegase Paco con su equipo. De hecho, otras dos pequeñas trazas aparecían en la consola táctica, dirigiéndose a toda velocidad hacia la posición del semisumergible. Pablo sabía que eran las Ranas 1 y 2, sus dos embarcaciones, a bordo de las que iban Paco y media docena de sus hombres, deseosos de coger otro alijo y detener a más traficantes.

—¡Posible contacto!

Pablo se giró para mirar a Guillaume que, sentado en la consola del sonar, acababa de dar el aviso.

—¿Dónde?!

—Muy cerca del primero —dijo el francés—. De hecho, es muy posible que no lo hayamos cogido antes porque estaba oculto por el otro.

—Bueno, si está cerca del otro, no es problema, por ahora —sostuvo Pablo.

—Pero es indicativo de que puede que esto no sea tan fácil como creíamos —insinuó Gabi.

—Hay otra cosa —informó Guillaume—. A este no se le oye el motor.

—¿Sumergido? —preguntó Pablo.

—Es muy posible —contestó el francés.

Pablo se volvió a mirar la presentación táctica en la consola de Gabi, donde ya habían pintado la posición del nuevo contacto, y se llevó la mano al lóbulo de la oreja mientras pensaba. Un semisumergible y un submarino. Podía tratarse de que, sencillamente, estaban intentando doblar las posibilidades de que alguno llegara a destino, pero era demasiada coincidencia que estuvieran tan juntos. Todo parecía indicar que uno era una distracción y el otro sería el que llevaba la carga. De ser así, lo lógico sería que la droga fuese en el submarino que, *a priori*, era más difícil de detectar. Pero Pablo estaba seguro de que los narcos ya sabían que les cogía con el sonar, así que era posible que estuviesen intentando confundirle. En cualquier caso, siempre que mantuviera ambos contactos alejados, no supondrían un peligro para el Albatros y debía tener tiempo de sobra para encargarse de ellos, uno a uno.

El marino gaditano decidió que terminarían el asalto al semisumergible. La operación ya estaba en marcha y ahora tardarían más en pararla y dar nuevas instrucciones, que en rematar la faena y luego dedicarse a cazar al submarino. Con el helicóptero en el aire y contacto sonar, Pablo sabía que tenía ventaja y, siendo de día, el submarino no se le iba a escapar. No podía estar mucho tiempo debajo del agua y, esta vez, no había barcos civiles cerca a los que amenazar para obligar al Albatros a retirarse.

—Seguimos con la interceptación al semisumergible —ordenó—. Luego nos preocuparemos del otro.

La *rhib* planeaba por encima de las olas, el casco tocando solo la superficie de las crestas, mientras Paco y los suyos se agarraban como podían a los asientos y las trincas para no salir disparados. El

madrileño hubiera estado asustado, de no ser porque ya llevaba años en el Albatros y había terminado por acostumbrarse y fiarse de la habilidad de Jonás a los mandos.

Hacía ya unos minutos que habían salido del Albatros y, a pesar de la velocidad que desarrollaban las dos embarcaciones, aún no veían su objetivo. Paco sabía que lo encontrarían en el último momento, ya que solo sobresalía unos centímetros del agua, y por eso el Albatros les guiaba a través de la radio. Estaban ya cerca y Jonás redujo velocidad. Por muy absurdo que pudiera parecer, la posibilidad de que colisionaran con el semisumergible sin verlo era real.

En la *rhib*, todas las cabezas comenzaron a girar alrededor, buscando algo que perturbara la superficie de las olas. Eran conscientes de que la precisión del contacto sonar no era exacta y el narcosubmarino podía aparecer por cualquier lado. Fue Juan Carlos, sentado en la parte delantera, el primero en verlo.

—¡Allí! —gritó, señalando con la mano.

Jonás localizó el objetivo enseguida y empujó la palanca del motor, haciendo que la embarcación se encabritara y, tras estabilizarse, volviera a planear; en esta ocasión, con el morro hacia el semisumergible. Poco después, el cabo reducía las revoluciones y la *rhib* se asentaba sobre la superficie, ya tan solo a unos metros de su objetivo.

—¡Preparaos para saltar! —gritó Paco.

Los tres designados asintieron con caras serias de concentración.

Sin necesidad de más instrucciones, Jonás aproximó la embarcación al costado del narcosubmarino. Paco se concentró en su objetivo y le llamó la atención que alguien miraba por los ventanucos, pendiente de las maniobras de la *rhib*.

—¡Id con cuidado! ¡Nos están esperando!

Sus hombres lo miraron, dándose por enterados sin necesidad de decir nada.

Jonás finalizó la maniobra de aproximación y el flotador de babor de la *rhib* besó el costado de estribor del semisumergible. Suso, el primero que iba a saltar, tenía ya un pie encima del flotador, cuando algo captó la atención de Paco.

El hombre que los miraba concentrado por el ventanuco acababa de agachar la cabeza y Paco estaba seguro de que iba a accionar alguno de los controles.

—¡¡¡Cuidado!!! ¡Agarradlo!

No había terminado de gritar cuando el narcosubmarino, echando una humareda por el escape, redujo drásticamente su velocidad y comenzó a alejarse hacia babor, al tiempo que se quedaba atrás.

La *rhib* reaccionaba vivamente a los controles y Jonás tenía unos reflejos felinos, pero un segundo fue suficiente: el hueco entre ambas embarcaciones se abrió y, de repente, Suso estaba saltando al vacío.

Paco vio a cámara lenta cómo Suso intentó corregir el salto, pero ya estaba medio en el aire y era demasiado tarde: ni llegaría tan lejos como para alcanzar la cubierta del semisumergible ni estaba a tiempo de permanecer a bordo de la *rhib*.

Juan Carlos y Juampe se lanzaron a por su compañero. Paco, unos metros más atrás, al lado del puesto del patrón, vio como ambos lograron asir a Suso por el chaleco y, agarrándose al flotador, se hicieron fuertes en la *rhib*. El movimiento de Suso habría sido cómico de no ser por la situación. Sus piernas, sin nada que lo impidiera, continuaron adelante, mientras que su torso, trincado desde atrás por sus dos compañeros, quedó detenido en el aire, haciendo que su cuerpo dibujara una curva hasta quedar, prácticamente, horizontal.

Con dos enormes gruñidos, Juan Carlos y Juampe tiraron hacia atrás, logrando que la espalda de Suso cayera sobre el flotador de la embarcación. Sus pies, sin embargo, se fueron al agua. Por suerte, Jonás había reducido el andar de la *rhib* y la corriente no lo arrastró. Con otro jalón hercúleo, los dos hombres lograron izar a su compañero a bordo, que se revolvió como un animal para ponerse bocabajo sobre el flotador y, ayudándose con las manos, meter las piernas dentro.

No habían transcurrido ni dos segundos, pero el narcosubmarino ya se alejaba por babor. Jonás volvió a meter la palanca hasta el fondo y, girando el volante a la izquierda, buscaba volver a acercarse a su objetivo.

—¡Espera! —gritó Paco—. No podemos volver a hacer lo mismo. Va a haber que pararlo por las malas. Ponte en paralelo.

El cabo obedeció sin rechistar, llevando a la *rhib*, que tenía una enorme ventaja de velocidad y agilidad sobre el narcosubmarino, a situarse a la altura de este, pero unos metros a su estribor.

—¡Juan Carlos! ¡Tres ráfagas por la proa!

Para abordajes como aquel, no artillaban las embarcaciones, así que solo contaban con sus armas personales, pero sería suficiente. Juan Carlos llevaba uno de los últimos modelos del mítico MP-5 de Heckler & Koch y, si bien no tenía la misma potencia de fuego que la ametralladora que podían montar en un apóstol cerca de la proa de la *rhib*, sería más que suficiente.

—¡Enterado, jefe!

El veterano de la Fuerza de Guerra Naval Especial se apoyó sobre el flotador y encaró el subfusil hacia la proa del narcosubmarino. Tras unos segundos que seguro que aprovechó para hacerse con el movimiento de la embarcación, abrió fuego en tres cortas y concentradas ráfagas. Paco no pudo dejar de admirar que, incluso en esa situación, los disparos se agruparon en un círculo de menos de un metro.

El madrileño se concentró en comprobar la reacción de los traficantes, esperando que se detuvieran y dejaran de ponérselo difícil; tendrían que saber que no podían ir a ningún lado.

Pero no fue así. Una vez más, el narcosubmarino redujo drásticamente velocidad —Paco suponía que daban atrás para frenarse— y cayó a estribor, acercándose a la embarcación del Albatros, con la clara intención de cortar la popa.

—¡Déjalo pasar! —mandó Paco—. Nos pondremos al otro lado.

Jonás subió velocidad para dejar al semisumergible por la popa y, dibujando una cerradísima curva, se colocó por el costado de babor de los narcos.

—¡Juan Carlos! ¡Esta vez a dar! ¡En la zona de proa; donde la carga!

Walter estaba tan cerca, que lo había oído todo y, sin haber

sacado el periscopio, tenía una idea bastante clara de qué pasaba en la superficie. Desde un principio, tuvo controlada a la Épsilon y, antes de sumergirse, recibió la última posición del Albatros a través de uno de sus informadores. Poco después de hacer inmersión, los hidrófonos captaron dos señales muy agudas, provenientes de esa demora. Walter sabía que se trataría de las embarcaciones del Albatros, al igual que sabía que el helicóptero debía de rondar ya por encima de su cabeza. Pero no le preocupaba en exceso; no le iba a dar la oportunidad de cazarle como habían hecho la última vez.

Guiado por el sonido, Walter siguió a las *rhibs* del Albatros hasta que se juntaron con la Épsilon. A su vez, él le daba instrucciones a Johnny para que mantuviera al Eta 3 en la posición correcta. Los hidrófonos le permitieron escuchar la reacción de los suyos; un enorme ruido de burbujas indicando que habían dado atrás para intentar alguna maniobra evasiva. Estaban tan cerca, que el guyanés escuchó, incluso, los disparos al agua y, poco después, unos impactos en lo que tenía que ser la Épsilon.

Lo que pretendía hacer era casi imposible con las embarcaciones en movimiento, por lo que Walter había estado esperando ese momento. Con la Épsilon parada, tuvo que concentrarse en escuchar a las dos *rhibs*, una de las cuales también parecía haberse detenido. Sabiendo que era el momento, Walter le cambió el sitio a Johnny.

Una vez acomodado en el sillón de la plataforma, redujo la velocidad al mínimo de gobierno y, tirando de la palanca de los timones de buceo, levantó el morro del submarino, buscando la superficie. No quería mostrarse ni un segundo más de lo necesario, por lo que hizo la ascensión mirando a través del periscopio, atento al momento en el que rompería la superficie, y con el visor orientado hacia donde estimaba que estaba su objetivo.

Unos segundos después, el mástil del Eta 3 emergía. Walter corrigió los planos rápidamente, evitando que el narcosubmarino apareciera en superficie, mientras giraba ligeramente el periscopio en busca de las embarcaciones del Albatros. Estaban casi por la proa.

Satisfecho, Walter metió planos a bajar y, en cuanto estuvo bajo el agua, subió velocidad. Para lo que quería hacer, tendría que acercarse muchísimo. Era arriesgado, pero no le quedaba otra. La próxima vez que subiera a superficie, estaría listo para ejecutar su plan.

—Comandante, Rana 1 informa de que tres miembros del equipo de abordaje han saltado al objetivo.

—Enterado —respondió Pablo, que no perdía detalle de la retransmisión de la cámara del helicóptero, posicionado encima de la escena para proporcionar cobertura y, de ser necesario, actuar como enlace.

Efectivamente, la imagen de la pantalla grande del CIC mostraba un semisumergible a la deriva, con una de las *rhibs* del Albatros en las proximidades. Por la traicionera cubierta del narcosubmarino se movían tres figuras y una de ellas se acercó a la escotilla para aporrearla.

Pablo vio cómo la trampilla se levantaba y aparecían dos manos. Los tres asaltantes encañonaron al narco, que salió a la cubierta y fue cacheado por uno de ellos. Pablo sabía que lo pasarían a la *rhib* antes de sacar al segundo tripulante.

—¿Segundo?

—Dime, Guillaume —contestó Gabi.

—He perdido el segundo contacto; está justo detrás del primero. Me ha parecido que bajaba velocidad y luego volvía a subir...

—No me preocupa —intervino Pablo—. Si se está acercando, mejor para nosotros. En cuanto aseguremos el semisumergible, mandamos al helicóptero a por él para obligarlo a hacer superficie y que lo cojan los del equipo de abordaje.

—Enterado, comandante —respondió el francés—. Le aviso si veo algo más.

Pablo volvió a mirar a la pantalla y pudo ver que el segundo tripulante del narcosubmarino estaba ya en cubierta, siendo cacheado. En cuanto lo pasaran a la *rhib*, podrían comprobar el interior y concentrarse en el submarino. Aquello podía convertirse en

un día muy productivo.

—¡¡¡Torpedo!!! ¡¡¡Torpedo en demora 295!!!

—¿Qué ha dicho?! —dijo Pablo.

—¡Un torpedo! —contestó Guillaume—. La demora no varía; yo diría que va hacia el semisumergible.

Pablo miró la pantalla. No se apreciaba nada, así que el proyectil no podía haber salido de esa embarcación.

—¡¡¡Avisad a Paco!!!

¿Los narcos estaban disparando a su propia embarcación? Y, realmente, ¿tenían capacidad de darle a un blanco tan pequeño?

—¡Otro pez en el agua! —gritó Guillaume—. ¡Segundo torpedo en demora 296!

Paco estaba en la *rhib*, asegurándose de que el primer prisionero quedaba bien esposado y no hacía nada raro, cuando tronó la radio.

—¡¡¡Torpedo!!! ¡Os han tirado un torpedo!

El madrileño, atónito, no supo qué contestar y miró alrededor como un loco. A su izquierda, a babor, flotaba el narcosubmarino. Al mirarlo, algo llamó su atención. Detrás de la embarcación de los traficantes se veían dos estelas blancas de algo que se acercaba bajo el agua. Paco no se lo podía creer.

Estupefacto, se volvió hacia Jonás, que lo miraba con los ojos como platos. Paco fue a decirle que saliera de allí lo más rápido posible, pero se dio cuenta de que uno de los torpedos iba directo hacia el narcosubmarino, y tres de sus hombres seguían allí.

—¡Acércate! ¡Hay que sacarlos de ahí!

El cabo empujó la palanca y la *rhib* rugió, cayendo a babor conforme Jonás metía toda la caña a esa banda. Pero, nada más ponerle proa, Paco vio que era demasiado tarde. El proyectil submarino se acercaba irremediablemente y nunca llegarían a tiempo. En un amargo guiño del destino, parecía que la *rhib* y el torpedo llegarían a la vez a su objetivo.



Capítulo Nueve

¡¡¡BUM!!!

—*Putain!* —exclamó Guillaume, quitándose los cascos.

Pablo se agarraba con fuerza al respaldo del asiento de Gabi. El vídeo del helicóptero les había permitido ver la escena de la forma más viva y macabra. Dividiendo la pantalla en dos, el semisumergible; por su babor, dos proyectiles submarinos acercándose a toda velocidad; por su estribor, la *rhib* del Albatros, presumiblemente buscando evacuar a los suyos. El impacto había sido brutal: la imagen se desenfocó y, al recuperar la nitidez, solo se veía una columna de humo negro y algunos restos flotando.

—¡Llamad a las embarcaciones! —gritó Pablo—. ¡Preguntad si están bien! ¿Qué hay del segundo torpedo?

—Parece que ha pasado de largo —informó Guillaume.

—Llamad a la *rhib* —retransmitió Gabi.

Pablo no pudo dejar de notar el uso del singular.

Los segundos pasaron y en el CIC solo se oían las llamadas desesperadas de los operadores, intentando establecer comunicaciones.

—Comandante, ¿mandamos al helicóptero a por ese cabrón? —propuso Gabi.

Pablo se paró un momento a pensar.

—No, Gabi. No podemos. No sabemos qué ha pasado ahí —dijo, señalando con la cabeza la pantalla—. El helicóptero es una

herramienta demasiado valiosa y nos va a hacer falta para buscar supervivientes.

Gabi asintió, tragando saliva.

—¡Albatros de Rana 2, Albatros de Rana 2!

Gabi levantó un dedo para indicar que respondería él mismo.

—¡Albatros!

—Albatros de Rana 2, hemos sufrido un apagón; probablemente causado por el impacto. Por eso habíamos perdido comunicaciones, pero ya estamos otra vez en línea.

—Informe de la situación, Rana 2.

—¿Ha visto la explosión, Albatros?

—Afirmativo, Rana 2. Informe.

—Todavía no sabemos nada. Rana 1 estaba al costado del narcosubmarino cuando ha volado por los aires. No la vemos por ninguna parte.

—¿Supervivientes?

—Por ahora no vemos nada, Albatros.

—Albatros, recibido. Arcángel va a establecer comunicaciones con usted para darle instrucciones.

—Rana 2; recibido.

Gabi se giró hacia el controlador del helicóptero.

—Dígale que comience una búsqueda de supervivientes de la forma que estime oportuna y use a Rana 2 para confirmar lo que hay en superficie y recoger a los supervivientes... y a los cuerpos —suspiró Gabi—. Joseba sabrá mejor que nosotros cómo hacer el salvamento y rescate —añadió, mirando a Pablo.

El comandante del Albatros asintió, todavía en estado de shock. ¿Cómo había podido pasar? ¡Habían disparado a sus propios compañeros! ¿O es que más de un cártel luchaba por traficar en Cabo Verde? Pero, lo más increíble, era que habían sido capaces de acertar a un blanco tan pequeño. Los semisumergibles medían unos veinte metros de largo, por lo que, aunque el lanzamiento fuera en perpendicular, el mejor ángulo posible, la precisión necesaria era increíble. Claro que, por eso, habrían lanzado dos; al estilo de los primeros submarinos de la historia, un abanico de torpedos aumentaba las posibilidades de impacto, compensando el hecho de

que fueran de carrera rectilínea. Y el lanzamiento había sido muy cercano; apenas pasaron unos segundos desde que Guillaume diera la señal de alarma hasta el impacto.

Pablo apretó los dientes. El cuerpo le pedía poner todos los medios a su disposición para cazar a aquel hijo de puta, pero un vistazo a la cámara del helicóptero lo disuadió. El humo empezaba a despejarse y un montón de restos salpicaban la superficie. No se veía nada del semisumergible, pero aquello no le extrañaba. Con la ínfima reserva de flotabilidad con la que contaban, un poco de agua les mandaría al fondo y, tras ver lo que había pasado con el Guardiño, Pablo sabía que les había entrado algo más que un poco de agua.

Concentrado en buscar algo que se moviera o que se pareciera a una de sus *rhibs* en la pantalla, Pablo se acordó de algo.

—¡Guillaume! ¿Sigues teniendo el contacto?

—Negativo, comandante. La explosión ha perturbado por completo el agua y no vemos nada de lo que hay detrás. Habrá que esperar a que se aclare un poco.

«¡Joder!»

—¡Albatros de Arcángel, Albatros de Arcángel!

—Adelante para Albatros —contestó el controlador.

—¡Creo que tenemos uno vivo, hostia!

Pablo miró la pantalla y vio que, efectivamente, la cámara del helicóptero se centraba en lo que parecía una persona agitando los brazos.

—Arcángel de Albatros, mande a la embarcación para allá —ordenó el controlador, sin necesidad de que le dijeran nada.

—¡Voy!

El ánimo de Pablo mejoró de la forma más imperceptible; algo era algo.

—Comandante, ¿nosotros qué hacemos? —preguntó Gabi.

—¿A qué te refieres?

—Nos podemos ir acercando —propuso el gallego—. Para evitar que se nos escape.

Pablo se paró un instante a pensar.

—No, Gabi; sigue siendo peligroso.

—Ha tirado sus dos torpedos —observó Gabi.

—¿Y puedes estar seguro de que no tiene más?

—En el que cogimos todo parecía indicar que...

—Parecía indicar, sí —suspiró Pablo—. Pero no nos la podemos jugar. ¿Y si han conseguido meter un tercero? ¿Y si han diseñado una forma de recargarlos?

—Comandante...

—No, Gabi —contestó Pablo, tajantemente—. Ni siquiera sabemos si hay más de esos cabrones ahí fuera. Han ido siempre por delante; no podemos poner en peligro a todo el barco. Mira lo que ha pasado —subrayó, señalando con la cabeza a la pantalla.

Apretando los cascos para no dejar escapar ni el más mínimo ruido, Walter intentaba escuchar lo que tenía alrededor. Nada más lanzar los dos torpedos, bajó el submarino a unos veinte metros, lo que consideraba su cota máxima, y dibujó una curva cerrada para alejarse del lugar. A pesar de tirar los dos proyectiles, sabía que las posibilidades de impacto eran bajas y se había tenido que acercarse hasta tan solo unas cien yardas, momento en el que pinchó con el periscopio para confirmar y dar la orden a Johnny de que lanzara los dos torpedos. Al acabar la maniobra, cambiaron puestos para que él pudiera ponerse a los hidrófonos.

Walter temía que acercarse tanto fuera peligroso y que el helicóptero del Albatros los descubriera, pero los del patrullero parecían haber reaccionado como tenía previsto: utilizando a la aeronave para buscar a los naufragos. El guyanés sabía que era su ventana de oportunidad; por eso estaba alejándose a todo lo que daban las baterías, intentando abrir distancias antes de volver a superficie para poder usar el motor.

Era incapaz de escuchar nada por el hidrófono. Lo que buscaba lo tenían por la popa, que era, con diferencia, su peor sector, al verse afectado por el ruido del propio motor (aunque fuera el eléctrico) y la hélice. Pero, además, la explosión había perturbado el entorno marino y Walter todavía estaba recibiendo muchos ruidos raros, que imaginaba que estaban asociados a las burbujas creadas y, quizás,

al hundimiento de la Épsilon.

A medida que pasaban los minutos y la situación parecía calmarse, Walter se paró a pensar en lo que acababa de hacer. Matar a sus propios hombres no era algo de lo que estuviera orgulloso, pero hacía ya tiempo que llegó a la conclusión de que iba a necesitar un cebo para atraer al Albatros. El patrullero seguía manteniéndose alejado de sus embarcaciones y, durante los largos días que tuvo para pensar, en el viaje de vuelta a bordo del Eta 2, llegó a la conclusión de que tendría que buscar otro objetivo. Walter sabía el alto valor que daban a las vidas en los países desarrollados y, si bien no podía enfrentarse directamente al patrullero, contaba con que causarle suficientes bajas diera resultado.

El guyanés volvió a concentrarse en los hidrófonos y no logró escuchar nada. Mirando el reloj, comprobó que ya había transcurrido una media hora. La decisión era difícil, pues asomarse a la superficie podría atraer al helicóptero, pero había aprendido la lección y prefería no agotar las baterías.

—¡Johnny, cámbiame!

—¡Voy!

El chaval se bajó de la plataforma y Walter subió a sentarse en el pequeño sillón, comprobando los mandos. Tras reducir la palanca de la máquina, puso los timones a subir y miró por el periscopio, buscando la referencia de la superficie. Poco después, redujo el ángulo de subida y, una vez el mástil sobresalió por encima de las olas, niveló el submarino.

Walter hizo un barrido completo del horizonte, satisfecho de no tener nada alrededor, y a continuación dio una vuelta mucho más lenta, buscando alguna mancha en el aire, pero cercana a la superficie.

«¡Sí! ¡Allí está!»

Casi por la popa y tan bajito que a veces se perdía tras las crestas de las olas, estaba lo que no podía ser otra cosa que el helicóptero del Albatros. Walter decidió que había llegado el momento. Tenía que arriesgarse a salir a superficie para poder navegar a mayor velocidad y alejarse del lugar del suceso. No le quedaba otra que confiar en la baja detectabilidad de su embarcación, a pesar del

mástil del periscopio, y en que el patrullero y su aeronave estuvieran concentrados en los posibles supervivientes del ataque.

—¡Johnny! ¡Subimos! ¡Prepárate para arrancar!

Una vez comprobó que la *rhib* se había separado del costado, Juan se acercó a la consola central del puente y cogió la radio.

—Rana 3 de Albatros —llamó el asturiano.

—Rana 3.

—Rana 3 de Albatros, proceda a rumbo 300; máxima velocidad.

—Rana 3; recibido.

Pablo dio la vuelta y volvió al CIC. Habían arriado una de las dos embarcaciones de popa para asistir en el rescate. La embarcación que quedaba en la zona ya tenía a un herido que necesitaba atención a bordo y estaba a punto de dirigirse al Albatros a toda velocidad.

Tras repetidas insinuaciones del segundo, Pablo accedió a acercarse algo al lugar del incidente, para reducir las distancias y facilitar la evacuación.

—¿Alguna novedad? —preguntó Pablo.

Gabi levantó la mano, pidiendo silencio para poder escuchar lo que se oía por la radio.

—Arcángel de Rana 2, lo tenemos a la vista; nos estamos acercando.

—El helicóptero ha visto algo y ha mandado a la *rhib* a ver si lo pueden recoger antes de volverse.

Pablo asintió mientras miraba la pantalla grande, que seguía mostrando la imagen de la cámara del Bell 412. En pocos segundos, la embarcación irrumpió en el plano, dejando una ancha estela detrás de sí y fue a pararse junto a un pequeño punto negro. Pablo vio a dos de los ocupantes asomarse a un costado de la *rhib* y recoger algo del agua. Al levantarlo sobre el flotador, se reveló como un cuerpo humano. Si aquel hombre estaba vivo o muerto, Pablo no tenía forma de saberlo, pero un escalofrío le recorrió la espalda y se le pusieron los pelos de punta.

—Arcángel de Rana 2, vemos algo más —se oyó por la radio—.

Nos vamos a acercar.

Pablo vio cómo en la *rhíb*, en la que ya había bastante gente, uno de ellos empezaba a moverse. En cuanto salió de la sombra y se vio el neopreno naranja, quedó claro que se trataba de uno de los nadadores de rescate del Albatros. Desde la experiencia del abordaje a aquel primer semisumergible, decidieron que, al menos, una de las dos *rhíbs* que interviniera llevaría un nadador para sacar del agua a posibles accidentados.

El hombre enfundado en el traje del color de las bombonas de butano se acercó hasta la parte delantera del flotador y apoyó una aleta en este. Pablo vio cómo la embarcación reducía velocidad y, antes de detenerse, el nadador se lanzó en un grácil salto, que lo hizo entrar en el agua un par de metros más allá.

—Es Iván —murmuró Gabi.

Pablo asintió. Iván había sufrido un accidente en la primera navegación del Albatros, y el propio Pablo lo había sacado del agua, a riesgo de quedar él también abandonado en la mar.

El nadador tardó unos segundos en volver a la superficie, pero Pablo había aprendido a confiar en la gran capacidad pulmonar de sus rescatadores y, efectivamente, se vio recompensado unos segundos después, cuando Iván volvió a la superficie agarrando lo que solo podía ser un cuerpo humano.

Pablo se agarró al asiento de Gabi. Las posibilidades de que ese estuviera vivo eran ínfimas.

El nadador se acercó a la *rhíb* y dos de los ocupantes le ayudaron a subir el cuerpo a bordo. Pablo pensaba que Iván iría detrás, pero el nadador se dio la vuelta y aleteó, alejándose de la embarcación. La cámara del helicóptero abrió *zoom* y, siguiendo la dirección en la que nadaba Iván, Pablo vio otra mancha en el agua.

Nada más llegar, el nadador hizo un pequeño picado y, al volver a superficie, Pablo entendió que lo había hecho para coger cómodamente a quien fuera que estaba rescatando. Unos segundos después, tanto Iván como el cuerpo que arrastraba estaban a bordo de la *rhíb*.

—Arcángel de Rana 2, tengo dos heridos que necesitan atención y dos cuerpos a bordo.

—Rana 2, proceda a Madre. Me quedo con Rana 3. Buen trabajo.

—Rana 2; procediendo para Madre.

Pablo miró en la consola de Gabi la distancia que los separaba de la *rhib*.

—Voy a recibirlos al nicho, Gabi.

El ferrolano se giró para mirar a su comandante a los ojos y fue a decir algo, pero se calló.

—Enterado, comandante. Te aviso si hay algo.

Pablo bajó los dos tramos de escala sin ser consciente de lo que hacía. La embarcación que venía traía dos fallecidos. Dos de sus hombres que habían muerto bajo sus órdenes. Otros dos.

Al llegar al hangar, se encontró con Esther. La enfermería estaba a dos pasos, justo a proa del hangar, al final del pasillo de suboficiales, y alguien debía haberla avisado de que la embarcación estaba a punto de llegar, con bajas a bordo. La médico lo miró sin decir nada y volvió a revisar el material que tenía en un pequeño bolso, encima de la camilla.

Acercándose al nicho de babor, Pablo vio que el Albatros estaba cayendo de rumbo y bajando velocidad; Juan buscaba poder recoger la embarcación con la mayor seguridad posible. A su alrededor, el contraestre y dos de sus hombres se preparaban para izar la *rhib*. Pablo sabía que iba a estorbar y dio unos pasos atrás, quedándose junto a la puerta que daba acceso al nicho desde el hangar.

Antes de lo que pensaba, el contraestre sacó la grúa y Pablo, por un instante, vio a la *rhib* acercarse a toda velocidad. Había demasiada gente a bordo para que pudieran izarlos a todos con seguridad, así que los marineros prepararon una escala por la que tendrían que subir todos los que estuvieran en condiciones. Iban con prisa y la mar no estaba muy movida, así que, confiando en la habilidad del patrón, no usaron amarras para ayudar a la *rhib* a mantener la posición en la escala. Unos segundos después, un casco negro aparecía por la escala, seguido por el mono negro de uno de los miembros del equipo de abordaje.

Pablo se dio cuenta de que se estaba agarrando al marco de la puerta y se echó a un lado para dejar paso. No se sentía

especialmente orgulloso, pero era consciente de que estaba preocupado por una persona en concreto. Todos los que iban en Rana 1 eran sus hombres, pero solo uno había adquirido la condición de verdadero amigo, desde que lo conociera antes de salir para Somalia. Paco había sido no solo uno de sus mejores oficiales, sino que se había convertido en una de sus más queridas amistades. A pesar de sus diferencias —y las tuvieron, porque el madrileño era testarudo—, Pablo sentía un profundo cariño por él. No quería ni pensar qué haría si a Paco le pasara algo, y una de las razones por las que había bajado era porque no quería oír por la radio la identidad de las bajas. Pero estaba a punto de enterarse en persona.

Otros dos miembros del equipo de asalto subieron y, por último, apareció el nadador de rescate, Iván. Todos miraron a Pablo con los ojos abatidos, pero no dijeron nada. El comandante del Albatros echó cuentas y supo que ya no quedaba nadie por subir. En la *rhib* solo estarían el patrón, el proel y las cuatro bajas. Era más peso del que la grúa estaba, teóricamente, preparada para soportar, pero no era momento de andarse con remilgos y el contramaestre ni pestañeó. Unos segundos después, con el gancho ya hecho firme en la superestructura de la embarcación, la grúa comenzó a recuperar el cable y la *rhib* ascendió por el costado del Albatros.

—Necesito que esto esté despejado, comandante —le dijo Esther, casi al oído.

Pablo se echó a un lado, dejando libre la puerta, sin dejar de mirar hacia el hueco del nicho por donde estaba a punto de aparecer la *rhib*. Para poder bajar pesos con mayor facilidad, la embarcación se dejaba a la misma altura de la cubierta, de forma que se podía acceder a ella caminando.

La superestructura de la *rhib* apareció por el hueco y Pablo no supo si quería seguir mirando. Paco podía ser uno de los heridos, en cuyo caso, no sabía si saldría de aquella, o uno de los cuerpos que yacían, inertes, en la cubierta de Rana 2. También cabía la posibilidad de que siguiera en el agua o que se hubiese hundido para siempre en las profundidades del Atlántico. Pablo se agarró con fuerza a una de las cornamusas que usaban para trincar la *rhib*

cuando estaba en su cuna.

La *rhib* siguió ascendiendo hasta detenerse al nivel de la cubierta. A los mandos, el patrón miraba atento al contramaestre. En la proa, el otro marinero hacía lo mismo. Pablo miró al centro de la embarcación. Enseguida identificó a Jonás, el patrón de la otra *rhib*, que estaba recostado con la espalda en el flotador. Un hilo de sangre le salía de la cabeza rapada, pero parecía respirar con normalidad y miraba alrededor. A su lado, uno de los miembros del equipo de asalto estaba en la misma posición y, aunque tenía los ojos cerrados, a Pablo le pareció intuir que respiraba. A la izquierda de ambos, dos cuerpos embutidos en monos negros yacían bocabajo.

—¡Heridos primero! —gritó Esther a su lado.

El sanitario que auxiliaba a la malagueña en su trabajo y otro marinero se acercaron a la embarcación y ayudaron a Jonás a levantarse. Quisieron llevarlo a pulso hasta el barco, pero el cabo se negó, saliendo de la *rhib* por su propio pie, tras señalar al hombre que tenía al lado. El veterano patrón pasó al lado de Pablo sujetándose un trapo sobre la cabeza y miró al comandante en silencio. Algo en sus ojos y sus hombros caídos heló la sangre de Pablo.

Los dos marineros cargaron con el otro herido y lo colocaron en la camilla que tenían preparada en el hangar. Solo quedaban los dos cuerpos. Los mismos tres miembros del equipo de asalto que habían venido en la *rhib* y el nadador volvieron a entrar en el nicho. En la embarcación, el patrón y el proel se acercaron a los cuerpos para pasárselos a sus compañeros.

Cuando le dieron la vuelta al primero, Pablo perdió la fuerza en las piernas y se deslizó por el mamparo hasta quedar sentado en el suelo. La mitad estaba desfigurada, pero no pudo dejar de reconocer la cara del que había sido uno de sus mejores hombres. Dos lagrimones le resbalaron por las mejillas, mientras el cuerpo de Paco le pasaba por delante, en los brazos de dos de los suyos.

Gabi cruzó la calle y entró al tanatorio. El Albatros había atracado

en Mindelo esa madrugada y lo primero que hicieron fue encargarse de que los fallecidos descansaran en un lugar decente. Las labores de rescate duraron hasta la noche, incluyendo un repostaje en caliente del Bell 412, para que volviera a salir de inmediato a seguir buscando. Gabi había preguntado a Joseba por la radio si estaba en condiciones de volar tanto tiempo seguido y el vasco ni había contestado. El segundo no recordaba un día tan silencioso a bordo del patrullero desde que estaba a bordo.

Cerca del ocaso, un par de pequeñas patrulleras y un helicóptero caboverdiano aparecieron en la zona. Conscientes de que tenían que llevar los cuerpos a tierra y de que los heridos estarían mejor en un hospital, decidieron poner proa a Mindelo, donde atracaron pasada la medianoche. Solo habían encontrado un cadáver más, lo que hacía un total de tres muertos, dos heridos y dos desaparecidos. Gabi no se engañaba: era perfectamente consciente de que los dos hombres que faltaban, el marinero que hacía las veces de proel y uno de los hombres de Paco, descansaban en el fondo del Atlántico. Si tenían suerte, los caboverdianos darían con sus cuerpos para poder ofrecerles algo a sus familias, pero el ferrolano no contaba con ello. Bastante milagroso era que hubiese dos supervivientes y tres cadáveres, más o menos, intactos.

Nada más cruzar el umbral, Gabi vio varios pequeños grupos de la dotación, reunidos hablando en susurros ante las puertas de distintas salas. Localizando a los oficiales, se acercó.

—¿Qué tal? —preguntó al llegar.

—Bien —respondió Juan.

—¿El comandante sigue dentro?

—Sí. Está *Grease* con él ahora.

Gabi asintió. Hasta donde sabía, Pablo no se había separado del cuerpo de Paco ni un segundo desde que lo habían recuperado a bordo. Después de que el comandante bajara a recibir la *rhib*, tardó mucho en volver a subir, así que Gabi, tras dejar todo listo arriba, bajó a buscarlo. Lo encontró en la enfermería, sentado en una silla de plástico, con los ojos enrojecidos. «¿Todo bien por arriba?», preguntó Pablo, con la voz entrecortada. Gabi le dijo que sí, que estaba todo controlado. «¿Seguro?», insistió Pablo, incorporándose

para mirar a su segundo. «Sí», reiteró el gallego, poniéndole una mano en el hombro.

Gabi volvió a subir al CIC para comprobar que la situación seguía sin cambios reseñables y, al entrar en el puente, vio a Juan y *Grease* hablando apartados. Unas pocas palabras y dos miradas fueron suficiente para que se entendieran. *Grease* bajó a enfermería y, desde entonces, apenas se había separado de Pablo. Gabi, auxiliado por Juan, se hizo cargo del barco, coordinando las labores de rescate hasta que el patrullero recuperó a su helicóptero y a la última embarcación, poniendo proa a Mindelo.

El segundo del Albatros venía del barco, donde se había asegurado de que todo seguía en orden y que, por difícil que resultara en un momento como aquel, las tareas logísticas seguían su curso: tenían que hacer víveres y combustible, para poder salir a la mar otra vez.

—¿Habéis comido algo? —preguntó Gabi.

—Sí —contestó Juan—. Manolo y yo fuimos hace un rato y Marcos, Carlos y Joseba acaban de volver.

—¿Qué hay de Esther?

—Sigue en el hospital —dijo el asturiano—. Lo último que nos dijo es que Jonás está fuera de peligro; y Juan Carlos, aunque se ha llevado la peor parte, parece que saldrá de esta.

—A ver si me paso cuando acabe aquí —musitó Gabi.

El ferrolano estaba echo polvo, pero sabía que no se podía permitir ni un momento de asueto. El Albatros ya había sufrido bajas en otras ocasiones. De hecho, en todas sus misiones. Pero esta ocasión era única por varias razones. En primer lugar, siete era un número muy elevado; desproporcionado en comparación con la muerte de Toñín en Somalia o la de Cristian en San Martín. En cuanto a las bajas en la plataforma petrolífera de Nigeria, habían sido todas del equipo de Paco y, si bien la dotación se vio afectada, la realidad era que todos los amigos cercanos de los fallecidos eran del equipo de abordaje. Además, la misión concluyó satisfactoriamente tras el tiroteo. Esta situación era completamente distinta; la dotación sabía que estaban lejos de cumplir sus objetivos y la sensación era que estaban siendo derrotados. Y el proel, un

marinero llamado Rafa, era muy querido. Por todo aquello, Gabi sabía que no podía descansar todavía, aunque llevase cerca de dos estresantes días sin dormir. La dotación había sufrido mucho y alguien tenía que seguir tirando del carro. Gabi podría haber descargado esa responsabilidad en el comandante, pero era consciente de lo que Pablo padecía cuando perdía a alguno de sus hombres y, sabiendo que si hubiera una verdadera necesidad, el comandante del barco daría un paso al frente, estaba más que dispuesto a quitarle, al menos, algo de carga a su amigo.

—Voy a saludar —dijo Gabi, señalando con la cabeza al resto de grupos.

El ferrolano empezó por el grupo que estaba más cerca y el que más había sufrido: los hombres de Paco. Con su jefe dentro de una de las salas y Juan Carlos, que había pasado a convertirse en el segundo líder del equipo, postrado en una cama del hospital, los operadores especiales del Albatros se congregaban alrededor del francés Jerome y de Sergio, el tirador, uno de los más veteranos y queridos miembros del equipo.

—¿Cómo estáis?

Los rudos soldados contestaron con comentarios aturullados e inconexos. Gabi los miró uno a uno. Eran hombres duros, todos y cada uno de ellos, pero no le sorprendió ver ojos enrojecidos y miradas perdidas; mucho dolor, una vez más.

—No nos vamos a ir, ¿no? —preguntó Jerome.

—¿Qué? —dijo Gabi.

—¿No nos iremos a volver ahora?

—¿A casa?

El francés asintió.

—Esto ha sido un golpe muy duro —dijo Jerome—. Pero todos sabíamos a lo que veníamos. No nos iremos de aquí sin cumplir nuestra misión. Es lo que hubieran querido —remató, señalando con la cabeza en dirección a la sala donde descansaba Paco.

A Gabi se le puso la piel de gallina.

—Los cogemos —dijo, mirando a Jerome a los ojos—. Os lo prometo —reiteró, paseando la mirada por las caras de los demás.

Gabi le puso la mano en el hombro a Jerome y se dio la vuelta,

dirigiéndose a otro de los pequeños corrillos que se habían formado alrededor de las puertas de las salas.

—Buenos días, segundo —le saludaron a coro media docena de voces melancólicas.

—Buenos días. Gracias a todos por estar aquí.

—Segundo —dijo don Iván, el contramaestre—, la familia de Rafa llega esta noche.

—¿Me puede dejar su número?

—Claro. Pero no se preocupe; ya nos hemos organizado para ir a recogerlos al aeropuerto.

Gabi asintió, agradecido.

—Cualquier cosa que necesiten, me dicen. Si tienen que coger un taxi o lo que sea, no tengan problema ninguno; el barco se lo reintegrará.

—No se preocupe, segundo.

Gabi estuvo diez minutos más charlando con los distintos grupos de la dotación que se habían congregado y, cuando hubo saludado a todos, se dirigió otra vez hacia los oficiales.

—¿Vas a pasar? —le preguntó Juan.

—Sí. No ha comido nada desde ayer.

El marino ferrolano abrió la puerta y entró en la pequeña sala. Tras un cristal, descansaba el féretro. A un lado, unas pocas sillas y, en una de ellas, con el rostro hundido entre las manos y los codos apoyados en las rodillas, estaba Pablo. *Grease*, sentado a su lado, levantó la mirada al oír la puerta. Gabi se acercó y puso una mano en el hombro del tejano, al que no recordaba haber visto tan serio.

—Os dejo —murmuró.

Gabi se sentó en la silla que había estado ocupando el americano y dejó pasar unos segundos.

—¿Qué piensas? —preguntó, conociendo de antemano la respuesta.

Pablo cogió aire y se incorporó, mirando a su segundo con los ojos enrojecidos.

—En qué hemos hecho mal —dijo.

—No es el momento de pensar en eso, Pablo.

El gaditano fue a coger aire para responder, pero Gabi fue más

rápido.

—Es el momento de recordar a nuestro amigo por lo que fue: un hombre valiente y bueno, capaz de hacer cualquier cosa por los suyos.

—Y que ya no está entre nosotros por mi culpa.

—No, Pablo. No está entre nosotros porque un hijo de puta lo ha matado.

—Tendríamos que...

—Dentro de unos días —le interrumpió Gabi—, cuando podamos pensar con claridad y sepamos mejor lo que ha pasado, nos sentaremos tú y yo, y quien tú quieras, y repasaremos en detalle qué ha pasado. Y, sí, sacaremos lecciones aprendidas. Pero ahora no es el momento; no estamos en condiciones, ni tú ni yo ni nadie.

—¿Y qué propones que hagamos?

—Guardemos el luto por nuestros compañeros y amigos —dijo Gabi—. Suframos y lloremos, pero con la mirada siempre puesta en el horizonte. Tu dotación te necesita, comandante. ¿Sabes qué me acaba de decir Jerome?

Pablo, que volvía a mirarse las rodillas, levantó la cabeza.

—Que no se van a ninguna parte. Quieren coger a quien sea que nos ha hecho esto. Ya no estamos hablando de la misión; no estamos hablando de Kormoran o Cabo Verde. Tu gente te necesita. Confían en ti, porque saben que serás capaz de liderarlos hasta derrotar al enemigo.

Pablo resopló.

—Como siga haciéndolo así de bien...

—¿En tan poca estima tienes a tus hombres? ¿Tanto desprecias su juicio? ¿De verdad crees que seguirían aquí, que estarían dispuestos a seguirte hasta las últimas consecuencias, si no estuvieran convencidos de que eres el más adecuado para liderarlos?

Pablo abrió la boca para responder, pero no dijo nada. Gabi casi pudo ver cómo los hombros del comandante se echaban algo para atrás y la mirada pasaba del suelo al féretro que yacía delante de ellos.

—¿Cómo está el barco?

—Bien —respondió Gabi—. Estamos haciendo combustible y mañana llegan casi todos los víveres que nos hacen falta.

—Gracias —murmuró Pablo—. Debería haberme ocupado...

—No —le interrumpió Gabi—. Para eso tienes un segundo comandante. Y un puñado de excelentes oficiales y la mejor dotación que podrías soñar —añadió con una sonrisa.

—Gracias, Gabi. De verdad.

—No hay de qué, comandante. Ahora vente; tienes que comer algo.

—No... me voy a quedar aquí hasta que...

—Ni hablar —insistió Gabi—. En unas horas llegan los familiares de Rafa y, posiblemente, los de Suso también. Tienes que estar en condiciones de recibirlos y estar a punto de desmayarte de inanición no es la mejor manera.

Pablo se quedó mirando al féretro de Paco durante tres segundos más y, cogiendo aire, se puso de pie.

—Vamos.

El semáforo de peatones empezó a parpadear y Pablo pisó la palanca de cambios de la Ducati, revolucionando la moto con el embrague metido para escucharla rugir. Al verde, abrió gas y soltó la palanca del embrague casi del tirón, haciendo que la rueda trasera perdiera un poco de tracción antes de agarrarse al asfalto y hacer que la moto saliera disparada rampa arriba. Pablo dejó que la aguja de las revoluciones hiciera la mitad del recorrido y, consciente de estar todavía en la ciudad, metió la puntera debajo de la palanca de cambios para meter segunda.

Hacía dos noches que el Albatros había atracado en Mindelo y Pablo no era capaz de aguantar más el ambiente enrarecido del barco. La cámara de oficiales parecía un velatorio y Pablo sabía que allí no sería capaz de despejarse y analizar los últimos eventos con perspectiva. El día anterior había sido duro, incluso después de que Gabi lo sacara un rato del tanatorio y, especialmente, la llegada de los familiares de Rafa y Suso. No era la primera vez que Pablo tenía que dar el pésame a los familiares de alguno de sus hombres, pero

eso no significaba que se hubiese acostumbrado. Era consciente de que las pérdidas le afectaban más que a los demás y, en parte, le gustaría poder comportarse como Gabi. Sabía perfectamente que el gallego no era un insensible y que, por dentro, estaría tan mal como él, pero era capaz de mantener la compostura y convertirse en el apoyo que él necesitaba mientras conseguía que el barco continuara funcionando. Pablo siempre había pensado que sin su segundo, el Albatros no habría sido capaz de cumplir ninguna de las misiones que le habían asignado, pero era en momentos como aquel en los que era más consciente de todo lo que le debía a Gabi.

Siguiendo la misma calle que la otra vez, al lado de la ribera del río, llegó al límite exterior del pueblo y dejó que la moto, que parecía un semental refrenado, rugiera con fuerza para llevarlo como una exhalación hasta la carretera principal de la isla.

Una de las cosas que no conseguía quitarse de la cabeza era la familia de Paco. El madrileño había muerto peleado con su mujer y repudiado por sus hijos. Pablo no era tan inocente como para pensar que Paco no hubiese tenido algo de responsabilidad en el fracaso de su matrimonio —esas cosas rara vez son culpa de uno solo—, pero estaba seguro de que no merecía haber muerto en esa situación. Nadie debía ser odiado por sus propios hijos.

En la ficha que había rellenado Paco al incorporarse al Albatros, todavía constaba su mujer como contacto, y el día anterior la habían llamado para informarle de la muerte del exgeo. Pablo no hizo la llamada en persona, pero cuando le contaron la respuesta, le entraron ganas de volver a llamar, solo para poder decirle un par de cosas a la exmujer de Paco. Además, el gaditano sabía que, sin el permiso de la madre, no podrían ponerse en contacto con los niños. A Pablo, por razones obvias, aquello era algo que le afectaba especialmente y estaba decidido a ponerle remedio. Paco merecía que sus hijos lo recordaran como lo que fue y, sobre todo, que supieran que lo único en lo que pensaba su padre antes de fallecer era en ellos.

Finalmente, a través de uno de los miembros del equipo, consiguió el contacto de un amigo íntimo, excompañero en los GEO. Paco no tenía hermanos y sus padres habían fallecido unos años atrás, por

lo que no le quedaban familiares cercanos. El compañero se comprometió a hacerse cargo del féretro a su llegada a España, pero le era imposible ir hasta Cabo Verde.

Pablo redujo a primera, para tomar una curva particularmente cerrada que se asomaba a la bahía. Al ser la segunda vez que cogía la moto, se sentía mucho más cómodo con ella y estaba aprovechando para apurar algo más las frenadas y tumbarla en las curvas. Siempre lo ayudó a despejarse.

Ver desde las alturas el puerto de Mindelo y su barco atracado, le hizo recordar el otro asunto que, a pesar del cansancio, apenas le había dejado dormir. Tras varios meses en Cabo Verde, el Albatros había cogido un alijo de drogas y dos narcosubmarinos vacíos. A cambio, además de algún susto previo, siete bajas; cinco de ellas mortales. Y lo peor de todo es que nada indicaba que la situación fuese a mejorar. Cuando salieron de Cádiz, Pablo estaba convencido de que contaban con los medios necesarios para enfrentarse a los narcos. El sonar les daba una capacidad envidiable y, en conjunción con el helicóptero y las demás aptitudes del patrullero, estaban más que capacitados para desarticular el tráfico por mar hasta Cabo Verde. Después de enfrentarse a piratas, terroristas y ultranacionalistas, Pablo tenía que admitir que había pensado que esta misión sería relativamente sencilla. Pero, unos meses después, los hechos dejaban patente que pocas veces estuvo tan equivocado.

Pablo había pensado en abandonar. No estaba orgulloso de ello, pero era cierto y, dentro de la soledad del casco de la moto, era más fácil admitirlo. Desde un principio, no había querido participar en esta misión del Albatros, convencido de que no era el hombre idóneo y temeroso de que su barco corriera la misma suerte que el Guardiã. Aunque la preparación, la instalación del sonar, el adiestramiento y el apoyo de Gabi acabaron por convencerle de que podrían ejecutar la misión, ese peso de inseguridad seguía ahí.

Pablo redujo velocidad para atravesar Calhau y volvió a abrir gas al salir del pueblecito, dejando que la moto devorara los kilómetros que le separaban de Salamansa, en el noreste de la isla.

Con cada contratiempo, volvía a plantearse si debía estar allí y si

era el más adecuado para mandar el Albatros, en una misión que, cada vez estaba más seguro, se le escapaba de las manos. Y el último contratiempo había sido de dimensiones monstruosas. Pablo lloró la muerte de Toñín, en Somalia, y de varios hombres del equipo de asalto, en Nigeria. Especialmente, porque la vio tan de cerca que lo atormentó en sueños durante meses, lloró la muerte de Cristian, en San Martín. Pero, posiblemente, ninguna le había tocado tan de cerca como la de Paco, uno de sus colaboradores más cercanos y un amigo. A pesar del distanciamiento que su puesto requería, la cámara de oficiales del Albatros había pasado a formar parte de su círculo íntimo; y Paco, como uno de los pocos que había estado en todas las navegaciones desde el principio, uno de los más cercanos.

Pablo había pensado en dejarlo: llamar a Reyes y decirle que se volvía a España. Que le multara si quisiera. Pero no había sido capaz. El dinero era lo de menos; no podía abandonar a los suyos. Seguía sin estar convencido de que fuera el más adecuado para liderarlos, pero si ellos lo querían allí, no los podía abandonar. Además, no se le olvidaba qué había pasado con el último intento de sustituirle. Pablo sabía que el Albatros seguiría en Cabo Verde, aunque él se fuera, y la mayoría de la dotación tendría que quedarse; no todos podían permitirse el lujo de irse y pagar la estratosférica multa.

No podía hacerles eso; no podía dejarles cuando más lo necesitaban. Y lo que Gabi le dijo en el tanatorio le había hecho mella. La dotación del Albatros, por lo general, estaba motivada; pero esto se acababa de convertir en algo diferente. Habían tenido la suerte de que sus misiones, por lo general, se podían asociar a un objetivo loable, con el que casi todos se identificaban. Sin embargo, la lucha contra el submarino del narco se acababa de convertir en algo muy personal. El Albatros no se podía ir de esas aguas derrotado y sin vengar la muerte de los suyos. Los traficantes todavía no sabían con quién habían topado...

Pablo se dio cuenta un instante tarde de que había apretado demasiado el puño y clavó el freno para intentar detener la moto. Una curva cerradísima separaba el vacío, a la izquierda, de una pared de roca, a su derecha. Apurando la frenada hasta el último

momento, el gaditano tumbó la moto a la derecha todo lo que se atrevió. La Ducati respondió como una jabata, inclinándose tanto, que Pablo tuvo que recoger la rodilla derecha. Cuando ya pensaba que saldría de aquella, notó que la rueda trasera perdía tracción y, antes de darse cuenta, la moto resbaló y salió por la tangente, mientras él la seguía unos metros por detrás.

La Monster se fue a parar al otro lado de la carretera, contra un murete que protegía de la caída al valle. Pablo se deslizó tras ella. Por suerte, había conseguido reducir bastante velocidad y, al estar tan tumbado, la caída fue muy corta. Con un golpe seco, la Ducati quedó parada al lado del murete y Pablo se puso de pie, asegurándose de no quedar en medio de la carretera.

Comprobando que los vaqueros y la chupa habían aguantado el roce del asfalto y que no parecía haberse hecho nada, siguió andando hasta apoyar un pie en el pretil. A su lado, la Ducati se había parado. Pablo la dejó en el suelo mientras se levantaba la visera y miraba al horizonte, más allá de la isla, donde el océano Atlántico brillaba bajo los rayos del sol.

El comandante del Albatros se quedó así un par de minutos, hasta que volvió a cerrar el casco, se acercó a la moto y, con un gruñido, la puso de pie. Haciendo caso omiso de la abolladura que sabía que le tocaría pagar, arrancó la Ducati y, tras revolucionarla para comprobar que el motor parecía estar bien, pisó fuerte para meter primera y se incorporó de nuevo a la carretera.

Pablo salió de la empresa de alquiler de motos tras haber pagado los daños de la Ducati sin pestañear. Había decidido volver paseando hasta el barco; eso le daría tiempo para hacer lo que tenía que hacer.

El gaditano sacó el móvil del bolsillo y, yendo a llamadas recientes, pulsó el contacto de Marta.

—¿Pablo?

—Hola, mi vida.

—¿Estás bien? Llevo casi dos días sin saber nada de ti; estaba preocupada.

—Lo siento. Llevamos un par de días un poco duros.

—¿Qué ha pasado?

—¿Puedes hablar?

—Estoy en el despacho, pero no tengo nada hasta dentro de un rato. Dime.

—Hace dos días volvimos a encontrar un semisumergible y un submarino —explicó Pablo—. Cuando estábamos abordando al primero, el otro le disparó un torpedo.

—¿Qué dices?! —exclamó Marta—. ¿Alguien...? ¿Alguien ha...?

—Hemos tenido siete bajas —anunció Pablo—. Cinco muertos y dos heridos que parece se recuperarán.

—Dios mío, Pablo... ¿Qué habéis hecho?

—Estamos en puerto... Uno de los muertos es Paco.

—¿Paco?! ¿El que me presentaste la última vez?

—Sí...

—Oh, Dios mío, Pablo. Lo siento mucho. ¿Cómo estás?

—No muy allá —admitió—. Pero mucho mejor de lo que estaba ayer. Ya conoces a Gabi. No me ha dejado regodearme mucho en mi miseria.

—¿Seguro que estás bien, *gordi*?

—No del todo; no se puede estar bien cuando pierdes a un amigo, y menos, cuando muere a tus órdenes. Pero estoy mejor, te lo prometo.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo que hablar con Gabi —dijo Pablo—. Creo que lo más sensato es dejar pasar algunos días más para no dejarnos llevar por los sentimientos y poder analizar la situación fríamente.

—Algo me dice que ya has tomado una decisión.

—Puede ser —admitió Pablo—. Nada concreto, pero está claro que no podemos seguir haciendo lo mismo. Solo hemos tenido éxito la primera vez, cuando todavía no nos esperaban. Desde entonces, van por delante y no podemos seguir dándoles ventaja.

—¿No irás a hacer ninguna tontería, no?

Pablo, que se había sumido en sus pensamientos, volvió bruscamente al presente.

—Creo que he estado planteando esto mal desde el principio,

Marta. Me asustó tanto ver el hundimiento del patrullero caboverdiano, sobre todo, después de lo que nos pasó en San Martín, que lo único que tenía en la cabeza era no poner el barco en peligro. Llevo desde el principio evitando acercarme a esos cabrones para no dejarles que me tiren un torpedo, pero eso ha supuesto contar con menos medios para hacerles frente. Pensaba que con las embarcaciones y el helicóptero podría con ellos, pero me están ganando la partida y, si seguimos así, vamos a perderla. Tengo que cambiar la dinámica y para eso, necesito jugar con piezas nuevas y, quizás, con reglas distintas...

—Me estás dando miedo, Pablo.

—Lo siento, mi vida —dijo—. No era mi intención. Pero tampoco quiero engañarte. Esta misión ya era peligrosa, pero lo va a ser más a partir de ahora.

—No lo entiendo. ¿Quieres perder a más de los tuyos?

—No. Pero me he dado cuenta de que, a veces, para protegerlos, tengo que asumir ciertos riesgos.

El informe a Reyes y Kormoran estaba a medio acabar, pero Pablo sabía que aún tardaría varios días en terminarlo. Mirando el reloj, supo que su segundo estaría a punto de llegar y guardó el archivo, abriendo el navegador para relajarse unos minutos leyendo qué había pasado en la Liga.

Puntual casi al segundo, Gabi llamó a la puerta.

—Pasa, Gabi.

El jefe de Operaciones del Albatros llevaba bajo el brazo varios rollos de cartas y Pablo le indicó que los dejara sobre la mesa baja. Los marinos se sentaron en los sillones y Gabi colocó las cartas, dejando la más amplia arriba. La silueta del archipiélago de Cabo Verde, que tan bien conocían, destacaba en colores ocre sobre un fondo azul claro.

—¿Por dónde quieres empezar, comandante?

—Por decirte lo que pienso.

El ferrolano sonrió y se recostó en el sillón, sus ojos azules taladrando a Pablo.

—No podemos seguir así —proclamó Pablo—. Al empezar cogiendo un semisumergible, nos creímos que íbamos bien, pero está claro que nos equivocamos. No hemos tenido un solo éxito desde entonces y este último evento ha sido un rotundo fracaso. No estoy dispuesto a que algo así vuelva a ocurrir.

—¿Qué tienes en mente?

—Se acabaron los abordajes, Gabi.

El segundo del Albatros levantó las cejas y se incorporó ligeramente.

—Es una locura. Casi podríamos decir que hemos tenido suerte de no tener más bajas.

—Pero, entonces...

—Sí, entonces, tendré que admitir que me equivocaba y darte la razón, para variar.

—¿A qué te refieres?

—El helicóptero y las *rhibs* no son suficientes; está más que demostrado. Vamos a tener que meternos en el meollo.

Gabi arqueó las cejas.

—No me mires así —protestó Pablo—. No quiero ni pensar lo que me puedo arrepentir de no haber tomado esta decisión antes.

—Comandante, llevo mucho tiempo argumentando por eso, pero no te creas que va a ser la panacea —argumentó Gabi—. Será todo lo peligroso que te imaginas y puede que algo más.

—Lo sé. Por eso estás ahí sentado: dime qué piensas.

Gabi se tomó una de sus características pausas y Pablo, acostumbrado, le dejó pensar.

—Lo primero, si dices que no quieres hacer más abordajes, es decidir qué vamos a hacer con los narcosubmarinos.

—Coserlos a tiros hasta que se paren y salgan con las manos en alto.

—Muy sutil —sonrió Gabi.

—Si es uno solo no me preocupa —dijo Pablo—. Pero ya hemos visto que no va a ser así. ¿Hace cuánto que no vemos uno solo?

Gabi concedió el argumento con un gesto de la cabeza.

—De todas formas —prosiguió Pablo—, ya no me importa cogerlos. Y mucho menos, cuando sabemos a ciencia cierta que

están usando embarcaciones vacías como señuelos. Lo que quiero es mandar al fondo del mar a ese cabrón.

—¿«Ese cabrón»? —preguntó Gabi—. ¿De quién hablas?

—¿No tienes la sensación de que hay alguien concreto detrás de esto, Gabi?

—Sí que es verdad que se antoja difícil que mucha gente tenga los conocimientos necesarios para hacer lo que están haciendo... pero es casi imposible que una sola persona esté detrás de todo esto.

—Es personal, Gabi. Piénsalo. Tienen mil formas de evitarnos y continuar traficando, pero siguen viniendo a por nosotros. Hay alguien que nos tiene entre ceja y ceja.

—Puede ser —se encogió de hombros el gallego—, pero eso no debería afectar a nuestro planeamiento.

—Cierto —admitió Pablo—. Pero estarás de acuerdo conmigo en que lo más probable y peligroso es que nos encontremos en otra situación con varios narcosubmarinos.

—Sí; parece razonable.

—Pues para eso es para lo que tenemos que prepararnos.

—¿Qué tienes en mente, comandante?

—Ellos han decidido que quieren quitarnos de en medio para poder traficar. Nosotros estábamos jugando a la defensiva, esperando a que vinieran para intentar remediarlo. Creo que ha llegado el momento de aprender algo de ellos.

Gabi volvió a arquear las cejas.

—No quiero detenerlos, Gabi. No quiero pillar más alijos de droga. Nuestro objetivo a partir de este momento es cargarnos a todos los que podamos.

—A los de Cabo Verde no les va a hacer ninguna gracia.

—Puede ser. Pero me da exactamente igual. Y, si lo hacemos bien, solo tendremos que hacerlo una vez.

—¿Cómo quieres plantearlo?

—Van a venir a por nosotros —dijo Pablo—. Solo tenemos que atraerlos a donde nos interese. Estoy seguro de que van a volver a aparecer con otro semisumergible haciendo de señuelo. Probablemente, no cuenten con poder acercarse al barco; saben

que hasta ahora no los hemos dejado. Pero, esta vez, nos «equivocaremos» y dejaremos que se acerquen mientras mandamos al helicóptero a por el señuelo para despistar.

—Te vas a poner a tiro de torpedo.

—Lo sé. Habrá que estar atentos, pero ya los hemos esquivado una vez.

—Tenemos que pensar en cómo hacen para detectarnos y ponérselo más difícil. No es sencillo, en absoluto, obtener una solución de fuego para un torpedo, y menos para uno de carrera rectilínea, con los medios tan limitados con los que cuentan.

—¿Medios tan limitados? —preguntó Pablo—. Solo tienen el periscopio.

—Estoy casi seguro de que no —respondió Gabi—. He estado analizando las últimas interacciones con ellos. El sistema de combate te permite reconstruir la situación y reproducirla como si fuera una película. Es cierto que no disponemos de todos los datos que nos gustaría, pero tengo bastante claro que tienen algún tipo de sensor que funciona bajo el agua.

—¿Cómo lo sabes?

—He localizado al menos dos y, probablemente, tres ocasiones en las que estoy seguro o casi seguro de que el submarino estaba sumergido y sabía dónde estábamos o que habíamos cambiado de rumbo.

—¡¿Cómo?!

—Tiene que ser un sensor acústico —dijo Gabi—. Los sonares modernos son muy complejos, pero el sonido se transmite muy bien debajo del agua; la mayoría de las cosas las puedes escuchar sin necesidad de aparatos electrónicos. Con un par de piezas no muy complejas, puedes fabricarte unos hidrófonos como los de la Primera o, incluso, Segunda Guerra Mundial.

—Eso cambia las cosas —murmuró Pablo.

—No necesariamente —respondió Gabi—. Solo tenemos que tenerlo en cuenta. Si sabemos que nos encuentran así, seguro que se nos ocurre alguna manera de evitarlo o engañarlos.

—Habrá que darle una vuelta... —musitó Pablo.

—A todo esto, aún no me has dicho cómo pretendes cargártelo.

—Dependerá de la situación; si está en superficie, aunque sea solo el periscopio, le podemos tirar con el cañón o las ametralladoras; si está sumergido, lo acosaremos con el helicóptero hasta que salga, y lo mismo.

—¿Y con los torpedos?

—Habrá que dejar claro a todo el mundo que mantenga los ojos bien abiertos... y sigo pensando en cómo engañarles si nos están buscando por hidrófonos.

El submarino se detuvo suavemente sobre el remolque y Walter se impulsó con los brazos para salir por la escotilla a cubierta. Siempre le llamaba la atención que, aunque fuera de noche, su cuerpo se daba cuenta de que estaba en casa por el olor; una mezcla a jungla y mar salada que no había encontrado en ningún otro sitio.

El viaje de vuelta transcurrió sin sobresaltos y, animado por su triunfo contra el Albatros, se le pasó mucho más rápido que el anterior. Claro que tener combustible, víveres suficientes y no sufrir ninguna avería ayudaron. Walter aprovechó para planear sus siguientes pasos. Tenía ganas de pasar algo de tiempo en casa; tantos días en la mar lo habían alejado del taller y se le acumulaba el trabajo. Además, con lo aprendido, tenía muchas modificaciones que hacer a los narcosubmarinos. En las largas guardias pilotando el Eta 3 de vuelta, incluso llegó a hacerse los esquemas mentales de lo que serían los Theta, la clase que sustituiría a los Eta, con todas las mejoras que tenía previstas. Alguna de ellas incluiría doblar la capacidad de baterías de todos los submarinos e instalarles un sistema de achique más potente. Era consciente de que aquello incrementaría el precio y le daría más trabajo; pero, tras sufrir en sus carnes las consecuencias de no hacerlo, sabía que merecería la pena. El Albatros, ahora, tendría que andarse con mucho cuidado alrededor de sus embarcaciones, si es que seguía intentándolo, y Walter contaba con no volver a perder un envío.

—Bienvenido, jefe —lo saludó Cheddi.

—¿Qué tal? —preguntó, tras saltar al agua desde el remolque.

—Por aquí todo bien. Tenemos un par de envíos listos para salir, pero he pensado que preferirías comprobarlos tú primero.

—Has hecho bien —sentenció Walter.

—Hemos oído que tuviste éxito en Cabo Verde —insinuó Cheddi—. Ha salido en todos los telediarios.

Walter sonrió, satisfecho. Aquello era, precisamente, lo que buscaba. No había necesidad de derrotar físicamente al Albatros; con derrotarlos moralmente podía ser suficiente, pero había otra opción aún mejor. Si Cabo Verde se daba cuenta de que el patrullero no estaba sirviendo para nada, dejarían de contar con sus servicios. La mala prensa era justo lo que necesitaba. Walter sabía que las fuerzas de seguridad del archipiélago intentarían acabar con la droga de otra manera, pero ese no era su problema; una vez la dejaba en la playa, ya no era de su responsabilidad.

—A ver si los largan de allí de una vez —escupió.

—¿Al Albatros? —preguntó Cheddi.

—Claro.

—Salió a la mar ayer.

—¡¿Qué?!

—Salió ayer de Mindelo —dijo Cheddi—. Llamaron los de Cabo Verde para avisarnos.

—¿Así, sin más? ¿No ha habido nada de polémica en las noticias?

—¿Polémica? —preguntó Cheddi—. No...

—¿Qué hay de los muertos?

—Tres fallecidos, dos desaparecidos que ya dan por muertos y dos heridos que parece que se recuperarán. Y nuestros dos hombres, claro.

Walter miró a su subordinado, intentando averiguar si había algún tipo de reproche en su comentario, pero no le pareció encontrarlo. La mirada era de miedo, como tenía que ser.

—¿Y han salido a navegar sin más? ¿No sabemos si necesitan fichar a más gente o recuperar la embarcación que han perdido?

Cheddi se encogió de hombros y miró a su jefe, negando con la cabeza.

Walter se mesó la perilla y miró hacia la orilla, donde Pluto jugaba

con la arena, moviendo la cola. Llevaba días soñando con llegar a casa para poder dormir tranquilo, coger fuerzas y dedicarse a poner a punto los narcosubmarinos en el taller. Pero estaba claro que no iba a poder ser. El Albatros estaba demostrando ser un rival mucho más terco de lo que había anticipado. Al principio, no era más que un obstáculo que superar; pero, con el tiempo, se había convertido en un verdadero quebradero de cabeza, hasta que la captura de David lo convirtió en algo muy personal. Y lo que sufrió en el Eta 2, definitivamente, transformó al patrullero en su objetivo número uno. No estaba dispuesto a dejarse derrotar por el Albatros y, si ellos seguían subiendo las apuestas, no le quedaba otra que hacer lo propio.

Walter salió del agua y, tras saludar al perro con una caricia distraída, atravesó la playa hasta la camioneta que le llevaría a casa. Tenía mucho que pensar.

El brillante sol de mediodía entraba por los ventanales del puente e iluminaba los papeles que el comandante estaba leyendo. Sentado en su sillón, Pablo repasaba la última distribución de personal que le había pasado Gabi. Conocido como «Plan de combate» en la Armada, el documento recogía el puesto de cada uno de los miembros de la dotación, en todas las situaciones en las que se podía encontrar el barco; desde las rutinarias guardias hasta zafarrancho de combate, el máximo grado de alistamiento, pasando por el reparto para arriar e izar embarcaciones, lanzar y recoger el helicóptero y un largo etcétera. Las bajas sufridas, aunque afectaban principalmente al equipo de abordaje, habían obligado al segundo a realizar algunos ajustes que Pablo estaba repasando. La dotación del BAM era reducida de por sí y, aunque pudiera parecer poca cosa, perder a un par de personas influía de forma significativa en muchas situaciones.

Aunque no afectaba de forma directa a todas las maniobras, el documento incluía la distribución del equipo de abordaje. Pablo volvió a mirar la lista. Gabi había tenido el buen tiento de no dejar los huecos que se habían generado, sino que redujo la lista y el

equipo, ahora, tenía cinco integrantes menos. Pero Pablo sabía perfectamente los nombres que faltaban y dónde iban, sobre todo, el que debía encabezar la lista.

Alguien carraspeó a su espalda.

—Jerome, Sergio; buenos días —saludó Pablo.

—Buenos días, comandante —respondieron a coro los operadores especiales.

—¿En qué puedo ayudaros?

—Comandante —dijo Jerome—, hemos recibido las primeras noticias sobre cómo quiere enfrentarse a los narcos y...

—Sé lo que me vas a decir, Jerome —interrumpió Pablo.

—Déjeme terminar, por favor —rogó el francés. Después de que Pablo asintiera, continuó—: Sé que no estamos en condiciones de pedirle nada. No solo porque sea nuestro jefe, sino porque sabemos que no ha debido de ser fácil volver a sacar el barco a navegar.

Pablo escuchaba atento al francés, olvidándose por un momento de su curioso acento, mezcla de su idioma natal, del español que aprendió de su mujer colombiana y de los dejes que había ido cogiendo en el Albatros.

—Estoy seguro de que le ha tocado pelearse con sus jefes —continuó Jerome—, para convencerles de que todo está bien y de que seremos capaces de cumplir la misión, poniendo su reputación en juego. No le quepa la menor duda de que le estaremos eternamente agradecidos, pero espero que entienda que no podemos quedarnos de brazos cruzados mientras nos mantiene fuera del plan para coger a esos cabrones.

Pablo levantó una mano.

—Espera un momento, Jerome. No os he mantenido fuera del plan. Simplemente, el segundo y yo hemos diseñado lo que creemos que es la mejor estrategia para enfrentarnos a los narcos.

—Comandante —intervino Sergio—, hemos sufrido bajas, pero somos suficientes para asaltar cualquier narcosubmarino.

—Lo sé, Sergio —reiteró Pablo—. Lo sé perfectamente. Y sabéis que confío plenamente en vosotros; lleváis siendo la punta de lanza de este barco desde nuestra primera navegación. ¿Crees que se me ha olvidado el asalto a un petrolero fondeado en Somalia? ¿O cómo

atacaste desde el helicóptero el convoy en el que huía el instigador de todo? También me acuerdo del paseo que te diste por la jungla nigeriana, con Paco, o del fatídico asalto a la plataforma petrolífera. No se me ha olvidado nada de eso, os lo juro. Soy perfectamente consciente de que tengo la mejor unidad de asalto marítimo del mundo.

—Entonces... —dijo Jerome.

—Entonces —interrumpió Pablo—, me debo a vosotros. Tengo que asegurarme de que la muerte de vuestros compañeros es vengada, y tengo que hacerlo olvidándome de lo que nos pide el cuerpo a cada uno. Mi responsabilidad es cerciorarme de que el barco se enfrenta a los narcos con las mayores posibilidades de éxito. Se lo debo a los amigos que hemos perdido. ¿Podéis entender eso?

Sergio y Jerome se miraron en silencio y asintieron de forma casi imperceptible.



Capítulo Diez

Grease recogió las cartas y las barajó, dándole a cortar a Gabi y repartiendo cuatro a cada uno.

—Estamos dentro —recordó.

—No cantes victoria, Grease —dijo Gabi—. En esta somos mano.

—Mucho tenéis que remar, segundo.

Hacía unas dos semanas que el Albatros volvía a estar patrullando a poniente de Cabo Verde. Después de que los narcos torpedearan su propia embarcación con el personal del Albatros a bordo, Pablo no sabía si tendrían un periodo de relativa tranquilidad o si los traficantes intentarían aprovechar para colar el mayor número de alijos posible. En cualquier caso, su responsabilidad era estar en la mar para evitarlo y, espoleado por el deseo de vengar la muerte de Paco, salió de puerto en cuanto pudo.

Hasta el momento, no habían tenido ningún contacto sospechoso. El comandante del Albatros sabía que era posible que se le hubiesen colado, pero seguía convencido de que los narcos volverían a por ellos, así que asumía que no habían mandado ninguna embarcación recientemente. Era consciente de que, a medida que pasaba el tiempo, el celo de su gente se iba diluyendo, pero no podía hacer nada al respecto. Para eso confiaba en Gabi y en el resto de sus oficiales, además de en la profesionalidad de toda la dotación. Pablo nunca había dudado que pusieran todo el empeño en su trabajo, pero sabía que tenerlos motivados les daba

un plus de rendimiento que podían llegar a necesitar. No le cabía ninguna duda de que no solo se jugaba la misión sino, posiblemente, el barco y las vidas de muchos de ellos.

A pesar de todo, inevitablemente, el barco había caído en la rutina. Esto no era malo en sí mismo; no quería tener a la gente en constante estado de tensión, porque no estarían en las condiciones idóneas llegado el momento. Aunque, a veces, le costaba relajarse, él también intentaba dar una apariencia de normalidad, y de ahí que hubieran recuperado las partidas de mus en la cámara de oficiales. Gabi era su pareja y sus contrincantes más habituales eran *Grease* y Juan. El americano jugaba sorprendentemente bien, con un estilo muy peculiar, en el que se notaba la influencia del póquer. El asturiano, callado y tranquilo como siempre, sorprendía a veces con jugadas atrevidas y faroles que Pablo y Gabi se solían tragar. El comandante y el segundo perdían más de lo que ganaban, pero disfrutaban de las partidas y, secretamente, tenían la esperanza de llegar al nivel de sus contrincantes algún día.

Estaban jugando la chica cuando sonó el teléfono. Juan estiró la mano para cogerlo y, al poco, se lo pasó a Gabi.

—Del CIC. Preguntan por ti.

—Segundo —dijo Gabi por el teléfono—. Voy para arriba —añadió tras una pausa.

El ferrolano dejó el teléfono sobre la mesa, miró las cartas y, tirándolas sobre la mesa, se puso de pie.

—Para qué nos vamos a engañar —dijo—. No había nada que hacer. Tenemos un contacto, comandante —informó, mirando a Pablo significativamente.

—Voy contigo.

—Esta queda anotada como derrota —sostuvo *Grease*—. Luego no me vengáis con excusitas.

—Ni hablar —dijo Pablo—. Estábamos a tiempo de darle la vuelta.

—Comandante, que no es una tortilla —contestó el tejano.

Unos segundos después, estaban en el CIC.

—¿Qué tienes, Junio? —preguntó Gabi.

—Un contacto que podría tener la firma acústica de nuestros amigos, en un sitio en el que no tenemos nada en el radar.

—¿Superficie o sumergido? —preguntó Pablo.

—Motor diésel —contestó el sonarista italiano—. Así que, al menos por ahora, en superficie.

—¿Distancia? —quiso saber Pablo.

—19000 yardas.

—Está lejos —se asombró.

—La experiencia es un grado, *comandante* —contestó Junio—. Sabemos perfectamente qué blancos estamos buscando y tenemos el equipo casi dominado.

—¿Casi?

—Siempre hay margen de mejora.

Pablo le dio un par de golpes en el hombro al veterano italiano y echó un vistazo rápido a la consola táctica.

—Por ahora no vamos a hacer nada —decidió—. Seguimos el contacto sin acercarnos y mantenemos los ojos bien abiertos. Estoy seguro de que no viene solo.

—¿Quieres que vayamos alistando el helicóptero, comandante? —preguntó Gabi.

Pablo lo pensó un momento. Lanzar el Bell 412 era más complejo de lo que podía parecer y, sin estar en preaviso, les podía llevar casi una hora.

—Sí —dijo—, pero solo para ir adelantando. No quiero sacarlo antes de que sea necesario, y menos de noche.

Gabi se acercó al puente para que se transmitieran las instrucciones necesarias y Pablo se quedó mirando la consola táctica y la presentación del sonar. Sabía que no había muchas más conclusiones que extraer, pero no podía evitar intentarlo. Por el momento, tenían un contacto que, por el ruido que hacía, parecía ser un narcosubmarino y que se dirigía a Santo Antão a la velocidad que solían hacerlo. Podría, perfectamente, tratarse de una embarcación solitaria, de camino a entregar su cargamento de droga. Pero Pablo no estaba dispuesto a volver a subestimar a los narcos. Todavía estaban en posición de interceptar el contacto antes de que llegara a tierra; y Pablo, aunque seguía decidido a actuar de una manera más agresiva, quería tener claro dónde se metía antes de hacerlo.

Los minutos pasaron y el contacto seguía acercándose a tierra sin ningún cambio en su comportamiento. Todavía no lo veían en el radar, pero Pablo sabía por experiencia que aún estaba muy lejos. Entonces, empezó a notar que Junio se concentraba en algo, en la pantalla. Pablo se puso detrás del italiano y, en unos segundos, percibió qué llamaba su atención. El operador sonar cambió la presentación, pasando de la que le daba demoras a la que le permitía analizar las frecuencias, y Pablo estuvo seguro de que estaba a punto de darles noticias.

—Tengo otro posible contacto —informó el italiano, señalando una tenue línea en la presentación por demoras—. Las frecuencias también coinciden con nuestros amigos.

—¿En superficie? —preguntó Pablo.

—Propulsado por motor diésel, sí.

—¿Distancia?

—Algo menos de 20000 yardas.

—Parece que también va a tierra —señaló Gabi en la consola multifunción, donde el marinero del CIC ya había representado el contacto.

—O a por nosotros —insinuó Pablo.

—¿Qué quieres hacer, comandante?

Pablo miró los dos simbolitos rojos, con flechas apuntando hacia ellos.

—Zafarrancho de combate. Y vamos a lanzar el *helo* en cuanto podamos.

Había pasado cerca de media hora desde que detectaran el segundo contacto y el Albatros estaba a rumbo de operaciones de vuelo, a punto de lanzar el Bell 412. Pablo, sentado en su sillón del puente, miraba hacia el horizonte mientras le daba vueltas a la situación. A pesar de toda la preparación y de que había repasado todas las posibilidades con Gabi repetidas veces, le asaltaban las dudas. ¿Y si se equivocaba?

Volviendo al presente, echó un vistazo alrededor del puente. Ya que en zafarrancho de combate disponían de toda la dotación,

habían aprovechado a todos los que no tenían un puesto fijo para ponerlos como serviolas. Esto significaba, principalmente, el trozo de seguridad interior; es decir, los bomberos del barco que, habitualmente, estaban repartidos por las distintas cubiertas para detectar averías, incendios o inundaciones cuanto antes. Pablo sabía que usarlos para este cometido podía ralentizar la reacción inicial a una emergencia, pero contaba con la infinidad de sensores automatizados que tenía el barco para ayudarle.

Así, consiguieron que los ventanales del puente estuvieran plagados de marineros mirando hacia afuera, algo más común en barcos de guerra de mayor porte; sobre todo, en los más antiguos, pero muy raro de ver en el Albatros. En las cubiertas inferiores había más personal, principalmente, marineros encargados de operar las *rhibs* y el helicóptero. Además, las cámaras del barco, capacitadas todas para trabajar en modo infrarrojo, barrían el horizonte constantemente. Delante del sillón de Pablo, en alto para no bloquear el ventanal, una pantalla dividida en cuatro presentaba las imágenes de la cámara FLIR, la de la dirección de tiro y la de cada una de las ametralladoras de 25 mm.

En otra pantalla se veía la cubierta de vuelo, sobre la que descansaba el Bell 412, con las palas ya girando a toda velocidad. Pablo escuchó a Joseba por la radio y, poco después, vio al helicóptero ascender y perderse. Uno segundos más tarde, les adelantaba por el costado de estribor mientras ganaba altura. Con las luces apagadas, se perdió en la oscuridad de la noche.

Pablo se puso de pie y fue hacia el centro de información y combate.

—Gobierna a las órdenes del CIC, Juan.

—Enterado, comandante.

—¿Algo, Gabi? —preguntó nada más entrar en la sala de Operaciones.

—Nada nuevo, comandante. Mantenemos los dos contactos sin dificultad. Tenemos que caer un poco de rumbo, ahora que ha salido el helicóptero, y puede que los perdamos unos minutos, pero ya se ven claramente y no tendremos pegas en recuperarlos.

—¿Vas a mandar al helicóptero primero al más cercano, no?

—Sí. Ya va para allá —contestó Gabi, señalando la pantalla.

Pablo se quedó detrás de la silla del jefe de Operaciones. En las anteriores navegaciones del Albatros, había pasado gran parte de los momentos de tensión en el puente, desde donde se controlaban mejor los abordajes, por ejemplo. Pero esta era lo más parecido a una misión de guerra convencional que habían hecho y el CIC ejercía como verdadero cerebro del barco. Pablo estaba pasando allí más horas que nunca y ahora entendía por qué, en los barcos de la Armada que le habían enseñado sus hermanos, el comandante tenía una silla en el compartimento. «Menos mal que sigo siendo joven», pensó.

—Segundo... —murmuró Guillaume, que se había situado detrás de Junio y auxiliaba al italiano en el sonar.

—Dime.

—Sí... —musitó Junio, cuando el francés señaló un punto en la pantalla.

—Puede que tengamos un tercer contacto —informó el francés.

—¿Dónde?!

—Estamos en ello...

—Entre los otros dos —dijo Junio—. Pero un poco más lejos, parece. Es muy débil todavía.

—Vale. Seguid intentando cogerlo —mandó Gabi.

Inmediatamente después, el ferrolano se giró para mirar a su comandante. Pablo no necesitó mucho más. Desde el principio habían desarrollado una relación muy cercana y, con el tiempo, se entendían a la perfección.

Dos contactos podía ser casualidad o un alijo muy grande. Tres, y después de un par de semanas de tranquilidad, significaba que alguien les estaba preparando toda una fiesta sorpresa.

—No hay vuelta atrás, Gabi —dijo Pablo, intentando insuflar más decisión de la que sentía al comentario.

Los minutos pasaron y, por fin, la radio sonó transmitiendo la voz de Joseba.

—Albatros de Arcángel, tenemos el primer contacto en visual.

Pablo miró la pantalla grande, donde estaban reproduciendo la cámara del helicóptero. Efectivamente, se veía una mancha sobre la

superficie. Curiosamente, era más fácil diferenciarlos de noche, por la diferencia de temperatura entre el agua, que aparecía de gris claro, y la embarcación, en tonos más oscuros. Este parecía tratarse de un semisumergible, pues no se intuía mástil alguno y navegaba en superficie, el calor de su motor representado por una significativa mancha oscura en la popa.

—¿Qué hacemos? —preguntó Gabi.

—Quiero identificarlos a todos antes de nada —respondió Pablo—. Si hay algún submarino, tiene que ser nuestra prioridad; es el más peligroso y, si se mete para abajo, solo podremos darle con cargas desde el helicóptero. La última vez no nos funcionó muy bien. A ser posible, intentaremos encargarnos de él primero, para cogerlo por sorpresa. Con el helicóptero puede no ser suficiente; no quiero que se nos vuelva a escapar.

—¿Le vas a disparar desde aquí del tirón?

—El momento de los avisos ha pasado, Gabi.

El ferrolano asintió y dio las instrucciones pertinentes al controlador para que dirigiera al helicóptero hacia el segundo contacto.

Unos minutos después, otra mancha perturbaba la superficie clara del mar en la cámara del Bell 412.

—Albatros de Arcángel: este parece otro de los que no se sumerge.

—Albatros; recibido —contestó el controlador.

—Vamos a por el último —ordenó Pablo.

El contacto que faltaba era el más lejano desde el Albatros, pero estaba relativamente cerca del anterior, sobre todo, a la velocidad del helicóptero, y enseguida vieron la imagen en la cámara.

—¡Bingo! —murmuró Gabi.

Aunque estaba en superficie y, como indicaba el sonar, navegaba propulsado por su motor diésel, un mástil sobresalía dos metros por encima de la estructura.

—Ese es —dijo Pablo.

—¿Qué? —preguntó Gabi.

—Ahí va el líder —sostuvo Pablo—. Mira la disposición: va detrás de los otros dos, para obligarnos a pasar cerca de ellos si queremos

acercarnos y para tomar las decisiones con toda la información.

—¿Crees que están comunicados?

—Estoy seguro —subrayó Pablo—. Necesitan estar coordinados para poder enfrentarse a nosotros.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Gabi—. Tú lo has dicho; no podemos acercarnos suficiente para dispararle sin entrar dentro del alcance de torpedo de los otros. Está demasiado lejos para verlo en el radar y, hasta que no lo enganchemos con la dirección de tiro, ya sea en modo radárico o con la cámara y el láser, no podemos dispararle. Las Arpecas tampoco lo ven y, en cualquier caso, está muy lejos para ellas.

—Tenemos que meternos ahí, Gabi. No queda otra.

Walter estaba de pie en la plataforma, con el torso fuera de la escotilla mientras escudriñaba la oscuridad en busca de peligros. Con la mano izquierda sujetaba una pequeña radio. Llevaba un rato allí fuera para poder comunicarse y no consumir baterías. A pesar de haber prácticamente doblado la capacidad original, usando gran parte del espacio de carga, las casi diez toneladas de baterías solo le daban para aguantar unas diez horas a tres nudos, y mucho menos si quería aumentar la velocidad. Y contaba con tener que hacerlo aquella noche.

Pilotar la embarcación desde fuera, de noche y con poco más que ver que las estrellas, le estaba sirviendo para volver a darle vueltas, una vez más, a lo mismo que llevaba pensando desde que saliera de Guyana. Desde la aparición del Albatros en Cabo Verde, no solo había perdido un cargamento, sino que el resto de su cadena logística se había visto estirada hasta el límite. Tras recibir la noticia de que el patrullero volvía a hacerse a la mar después de que le hundiera una *rhib*, había estado seguro de que iba a recibir una segunda visita de Yuri.

Los rusos ya habían mostrado su descontento con la inconsistencia de los envíos, que en lugar de llegar puntualmente como era costumbre, tuvieron que adaptarse a la nueva situación. El uso de una parte importante de sus embarcaciones para luchar

contra el Albatros, hizo mella en las entregas. La presencia del patrullero, si bien no pudo impedir todas, lo obligó a retrasar algunas. Aunque los rusos estaban satisfaciendo los pagos de los cargamentos recibidos, estos se vieron reducidos en lo que denominaron unas «multas» por no cumplir los plazos acordados. La reducción de ingresos, unida a todo lo gastado en poner a punto los Eta y los torpedos, había agotado los fondos de Walter y, en esos momentos, debía dinero a sus proveedores colombianos. El guyanés, consciente de con quién hacía negocios, siempre pagaba escrupulosamente toda la mercancía que traficaba, pero la situación era tan límite, que se había visto obligado a no realizar el último pago. Walter sabía que le esperaba una visita desagradable cuando volviera a Guyana y, si bien los rusos lo sorprendieron al encontrarlo en su taller, no tenía ninguna duda de que el cártel lo tenía perfectamente localizado. La única forma de salir de aquel embrollo era deshacerse del patrullero, para demostrar que podía enfrentarse a cualquiera que se le pusiera por delante, y para que tanto productores como distribuidores entendieran que su transportista no sufriría más inconvenientes. Una vez se hubiese quitado al Albatros de en medio, sabía que con un puñado de viajes recuperaría el dinero perdido.

—¡Jefe! ¡Jefe! —tronó la radio.

El guyanés maldijo. Les había dicho mil veces que se ajustaran al código. Era poco probable, pero si tenían muy mala suerte, cabía la posibilidad de que el Albatros encontrara la frecuencia en la que estaban hablando.

—Adelante para Lutador —dijo Walter por la radio, usando el nombre en clave de un pesquero que sabían que faenaba en la zona.

—Lutador, Lutador de Carolina Teixeira, Carolina Teixeira. Hemos visto marlines, hemos visto marlines.

—Lutador, recibido —contestó Walter, intentando minimizar las comunicaciones.

«Marlines» era la palabra clave que habían elegido para nombrar al helicóptero del Albatros. Walter sabía que era su mayor enemigo, pues no tenía forma de detectarlo, y por eso había elegido aquella

noche. La luna estaba casi llena y el cielo despejado; unos ojos acostumbrados a la penumbra debían ser capaces de ver la sombra de la aeronave oscureciendo las estrellas que tenía detrás. Había hecho mucho hincapié a sus hombres en que mantuvieran los ojos abiertos mirando al cielo, y parecía que estaba dando resultado.

La partida acababa de empezar.

Si el helicóptero estaba en la zona, Walter sabía que el patrullero no andaría muy lejos. Todavía no lo habían detectado, pero entre los hidrófonos y que el patrullero sobresalía del agua mucho más que ellos, estaba seguro de que lo encontraría a tiempo. No sabía si el Albatros pretendía rehuir el combate; pero, en esta ocasión, lo tenía todo preparado para no darle opción.

—Lutador de Mestre Daniel, Lutador de Mestre Daniel —volvió a sonar la radio.

—Lutador —contestó Walter.

—Tengo pez espada al este. Pez espada al este.

«Ahí estaba».

—Lutador, recibido.

La palabra clave para el patrullero era «pez espada»: todas las piezas estaban sobre el tablero y le tocaba mover.

—Todos de Lutador: continuamos avanzando hacia levante. El primero en encontrar al pez espada que tire la caña.

Walter esperó a que le respondieran y se metió dentro del narcosubmarino, cerrando la escotilla sobre su cabeza tras coger una última bocanada de aire fresco. Después de dar la orden de parar y desconectar el motor diésel, probó que la embarcación respondiera a las órdenes tirando de las baterías y, metiendo los planos a bajar, sumergió el submarino.

El Albatros se acercaba a la media luna formada por los tres contactos, los dos semisumergibles en los flancos y algo adelantados respecto al submarino. No sabían con certeza el alcance máximo de los torpedos de los traficantes y Pablo empezaba a ponerse nervioso. Tampoco sabían con seguridad si todos los narcosubmarinos los llevaban, pero tenía que asumir que

así era. Y más, por cómo se estaban comportando.

La tensión de la situación se había propagado por el barco y Pablo no recordaba un puente tan silencioso, especialmente, teniendo en cuenta que eran más de quince personas allí, algo totalmente inaudito. Echando un último vistazo a los ventanales, volvió al CIC.

—¿Algo?

—Nada —respondió Gabi.

—¿Sin contacto radar aún? ¿Ni siquiera de los dos semisumergibles?

—No, nada —respondió.

—Vamos a tener que meternos hasta el fondo —murmuró Pablo.

—Sí... aunque... se me ha ocurrido una cosa.

—Dispara —le animó Pablo.

—Podemos tirar al cañón en modo de fuego naval de apoyo.

—¿Como si estuviéramos tirando sobre costa?

—Exacto —respondió Gabi—. Solo tenemos que meter la posición del blanco y el cañón disparará sobre él.

—Bueno... tendríamos que meter la posición futura del blanco, ¿no? El submarino se mueve.

—Sí —admitió Gabi.

—Y va a ser muy poco preciso —intuyó Pablo.

—Mucho menos preciso que tirar sobre un contacto de la dirección de tiro, sí. Pero podemos usar al helicóptero para corregir los disparos.

—Es una locura, Gabi. Sé que en la Armada lo hacen, pero nosotros no tenemos el adiestramiento y, aunque nos salga bien, sigue siendo muy poco certero. En cuanto vea el primer pique, el submarino se va a meter para abajo y perdemos el elemento sorpresa.

—Eso es cierto —confirmó el gallego.

—No —sentenció Pablo—. Es una buena idea, pero nos ceñiremos al plan. Solo hay que mantener los ojos bien abiertos por si aparece un torpedo. Y los oídos —añadió, mirando hacia la consola del sonar.

—Comandante —dijo Guillaume, tras cruzar una mirada con Junio—. Ahora que lo dice, el submarino acaba de apagar el motor diésel.

—¡Joder!

—Va para abajo —musitó Gabi.

—¿Crees que nos ha visto? —preguntó Pablo.

—No lo sé... es complicado. Pero puede que alguno de los semisumergibles sí.

Pablo analizó la nueva situación. No podía estar seguro de si el submarino conocía su presencia o si aquello era casualidad, pero tampoco importaba mucho. Una vez bajo el agua, solo podía enfrentarse a él con el helicóptero, y para eso no había tiempo que perder. Mientras tanto, seguiría acercándose con el barco para intentar obtener contacto radar y estar en disposición de abrir fuego contra cualquiera de los tres.

—Manda a Joseba para allá —mandó—. Vamos a cazarnos un submarino.

Joseba le había dejado los palos a Fernando para descansar un poco las manos. Algo le decía que el vuelo iba a ser movidito. A pesar de que su compañero pilotara el aparato, el vasco no se permitía relajarse, y mucho menos de noche. Sus ojos seguían recorriendo los distintos instrumentos y cotejándolo con lo que veía por fuera de la cabina; había bastante luna y la visibilidad era buena.

El Bell 412 se había establecido en un cómodo circuito, que le permitía controlar a los tres contactos mientras orbitaba sobre ellos. Aquello estaba suponiendo bastante trabajo para el operador, que desde su consola, en la parte trasera, tenía que orientar la cámara a cada uno de los tres contactos para asegurarse de que no se les escapaba nada.

Joseba fijó la mirada en la pantalla que presentaba la imagen infrarroja y vio que, en ese tramo del circuito, el operador se centraba en el tercero de los contactos; el submarino. Era fácilmente distinguible por el mástil que sobresalía de la estructura, pero algo más llamó la atención del piloto. Cada vez se veía menos del casco del narcosubmarino.

—¡Ese se está sumergiendo, hostia!

—Arcángel de Albatros —tronó la radio.

—Arcángel —respondió Joseba.

—Arcángel de Albatros, creemos que el submarino va a hacer inmersión. Proceda hacia su posición.

—¡Claro que va a hacer inmersión, hostia! —exclamó Joseba—. Ya solo se le ve el periscopio.

—Albatros; recibido. Proceda a su posición y ejecute lanzamiento de carga explosiva.

—Arcángel; recibido —contestó el piloto y, cambiando al circuito interior—: Mío.

—Tuyo —confirmó Fernando.

—Mío.

Joseba, casi como un reflejo, comprobó que tanto el cíclico como el colectivo y los pedales respondían a sus controles y, cuando estuvo seguro, puso el helicóptero en una de esas maniobras que le llevaron a ganar campeonatos de acrobacias. Unos segundos después, el morro apuntaba hacia el narcosubmarino.

—Arturo, prepara una carga —dijo al operador de cabina.

—¡La tengo lista!

—Muy bien —contestó Joseba, concentrado en la imagen infrarroja con un ojo, mientras con el otro buscaba por delante del helicóptero—. Dos minutos.

Aunque la estela de espuma debería ser visible, el piloto vasco sabía que tendrían difícil encontrar el pequeño periscopio en visual, así que se concentró en guiar el helicóptero lo mejor que pudo, a través de la imagen de la cámara.

—Un minuto —informó.

—¡Ahí! —gritó Fernando, poco después.

Joseba miró a donde indicaba su copiloto y lo vio: un alargado triángulo de espuma blanca que rompía la oscuridad de la superficie del mar. Pero, de repente...

—¡Ya no está! —exclamó Fernando.

—Se ha metido para abajo del todo —musitó Joseba.

El piloto hizo unos rápidos cálculos mentales.

—Arturo, lanza a mi voz.

Una vez más, no quería hacer estacionario tan bajito; volar de noche sobre el mar era peligroso y no había necesidad de arriesgar.

Haría una pasada despacio, con la dificultad añadida de que ahora tenía que estimar la posición del submarino para tirarle la bombeta encima.

—Listo... tres, dos, uno... ¡lanza!

—¡En el agua!

Joseba tiró del colectivo para ganar altura mientras con el cíclico hacía al helicóptero dibujar una amplia curva.

—Albatros de Arcángel —dijo presionando el comunicador del mando—. Hemos lanzado una carga, pero el submarino se ha sumergido por completo y lo hemos perdido de vista antes de pasar por encima; no sé si le habremos dado.

—Arcángel de Albatros, ¿no sabe dónde está el submarino?

—Que no, ¡hostia!, que se ha metido para abajo.

Durante unos segundos, se hizo el silencio en la línea.

—Arcángel de Albatros, nosotros tenemos contacto sonar. Le guiaremos desde aquí para lanzar una segunda carga.

—Arcángel; recibido.

—Arcángel de Albatros, el contacto se encuentra en su radial 170, 400 yardas. Vire por la izquierda al 235 y mantenga altura. Lanzaremos al mismo rumbo del blanco, entrando por su popa.

—Arcángel; recibido. Virando por la izquierda al 235.

Joseba echó un vistazo a los instrumentos y cambió el cíclico al otro lado. El controlador le estaba mandando hacer una caída de más de 180 grados, pero el piloto entendía por qué. Dibujando un amplio círculo, el helicóptero quedaría alineado por la popa del submarino y las posibilidades de acertarle pasando por encima al mismo rumbo eran mayores. No le gustaba volar a las órdenes de nadie, pero tenía que admitir que Luis, el controlador, era muy bueno, y los cientos de horas voladas con él le habían convertido en un muy buen aliado, por mucho que a Joseba le costara aceptarlo.

—A rumbo 235 —informó.

—Albatros; recibido. Blanco en su radial 120, 900 yardas. Continúe izquierda hasta el 090.

—090.

El helicóptero siguió dibujando una amplia curva. Joseba intentaba estandarizar los giros cuando el controlador le daba las órdenes de

rumbo, para facilitarle predecir dónde iba a quedar el helicóptero.

—A rumbo 090.

—Albatros; recibido —respondió el controlador, satisfecho—. Blanco en su radial 090, 700 yardas. Establézcase a la altura de lanzamiento y continúe a rumbo. Lanzamiento a mi voz.

—¿Arturo, estás listo? —preguntó Joseba por interiores.

—Listo.

—Albatros de Arcángel: descendiendo a altura de lanzamiento y listo.

—Albatros; recibido. 300 yardas. Lance... ahora, ahora, ¡ahora!

Joseba sabía que el operador estaba escuchando el circuito de control y no tendría que repetir la orden.

—¡En el agua! —exclamó Arturo.

—Carga en el agua —informó Joseba por la radio mientras ascendía.

—Albatros; recibido. ¿Ha percibido si ha hecho blanco?

—Albatros de Arcángel, ya sabes que eso es casi imposible. Además, no tenemos ni idea de qué veremos si le damos.

—Albatros; enterado, espere.

Joseba aprovechó para seguir ascendiendo y situarse en un circuito cómodo mientras repasaba una y otra vez los instrumentos y el horizonte que iluminaba la luna. Sabía que Fernando estaría haciendo lo mismo.

—Arcángel de Albatros. Los operadores del sonar creen que la bombeta ha caído a la izquierda del submarino. Vamos a intentar otra pasada.

—Arcángel; recibido.

—Muy bien, Arcángel. Blanco en su radial 330, 1200 yardas. Vire por la derecha al 270.

—Por la derecha al 270 —respondió Joseba, comprendiendo que el controlador quería repetir la maniobra anterior, pero por el otro lado.

—A rumbo 270 —informó poco después.

—Albatros enterado. Blanco en su radial norte, 1000 yardas. Continúe a rumbo.

Joseba frunció el ceño, pero enseguida comprendió que el

controlador se estaba tomando más margen. La última pasada había sido muy corta y apenas tuvo tiempo de corregir.

—Arcángel de Albatros —oyó un minuto después—: blanco en su radial 050, 1300 yardas. Vire derecha al 070.

—Derecha, 070 —contestó Joseba, haciendo que el helicóptero se inclinara hacia ese lado—. A rumbo 070 —añadió poco después.

—Albatros recibido.

Pasaron unos segundos más hasta que se volvió a oír algo.

—Arcángel de Albatros, vire derecha al 090.

—Virando derecha al 090... A rumbo 090.

—Albatros; recibido. Blanco en su morro, 900 yardas.

—Arcángel; recibido. Estoy listo para pasada.

—Albatros; recibido. Descienda a la altura adecuada y vire derecha al 095.

—Establecido en altura de lanzamiento —contestó Joseba—. A rumbo 095.

—400 yardas. Prepárese para lanzar.

—Estoy listo.

—200 yardas... Lance ahora, ahora, ¡ahora!

No necesitó los cascos para oír la explosión. Una vez más, Walter sabía que tendría que sacrificar algo si quería enfrentarse al Albatros con posibilidades de salir vencedor. Su posición a popa del Eta 2 le ocultaba de los sensores del patrullero y contaba con que el helicóptero estuviese suficientemente liado como para no ver su contacto radar mientras estuviese en superficie o con el periscopio fuera del agua. A bordo del Eta 3, Walter pretendía entretener al Albatros con los otros tres narcosubmarinos y aprovechar el caos para torpedear al patrullero. Aunque no se consideraba particularmente supersticioso, había decidido ir en el Eta 3 por ser en el que había obtenido su mayor logro hasta la fecha, si no contaba el hundimiento del Guardiã. Al mando del Eta 2 iba Johnny, que había demostrado estar a la altura en las dos travesías anteriores y era el que más experiencia tenía, ya que David seguía preso en Cabo Verde.

Walter sabía que pronto tendría que hacer un movimiento. La distracción creada por las dos Épsilon y el Eta 2 era buena, pero no duraría eternamente. Contaba con que la posición detrás del otro submarino le escondiera del sonar del Albatros, pero también le impedía a él situar al patrullero. Walter había instalado una sencilla antena en el mástil que, conectada a la radio, le permitía comunicarse con los demás, siempre que se mantuviera a cota periscópica. Aunque la Épsilon que había detectado al patrullero actualizaba su posición, era el momento de detectarlo por sus propios sensores para empezar a preparar el lanzamiento. Si alguno de los otros narcosubmarinos lograban tirarle al Albatros, mejor aún, pero Walter no quería dejar nada al azar y pretendía seguir el plan hasta el final: él mismo clavaría un torpedo en el costado del maldito patrullero.

—¡Kyllian! —llamó a su compañero de dotación, que se estrenaba en el modelo Eta. Había empleado todo el tránsito en enseñarle a pilotar el submarino—. Sube velocidad y cae treinta grados a estribor.

—¡Voy, jefe!

—¡Y sumérgete del todo! Nos vamos a acercar a los demás y no quiero que el helicóptero vea el periscopio.

Unos segundos después, Walter notó cómo el submarino se inclinaba ligeramente hacia abajo. Desde ese momento, dejaban de tener comunicación con el exterior y dependían únicamente de los hidrófonos para situarse. El guyanés se ajustó los cascos y repasó el diagrama que tenía pintado en un papel.

Pablo se había situado detrás de la consola del controlador para ver cómo guiaba al helicóptero en las pasadas de lanzamiento. Llevaban ya tres, pero no sabían si alguna había tenido efecto. La posición del contacto sonar no era tan certera como la de un contacto radar y, al tener que pasarla manualmente al sistema de combate, para que el controlador pudiera guiar al helicóptero, perdía aún más precisión.

—¡Albatros de Arcángel! —tronó la radio.

—Albatros —contestó don Luis, el controlador.

—¡Ha vuelto a subir! ¡Vemos el periscopio!

—Que le disparen con la ametralladora —ordenó Pablo sin pestañear—. Que se aseguren que no se pueda volver a sumergir.

—Arcángel de Albatros. Realice pasada de fuego con ametralladora.

—Arcángel; recibido. Procediendo.

Pablo miró a Gabi, que seguía sentado un par de metros más allá, en su consola. El gaditano se acercó.

—¿Cómo lo ves? —preguntó.

—Puede ser buena señal —sugirió Gabi—. Igual lo hemos asustado o hemos provocado una avería o una vía de agua.

Pablo vio cómo el pequeño símbolo que representaba al helicóptero dibujó un semicírculo sobre la pantalla y enfiló el otro símbolo, rojo, que indicaba la posición del narcosubmarino. Las dos trazas se acercaron hasta unirse y el helicóptero salió por el otro lado del blanco.

—Albatros de Arcángel: realizada pasada de fuego.

—Aquí Albatros —respondió el controlador—: pregunto resultado.

—No podemos estar seguros —contestó Joseba—, pero creemos haberle dado.

Pablo miró a don Luis y, con un gesto de la mano, indicó que hicieran otra.

—Arcángel de Albatros, realice otra pasada de fuego.

—Procediendo.

La traza del helicóptero volvió a dibujar un círculo en la pantalla, buscando alinearse otra vez con el rumbo del submarino.

—Albatros de Arcángel... No lo vemos.

—Aquí Albatros: repita.

—¡Que no lo vemos, hostia! Ha debido de sumergirse otra vez.

—¡Joder! —murmuró Pablo.

—Ha debido de subir solo a situarse o a ver qué pasaba —opinó Gabi.

—Tenemos que acercarnos más —dijo Pablo—. La próxima vez que salga, quiero tener contacto radar para poder tirarle con el cañón.

—No debería quedar mucho —pronosticó Gabi—. A los dos semisumergibles ya los vemos, aunque los contactos son demasiado pequeños como para engancharlos.

—Seguimos para dentro, Gabi. ¡Don Luis! —añadió—. Volvemos a las pasadas con cargas de profundidad.

—Enterado, comandante —respondió el veterano controlador.

—Carga en el agua —informó Joseba por el circuito mientras hacía ascender al helicóptero.

—Albatros, recibido.

Era la primera pasada después de que el submarino se hubiera vuelto a meter para abajo y Joseba empezaba a dudar de su conservadurismo. Tenía razones de sobra para no querer hacer estacionario tan bajo sobre el mar; pero, quizás, habría sido lo mejor para disparar con la ametralladora al submarino.

El piloto vasco se sacó aquella idea de la cabeza. El propio Ejército del Aire había perdido dos helicópteros, recientemente, volando sobre el mar. En la Armada, los que más experiencia tenían, contaban con helicópteros especialmente preparados: los Seaking que usaban años atrás para cazar submarinos, usaban el piloto automático para hacer los estacionarios bajos que les permitían calar el sonar en el agua. No había necesidad de arriesgar: la velocidad y la altura eran sus aliados y el submarino no tenía a dónde ir; acabaría cayendo por su propio peso.

Siguiendo las instrucciones del controlador, Joseba volvió a alinear el helicóptero con lo que sería la estela del submarino si estuviese en superficie y se preparó para otra pasada.

—¡Está ahí otra vez! —exclamó Fernando.

Joseba, que estaba repasando los instrumentos, levantó la mirada y no tardó en encontrarlo. Sus ojos ya se habían habituado a buscar la forma alargada de la estela sobre la superficie.

—Albatros de Arcángel, lo volvemos a tener en visual

—Aquí Albatros: ¿está en superficie?

—¡Afirma!

—Proceda para pasada de fuego con ametralladora.

—¡Allá vamos!

Joseba corrigió ligeramente el rumbo para dejar el submarino por el lado derecho, donde tenían montada la ametralladora en la puerta trasera.

—¡Sergio!

—¡Dígame! —contestó el tirador que, como casi siempre, les acompañaba en el vuelo.

—Quiero que ese trasto parezca un colador.

—¡Eso está hecho!

El piloto continuó acercándose, intentando mantener la plataforma estable y reduciendo la velocidad todo lo que se atrevía. Poco después, perdía de vista el submarino por la derecha y escuchaba tres rápidas ráfagas de la ametralladora.

—¡Vamos a por otra! —exclamó mientras ascendía e inclinaba el helicóptero para hacerlo girar a la izquierda.

—¡Creo que ha salido a superficie del todo! —gritó Sergio.

—Pues vamos a asegurarnos de que no pueda volver a meterse para abajo. Intenta darle en la parte de proa; no queremos matar a nadie si podemos evitarlo.

Joseba se concentró en volver a alinearse con el blanco y esta vez lo vio en cuanto lo tuvo por el morro. Efectivamente, había emergido por completo. Buena señal.

—Allá vamos, Sergio. Treinta segundos.

—¡Recibido!

El helicóptero volvió a enfilar el narcosubmarino y la ametralladora escupió otras tres ráfagas al pasar a su lado.

—Si se vuelven a sumergir, les va a llover más que en Galicia —insinuó Sergio.

—¿Le has dado?

—Estoy bastante seguro de que sí.

—Muy bien. Vamos a por una tercera, por si acaso.

El lóbulo de la oreja le dolía de tanto apretarlo. Pablo sabía que estaban a punto de coger al sumergible y tenía la seguridad de que el responsable de la muerte de Paco estaba a bordo. En cuanto

tuvieran asegurado el submarino, se encargarían de los dos semisumergibles, que ya aparecían como contactos más claros en el radar. Había dado la orden de que los serviolas prestaran especial atención a las demoras en las que se encontraban los narcosubmarinos, por si lanzaban algún torpedo, y los sonaristas estaban, como siempre, atentos al característico ruido que hacían estos al girar sus hélices a gran velocidad.

—Albatros de Arcángel —se oyó la voz de Joseba por la radio.

—Albatros —contestó el controlador.

—Íbamos a hacer la tercera pasada, pero el narcosubmarino está parado y hay dos tripulantes en cubierta con las manos en alto.

—¡Alto el fuego! —ordenó Pablo.

—Arcángel de Albatros: alto el fuego. Espere instrucciones.

—Va a haber que ir a asegurarlo —dijo Gabi.

Pablo asintió. Parecía que el equipo de Paco tendría su parte de protagonismo en los eventos de aquella noche.

—Tenemos que dejar al helicóptero pendiente de ellos hasta que lleguen las *rhibs* —proclamó Pablo—. No quiero que hagan nada raro.

—¿Qué hay de los otros dos? —preguntó Gabi.

—Ahora nos encargamos de ellos.

Pablo levantó la mirada para leer en una pequeña pantalla los datos de viento y, mirando la consola multifunción, se empezó a hacer un esquema mental de las maniobras que tendrían que hacer para arriar las embarcaciones y, mientras el helicóptero cubría al submarino, detener a los otros dos.

—¡Albatros de Arcángel! ¡Albatros de Arcángel!

La voz de Joseba no daba lugar a dudas sobre la urgencia del mensaje y Pablo miró al controlador.

—¡Adelante!

—¡Son dos! ¡Hemos visto otro!

—Repita...

—¡Hay otro submarino, hostia! Le acabamos de pasar por encima; va con el mástil fuera.

Pablo se giró como un rayo hacia la consola del sonar y vio que los tres veteranos operadores, apretados en su esquina, ya se

afanaban en buscar algo que pudiera coincidir con lo que el helicóptero decía.

—Debía de estar oculto tras el otro —ofreció Gabi, que había pintado la posición estimada del nuevo blanco en función de dónde estaba el helicóptero cuando lo cantó—. Y las explosiones de las cargas no deben haber ayudado nada a que viéramos lo que había detrás.

Pablo volvió a apretarse el lóbulo de la oreja. Aquello cambiaba todo: de repente, el primer submarino no parecía tan importante.

—Tenemos que concentrarnos en este —concluyó—. Es el más peligroso. Tenemos que poder ver algo en el radar.

—Pero no podemos olvidarnos de los dos semisumergibles —recordó Gabi—. Puede que también vayan armados.

—Tienes razón. Y nos hemos metido en la boca del lobo —murmuró Pablo, señalando la pantalla.

Estaban prácticamente rodeados, con un semisumergible al sur, otro al norte y el nuevo submarino a poniente.

—¿Para nosotros estaba muy lejos, pero ¿cómo es que el helicóptero no lo ha visto antes en el radar?

Gabi se tomó un segundo antes de contestar.

—Hay una razón por la que los helicópteros navales usan un enlace de datos para que el barco pueda ver e, incluso, operar sus sensores. Estaban intentando mantener tres escurridizos contactos radar mientras iban usando la cámara para mantenerlos a todos controlados, y todo eso volando de noche... Son muy buenos, pero tres pares de manos solo pueden hacer un número limitado de cosas —manifestó Gabi.

Pablo suspiró.

—¡Albatros de Arcángel! ¡Se ha sumergido! ¡Lo pierdo! —gritó Joseba a través de la radio.

—¡Mierda! —exclamó Pablo—. Así no le podemos disparar.

—Tenemos que evitar que tenga datos para tirarnos él a nosotros —dijo Gabi—. ¿Recuerdas lo que hablamos?

—Sí —contestó Pablo—. Pero tienes razón; tampoco podemos olvidarnos de estos dos. ¿Podrás tirarles con el cañón mientras que yo me encargo del otro?

—Claro. Pero, comandante... dispararles sin que nos hayan hecho nada...

—Lo sé, Gabi. Bajo mi responsabilidad.

Pablo echó un último vistazo a la presentación táctica y se acercó al puente.

—¡Juan!

—Dime, comandante.

—Rumbo base 250, pero haciendo caídas constantes y cambios frecuentes de velocidad. Vamos a pasar a propulsión eléctrica; no me importa correr menos, lo importante es ponerle difícil a este tío encontrarnos y, sobre todo, que obtenga una solución de fuego.

—Hecho, comandante.

—Y mantened los ojos bien abiertos. Si nos tiran un torpedo, va a ser ahora. ¿Las luces están apagadas, no?

—Sí, comandante.

Pablo volvió a entrar en el CIC.

—Don Rafael, vamos a hacer fuego al cañón sobre dos blancos —estaba diciendo Gabi.

—Enterado.

—Asigne DORNA a blanco en demora 170, 4000 yardas.

—DORNA sobre blanco. Buen seguimiento radárico. No consigo engancharlo en oprónico.

—No pasa nada; dispararemos sobre el contacto radar —contestó el segundo del Albatros—. Arranque motores del montaje y asígnelo a DORNA.

—Motores arrancados... montaje sobre blanco. Línea cañón-blanco: 168. Tiempo de vuelo: seis segundos. Le recuerdo que la munición está en el tambor.

—Suba la munición.

El suboficial apretó un par de botones y comprobó una lectura en su pantalla.

—Munición en la última etapa de carga.

—Comandante, con tu permiso —anunció Gabi.

—Ira y fuego —afirmó Pablo.

—Fuego sobre blanco en demora 168: cuatro disparos.

—Abriendo fuego.

A intervalos de poco más de un segundo, el barco se sacudió cuatro veces, las vibraciones transmitidas por el puente hasta el CIC.

—¡Alto el fuego! —ordenó Gabi.

Apenas un segundo después, el primer pique apareció en la pantalla. Aunque el contacto era tan pequeño y bajito que el sistema no era capaz de seguirlo automáticamente, la cámara estaba apuntando en su dirección y era uno de los métodos que tenían para saber cómo salían los disparos. A los mismos intervalos que habían salido, los otros tres disparos impactaron contra el agua en las proximidades del blanco.

—Bastante agrupados —murmuró don Rafael mientras apuntaba los datos que le pasaba el observador del puente—. Dos derecha, uno derecha, uno derecha, dos derecha. Todos ligeramente cortos.

—Enterado —dijo Gabi—. Correcciones: uno izquierda y más cincuenta.

—Correcciones introducidas.

—Fuego sobre blanco en demora 165: cuatro disparos.

—Abriendo fuego.

El montaje principal del Albatros volvió a escupir cuatro proyectiles.

—Alto el fuego.

Unos segundos después, el primer pique aparecía en la pantalla. A Pablo le pareció que había quedado ligeramente a la derecha del blanco, pero aparentaba estar bien en alcance. El segundo se fue ligeramente largo, aunque centrado tras la silueta del narcosubmarino. El tercero...

—¡Impacto! —cantó don Rafael.

Pablo se quedó mesmerizado mirando la imagen. Donde unos segundos antes había una embarcación que apenas sobresalía del agua, ahora solo quedaba una columna de humo y lo que no podían ser otra cosa que restos del narcosubmarino volando por los aires. El comandante del Albatros miró a su segundo.

—Buen trabajo —dijo, evitando que el ferrolano pudiera decir lo que tenía en mente y dándole una palmada en la espalda—. Vamos a por el otro.

Gabi asintió, tragando saliva.

—Necesito caer; está fuera de sectores por la popa.

—Díselo a Juan —mandó Pablo—. Yo voy a ver si le ponemos más difícil a ese cabrón encontrarnos.

Pablo se acercó a la consola del sonar.

—¿Lo seguís teniendo? —preguntó.

—Aquí está —señaló Junio.

El comandante del Albatros asintió.

—Vamos a hacer un poco de ruido. Me imagino que lo perderéis, pero no os preocupéis. En cuanto nos hayamos encargado de sus dos amiguitos, volveremos a por él. ¿Podréis cogerlo otra vez?

—No le quepa duda, comandante —dijo Guillaume.

Pablo obsequió al francés con otra palmada en la espalda y se giró.

—Don Luis.

—Dígame, comandante.

—Lleve al helicóptero aquí —dijo, señalando un punto en la pantalla—. Lanzarle cargas de profundidad nos ha servido para hacer que el otro subiera a superficie, pero es difícil que seamos capaces de hacerle daño, así que tenemos que esperar a acabar con los semisumergibles para poder enfrentarnos al submarino. Mientras, vamos a usar el helicóptero para enmascararnos: quiero que lance bombetas por esta zona. El objetivo no es tanto darle como hacer ruido debajo del agua e impedir que nos pueda escuchar.

—Enterado, comandante —dijo el suboficial, abriendo los ojos al entender la idea.

—Hable con los sonaristas; cuando ellos vean que los efectos de una carga se pasan, tiramos otra.

—Muy bien, comandante.

Pablo se acercó otra vez hasta donde estaba sentado Gabi y vio en su consola que el barco estaba completando la caída que metería el narcosubmarino del norte en sectores de fuego.

—¡¡¡Torpedo!!! ¡Torpedo en demora 010!

Pablo se giró boquiabierto hacia Junio.

El sonarista italiano se apretaba los cascos contra los oídos, pero

la luz roja parpadeante de la consola y la nueva línea que había aparecido en la presentación eran más que suficiente.

En tres pasos, el gaditano estaba en el puente.

—¡¡¡Tomo la voz!!!

—El comandante toma...

—¡Toda la caña a babor! —interrumpió Pablo.

—¡¡¡Un segundo torpedo en la misma demora!!! —se oyó desde el CIC.

—¡Todo el mundo a buscar en demora 010! ¡Avante toda!—mandó Pablo mientras miraba cómo el indicador de rumbo empezaba a disminuir.

La velocidad de caída no era todo lo rápida que le hubiera gustado, pero tenía miedo de perder tiempo de reacción si daba atrás con el eje de dentro para ayudar a la caída. La propulsión eléctrica tampoco ayudaba.

—¿Dónde están?! —preguntó para que lo oyeran desde el CIC.

—¡350 y 355! —contestó Gabi.

—¡Gobierna a rumbo 190! —mandó Pablo.

—A quedar al 190 —repitió el timonel.

—¡Necesito ver esos torpedos! —gritó Pablo.

El barco había cogido inercia y la proa pasaba por el suroeste, pero todavía no sabía si sería suficiente.

—¡Lo tengo! —gritó alguien—. ¡Aleta de estribor!

—¡Lo quiero en la cámara!

—¡Está en sector ciego, comandante! —respondió Juan.

«¡Joder!»

—¡Comandante, los torpedos se separan! —gritó Gabi.

—¡¡Necesito saber dónde están!! —exclamó Pablo.

—¡Tenemos uno con la cámara de la Arpeca de estribor! —contestó Gabi.

Pablo miró hacia las pantallas que colgaban del techo del puente, encima de la consola principal. Un marinero pulsó un par de botones y la imagen se dividió en cuatro. Pablo no tardó en encontrar en cuál se veía la silueta del torpedo. Lo tenían casi encima.

—¡Parece que el otro viene más para atrás! —gritó Gabi.

Estaban en medio del abanico.

Pablo miró el indicador de marcación en la cámara, para hacerse una idea de desde dónde venía el torpedo. Tenía muy poco margen pero, sin saber exactamente por dónde venía el otro, tenía que arrimarse a este.

—¿Qué proa llevas?!

—Pasando por el 210 —respondió el timonel.

—¡Caña a la vía! —mandó Pablo.

—¡Caña a la vía!

El gaditano apenas parpadeaba, la mirada fija en la cámara de la Arpeca.

—¿Gabi?!

—¡El de proa está demasiado cerca! ¡El otro parece que va a pasar por la popa, pero va ir muy justo!

—¡Atrás toda babor! ¡Toda la caña a babor!

Pablo rezó para que se hubiese alejado suficiente del de popa; lo único que quedaba era intentar hacer pivotar el barco para presentar el blanco más pequeño posible. Consciente de que el tiempo se acababa, se acercó al alerón de estribor. Una sombra blanca les pasó a unas pocas decenas de yardas, dejando una amplia estela de burbujas a la luz de la luna.

—¡Avante toda las dos! ¡Toda la caña a estribor!

Estaba seguro de que era demasiado tarde pero, al menos, tenía que intentarlo. Corriendo, cruzó el puente hasta el otro alerón.

—¡Ahí está, comandante! —exclamó un marinero apostado allí.

Pablo lo vio. Con la última caída, el Albatros volvía a caer hacia el torpedo, pero también se alejaba y separaba la popa. El ojo marinero del gaditano lo supo unos instantes antes de que Pablo se diera cuenta: la demora variaba; no les iba a dar. Cada vez lo veía más hacia popa y, efectivamente, un instante después, la sombra blanquecina se perdió en la estela del patrullero.

—Juan, toma la voz —profirió Pablo.

En dos pasos, estaba en el CIC.

—Gabi, hazme el favor de mandar a esos cabrones al fondo del mar; todavía tenemos un submarino que cazar.

—Hecho, comandante.

Los impactos de lo que dedujo eran proyectiles de artillería, lo sorprendieron, y más, cuando uno, evidentemente, había hecho blanco; pero nada desconcertó a Walter más que las sucesivas explosiones submarinas que empezó a escuchar poco después. Tras la experiencia de huir del helicóptero a bordo del Eta 2 la primera vez, reconoció perfectamente las cargas de profundidad que usaban los del Albatros; lo que no entendió al principio era por qué estaban cayendo tan lejos. A estas alturas, el patrullero tenía que haberle detectado con el sonar y Walter solo esperaba que la distracción de los otros tres narcosubmarinos fuera suficiente para permitirle alcanzar una posición de disparo y obtener la solución de fuego.

Finalmente, tras unos minutos de incertidumbre, se dio cuenta de qué pretendía el comandante del Albatros: perturbando el agua que les separaba con las explosiones, Walter no podría escuchar al patrullero. Pero eso también significaba que, en esos momentos, él era invisible para el Albatros.

—¡Kyllian! ¡Cae a estribor y pon máxima velocidad!

—¡Voy, jefe!

Solo necesitaba una oportunidad. Con alcanzar una posición de disparo y detectar al patrullero, sería suficiente. Si era capaz de aparecer donde no lo esperaban, sus posibilidades aumentaban.

Walter creyó escuchar algo por los cascos y se los apretó contra las orejas. Se oía muy mal, pero en algún sitio, más allá de donde estaban cayendo las cargas del helicóptero, algo parecía haber explotado.

En la pantalla de la cámara infrarroja, medio narcosubmarino sobresalía del agua. En la parte que aún estaba a flote, dos hombres se colocaban sendos chalecos salvavidas.

—Intentaremos rescatarlos cuando se haya acabado esto —dijo Pablo.

Usando las mismas correcciones que en los primeros disparos, una sola salva había bastado para hacer blanco sobre el segundo semisumergible. Por suerte para sus ocupantes, el disparo que hizo

impacto parecía haberlo hecho en el agua, en las proximidades de la embarcación, y esta no voló por los aires como su hermana. Se hundía, pero los dos tripulantes tuvieron tiempo de salir y, en unos minutos, quedarían flotando a la deriva.

—¿Tenemos algo? —preguntó Pablo a los sonaristas.

—Todavía nada, comandante —respondió Guillaume.

—Hace ya unos minutos que el helicóptero tiró la última carga, ¿no?

—Hemos hecho muchas caídas y el remolque no está todo lo estable que debiera —intercedió Gabi—. Dales unos minutos.

Pablo se llevó la mano al lóbulo de la oreja. Tenía que dejar de ocultarse tras las bombetas si quería encontrar al submarino, pero no podía arriesgarse a ofrecer un blanco fácil. En un par de zancadas, se plantó en el puente y agarró uno de los circuitos internos.

—Central de puente.

—Dime, comandante —respondió *Grease* que, evidentemente, había reconocido su voz.

—*Chief*, necesito convertirme en un agujero negro de sonido.

—Pareces un submarinista, *Skipper*.

—Vamos a apagar todo lo que no sea absolutamente necesario —mandó Pablo—. No necesito propulsión ni gobierno, pero tenemos que mantener los equipos de Operaciones funcionando. Los aires acondicionados y refrigeraciones los puedes parar; no pasa nada por unos minutos.

—¿Estás seguro de lo que me estás pidiendo?

—Sí, *Grease*. Este tío nos encuentra por el ruido que hacemos; no podemos darle más pistas o nos va a clavar un torpedo. ¿En cuánto tiempo estaremos listos para dar adelante si paras todo?

—¿Para una emergencia? Digamos que treinta segundos... pero es una locura, comandante. Si algo no arranca bien...

—Hazlo, *Chief*.

—*Aye, aye, sir*.

Pablo se acercó a la pantalla repetidora del sistema de control de Máquinas y vio cómo, poco a poco, los distintos servicios del barco iban cayendo. Para poder quitar los motores generadores, lo

primero que perdieron fue la propulsión, ya que estaban en modo eléctrico. A medida que se quitaban otros servicios, la carga demandada disminuía y *Grease* fue quitando generadores hasta que se quedaron solo con uno. En la consola central del puente, decenas de luces rojas parpadeantes indicaban que casi todos los equipos tenían algún fallo. Pablo sabía que muchas bombas y otros equipos tendrían que permanecer encendidos, pero confiaba ciegamente en su jefe de Máquinas. El tejano sabía qué podía quitar y qué tendría que dejar. Era imposible hacer del Albatros un barco totalmente silencioso, pero todo lo que pudiera dificultar la labor del submarino del narco jugaría en su beneficio.

«¿Dónde está, maldita sea?»

El Eta 3 había salido de detrás de las cargas explosivas y hacía ya varios minutos que Walter no escuchaba ninguna, pero el problema era que no había sido capaz de escuchar nada más. No podía estar seguro, pero era muy probable que las otras tres embarcaciones hubieran sido neutralizadas por el Albatros, y sacar siquiera el periscopio suponía arriesgarse a que el patrullero o su helicóptero lo detectaran. Era muy posible que ya solo lo buscaran a él.

Walter volvió a concentrarse en intentar escuchar algo por los hidrófonos. Había mandado a Kyllian poner la velocidad mínima que le permitía mantener la cota, para disminuir el ruido propio, lo que debía hacer más fácil escuchar y, a la vez, dificultar que le oyeran. Pero, aun así, nada.

Tras darle varias vueltas a la situación, intentando encontrar algo que pudiera explicar la ausencia total de contactos, decidió que no tenía información suficiente para averiguarlo. Pensó que, quizás, una de las otras embarcaciones habría torpedeado al Albatros, pero estaba casi seguro de que una explosión de ese tipo la hubiera escuchado, incluso, a través de las turbulencias causadas por las cargas de profundidad.

La duración de las baterías no era eterna. No le quedaba otra...

—¡Kyllian! Déjame ahí.

La nariz de Gabi estaba tan cerca de la pantalla, que casi la tocaba. Pablo, de pie justo detrás, también miraba ensimismado la presentación del radar. El barco estaba extrañamente silencioso; el zumbido de los aires acondicionados y equipos de refrigeración era tan habitual, que su ausencia generaba una sensación extraña.

Absolutamente todos los sensores del Albatros se concentraban en buscar un contacto en la zona en la que creían que podía estar el submarino. Sobre sus cabezas, el helicóptero orbitaba haciendo exactamente lo mismo.

—Esto podría ser... —murmuró Junio, sus palabras magnificadas por el silencio que reinaba en el CIC.

—Es demasiado débil —contestó Guillaume en el mismo tono, que tampoco fue suficiente para que el comandante no lo oyera.

—¿Qué tenéis? —preguntó.

—Un posible contacto, pero es muy débil —señaló el francés que, de pie detrás de su compañero, también llevaba unos cascos conectados al sonar.

—¿Las frecuencias coinciden?

—Puede —respondió Junio, cambiando la presentación a banda estrecha—. Demasiado débil.

—Es lo único que tenemos —dijo Pablo—. ¡Don Luis! Mande el helicóptero para allá.

—Comandante, si de verdad es él, está en posición de lanzarnos un torpedo... —dijo Gabi.

Pablo miró al gallego a los ojos y leyó lo que su amigo le quería decir. Rodeando la consola del jefe de Operaciones, se asomó a la puerta del puente.

—Juan, dile a *Grease* que arranque todo y embrague los motores diésel.

—Enterado, comandante.

—¡Comandante! —exclamó Gabi nada más verlo entrar otra vez en el CIC—. ¡Creo que tengo un contacto radar en esa posición!

—Yo también lo veo, segundo —dijo el marinero sentado en la consola contigua.

—¿Crees que habrá salido a superficie? —preguntó Pablo.

—Lo dudo. Debe ser el periscopio —opinó Gabi.

—¿Será suficiente para tirarle al cañón?

—No creo —contestó Gabi tras pensárselo un segundo—. Es casi imposible darle al mástil y no va a ser suficientemente grande para activar la espoleta de la munición.

—Con el *helo*, entonces —sentenció Pablo.

En la consola multifunción, la traza del helicóptero buscaba la popa del contacto, el controlador guiando a Joseba para realizar una pasada de popa a proa.

—Lo pierdo —murmuró Gabi—. ¡Lo estoy perdiendo!

—¿Qué?!

El ferrolano esperó a que el radar diera dos vueltas más antes de contestar.

—Se ha debido meter para abajo; ya no tenemos contacto radar.

—Bueno, mientras lo sigamos teniendo en el...

—¡¡¡Torpedo!!! —gritó Junio—. ¡Torpedo en demora 190!

Pablo casi arranca la silla de Gabi al impulsarse para salir corriendo hacia el puente.

—¡¡¡Tomo la voz!!! —gritó por segunda vez en la noche.

La proa del Albatros era el 240. El cuerpo le pedía alejarse del torpedo, pero eso le haría hacer una caída más grande y presentar el través a la amenaza, al menos, durante un tiempo.

—¡Toda la caña a babor! ¡Avante toda las dos! —ordenó—. ¡Gabi, dime algo! —añadió, gritando hacia el CIC.

—¡Parece que es uno solo! ¡Acercándose en demora 190! ¡Distancia aproximada: 2000 yardas!

Pablo miró el repetidor de rumbo. Pasaban por el 230, pero estaban demasiado cerca.

—¡Atrás toda babor! —ordenó.

Era más importante disminuir la silueta del barco y, con los motores diésel embragados, un solo eje era suficiente para darle arrancada avante.

El Albatros comenzó a temblar y Pablo vio cómo la tendencia de caída aumentaba, los números desfilando por el indicador de rumbo.

—¿Demora?! —preguntó.

—¡195! —gritó Gabi.

—¡Continua con toda la caña hasta el 190! —mandó Pablo—.

¡Cuando llegues a rumbo, cambia la caña para parar la caída!

—¡Con toda la caña hasta el 190 y cambiar la caña! —repitió el timonel.

Pablo se pegó al ventanal por el lado izquierdo de la consola central e intentó encontrar en la superficie algo que indicara la procedencia del torpedo.

—¡200! —gritó Gabi.

Pablo miró el indicador de rumbo: 200. Si había calculado correctamente...

¡Sí! ¡Ahí estaba! Justo por la proa del Albatros, una mancha blanca se acercaba a toda velocidad. Pablo se temió que fuera directamente hacia ellos pero, mientras el barco siguió cayendo a babor, el torpedo continuó a su rumbo original, cortándoles la proa tan cerca, que el gaditano creyó ver el proyectil submarino bajo el agua, justo delante de la estela de burbujas que iba dejando.

—¡Juan, toma la voz!

—¡Tomo la voz! —dijo el asturiano.

Pablo volvió al CIC.

—¿Hay más?

—Parece que no —respondió Gabi, pero con la caída hemos perdido el contacto sonar.

Walter seguía mirando pasar los segundos en el cronómetro mientras escuchaba atento por los hidrófonos. Si la estimación de distancia que había hecho al pinchar con el periscopio era correcta, el torpedo debía haber impactado unos instantes antes. Poco antes de lanzar, consiguió escuchar al patrullero. El torpedo, muy ruidoso, se escuchó por encima de este, en la misma demora; pero, ahora, Walter lo había perdido. Eso solo podía significar una cosa: el proyectil estaba ya al otro lado del Albatros.

«¡Maldita sea!»

El guyanés hizo por relajarse. La razón por la que había lanzado un solo torpedo era, precisamente, esa. Aunque las posibilidades de hacer impacto disminuían, tendría una segunda oportunidad. El problema, ahora, era que las distancias se habían reducido

enormemente y el Albatros ya no estaba en su proa. Tendría que maniobrar para alcanzar una buena posición de lanzamiento.

Walter aisló el ruido del patrullero en los cascos e hizo un cálculo rápido de la demora actual del Albatros y de dónde estaría cuando él hubiera tenido tiempo de situarse. Tenía que darse prisa: era posible que el patrullero lo hubiese localizado y pronto tendría al helicóptero encima.

El problema de tener un solo torpedo más es que se trataba de su última oportunidad. Tendría que asegurarse de que el disparo era bueno...

Detrás de la consola del sonar, Pablo estaba tan atento a la presentación en cascada, que lo vio casi al mismo tiempo que Junio, Guillaume y Olivier.

—¡Aquí está! —gritó el italiano.

Tras la brusca caída para evitar el torpedo, el remolque del sonar se había vuelto a estabilizar y ya volvían a recibir los contactos con claridad.

—¡Don Luis! ¡El helicóptero para allá!

Pablo se acercó otra vez a la consola de Gabi.

—¿Crees que le daremos esta vez, comandante?

—No lo sé. Y no podemos jugárnosla mucho. Ese cabrón debe tener otro torpedo. Lo suyo sería conseguir que subiera a superficie...

—Si solo saca el mástil, con el cañón no creo que podamos darle —le recordó Gabi.

—Lo sé, pero podemos intentar que el helicóptero le de con la ametralladora; o, incluso, nosotros desde aquí con las Arpecas.

Gabi se sumió en uno de sus característicos silencios y Pablo lo dejó pensar.

—Su objetivo es lanzarnos un torpedo —dijo el segundo del Albatros—. Si conseguimos que necesite pinchar para poder lanzarnos...

—¿Crees que...?

—Acuérdate que para el anterior lanzamiento ha pinchado. Por

eso lo hemos visto en el radar unos segundos.

Pablo miró detenidamente a su segundo y asintió despacio.

—Pero no me atrevo a parar todo otra vez. En distancias tan cortas, no nos daría tiempo a reaccionar. Si imposibilitamos que logre una solución de fuego, también le obligaremos a asomar la nariz, ¿no?

—Sí —admitió Gabi—, pero si estás pensando en caídas de rumbo, ten en cuenta que podemos perder el contacto sonar.

—Lo sé, Gabi; pero tampoco podemos quedarnos aquí esperando que nos lance un torpedo. Habrá que estar atentos al radar para verlo en cuanto pinche.

Con la decisión, tomada, Pablo volvió a entrar en el puente.

—Tomo la voz —dijo, con cierta tranquilidad por primera vez en la noche.

—El comandante toma la voz —reconoció el timonel.

Pablo miró el indicador de rumbo y decidió que era buen momento para hacer la primera caída.

—Toda la caña a estribor a quedar a rumbo 190.

—Toda la caña a estribor a quedar a rumbo 190 —repitió el caña.

—Avante treinta las dos —dijo Pablo, reduciendo considerablemente el andar del barco.

—En avante treinta las dos —confirmó el timonel, tras accionar la palanca de las máquinas.

Pablo se acercó a la puerta del CIC.

—Gabi.

—¿Sí?

—Esto no quiere decir que no podamos hostigarlo con el helicóptero mientras.

—Estamos en ello, comandante —sonrió el gallego.

Pablo devolvió su atención al puente.

—A rumbo 190 —informó el caña.

—Muy bien —respondió el comandante del Albatros, anotando mentalmente la hora.

Un minuto después, decidió que ya había pasado suficiente tiempo al mismo rumbo.

—Toda la caña a estribor a quedar al 250. Avante 75 las dos.

—Toda a estribor a quedar al 250; avante 75 las dos.

—¡Comandante! —gritó Gabi desde el CIC.

—¡Dime!

—Entre la caída y la carga que ha lanzado el helicóptero lo hemos perdido en el sonar. Última demora 170.

—Enterado. Atentos al radar.

—A rumbo 250 —informó el timonel.

Pablo volvió a hacer una anotación mental del tiempo y dejó pasar dos minutos. No sabía con qué medios contaba el submarino ni qué capacidad de análisis tenía para obtener su rumbo y velocidad, pero no pensaba ponérselo fácil.

—Diez grados de caña a babor a quedar a rumbo 200; avante 50 las dos.

—Cayendo al 200 con diez grados de caña a babor... en avante 50 las dos —contestó el timonel, tras ejecutar sus órdenes.

El nuevo rumbo hizo que el helicóptero apareciera por los ventanales del puente. El submarino era perfectamente consciente de que lo habían detectado, así que Joseba había encendido las luces y Pablo vio al Bell 412 desfilando en lo que parecía ser una pasada a baja cota para lanzar una bombeta. El circuito de control estaba conectado a uno de los altavoces del puente y se oía la voz de don Luis guiando al helicóptero a la posición estimada del submarino.

—¡Contacto radar! ¡Contacto radar! —gritó Joseba por el circuito—. ¡Rompo pasada para investigar!

Pablo aguantó la respiración mientras veía la luz roja y la amarilla parpadeante del helicóptero girar bruscamente y dirigirse a algún punto en el través de babor del Albatros. No se lo pensó dos veces.

—¡Avante toda las dos! ¡Toda la caña a babor!

Si el submarino verdaderamente se encontraba ahí, estaba prácticamente en posición de lanzamiento y el Albatros le estaba dando el través; el perfil más largo.

—¡En avante toda las dos y toda la caña a babor! ¡Sin rumbo ordenado! —informó el timonel.

—¡¡¡Comandante!!! —gritó Gabi desde el CIC—. ¡Lo tenemos! ¡Contacto radar al 140, 400 yardas!

—¡Pasando por el sur! —anunció el timonel.

Pablo se hizo un rápido esquema mental. Estaba demasiado cerca para el cañón. Por un momento, pensó en embestir al narcosubmarino, algo que ya le había funcionado en el Caribe, pero le daría tiempo para dispararle un torpedo y, acercándose, era casi imposible que fallase.

—¡Juan! ¡Toma la voz! ¡Mantenlo por el través de babor y haz cambios de velocidad!

Pablo se metió corriendo en el CIC.

—¡Pásaselo a la Arpeca! —gritó.

—¡Ya lo tiene! —contestó Gabi—. Pero solo el mástil...

—¿Está cargada con alto explosivo?

—Sí.

—¡Fuego!

Pablo se acercó a las consolas de las ametralladoras, situadas en el lado de babor del CIC, desde donde dos artilleros las operaban. El cabo Óscar estaba sentado en la de babor y Pablo llegó justo a tiempo de verle abrir fuego. El Albatros se había acercado y la consola indicaba 150 yardas. Los disparos se apreciaban en la pequeña cámara: todos impactaron el agua, en las proximidades del periscopio. Óscar vio que no había hecho blanco y volvió a abrir fuego, los disparos siendo guiados por el sistema, que tenía enganchado el blanco con la cámara y calculaba automáticamente el desvío angular necesario. Repentinamente, con uno de los últimos disparos de la segunda ráfaga, la presentación se saturó.

—¡Le he dado! —gritó Óscar.

—Sigue disparando —ordenó Pablo, que no estaba dispuesto a jugársela lo más mínimo.

La cámara se autoajustó y, poco a poco, fueron capaces de distinguir lo que quedaba del mástil del submarino, que apenas sobresalía de la superficie. Al artillero le dio tiempo de hacer un par de ráfagas más, hasta que Pablo notó una perturbación delante del mástil.

—¡Está saliendo! —gritó Gabi que, desde su consola, también veía el vídeo de la Arpeca—. Debe estar entrándole agua por el impacto en el periscopio.

—Alto el fuego —ordenó Pablo.

El gaditano se acercó a la pequeña pantalla para intentar discernir qué hacía el narcosubmarino. Poco a poco, el morro emergió, seguido del resto del sumergible. El rumbo del Albatros lo había colocado casi delante del submarino y Pablo pudo ver un agujero en la parte delantera que delataba el tubo del torpedo que ya había lanzado.

De repente, un agujero simétrico se abrió en el morro.

—¡¡¡Va a lanzar el segundo torpedo!!! ¡¡¡Dispara!!! —gritó Pablo, dándole un golpe en el hombro a Óscar.

Las distancias eran absurdamente reducidas; si el torpedo salía, no tendrían nada que hacer.

Pero el submarino en superficie era un blanco mucho más grande. La Arpeca respondió a los mandos de Óscar, metiendo casi todos los proyectiles en el blanco. El cabo no se cortó y disparó ráfaga tras ráfaga. Los impactos deslumbraron la cámara, haciendo que perdiera seguimiento, y Óscar pasó el sistema a manual y siguió abriendo fuego.

Pablo ya no podía ver el tubo lanzatorpedos, pero nadie había dado la alarma y, mirando un repetidor, vio que Juan estaba maniobrando el barco con velocidad.

—¡¡¡Torpedo!!!

El grito llegó desde el rincón del sonar. Pablo corrió hacia el puente, consciente de que a esa distancia no había nada que hacer. Asomándose por el costado de babor, vio la estela blanca salir del narcosubmarino y dirigirse al Albatros.

No podía ser. Después de todo, no podía ser que fuera a acabar así.

El gaditano miró ensimismado cómo la flecha submarina se acercaba, se acercaba, se acercaba y... se perdía por la popa.

Un grito de júbilo estalló en el puente; una sola exclamación proveniente de veinte gargantas distintas.

Pablo corrió de vuelta al CIC y se situó detrás de Gabi.

—Se hunde —dijo el ferrolano, señalando la pantalla.



Epílogo

Tras salir de la estación, Pablo se subió en el primer taxi de la cola y le indicó la dirección al conductor. Veinte minutos después, se bajaba del coche y miraba alrededor. Su viaje a Madrid tenía un solo objetivo y cogería un tren de vuelta esa misma noche. Iba a aprovechar para visitar el Museo Naval, en el que no había estado desde su renovación, pero solo como una forma de hacer tiempo hasta que tuviera que volver a Atocha.

El gaditano encontró el número que estaba buscando y se acercó al portal. En el telefonillo, apretó el tercero izquierda.

—¿Sí? —preguntó una voz femenina.

—Soy Pablo Marzán.

—Suba.

Un zumbido señaló que el pestillo de la puerta se había abierto y Pablo empujó la pesada cancela de metal. En el vestíbulo, llamó al ascensor. Le daría tiempo a mentalizarse y, además, no quería ponerse a sudar subiendo las escaleras con el traje. Inconscientemente, palpó el bulto fino y alargado que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

Un minuto después, pulsaba el timbre del tercero izquierda. Pablo solo tuvo que esperar unos segundos a que la puerta se abriera.

—Buenos días —le saludó una mujer de mediana edad, con el pelo oscuro rizado y vestida en vaqueros y camiseta.

—Buenos días —contestó Pablo—. Muchas gracias por recibirme.

La mueca de la mujer le recordó las numerosas llamadas telefónicas que le había costado que aceptara aquella visita.

—Pase, por favor.

Pablo la siguió al interior de la casa. La entrada daba a un largo pasillo y ella se detuvo a la altura de las dos primeras puertas.

—¡Niños! ¡Venid al salón!

Siguiendo las indicaciones, Pablo entró por la puerta izquierda, que daba a un hogareño salón. La otra, vio de reojo, era la cocina. El gaditano, incómodo, se quedó de pie en el centro de la estancia, mirando hacia la puerta. Por el pasillo, se oían dos pares de pasos.

—¡Vamos! ¡Pasad! —dijo la madre, que se había quedado junto a la puerta.

Dos adolescentes entraron por la puerta. Ella debía tener unos dieciséis y él un par de años menos. El pelo rizado era, evidentemente, herencia de su madre, pero Pablo creyó distinguir otros rasgos que conocía mejor.

—Tú debes ser Irene —dijo Pablo, intentando sonreír—. Y tú, Fran.

Los niños asintieron, pero parecían no saber qué decir.

—Me llamo Pablo Marzán. Era amigo de vuestro padre —dijo Pablo—. Le he pedido permiso a vuestra madre para hablar hoy con vosotros, porque creo que merecéis saber algunas cosas. ¿Os queréis sentar? —preguntó, mirando a la madre, que asintió.

—Vale —murmuraron los niños, colocándose en lo que, evidentemente, eran sus sitios habituales en el sofá.

—He tenido la suerte de trabajar con vuestro padre estos últimos años —dijo Pablo—. Siempre ha sido un hombre íntegro, un duro trabajador y una persona excepcionalmente valiente. Os puedo decir, sin miedo a equivocarme, que era muy querido por la gente que trabajaba con él y extraordinariamente valorado por los que hemos tenido la suerte de tenerle a nuestras órdenes.

Pablo carraspeó y respiró un par de veces.

—Vuestro padre murió haciendo lo que siempre quiso: luchar contra el crimen, como una forma de proteger a los más débiles frente a aquellos que están dispuestos a hacer daño para lograr un beneficio. Pero no solo eso...

Pablo tuvo que pararse a respirar otra vez y aprovechó para parpadear varias veces seguidas.

—No solo eso —continuó—. Vuestro padre decidió, conscientemente, arriesgar su vida ante la casi certeza de perderla, para intentar salvar a sus hombres de una muerte segura. Esa fue su última decisión: sacrificarse por los suyos.

Dos cálidas lágrimas rodaban por las mejillas de Pablo, pero el gaditano no hizo nada por impedirlo.

—Solo quería deciros una cosa más. Durante los últimos meses, Paco, vuestro padre, solo pensaba en vosotros. Hace años que lo conozco y nunca lo había visto así. Absolutamente cada minuto del día que no estaba trabajando, lo pasaba pensando en vosotros. Solo os pido que lo tengáis presente cuando os acordéis de él.

Pablo hizo un esfuerzo por no mirar a la madre y se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Esto —dijo, tendiéndole la cajita a la niña— era suyo. Me gustaría que lo tuvierais como recuerdo. Todo lo que tocaba últimamente lo tocaba para vosotros.

Mientras su hermano se acercaba para mirar, la chiquilla abrió la caja con dedos temblorosos y sacó del interior una ajada armónica.

* * *

¿Te ha gustado?

Apúntate a mi dotación para ser el primero en recibir noticias sobre nuevos libros, entradas del blog y mucho más:

fsupervielle.com/suscripcion

Nota del autor

Querido lector, antes de nada y como viene siendo costumbre, quiero agradecer tu confianza. Sin ti, nunca habría escrito este libro.

También quiero aprovechar para aclarar que esta novela es una historia de ficción. No está basada en sucesos reales y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Tanto los hechos que ocurren como los personajes son fruto de mi imaginación y no están basados en eventos ni personas reales. Los narcosubmarinos existen, tanto los que no se sumergen por completo como los que sí. La mejor obra para aprender de este tema es *Narco Submarines: Covert Shores Recognition Guide*, de H.I. Sutton. Algunos ya han llegado a España desde Latinoamérica. Como en el resto de mis libros, las reflexiones sobre gobiernos o situaciones políticas han sido noveladas para encajar en la historia y en ningún caso reflejan mi opinión personal; al igual que los pensamientos de los personajes y su forma de actuar. Los procedimientos internos del Albatros no reflejan la realidad a bordo de las unidades de la Armada española.

Por último, si has llegado hasta aquí, espero que hayas disfrutado de esta historia. Me encantaría saber lo que piensas: te agradecería que me dejaras un comentario en Amazon, ya que ayuda mucho a que este libro llegue a otros posibles lectores. Si quieres, también puedes ponerme un correo a fede@fsupervielle.com. Además, me puedes encontrar en Facebook, Twitter, Instagram, Goodreads y en mi web, fsupervielle.com, en cuyo blog trato temas navales y marítimos y algo de historia militar.

¡Muchas gracias y nos vemos en la siguiente aventura del Albatros!

Fede

Agradecimientos

A Jorge Jiménez Ayala, submarinista y compañero, que ha convertido mis toscos sumergibles en auténticos submarinos. Toda la proeza técnica de esta novela es de su responsabilidad, mientras que las faltas a la realidad son de mi cosecha; bien por error o para permitir el desarrollo de la trama.

A Pedro Ramírez Laencina, aviador y compañero, que se ha asegurado de que Joseba jugase con el límite de lo posible, pero sin pasarse.

A Iria Sánchez-Ferragut Brea, por las (cuatro) mil y una dudas.

A H.I. Sutton, a quien no tengo el placer de conocer, pero cuyo conocimiento del mundo de los narcosubmarinos me ha permitido escribir esta obra.

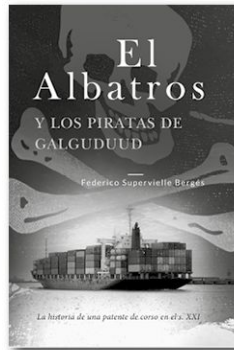
A Federico Supervielle Pérez, por arreglarme la avería del Eta 2.

A la revista *Ejércitos*, *Blog Naval*, *Por Tierra, Mar y Aire*, *Trufault*, *Cosas Militares*, *The Political Room*, *Sierra Delta*, [@military.spain](#), [@fauerzaesp](#) y todos los que, desde vuestras plataformas, me habéis ayudado a dar a conocer el Albatros. Sin vosotros, nunca habría llegado hasta aquí.

A Georgia, Sara y a todo el equipo de maquetacionlibros.com. Por la (infinita) paciencia y por hacer que mi burdo manuscrito no tenga nada que envidiar a los mejores *bestsellers*.

A ti, querido lector. Hace tres años no tenía claro que fuese a publicar un libro y, por tu culpa, llevo cuatro. Tus ánimos, tus reseñas, tus comentarios, tus correos y tu apoyo son el combustible del Albatros. Gracias por estar ahí.

Otros libros del autor



EL ALBATROS Y LOS PIRATAS DE GALGUDUUD

Los campamentos piratas que salpican la costa de Somalia amenazan con secuestrar cualquier barco que se les acerque pero los países desarrollados no parecen capaces de hacer frente al problema. La industria energética mundial está al borde del colapso. ¿Podrá un hombre de negocios enfrentarse a los piratas? ¿Será capaz el fallido estado somalí de controlar su propia costa?

Un joven marino gaditano, huyendo de sus pesadillas personales, es elegido para acabar con los enemigos del magnate, pero ni siquiera el Índico está lo suficientemente lejos de su pasado. A medida que se desarrollan los acontecimientos, se intuye una trama más compleja detrás de los ataques. Sin darse cuenta, Pablo se ve arrastrado al centro de una conspiración internacional en la que solo contará con la ayuda de su dotación y su barco: el Albatros.

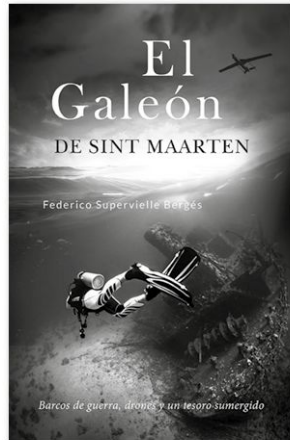
EL CORSARIO DEL ORO NEGRO



Robos, secuestros, asesinatos. Durante años, las aguas más peligrosas del mundo han sido las que bañan la costa del **golfo de Guinea**. Cuando el país más rico de África quiere seguir vendiendo su crudo, solo una naviera se atreve a sacarlo de allí. Pero bajo una premisa: **su propio barco de guerra** protegerá la exportación.

Absorto en su vida personal tras la victoria en Somalia, Pablo se ve arrastrado otra vez al **Albatros**, donde le espera una trama más oscura y frenética si cabe. **Piratas, terroristas** y un gobierno que no los quiere allí son solo algunos de los obstáculos que tendrá que vencer mientras busca venganza por las humillaciones del pasado.

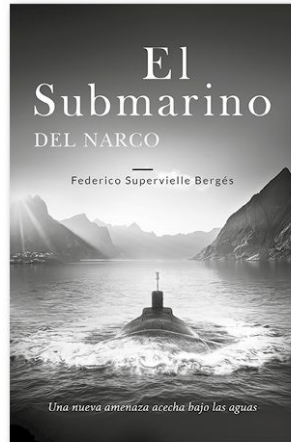
EL GALEÓN DE SINT MAARTEN



El tesoro más grande que esconden los mares ha aparecido. El único **barco de guerra privado** del mundo tendrá que protegerlo de una banda terrorista y una amalgama de actores en la que nada es lo que parece. La misión es demandante y Pablo necesitará lo mejor de cada uno de los suyos: un marino apartado del servicio, un veterano de operaciones especiales y un alocado piloto de helicópteros.

Las tranquilas aguas caribeñas de San Martín serán testigo de la lucha a muerte por un **tesoro** de valor incalculable en la que **buceadores, drones y el patrullero** operarán al límite de sus capacidades. Ni siquiera los piratas habían amenazado la propia supervivencia del Albatros.

EL SUBMARINO DEL NARCO



Toneladas de droga viajan bajo el mar en los submarinos de un ambicioso narco. Un patrullero local se va al fondo tras recibir lo que parece el impacto de un torpedo. Pablo, convencido de que no es una misión para el Albatros, se resiste, pero no hay nada más importante que proteger a los suyos.

El único barco de guerra privado del mundo pondrá proa a Cabo Verde armado con sensores con los que nunca había contado para enfrentarse a un rival invisible y despiadado. El Albatros tendrá que adaptarse a una amenaza para la que no fue diseñado antes de que sea demasiado tarde.